CUADERNOS AMERICANOS

MEXICO

3


PROCEDIMIENTOS MODERNOS PARA
PRODUCIR PRODUCTOS DE CALIDAD
La continuidad de nuestros procesos de laminación, fase a fase, desde el lingote hasta el último producto terminado, bajo operaciones modernas, es la mejor garantía de nuestras fabricaciones
La Calidad manda!
NUESTROS PRODUCTOS SATISFACEN LAS NORMAS DE CALIDAD DE LA SECRETARIA DE LA ECONOMIA NACIONAL Y ADEMAS LAS ESPECIFICACIONES DE LA A. S. T. M.
CIA. FUNDIDORA DE FIERRO Y ACERO DE MONTERREY, S. A.
OFICINA DE VENTAS EN MEXICO: BALDERAS 68 - APARTADO 1336
FABRICAS EN MONTERREY, N. L.: APARTADO 206
Más de medio siglo sirviendo a México


Las nuevas instalaciones de POZA RICA inauguradas el 12 de abril pasado, hacen posible, para la satisfacción del pueblo mexicano, el aprovechamiento integral de la valiosa riqueza natural como es la del aceite y el gas.
Uno de estos aprovechamientos es la producción de 200 toneladas de azufre, valioso elemento en multitud de industrias.
PETROLEOS
MEXICANOS
AL SERVICIO DE LA PATRIA


LO TIENE TODO!
Belmont
Extra
Belmont
Extra
. . . aroma!
. . . sabor!
. . . frescura!
NUEVOS Y MEJORES TABACOS!



DICCIONARIO ENCICLOPEDICO

UTEHA

Usted conoce perfectamente la utilidad cultural y pedagógica que en todo tiempo ha proporcionado un buen Diccionario Enciclopédico. Pero hoy, en que la especialización se ha impuesto como nunca, debido a los formidables progresos alcanzados en todas las disciplinas de la cultura, esta utilidad se ha convertido en necesidad indispensable. Necesidad para mantener al día los propios conocimientos y para que éstos se extiendan y se completen sin limitación de especialidad o tema.

El DICCIONARIO ENCICLOPEDICO UTEHA, que tanto ha de representar para la vida cultural de México y de toda Hispanoamérica, satisface con creces esta necesidad, ya que por la amplitud, precisión y rigurosa actualidad de su contenido es el único diccionario plenamente identificado con nuestro tiempo, tanto en lo que se refiere a los problemas y acontecimientos de última hora, como a la valoración crítica que el mundo de hoy tiene para las figuras y los sucesos de todas las épocas.

Usted, que desea caminar al unísono con la evolución de la vida moderna, necesita este diccionario. Y lo necesita sea cual fuere su profesión o actividad, porque toda tarea o trabajo, para que se realice con verdadera eficacia, requiere el auxilio de gran número de conocimientos con ella relacionados. Con el DICCIONARIO ENCICLOPEDICO UTEHA, tendrá resueltas todas sus dudas y consultas en el acto y a su entera satisfacción, porque en él encontrará minuciosamente descritos los más recientes descubrimientos de la técnica y de la ciencia; la biografía exacta y documentada de todas las figuras que la humanidad ha producido hasta nuestros días; los acontecimientos históricos, políticos, literarios, filosóficos y artísticos de todas las épocas y de todos los países; la información geográfica más extensa y precisa que figure en obra alguna de su género· y, en fin, cuanto pueda contribuir al enriquecimiento cultural de usted y de todos los suyos, proporcionándoles al mismo tiempo la más elevada satisfacción espiritual.

MAS DE MEDIO MILLON DE VOCES
13000 PAGINAS - 20000 GRABADOS
400 MAPAS - 400 LAMINAS
10 TOMOS

En sus 500,000 entradas, se incluye la totalidad del léxico que figura en la última edición del Diccionario de la Academia Española, enriquecido con gran número de americanismos, vocablos técnicos de reciente creación y otras muchas palabras que el uso diario ha incorporado a nuestro idioma. Por otra parte, el contenido de sus 13,000 páginas se realza con la belleza y el valor documental de sus 20,000 ilustraciones y cientos de láminas y mapas, en muchos casos a todo color, que contribuyen en gran medida a que las descripciones del texto adquieran máxima claridad, y permiten también que usted conozca, fielmente reproducidas, las maravillas arquitectónicas creadas por la mano del hombre, las bellezas naturales y las obras maestras del arte que se hallan repartidas por todo el mundo.

SOLO $50 AL MES

¡Jamás pudo sospechar usted que podría adquirir un DICCIONARIO de tal categoría con una cuota tan baja!. Pero ya lo ve ahora, el milagro, que milagro parece, se ha convertido en tangible realidad, como usted mismo puede comprobar solicitando inmediatamente el lujoso folleto que se ofrece gratis.

DISTRIBUIDORES EXCLUSIVOS

EDITORIAL GONZALEZ PORTO

AV. INDEPENDENCIA, 10 - APDO. 140-BIS - TEL. 12-55-88, 13-26-30, 35-58-18 - MEXICO, D. F.

EDITORIAL GONZALEZ PORTO
Apartado 140 - Bis México, D. F.

Sírvanse remitirme el folleto descriptivo del DICCIONARIO ENCICLOPEDICO UTEHA, dándome a conocer también sus condiciones de pago.

Nombre ....
Domicilio ....
Localidad ....
Estado ....

CUADERNOS AMERICANOS

AÑO XIV VOL. LXXXI

3

MAYO - JUNIO
1955

MÉXICO, 1º DE MAYO DE 1955

REGISTRADO COMO ARTÍCULO DE SEGUNDA CLASE EN LA ADMINISTRACIÓN DE CORREOS DE MÉXICO, D. F., CON FECHA 23 DE MARZO DE 1942.

IMPRESO EN LOS TALLERES DE LA EDITORIAL CVLTVRA
REP. DE GUATEMALA 96. . MEXICO 1, D. F.

CUADERNOS AMERICANOS

No. 3 Mayo-Junio de 1955 Vol. LXXXI

ÍNDICE

NUESTRO TIEMPO

AVENTURA DEL PENSAMIENTO

PRESENCIA DEL PASADO

●

ÍNDICE DE ILUSTRACIONES

Nuestro Tiempo

LA PALABRA MALDITA*

Por *Benjamín CARRIÓN*

"...et in terra pax hominibus bonae voluntatis"
"...y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad".

SAN LUCAS, II, 14.

"Beati pacifici: quonian filii Dei Vocabuntor"
"Bienaventurados los pacíficos: porque hijos de Dios serán llamados".

SAN MATEO, V, 9.

"...et pacem habete inter vos"
"...y tened paz entre vosotros".

SAN MARCOS, X, 49.

"...et dixit eis: Pax vobis"
"...y les dijo: la paz sea con vosotros".

NO. No es propiamente la Reforma ni el Cisma, lo que ha escindido al cristianismo en dos grandes fracciones rivales: es la paz. La "palabra maldita". La Reforma se hizo como protesta a la orgía crapulosa en que vivía el Vaticano y a la exacción, al robo, al abuso de la Indulgencia y de la Bula. A la creación de esa entidad rentística genial, fuente de ingresos incomparable, llamada el Purgatorio; para cuya administración fue necesario, al margen del Evangelio, contra el Evangelio, crear todo un sistema orgánico de recaudaciones y de concesión de pasaportes para, sin chamuscarse las alas seráficas, pasar directamente al Cielo: pasaporte que, sin ninguna condición de orden ético, sería concedido al que pague, y al que pague más pronto y mejor. Y entonces —clara obra del Anticristo apocalíptico— sería contradicha frontalmente la máxima de Cristo:

---

* Del libro *Santa Gabriela Mistral* próximo a publicarse.

Jesus autem dixit discipulis suis: Amen dico vobis, quia dives difficile intrabit en regnum Coelorum.

Et iterum dico vobis: Fascilius est camelum per foramen acus transire, quam divitem intrare in regnum coelorum.

Dijo Jesús a sus discípulos: En verdad os digo, que con dificultad entrará un rico en el reino de los cielos.

Y además os digo: que más fácil es pasar un camello por el ojo de una aguja, que entrar un rico en el reino de los cielos.

San Mateo, XIX, 23.

En adelante, ya no solamente quedaba derogada la prohibición de entrada de los ricos en el Reino, sino que se la remplazaba por ésta, sin consentimiento de Jesús: "*Solamente* los ricos pueden entrar en el Reino de los Cielos".

Y entonces, el 31 de octubre de 1517, el ascético monje turingio Martín Lutero, se alzó contra las tarifas para la entrada al Cielo, dictadas por una Bula de León X, y cuyo producto era empleado en la gran bacanal pontificia, que venía desde la época de Alejandro VI: orgía de muerte y de condotierismo, de incesto y de guerra, de latrocinio en los caminos y envenenamiento en las alcobas vaticanas. . .

En esta vez, no es el doble papado de Roma y Aviñón; no es César Borgia, bello ladrón de caminos, hijo del Papa; no es el paganismo resurrecto, bajo la protección pontificia. Ahora es "la palabra maldita", Paz, la que divide a los cristianos en enemigos irreconciliables. Es la que divide a todos los hombres del mundo en dos bandos sin perdón: el bando "maldito" de los que queremos que haya "en la tierra paz para los hombres de buena voluntad"; y el bando de los bien pensantes, de los honorables, de los virtuosos, que creen y sostienen que todo aquel que pronuncia la palabra paz —tan repetida por ese peligroso Rabí de Nazaret, al que habría nuevamente que crucificar, por "criminal pacifista"— son gentes nocivas a la "buena causa", a la que sostuvieron los nuevos santos de la hora actual, Hitler y Mussolini, la que hoy sostiene el nuevo cruzado de la religión contemporánea: el Senador Mc Carthy.

Gabriela, nuestra Santa, es una heresiarca. Ella, como ese peligroso "criminal de paz", llamado Charles Chaplin, debiera ser desterrada de este mundo de las nobles gentes belicistas, las virtuosas gentes que preconizan que hay que arrasar las ciudades de Guatemala, valiéndose de sus aviones, y que hay que

lanzar sobre esta humanidad pecadora y pacífica, el fuego purificador y santo de las bombas de hidrógeno. . .

Y es que Gabriela, como Jesús el de Tiberíades, como Francisco, el de la Umbría, quieren para los hombres, para todos los hombres, un poco de pan, de paz y de alegría. Un poquito de libertad y de justicia, "por añadidura. . ."

¿Una "nueva Edad Media", según la expresión de Berdiaeff? No. Más lejos aún: los primeros siglos de la Era Cristiana, cuando los emperadores romanos, algunos de ellos, perseguían a la "nueva secta" cristiana: Nerón, el esteta bárbaro que, en razón de la prédica constantemente "pacifista" de los cristianos, les atribuyó el incendio de Roma, ordenado por él en un momento de furor delirante de su esquizofrenia "artística", porque dijo que esta secta maldita quería oponerse a los triunfos guerreros y a los lauros de los conquistadores romanos; Domiciano, "el Nerón Calvo", del cual Renán dice: "Llega a la rabia, pero a una rabia sombría, reflexiva. Se hubiera creído un vampiro encarnizándose sobre el cadáver de una humanidad expirante. Hacer la biografía de un grande hombre o hablar de amor y paz era un crimen. Todo cuanto había de ilustre temblaba. Es preciso decir en honor de la especie humana, que atravesó esta prueba sin rendirse". Como atravesará —decimos nosotros— la prueba del macartismo sin rendirse tampoco. . . Y luego, Trajano y Diocleciano y todos, porque entonces también las palabras paz y amor eran "palabras malditas". . . Todas las palabras de Jesús, el mendigo y haraposo pescador de Galilea, eran "palabras malditas". . . Y las buenas palabras, bien pensadas y bien dichas —la historia se repite con exactitud— eran las palabras de Nerón, el "artista sublime" que hizo incendiar Roma para componer una oda y luego se lo atribuyó a los cristianos; las de Domiciano, Diocleciano, Trajano. . .

Vuelve a ser maldita la palabra paz, cuando Federico Barbarroja y Ricardo Corazón de León se embarcan en la matanza de sarracenos y turcos para rescatar el Sepulcro. Ahora es en nombre, bajo la advocación de Jesús, que se condena la paz, que proclama la "guerra santa", para logro de ambiciones y enriquecimiento de mercaderes venecianos y piratas de los cuatro mares. Y desde entonces, durante décadas, las gentes se asesinan gloriosamente frente a la tumba de Aquel que predicó la paz y repitió hasta el cansancio: "Amáos los unos a los otros".

Antes había sido, en tiempos de Isabel de España, aquella siniestra y negra cosa, instrumento de tortura concebido y practicado en grande, en nombre de Jesús, la "Gloria sanguinis", el "Autodefé", para llevar por los caminos de la sangre y el fuego los pecadores al cielo, y dar fuerza a los cristianos españoles para lanzarse al exterminio de los judíos y los moros. Todo, por Jesús y en el nombre de Jesús...

Y al propio tiempo, el inválido de Manresa, Íñigo de Loyola, "para mayor gloria de Dios" se propone instaurar un sistema en que, derogando el inoperante decir de Cristo: "Mi reino no es de este mundo", que tantas dificultades trae a la "Iglesia Militante" se funde en nueva doctrina productiva, fecunda, inapelable: "Mi reino sí es de este mundo". Para lo cual, Íñigo lanzó sobre el mundo, contra el mundo, su legión innumerable, con esta consigna a la vez satánica y seráfica: "*Ite, omnia incendite e inflammate*". "Id por el mundo, para encenderlo e inflamarlo todo".

Y durante el período de influencia del jesuitismo, nuevamente ha sido maldita la palabra paz. Ese período de influencia que quiso clausurar el único inteligente de los reyes borbónicos de España, Carlos III, y que está ya muy cerca de clausurarse definitivamente en la historia, combatido por el ansia de justicia y de paz que tienen los hombres, y cuyos adversarios más implacables han sido —¿verdad santo y sabio Blas Pascal, tú uno de los más altos y puros católicos de todos los tiempos?— los discípulos del inválido de Loyola.

Y es maldita la palabra paz en la hora criminal y gloriosa al par de la colonización americana: criminal por el ansia de muerte y rapacidad de los aventureros y los frailes como Valverse el bendecidor del asesinato de Atahualpa; gloriosa por la lucha intelectual y heroica, sacrificada y fecunda de un Padre Francisco de Vitoria; un siervo de Dios, Motolinia; un fraile santo y sabio que trajo a las Indias su regalo mejor, los chanchitos de Dios: don Vasco de Quiroga; y Marcos de Niza, Jodoco Ricke con sus espigas de trigo y, con su lucha por la justicia de los indios, Bartolomé de las Casas.

Es maldita la palabra Paz, cuando los condotieros italianos asolaban la Península en nombre del Papa o de los Príncipes. Es maldita la palabra Paz, cuando los tercios españoles en Flandes, mandados por ese tigre sanguinario, el Duque de Alba, asesinan noche tras noche a los rebeldes campesinos y

ciudadanos de los burguos de los Países Bajos. Cuando en los campos de Inglaterra se matan asimismo a los pobres y se desangra y se despuebla la gran Isla a nombre de luchas religiosas y dinásticas, de entre las cuales emerge la figura sardónica y brutal de ese Pantagruel coronado, Enrique VIII, con su gran carcajada gulosa y libertina; y la inquietante estampa de la "reina virgen", de esa "moza Tudor", protectora de piratas como Raleigh y victimaria de la prima lasciva y seductora de príncipes y guardias: María Estuardo.

PAZ es palabra maldita cuando los "civilizadores" de la China, siguiendo las huellas de Marco Polo, se lanzan a salvar a los chinos que tenían cinco mil años de civilización. Cuando los monarcas europeos de Derecho Divino y el Emperador del Sacro Imperio, hacen correr ríos de sangre por las cinco partes del mundo, para mayor gloria de Dios. PAZ, la palabra maldita para quienes se oponen a las justas reivindicaciones de justicia y libertad enarboladas por los revolucionarios franceses, a partir del 14 de julio de 1789. Palabra maldita para las cortes y reyes coligados contra la Gran Revolución.

Palabra maldita para las glorias del corso Bonaparte que, cabalgando sobre la caballería revolucionaria que había derrotado a los monarcas en las tres coaliciones, se lanza a la conquista del mundo, traicionando a las palabras —igualmente malditas— de libertad, igualdad y fraternidad, pero imponiéndolas al mismo tiempo sea por su intención o a pesar suyo. Palabra maldita, PAZ, para los hombres de la Santa Alianza, que quisieron "desindependizar" a nuestra América, deshacer la obra de Bolívar y, para mayor gloria de Dios, devolver a España sus colonias perdidas y quitarnos a nosotros la libertad ganada por las malas artes de los masones de Escocia o de York... Si no hubiera sido por Canning y por el cuaquerismo buenazo de Jefferson y Hamilton, cuyas ideas de libertad americana capitalizó ante la historia míster James Monroe el de la famosa doctrina...

Palabra maldita, PAZ, para los formadores de las grandes nacionalidades agresivas y agresoras de los tiempos modernos: maldita para los Ministros de la Reina Victoria, que le ofrecían cada mañana, con el imperial desayuno, un ramo de flores y "una nueva colonia", conquistada en guerras sangrientas con los boers, los chinos, los zombies, los birmanos, los africanos del centro y del sur... Palabra maldita para los belgas —tan

pacíficos ellos— que reducían a sangre y fuego al amor cristiano y la obediencia a los negritos del Congo. Palabra maldita para los alemanes, que izaban al tope las teorías más horrendas y "cristianas" de desigualdad racial, inspiradas en un aristócrata y cristiano francés, el conde de Gobineau, para lanzarse a la hazaña de dominar el mundo por las malas y por las balas...

En los albores de nuestro tiempo, la PAZ era palabra maldita para ese remedo de su tío, el gran matador de hombres Napoleón I, el pequeño matador de hombres Napoleón III, "le petit", como le llamara Víctor Hugo, castigador de tiranos con látigos de poesía. Ese caricaturesco conquistador del mundo que se hace derrotar en México —con el sufrimiento de nuestro cristianísimo presidente ecuatoriano García Moreno, que le quiso regalar, en calidad de colonia esta tierra libertada por Bolívar— por la indomable ansia de libertad de esos hombres conducidos por el indio impasible, Benito Juárez. Ese Napoleón el pequeño que, mancillando la gloria eterna de Francia, se hace derrotar en todas partes y, finalmente, en Sedán.

Y es palabra maldita para los norteamericanos que invaden "nuestro México" y le arrebatan riquísimas porciones de su territorio, con la complicidad siniestra de esa grotesca y sangrienta "Alteza Serenísima", López de Santa Anna; y para los que hunden el buque de guerra El Maine, para tener pretexto de hacerle la guerra a la débil y desangrada España. Es palabra maldita para los que desembarcan en las repúblicas centroamericanas y caribes, en cumplimiento de la máxima del "big stick": "donde va un dólar americano, debe ir un soldado americano a protegerlo". Es palabra maldita para los imperialismos europeos que amenazan a Venezuela —la del cabito Cipriano Castro—, para obligarla a cumplir obligaciones comerciales a bala y sangre...

Luego, en 1914, después de las guerras Italo-Turca, Ruso-Japonesa y las nunca terminadas guerras coloniales; la PAZ es, como pocas veces, palabra maldita para el imperialismo nacionalista que lanza a unos pueblos contra otros en la primera conflagración de todos los países del mundo. Nuevamente la mentira racial es la gran máscara que encubre los intentos de dominación económica universal a sangre y fuego, y los "arios puros" del gran pueblo prusiano, conducidos por los ge-

nerales y los mariscales, quieren irse *über alles* para imponer al mundo la disciplina del paso de ganso.

La PAZ es palabra como nunca maldita cuando se comete el crimen de este siglo, el asesinato de la República Española, ante los ojos complacientes de lo que ya, desde entonces, se dio en llamar "las democracias occidentales". Y condenando la palabra maldita, se mata a Federico García Lorca. Y entre anatemas "civilizados" a la palabra maldita, se consuman los grandes atracos de esos asaltadores de caminos internacionales llamados Mussolini y Hitler.

Y llega el año trágico de 1939. Al son de las excraciones a la palabra inútil y maldita, se lanzan las ordas nazis sobre los pequeños países y sobre los grandes. París es aherrojada y humillada. La intelectualidad universal, cuando habla de paz, es llamada "judía" y las cifras mayores a la inteligencia universal, son llevadas a la prisión, al destierro, a la muerte: Freud, el creador de la psicología profunda; Einstein, el físico-matemático mayor desde Isaac Newton; el filósofo francés de dimensiones cartesianas, Henry Bergson y los grandes de la literatura y las ciencias y las artes del universo actual: Thomas y Henrich Mann, Stefan Zweig, Antonio Machado, Federico García Lorca, Pablo Casals, Paul Valery, Juan Giraudoux, Benedetto Croce y cien más, altas cumbres del espíritu humano, delincuentes sin perdón, que habían pronunciado con elogios la palabra maldita: PAZ. . .

Pasan los cinco años de la pesadilla universal. Y al tronar del diabólico juguete de la era actual —civilizada, cristiana y democrática— la bomba atómica, se hace la PAZ. ¿Paz? Pues desde ese momento, la lucha encarnizada pero soterraña al propio tiempo, un poco o mucho hipócrita, adopta caracteres manifiestos, insolentes, sencillamente criminales. Ya, sin embargo, se persigue como sospechosos a todos los que se interesan por la paz o pronuncian "la palabra maldita". Son civilizados solamente los que hablan —cristianamente— contra la esencia del cristianismo, su fraternidad universal, sus esperanzas de amor. Y hablan, con euforia civilizada también, de bombas destructoras, de gases letales, de guerra bacteriana propagadora de epidemias, que no perdona a mujeres, ancianos y niños. . .

En este momento, Gabriela Mistral hace oír su voz, con el valor heroico de quien sabe, como nadie, todo lo que de

hipócrita malsonanza han puesto en la gran sílaba humana, las gentes bienpensantes, los dueños de la verdad en este mundo. Oigámosla:

> Hay palabras que, sofocadas, hablan más, precisamente por el sofoco y el exilio; y la palabra "Paz" está saltando hasta de las gentes sordas o distraidas. Porque, al fin y al cabo, los cristianos extraviados de todas las ramas, desde la católica hasta la cuáquera, tienen que acordarse de pronto, como los desvariados, de que la palabra más insistente en los evangelios es ella precisamente, este vocablo tachado en los periódicos, este vocablo metido en un rincón, este monosílabo que nos está vedado como si fuera una palabrota obscena. Es la palabra por excelencia y la que, repetida, hace presencia en las Escrituras Sacras como obsesión.
>
> Hay que seguir voceándola día a día, para que algo del encargo divino flote aunque sea como un pobre corcho sobre la paganía reinante.
>
> Tengan ustedes coraje, amigos míos. El pacifismo no es la jalea dulzona que algunos creen; el coraje pone en nosotros una convicción impetuosa que no puede quedársenos estática. Digámosla cada día en donde estemos, por donde vayamos, hasta que tome cuerpo y cree una "militancia de la paz", la cual llene el aire denso y sucio y vaya purificándolo.
>
> Sigan ustedes nombrándola, contra viento y marea, aunque se queden unos tres años sin amigos. El repudio es duro, la soledad suele producir algo así como el zumbido de oídos que se produce en bajando a las grutas. . . o a las catacumbas. No importa, amigos, ¡hay que seguir!

Y ese "recado" al mundo, al mundo hispanoamericano, es uno de los grandes poemas heroicos de Gabriela; una de las grandes lecciones de esta Maestra suma, cristiana fundamental, de la línea grande de Francisco de Asís, entre los que cantan, de Blas Pascal entre los que piensan, de María Montessori entre los que enseñan.

Y es, alta, dura en voces, bondadosa siempre, la que hace "la guerra por la paz", la que nos incita a luchar, a decir, a cantar a todas horas la palabra mayor del Evangelio, esa que era el saludo cotidiano de Jesús a las gentes, la sílaba sin igual que ampara las bienaventuranzas: PAZ, "la palabra maldita".

FOTOGRAMA DE ESPAÑA 1955

Por *Álvaro* *FERNÁNDEZ SUÁREZ*

El rigor de la verdad

CASI todos los libros de viajes son malos. Esto se debe, en primer término, a que el observador busca, tal vez, efectos que no son la verdad misma. Quiere producir asombro o halagar al lector o satisfacer su propio orgullo nacional, por ejemplo. Es decir: obra de mala fe. Pero aun suponiendo que sus propósitos sean irreprochables, sucede que, como es sabido, la mente humana no puede apresar ninguna realidad sin valerse, a modo de pinzas, de instrumentos de aprensión, de lo que Avenarius llama "ideas apercipientes", criterios previos del juicio, sin los cuales no entendería nada. Pero estos criterios previos operan al modo de ojos selectivos, tomando y desechando los objetos, según preferencias a menudo involuntarias; y, además, esas ideas previas, esas pinzas, aptas para pescar unos hechos e ineptas para apoderarse de otros, al tocar la cosa, al asirla, suelen deformarla, suelen imponerle su propio molde. Todo esto parece inevitable.

Tales preocupaciones nos acuden al entendimiento al proponernos dar una impresión justa de la realidad española actual. Y a estas prevenciones se suman otras más originadas en la índole apasionante del tema.

Para no caer en graves errores tendremos que impedir que nuestras propias posiciones ideológicas y otras afectividades desfiguren la realidad que se nos ofrece. Tenemos que sacrificar toda una serie de temores e intereses personales esforzándonos por ser veraces a cualquier precio. Ese precio —se comprende— consiste en correr los más diversos riesgos y ganarnos la enemiga de unos y de otros sin más simpatías ni asentimientos que los de esa pequeña minoría que tiene avidez de verdad por encima de cualquier otra avidez, lo que suele ser pequeña ayuda.

Con este previo ejercicio ascético esperamos acertar en la

medida de lo humanamente posible. Pero aun así tenemos que precavernos, también, contra errores de orden metodológico.

En efecto, puede uno ser parcial sin querer cuando, frente a una realidad muy compleja, se toma un solo aspecto o sólo determinados aspectos. La selección intencionada o no intencionada de los temas es suficiente para que un cuadro resulte blanco o negro sin dejar de ser veraz en su limitación. Y es el caso que no podemos aspirar, naturalmente, en un trabajo de extensión razonable en su índole, a abordar todo el panorama de cuestiones posibles, aun dando por supuesto —lo que sería falso— que tengamos datos y capacidad para hacer frente a un estudio exhaustivo o meramente suficiente del tema total.

De ahí que hayamos adoptado el siguiente método: Ante todo, atenernos a lo que nosotros hemos visto; luego, citar testimonios que nos parezcan veraces y si no creemos que son veraces, decirlo; finalmente, en cuanto a la selección de temas, nos ocuparemos, principalmente, de dos visiones de la misma realidad desde dos ángulos que nos parecen bastante alejados entre sí: uno, el ángulo del turista; otro, el ángulo del español no privilegiado, el del trabajador manual.

En esta disposición nos ponemos al trabajo. Esperamos que el resultado no habrá de servir para la propaganda de nadie y aspiramos a que servirá a quien desee informarse, sea cual fuere su posición ideológica.

El ojo del turista

ESPAÑA, para el viajero, para el turista, es el país de las tres "bes": bonito, bueno, barato.

Las ciudades españolas tienen un aspecto de excelente policía y a las antiguas bellezas arquitectónicas y monumentales, al viejo sabor de un país de tanto carácter y con tanta historia, se unen los abundantes y en ocasiones magníficos testimonios de la construcción moderna. La gente que transita por las calles va razonablemente bien vestida y tiene buen aspecto. Los escaparates de los comercios —con instalaciones alegres y modernas— abundan en mercancías de toda suerte, incluso alimentos. Los precios le hacen pensar al turista que está en el mejor de los mundos posibles pues, ateniéndose al cambio monetario, España es el país más barato de Europa Occidental. Los hoteles, modernos, cómodos, algunos suntuosos, no son

caros para el viajero que viene de París o de América sino al revés, muy baratos, y el servicio suele ser muy atento. Finalmente todo viajero anota en seguida esta observación: el español sonríe y aun ríe. Hay alegría en las calles, en el trato, en todas partes. No se percibe ninguna sensación inmediata de rictus angustioso. A esto se añade esa disposición peculiar del pueblo español de acoger con amistad a todo hombre, con mayor motivo si es extranjero, pues los españoles no sienten en general recelo hacia los extraños tal vez porque carecen de complejo de inferioridad. Por lo demás, para los españoles, el hombre, en principio, es siempre un amigo, rara virtud que España no ha perdido pese a las crueles experiencias de los últimos años.

Madrid excede a las demás ciudades españolas en estos rasgos generales. Es una ciudad deliciosa, la única gran ciudad moderna que conozco donde la vida tiene, a la vez, los atractivos de la urbe y la gracia amable de una pequeña localidad de recreo. No es una ciudad monumental precisamente. Madrid carece del peso y de la gravedad de las capitales con remota historia. En su mayor extensión, sus calles y avenidas son modernas y dan una sensación de juventud. El color de Madrid contribuye a producir este efecto: es una ciudad clara con grandes masas de construcción de ladrillo nuevo, rojo. Madrid tiene una luz de plata y un color exquisito en las cosas quietas y en las cosas que se mueven: mesas de las terrazas de los cafés, de colores, desbordando en las aceras de las avenidas o bajo el verde de los parques, azul y blanco de los vehículos públicos. Madrid tiene una fina sensualidad permanente que se goza con sólo pasear por sus calles, con abrir los ojos, con dejarse mecer por su ritmo musical, menos violento que en otras capitales de su magnitud y acaso de menor actividad. Claro que si el turista desciende al metropolitano a las horas de ida y vuelta al trabajo sufrirá los estracones y apreturas que hay en todas partes. Las muchedumbres de Madrid son macizas, de una densidad que en los cauces del subterráneo produce angustia, como en otras ciudades de su tipo.

El viajero esperaba, quizá, encontrar un país empobrecido y amargo. Al contrario: lo que ve es un pueblo lleno de vida y de apariencia más bien próspera. Los restaurantes, las cafeterías, los bares, las ilustres "tascas" madrileñas, suelen rebosar de clientes que gozan el fuerte sabor de los mariscos y del buen vino. Los espectáculos que no son baratos están, sin embargo,

llenos. Más aún: es falso que los barrios bajos, con la salvedad de los suburbios dedicados a la explotación de los detritus de la urbe, tengan aspecto de pobreza. Por el contrario: la sensación es casi siempre favorable y la miseria, en la medida en que existe —y el turista tiene que suponer que existe— es de tipo marginal y se oculta.

Sensación de prosperidad

OTRA cosa notará pronto el viajero: y es que España ha experimentado un gran salto en su desarrollo industrial. Este país fabrica hoy toda suerte de objetos y máquinas y abundan las iniciativas que registran a diario las revistas especializadas. Uno tiene la sensación de que España se ha lanzado, con su pasión tradicional, por el camino de la técnica moderna, logrando éxitos considerables.

Sin embago, a poco que el viajero inquiera advertirá que este progreso industrial está frenado por dos factores: la insuficiencia de energía y la escasez de acero.

En cuanto al acero, este año (1954) la producción pasó de un millón de toneladas y casi otro tanto de hierro. Muy insuficiente para las necesidades del país. Se espera un salto en 1955 al entrar en producción las factorías de Avilés y la ampliación de las antiguas. En cambio parece haber suficiente cemento.

Por lo que respecta a la energía eléctrica el problema es más grave. La producción se ha multiplicado por tres o por cuatro con relación a 1936. Pero no basta. Tropieza con un obstáculo natural: la falta de agua. Luego tocaremos este aspecto. Los combustibles son también escasos y hay un hambre permanente de electricidad aun cuando constantemente entran nuevas centrales en producción.

En cuanto a la agricultura su situación es más desfavorable que la de la industria. El año 1953 fue malo por falta de agua. El año 1954 fue bueno en cereales. En conjunto la agricultura va a la zaga del progreso industrial y plantea problemas naturales muy serios y de solución difícil. La mecanización del campo, aunque muy activada, es insuficiente: lucha con la base de una pobreza fundamental (malos terrenos y sequía endémica).

Todo esto lo sabrá muy pronto el turista a poco que se

detenga en el país. La angustia del agua se la dirán los diarios, todos los días y sobre todo los domingos al hacer el balance de las disponibilidades de los embalses cuya contabilidad se hace pública. Es una obsesión nacional. Así sabrá que la capacidad total de los embalses se acerca a 11 mil millones de metros cúbicos y que, aun en circunstancias favorabes de lluvia abundante, la reserva de agua no supera el 40 por ciento.

A pesar de esas sombras el turista se admirará del milagro al que asiste. España sufrió una guerra civil devastadora, con tremenda destrucción de vidas y riquezas. Luego padeció una represión durísima de parte del poder vencedor y perdió a cientos de miles de ciudadanos valiosos, algunos de ellos de primer orden, no sólo muertos sino emigrados al exterior. A continuación pasó por los efectos, en gran parte funestos de la Segunda Guerra Mundial que cegó fuentes esenciales de abastecimiento. Todo ello se agravó con varios años de sequía. Finalmente, hubo de sufrir una lacra tan dañina acaso como cualquiera de las otras: la corrupción, la voracidad, de especuladores a menudo amparados por la complicidad de ciertas autoridades (cuando no eran éstas mismas los especuladores). Una orgía de robo y avidez, efecto que se podía esperar después de la guerra. Un verdadero asalto frenético al botín. Cierto: los sectores menos defendidos del pueblo llegaron a caer en la desnutrición más espantosa y muchos fueron atacados por la tuberculosis. Sin embargo, el país sobrevivió. Hizo más: se ha levantado y avanza constantemente. Es un hecho positivo. Nótese, por otra parte, que España apenas si recibió ayuda exterior y la que recibe aún hoy de los norteamericanos es insignificante. ¿Cómo se hizo todo esto? ¿Quién lo hizo? Quizás haya respuestas técnicas que aún no hemos leído ni oído en ninguna parte. Pero a falta de esas respuestas será preciso invocar un elemento metafísico, vago, incierto, pero lo único que cabe decir si no se dispone de otra información más racional y concreta: será preciso hablar de la "vitalidad", verdaderamente asombrosa, de este pueblo. Algo de esto habrá querido decir un industrial de quien oímos las siguientes palabras: "Lo hicimos los españoles a pesar del gobierno, llevando sobre las costillas enormes dificultades y además el peso de la guardia civil". El turista, claro está, si es prudente, tomará de este juicio lo verosímil y, en particular, el hecho del esfuerzo de los individuos para sobrevivir y rehacerse contra todas las dificultades, incluso

las emanadas de una Administración increíblemente venal, sobre todo —y precisamente— en la época del hambre.

Pero, en suma, el resultado que está a su alcance es muy favorable, al menos relativamente a lo que tal vez él esperaba. Está en un país vital, animado, en progreso patente, con aspectos de elemental y vigorosa salud.

¿Cómo vive el español?

SIN embargo, el viajero observador y precavido no puede contentarse con estas impresiones. Desea profundizar un poco más y se pregunta: ¿Cómo vive el español?

Esta pregunta no tendrá adecuada respuesta ni siquiera introduciéndose en el hogar de los españoles que están a su alcance. Verá, más o menos, lo que en otros países occidentales: la vivienda es escasa pero ha mejorado en cuanto a comodidades, y el español, como todos los hombres de hoy, procura comprar su heladera y su máquina de lavar que la industria del país le proporciona a precios razonables. Verá que la gente media viste correctamente y quizá no se extrañe si sabe que un buen traje cuesta entre 1,200 y 1,500 pesetas a la medida lo que para él no es mucho. Si pregunta por los salarios de un empleado se extrañará: esos salarios son bajos. Al mismo tiempo verá que ese empleado vive, muy a menudo, satisfactoriamente. Claro: hay facilidades de crédito para todo... Pero nada de esto explica las cosas. En este capítulo el viajero pasará por muchas perplejidades.

Tal vez esas perplejidades se disipen, en parte, si recurre a una información en parte estadística y abstracta y en parte directa y de inmediata observación. El viajero tendrá que hacerse un poco sociólogo y un poco economista, sin olvidar el sentido común y los aportes intuitivos.

Antes de saber cómo vive la gente será bueno preguntarse de qué vive. Es decir: inquirir acerca de la llamada renta nacional. Luego averiguará cómo se reparte esa renta. En un país tan falto de recursos como China, por ejemplo, en relación con sus 600 millones de habitantes, ninguna forma de justicia distributiva podría evitar la miseria del mayor número. Es lo que sucede, también, en la India, pese a la buena voluntad y al talento que puedan desplegar sus gobernantes. Por el contrario, en un país tan rico como los Estados Unidos sería prác-

ticamente imposible reducir a sus habitantes al nivel chino, incluso aunque se empeñaran los más ávidos tiburones y usureros pues no les convendría crear en la gente una miseria excesiva.

Según datos que tomamos de una revista de Madrid, *El Economista* (julio 1954), la renta nacional calculada en España para 1954 es de 300 mil millones de pesetas. Al terminar el año hemos visto otros cálculos privados que hacen ascender esa renta a 368 mil millones. El cálculo menos optimista daría una renta por cabeza de 10,340 pesetas anuales aproximadamente, equivalente, en el cambio paralelo (el cambio, aun el pararelo, no refleja exactamente la realidad pero no disponemos de otro elemento comparativo mejor, por el momento) a unos 260 dólares. La cifra más optimista daría 12,680 pesetas y 317 dólares.

Si nos atenemos a estos datos resulta que España tiene una renta, por habitante, de tipo medio (esto no parece dudoso) en el conjunto de los países del mundo. Los Estados Unidos alcanzan la cifra de 1,500 dólares o más por habitante, Inglaterra baja ya a 777 dólares, Francia 418 dólares, Alemania 360, Italia está por bajo de 300 dólares. España se sitúa alrededor de los 300 dólares.

La renta nacional española tiende a aumentar (en 1953 fue de 268 mil millones y en 1952 de 250 mil millones). Se espera un crecimiento considerable en 1955 al entrar en producción nuevas industrias siderúrgicas y metalúrgicas así como por incremento de la energía.

En cuanto a la agricultura imprime serias oscilaciones a la renta porque la agricultura española, como ya dijimos, sufre particularmente de la irregularidad y de la penuria de las lluvias. Los años secos baja el rendimiento agrícola y se paraliza en buena parte la industria.

Cómo se reparte la renta

ESPAÑA es un país macizo, cruzado de montañas, lo que hace difíciles las comunicaciones, escaso en carbón, escaso en agua, de suelo antiguo que no produce sin abonos, en su mayor extensión formado por una meseta de una altura entre los 700 y los 1,000 metros, cálida en verano, fría en invierno, con heladas tardías y sólo rico en algunos minerales secundarios. No se

puede comparar con la variada riqueza de Francia, con la abundancia de reservas energéticas de Alemania o de Inglaterra. Para superar todas estas deficiencias naturales necesita una dirección sensata y un trabajo muy tenaz de sus habitantes.

Por tanto, será preciso considerar las fallas debidas a la naturaleza y las debidas al factor humano. Frecuentemente se confunden y aun se invierten y pervierten en muchos juicios corrientes sobre España.

Ya hemos visto lo que han hecho los españoles con su país, por el momento, en cuanto renta y rendimientos globales. Ahora veremos cómo distribuyen esa renta.

Pero no estará de más decir algo acerca de cómo se repartió en los años de mayor penuria que siguieron a la Guerra Civil y a la Guerra Mundial. Es una información impresionante por muchos conceptos.

Hasta 1951-52 la miseria ha sido atroz en España. Pues bien: esa miseria produjo el enriquecimiento de unos pocos a costa de inenarrables padecimientos de la mayoría. Resultaron beneficiados, ante todo, los especuladores aventureros del mercado negro y sus cómplices de la política y de la Administración. Las fortunas de este sector son fabulosas. Se beneficiaron también, aunque mucho menos, los comerciantes e industriales regulares. Sin embargo, es frecuente que los empresarios antiguos y serios hayan salido empobrecidos de esa baraunda de corrupción y de codicia. Se beneficiaron igualmente los agricultores empresarios, tanto los que cultivaban tierras propias como los que las llevaban en arrendamiento (las rentas rústicas como las urbanas estaban congeladas por ley). Los mismos granjeros pequeños del norte, dedicados a la ganadería y a la madera, han prosperado manifiestamente. Esta prosperidad se debe al filtraje del mercado negro pese a la intervención oficial y a veces gracias a ella, y al alto valor de los productos, aun en el mercado libre y regular posterior. Cualquiera que viaje por la zona húmeda de clima noroccidental europeo que comprende la franja del Cantábrico, Vascongadas, Santander y Asturias, y del noroeste, Galicia, puede apreciar el mejoramiento del nivel de vida en el campo. Esta zona tiene, por así decirlo, el monopolio de la carne y de la madera. Ahora bien: la población aumenta, la industria crece y la demanda de esos productos, cuya producción no es muy elástica, no cesa de subir. Así resulta que un ternero de 300 kilos que valía antes de la

guerra 250 pesetas vale hoy 4,300. Cierto: la moneda se depreció, en general, como 7, pero el aumento de valor de los productos en cuestión subió como 17. La diferencia es el mayor beneficio que obtiene el granjero de esas regiones. Si esto sucede con los pequeños, tratándose de los grandes es preciso hablar de fortunas a veces colosales.

Volvamos a la época del hambre. Las ganancias de esa época han sido monstruosas, como hemos dicho, para toda suerte de especuladores, incluyendo, claro está, a los mejor situados, es decir, a los que tuvieron el beneficio del poder. De este modo se formaron capitales muy grandes. ¿A costa de quién? No era a costa de una elevación general de la renta puesto que la renta había disminuido sino a costa de la miseria de la mayoría. Esa miseria se cebaba en los que no tenían nada. Los obreros, empleados y funcionarios (sin excluir a los militares, salvo los privilegiados del régimen) así como los rentistas de renta fija (arruinados por la inflación) pagaron todo: el costo de la guerra, las fortunas de los especuladores, los errores y trapisondas de una Administración a menudo venal, los infortunios meteorológicos. En fin, todo. ¿Cómo pudo sobrevivir ese mayor número? ¿Cómo pudo rehacerse contra tantos enemigos y parásitos? Para nosotros es un misterio.

Esto, dicho así, no refleja el tremendo drama humano que amenazó la subsistencia misma de la nación.

Mejora la situación

LA situación mejoró en cuanto subieron las cifras de la producción y cesó el racionamiento que era una fuente de latrocinio y de desorden administrativo. La abundancia abatió los precios o, al menos, los estabilizó. Pero la injusticia en la distribución de la renta aún subsiste si bien con tendencia si no a corregirse, en todo caso a levantar los niveles generales. La propia industria está interesada en aumentar la capacidad adquisitiva del pueblo con objeto de estimular la venta y eludir la crisis de subconsumo.

Para hacernos una idea de la situación actual y real del trabajador español (nuestros datos se refieren, concretamente, al obrero manual pero valen para un amplio sector de los empleados de oficina, si bien con modificaciones motivadas por el diferente modo de vida de este otro sector) hemos examinado

documentos vivos en empresas privadas de diversa índole y hemos interrogado a trabajadores de diferentes oficios. Es decir: manejamos, a la vez, la información abstracta y general y el caso concreto. Esto es algo más y mejor que los enunciados estadísticos solos porque el dato estadístico sin el caso individual no refleja lo que realmente sucede, no da la realidad auténtica y vivida.

Nuestra principal fuente de información es una empresa que posee negocios muy variados: comerciales, industriales, dos pequeñas centrales hidroeléctricas, transportes por carretera, taller mecánico y un buque de cabotaje. Hemos estudiado los recibos de pago al personal que —ya diremos por qué— necesitan de un verdadero estudio para entenderlos.

Y necesitan de un estudio porque la reglamentación de los salarios es muy complicada. Los salarios están regulados por el Estado y no son los mismos en todo el territorio del país. Éste se divide, a los efectos del salario, en tres zonas según el grado de desarrollo económico: hay zonas de primera, de segunda y de tercera. Las aglomeraciones industriales importantes son de primera; las de mediana importancia industrial son de segunda; las rurales se clasifican en la tercera clase.

Para cada zona se fija un salario base en cada oficio o trabajo. Este salario base experimenta los siguientes incrementos:

1.—El trabajador fijo cobra todos los días del año, es decir, también las fiestas y domingos. Las fiestas que no son domingos se dividen en dos clases: recuperables y no recuperables. Cuando una fiesta es *recuperable*, el trabajador percibe su salario, pero tiene la obligación de trabajar una hora más al día hasta completar la jornada perdida. Cuando la fiesta es *no recuperable,* el trabajador devenga igualmente su jornal pero no tiene que rescatar la jornada perdida con ninguna hora suplementaria de labor.

2.—La antigüedad en el empleo motiva aumentos del 5 por ciento cada cuatro años.

3.—Plus de carestía de la vida entre el 10 y el 40 por ciento de aumento sobre el salario base.

4.—Plus familiar del 25 por ciento sobre el importe global de los salarios que paga la empresa. Este 25 por ciento se reparte desigualmente entre los trabajadores de la misma empresa según las obligaciones familiares del obrero o empleado.

Si está casado se le adjudican tantos puntos, si tiene un hijo, tantos puntos, por cada hijo más, tantos puntos. El reparto de la suma global se efectúa en proporción a los puntos de cada asalariado. Es decir: que el soltero, sea cual fuere su habilidad y rendimiento, no goza de ningún beneficio por este concepto. Sus compañeros casados, en cambio, perciben aumentos conforme a sus puntos. Esto motiva situaciones curiosas: no es muy raro que un trabajador ingrese más por concepto de puntos que por concepto de salario base.

Existen las vacaciones pagadas de 20 a 30 días por año. Las cargas sociales ascienden a un 20 por ciento del salario base por subsidio familiar, vejez y enfermedad (jubilación, viudedad); 6 a 10 por ciento por seguro de accidentes. El trabajador paga en total un 9 por ciento de su salario que se le descuenta para su contribución a los seguros, más 0.50 por ciento de cuota sindical (el otro 1.50 por ciento va a cargo del empresario).

La liquidación de los salarios es complicada por efecto de este régimen minuciosamente reglamentado y exige a las empresas un trabajo de especialista.

¿Cuál es el salario medio efectivo? Hemos barajado la nómina de la compleja empresa a que hicimos antes referencia. Esta empresa tiene negocios en zona 1ª, en zona 2ª y en zona 3ª y, como dijimos, son de índole muy variada. El ingreso medio por trabajador dio la suma de 1,066 pesetas mensuales. Al decir "ingreso medio" queremos referirnos a lo que cobra realmente en dinero el trabajador, hechos los descuentos y sin contar las cargas sociales del empresario. En la empresa citada el salario mínimo es de 800 pesetas.

¿Qué se puede hacer con ese dinero?

Lo mejor será que nos lo digan los mismos trabajadores.

Veamos lo que sucede con F. A. cuyo salario anda por la media. F. A. es obrero mecánico y conoce dos oficios: forjador y soldador. Gana mensualmente 1,042 pesetas. Tiene mujer y dos hijos. En seguida me dice que, con su salario, no podría vivir decentemente. Su mujer trabaja como costurera y le aporta 400 pesetas mensuales, pero este suplemento no es cómodo de ganar porque la mujer debe atender a la casa y cuidar de dos chicos pequeños que van a la escuela.

F. A. paga 75 pesetas mensuales de casa, alquiler bajo, lo que representa una ventaja que todos no tienen.

En su casa se come de desayuno café con leche, leche fría o leche con cacao y pan. La comida de mediodía consiste de ordinario en cocido con tocino, chorizo y un poco de carne de ternera. A veces un vaso de vino, otras un vaso de leche como bebida. La comida de la noche consta de sopa como primer plato, patatas guisadas con bacalao o pescado fresco.

El pan le cuesta 4.9 el kilo (más de una hora de trabajo): las patatas entre 1.50 y 3 pesetas el kilo (entre 25 y 40 minutos de trabajo); la carne de la mejor clase, sin hueso, 35 pesetas (8 horas de trabajo el kilo).

Respecto al vestido me dice que un traje de faena le cuesta 200 pesetas (sensiblemente cerca de una semana de trabajo); un traje de paño a la medida, algo más de 1,000 pesetas (sensiblemente un mes de trabajo).

La situación de F. A. es relativamente satisfactoria. No así la de R. F. obrero de la construcción, carpintero. Gana 28.30 diarias de salario base, pero ingresa 600 pesetas en concepto de ayuda familiar y 400 más por "mejoras". Sus ingresos son superiores a los de F. A. pero tiene diez personas de familia a su cargo. El mayor de sus hijos es una niña de 15 años y el menor tiene un año. Dice: "Con diez personas a mis costillas me veo negro". ¿Qué comen? Compran todos los días 18 panecillos a 0.90, cuatro kilos de patatas y uno de pescado. Esta familia se alimenta, pues, a base de pan, patatas y pescado. Rara vez carne. Habla de sus hijos. Los profesores dicen que son muy inteligentes y lamenta no poder disponer de medios para darles estudios profesionales. Tendrán que ponerse a trabajar muy jóvenes. R. F. trabaja 8 horas en su tarea fija y 4 horas más por su cuenta.

Otro es el caso del joven S. N. que atiende una máquina en la serrería donde trabaja. Gana alrededor de 1,000 pesetas. Es soltero y se muestra bastante satisfecho de su suerte.

Los datos anteriores proceden de una zona del norte donde se combina la industria con la agricultura y la ganadería. La población vive en aldeas y villas de pocos habitantes. Este régimen económico mixto, dentro de áreas geográficas pequeñas, permite a los obreros tener un huerto o cultivar algún pedazo de tierra en sus horas libres. En ciertos casos el resultado es muy bueno. Tenemos el caso de J. M. un inteligente

trabajador, obrero de un almacén al por mayor, que gana sólo 860 pesetas de salario mensual más la comida. J. M. tiene una pequeña granja —una vaca, un cerdo, gallinas— y cultiva algo de terreno. Le ayuda un hijo de 21 años y tiene una hija de 12. Me dice: "Ahorro íntegro mi sueldo".

En la región a que aludo el nivel es bueno. La gente está bien alimentada en todas sus capas. La situación en las grandes ciudades ya no es la misma. El trabajador, para compensar la insuficiencia de su salario normal, si quiere vivir decentemente, tiene que hacer un esfuerzo suplementario desempeñando alguna otra tarea. También, como sucede en otros países con las familias obreras, no es infrecuente que trabaje la mujer casada. Esto determina fenómenos sociales de la mayor importancia. Aquí, donde la Iglesia católica tiene tanta influencia, se predica sin cesar la protección de la familia y de la vida familiar. Pero el hecho es que las realidades económicas y en particular el trabajo de la mujer casada dañan a la familia y, en muchos casos, apagan materialmente el fuego del hogar. Es decir: no se enciende fuego. La cocina va haciéndose muy sumaria. Las mujeres jóvenes, a menudo, han olvidado el arte culinario tradicional de sus mayores. Las comidas se componen, muy a menudo, de pan, conservas de pescado, productos preparados industrialmente. Comida cara y no muy buena, claro está. El tradicional cocido madrileño —potaje a base de patatas, garbanzos, verduras, chorizo y carne— cuya calidad lo hizo famoso, alimento común del español de la zona central, ha desaparecido o se convirtió en plato de excepción, no sólo porque resulta caro sino porque no hay tiempo para cocinarlo.

Creo que la calidad de los alimentos populares ha bajado desde la época de la República. Creo también que, como en todo el mundo, el trabajador aspira a otras satisfacciones: va más que antes a los espectáculos, tiene radio y cosas semejantes, y come peor.

Esto es lo que podríamos llamar situación general o media. Por supuesto, para completar el cuadro, sería preciso registrar en él los casos más ventajosos, dentro del proletariado, pero excepcionales, y los casos, más abundantes, de quienes ganan jornales inferiores a los señalados o por razones especiales viven peor.

Se registra, sin duda —también es preciso consignarlo— una tendencia al mejoramiento a medida que va aumentando

la renta nacional y ya dijimos que aumenta con relativa velocidad. El aumento se produce por dos motivos: por el nacimiento de nuevas empresas y el mayor desarrollo de las antiguas y por la mejoría de la productividad lo que suscita, como se sabe, un paro técnico previsto. Esto en la industria. En la agricultura también se nota progreso, pero no así en la pesca que sufre por desviación de las especies de sus rutas o por disminución de las que viven en los bancos habituales.

Al aumentar la producción, sobre todo en la industria, los empresarios se inquietan por falta de suficiente mercado interior y ellos mismos reclaman medidas para elevar el poder de compra del público. Uno de los medios de levantar ese poder de compra es aumentar los salarios. Como se ve no es filantropía sino economía.

Entiendo que la renta española no se raparte con equidad entre los diferentes partícipes pues el capital se lleva una parte mayor de lo justo. Ahora bien: los economistas pueden justificar este fenómeno y reputarlo una ventaja. La ventaja consiste en que se necesita forzar la capitalización con objeto de atender a las necesidades de equipamiento industrial y a las grandes construcciones de energía y de riego que absorben, al año, muchos miles de millones. Estas sumas tendrían que venir de fuera, como ha sucedido en otras naciones europeas, sobre todo Francia, Inglaterra y la misma Italia o formarlas dentro a costa de un ahorro obligado. Pero este tema desborda el cuadro de nuestro "fotograma".

No he podido realizar comprobaciones directas acerca de la situación de los trabajadores agrícolas en la España seca. Las opiniones que se oyen indican que en ciertas partes de Andalucía el nivel campesino es miserable. Así, en una de las zonas más pobres del país, la provincia de Almería, muy poblada, seca y escasa en recursos, los salarios caen al tipo inverosímil de 16 pesetas diarias. Allí donde se introduce la maquinaria moderna para la agricultura se ha producido, al menos de momento, una menor demanda de brazos y el estado del trabajador ha empeorado más aún.

Por otra parte, el *Anuario Estadístico de España,* publicación oficial, en sus páginas 514 y 515, registra un salario medio real para los años 1952-1953 que oscila, en el campo y en la ciudad, entre el 45 y el 51 por ciento de lo que era en 1936, es decir, durante la época de la República. Es cierto que el salario aumentó en 1954 pero no hay la seguridad de que este

aumento sea "real". De cualquier modo estos datos oficiales sitúan el nivel de vida de los trabajadores españoles muy por bajo de 1936 y justifican el generalizado descontento de la clase obrera española.

La situación sindical

Si la clase trabajadora gozase de libertad sindical reclamaría un trato mejor. Pero el obrero español carece del derecho de agremiación libre y la huelga está rigurosamente prohibida. La representación del trabajador la tienen los sindicatos verticales, parecidos a las corporaciones fascistas italianas de la ante-guerra. El mero intento de organizar sindicatos fuera del encuadramiento oficial acarrea severas condenas. La pertenencia al sindicato vertical es obligatoria para empresarios y obreros. Como hemos visto en otro lugar, la cuota sindical se recauda como si fuera un impuesto (el empresario paga 1.50 por ciento y el obrero 0.50 por ciento del salario a este fin). En la masa total de salarios ese 2 por ciento representa una suma de cientos de millones que va a alimentar una cuantiosa burocracia y ha creado dilatados intereses adictos a una situación de la que viven.

La dirección de los sindicatos está en manos, en último extremo, de la autoridad política. Cierto: los afiliados tienen derecho a elegir determinada jerarquía de cargos. Estos cargos —se nos asegura pero no hemos podido comprobarlo personalmente— están en manos, frecuentemente, de los mismos dirigentes sindicales en otro tiempo socialistas y anarquistas. En todo caso, las elecciones no se realizan en un ambiente de libertad y de seguridad del elector ni del candidato, y el poder estatal se reserva, siempre, el derecho de veto y puede destituir a los que juzgue indeseables.

Entiendo que el trabajador no ha sido integrado en el régimen a pesar de los esfuerzos que se hayan realizado en este sentido. Semejante integración es, claro está, formal. No es íntima y verdadera. Si lo fuese, por cierto, constituiría una excepción en Europa donde, ni siquiera en las democracias, hay integración efectiva del obrero en la comunidad. La regla es, por el contrario, la secesión. Nos parece que si desapareciera el régimen actual los obreros aparecerían, de la noche a la mañana, encuadrados en los partidos y sindicatos donde

han militado tradicionalmente. Sin embargo, actualmente el sector obrero español no da muestras de resistencia activa contra el régimen. Esa resistencia se produjo, en forma de huelgas y a pesar de la represión oficial, en los anteriores años de hambre. Al parecer, la mejoría de las condiciones de vida aplacó esas tensiones encerrando el descontento en los límites de la protesta verbal y de reclamaciones por la vía de los mismos sindicatos oficiales. Los empresarios se quejan de que el obrero trabaja a desgano y se ha hecho insolente e indisciplinado, por efecto del descontento.

Las paradojas de la política

El régimen español, como es notorio, triunfó aliado a la Italia fascista y a la Alemania nacionalsocialista en la coyuntura temporal del mayor auge que tuvieron las ideologías del totalitarismo de derecha antes de la guerra de 1939. Sin embargo, el movimiento que encabezaba el general Franco contra la República era complejo y comprendía desde la Falange hasta los monárquicos de tradición liberal. En él estaban todas las derechas tradicionales con el apoyo de la Iglesia y el brazo ejecutivo del Ejército. Estas fuerzas de derecha formaban el grueso del movimiento y sus intereses pesaban demasiado frente a la exigüidad numérica y a la menor gravitación de intereses económicos de la Falange. De ahí que no pudiera haber, en España, realmente, aunque lo hubiera oficialmente, un partido único de los vencedores. Más tarde, triunfantes las democracias en la Segunda Guerra Mundial y derrotados los totalitarismos europeos de derecha, las fuerzas del movimiento se dividieron al colocarse en la oposición los monárquicos, y la influencia de la derecha tradicional y de la Iglesia se acrecentó. Por lo demás ninguna de las fuerzas políticas españolas invoca su relación, y menos su filiación, su parentesco, con los regímenes totalitarios depuestos en Europa, y menos con el nacionalsocialismo. Más bien se procura olvidar que hubo una alianza efectiva con esa doctrina y con aquel gobierno: causa vergüenza e inquietud, por muchas razones, evocar esa alianza con la filosofía y la práctica política más anticristiana e inhumana de la historia occidental.

Hoy, el sistema político español es de índole autoritaria, aunque no totalitaria. El régimen ostenta una filosofía oficial

que se apoya en los dogmas católicos. El poder efectivo está en manos del Jefe del Estado que lleva el título de "caudillo". Existen órganos formalmente representativos y se realizan unas elecciones con lista única o dos listas, una oficial y otra tolerada, y esta última siempre en el cuadro del propio movimiento político victorioso en la Guerra Civil. Los resultados de tales elecciones, efectuadas sin libertad alguna de propaganda y sin partidos, son previsibles. Por tanto no cabe hablar de una verdadera representación popular ni siquiera atenuada o limitada.

Hay un cuadro de libertades del ciudadano que lleva el nombre de Fuero de los españoles. Estas libertades son ya de por sí, enunciativamente, limitadas, y permiten al gobierno adaptarlas a sus necesidades de poder. Si esto es así en teoría, lo será con mayor motivo en la práctica, llegado el caso de que la autoridad desee pasar por encima de esas barreras teóricas. Por lo demás, falta la más esencial de las libertades: la misma libertad de opinión, aun en cuestiones teóricas y doctrinales y existe la previa censura para los periódicos y los libros.

Este cuadro quizá induzca a creer que los españoles viven en una atmósfera de terror policiaco. Pues bien: fieles a la verdad diremos que no. De hecho la acción policiaca se ejerce con discreción y es raro que el particular sufra molestias. El individuo habla, protesta, va y viene, opina de viva voz, sin que se le persiga. Parece ser que se ha establecido un tipo de libertad *sui generis* que protege al individuo en su hogar, en su trato privado, en sus opiniones expresadas por la palabra. Pero esta libertad se acaba cuando ese mismo individuo se asocia con otros para una acción política, no digamos ya para formar un partido, pues entonces se encuentra con el presidio y una extremada dureza represiva. La libertad "privada" es tanto mayor para el individuo cuantos mejores títulos pueda presentar como adicto al movimiento y, sobre todo, ex combatiente franquista. Claro que el mismo ex combatiente, si su enemiga se expresa en forma peligrosa o por medio de organizaciones, sufre las consecuencias represivas del poder. La libertad "privada" es menor si el sujeto fuese conocido como adicto a ideologías adversas al movimiento franquista o ex combatiente del bando vencido. De ahí que las manifestaciones de oposición más crudas y desembarazadas se den, precisamente, no en los adversarios del régimen vencido —éstos procuran mantenerse apartados de la política— sino en los que fueron adictos y dejaron

de serlo o sin dejar de serlo básicamente están disconformes con determinados aspectos de la situación.

Un factor difuso pero de gran efectividad que modifica el carácter antiliberal del régimen es el espíritu de la sociedad española. El español no profesa ningún fetichismo por el poder estatal. La soplonería y el celo excesivo en pro del gobierno son de mal gusto en España, siempre lo han sido, y aun los partidarios más resueltos experimentan cierto pudor de mostrar una adhesión servil a los poderosos. En cuanto a las reacciones fanáticas sólo se dan en momentos de gran tensión. Por eso la sociedad, lejos de colaborar con el gobierno en la persecución de la disidencia, le brinda un amparo espontáneo y le profesa, a menudo, un instintivo respeto, el respeto que merece la hombría y la independencia, cosa que muchas veces no se encuentra en otros países en condiciones semejantes.

En todo español, sea de derecha o de izquierda, hay una fijación muy arraigada de libertad natural, humana, anterior a toda formulación jurídica y aun ideológica y más profunda que todo concepto. El español es un guerrero libre con un arraigado sentimiento de la dignidad personal. Al mismo tiempo profesa por instinto un realismo vehemente que exige una concordancia entre las palabras, las fórmulas, y los hechos. Por eso cuando habla de gobierno quiere un gobierno que lo sea al extremo, un poder fuerte. Pero quiere también que ese poder fuerte no atropelle sus propios derechos y, si acaso, que sirva para aplastar a sus enemigos o a sus contrarios. De ahí esa mezla de extremosidad autoritaria y de extremosidad libertaria. Diríase que el ideal político del español consiste en mucha dictadura y mucha democracia, todo al mismo tiempo. Claro está que es muy difícil reducir a expresión conceptual y a regla jurídica semejante ideal. Pero sucede que en España las categorías comunes de razón funcionan de un modo especial en estas materias. Prevalece una lógica vital que no se ajusta exactamente a la lógica formal e intelectual de otras sociedades. Es difícil saber si esa lógica vital, actuando de la única manera en que semejante lógica puede actuar, es decir, viviendo, llegará, alguna vez, a construir instituciones capaces de conjugar, en la práctica, esas contradicciones, esa tensión entre autoridad extremada y libertad extremada. No es imposible. Pero se necesitaría un largo vivir de tanteo, una evolución afortunada y una coyuntura que no es factible crear por la acción artificiosa de la inte-

ligencia y de la voluntad actuando conforme a un plan, a un esquema previo.

Otro aspecto fundamental es el que se refiere a la igualdad. Teóricamente todos los españoles son iguales ante la ley. Pero, de hecho, no hay tal igualdad. Por de pronto, los vencidos en la Guerra Civil y los disidentes del dogma oficial sufren limitaciones efectivas o un trato de disfavor. Cierto: pueden ejercer profesiones libres y a menudo las ejercen con gran brillantez y los consiguientes beneficios. Pero hay actividades, incluso privadas, para las que se exige un certificado de adhesión al régimen. Por otra parte, la participación en cargos públicos, honores y ventajas emanadas del poder se reserva a los adictos y muchos funcionarios de carrera, destituidos por haber colaborado con los gobiernos republicanos, continúan separados de sus empleos.

En este punto conviene decir algo importante en punto y aparte. Las prebendas, ventajas, subvenciones, premios, concretamente los premios literarios, se otorgan atendiendo, muy a menudo, a criterios políticos. Sin embargo, nos parece que esos criterios políticos son menos políticos de lo que parece. Sucede, más bien, que la política se ha convertido en un pretexto que los intrigantes utilizan para deshacerse de sus competidores. La recomendación política ha sido, en la primera fase del régimen, una garantía contra la irrupción de sus adversarios en las posiciones directoras y un modo de reservarse esas posiciones. Hoy, relajadas las tensiones políticas, triunfan y deciden individuos sin más ideal que la codicia, el afán de lucro, la voracidad, a menudo patológica. La verdadera pasión dominante no es la ideología sino el ansia de dinero y de ventajas de toda suerte. Este tipo humano está relegando al otro, al ideólogo, al simple, al partidario, al héroe de guerra, y es quien da el tono actual del régimen.

Este fenómeno se relaciona con otro muy interesante: y es que España, país de florecimientos tardíos, no había asimilado, antes de 1936, el espíritu capitalista moderno. Prevalecía aún cierto espíritu de ética tradicional y de ideales de vida anteriores al capitalismo. Pues bien: ahora vive una orgía capitalista con retraso. El ansia de dinero, y también el afán de iniciativas y de actividades, lo domina todo. En este sentido España tiene una atmósfera vital mucho más cercana a la de los Estados Unidos que cualquier otro país de Europa Occidental. Es la furia del enriquecimiento. Esta furia moderna

se combina con viejos recuelos y, en ciertos casos, determina situaciones y tipos de una increíble iniquidad. Tanto es así que el hecho ha acabado por alarmar a los elementos más clarividentes del régimen y de la Iglesia católica. Hemos leído artículos, firmados por miembros de la Compañía de Jesús, en los que se denuncia el contraste entre una exhibición de moral sexual más que ortodoxa junto a una asombrosa inmoralidad en cuestiones de dinero, en asuntos administrativos, en tratos de intereses. Un indicio de que esta realidad ha tomado conciencia es el éxito de una obra de teatro de que es autor Joaquín Calvo Sotelo. El drama se titula *La muralla*, una muralla de complicidad social y familiar que trata de impedir al protagonista efectuar la restitución de ciertos bienes a favor de un "rojo" que fue despojado por él con malas artes. La conciencia del personaje despierta y siente la necesidad de poner de acuerdo sus creencias religiosas y la ética cristiana que dice profesar con los hechos. Los familiares y amigos forman "muralla" para defender sus intereses sin importarles que el sujeto se condene. Es significativo el desenlace: el protagonista muere sin poder llevar a cabo la restitución. Esta obra toca, evidentemente, una cuestión viva y sentida.

Con todo, es justo decir que subsisten, en este país, admirables ejemplares humanos, con una capacidad de reacción caballeresca y desinteresada que sorprende favorablemente a muchos viajeros por contraste con otros países europeos donde la metalización caló muy profundamente y domina en las clases populares determinando una atmósfera humana de mayor sordidez. Pero, claro está, lo que bulle más y más arriba es el otro ejemplar, una espuma sucia en gran parte originada en la resaca y la turbulencia de la guerra y de la post-guerra.

El régimen conserva, con todo, una gran estabilidad, debida, sobre todo, a un factor negativo: al miedo a las posibles consecuencias de un cambio. El recuerdo de la atroz Guerra Civil pesa demasiado y hace a todo el mundo, sin excluir a los opositores más resueltos, extremadamente cauto. Muy pocos desean que se produzcan perturbaciones susceptibles de interrumpir la paz interior y este sentimiento, en parte cultivado por intereses del grupo gobernante, actúa de freno para cualquier iniciativa política.

Por otra parte, el español se encuentra, a este respecto, en una situación que no difiere mucho de la que prevalece en

otros pueblos europeos. Porque es un hecho que, en toda Europa, domina un desaliento político motivado por el fracaso sucesivo de toda suerte de ensayos de vida comunal y esto hace que la gente se atenga a lo que tiene, aun sin prestarle asentimiento cordial. Se trata de una modalidad de lo que nosotros hemos llamado, en otros trabajos, *estiaje de la fe subideal*, cierta atonía del espíritu creador de la civilización y, en política, el escepticismo respecto a la virtud salvadora de cualquier fórmula. Vivir, sobrevivir y esperar parece ser la consigna más o menos consciente de esta época en un mundo viejo y cansado, en esta Europa Occidental cargada de experiencia.

Sin embargo, con relación a España, tenemos que anotar lo siguiente: el país está vivo y fundamentalmente sano. Sobre esto no hay duda. La mejor prueba está en que se anuncia una generación de jóvenes con un espíritu de independencia y una lucidez de juicio que no cabía esperar. La juventud no es conformista ni tonta y parece animada por una concentrada pasión de autenticidad y de verdad. Pero —tal vez característica de los tiempos— su rebeldía no es ilusa ni algarera sino más bien grave.

¿QUE HA HECHO LA UNESCO EN ESPAÑA?

Por *Juan* CUATRECASAS

Responsabilidad de la UNESCO

DECÍAMOS en un anterior ensayo *(Cuadernos Americanos,* 3-1953) que la resultante tan discutida del ingreso de España en la Unesco dependería en definitiva de las actividades desarrolladas por la Unesco misma. Este organismo se halla en condiciones de iniciar la obra de elevación y dignificación cultural que necesitaba el pueblo español en espera de que los organismos políticos de la ONU le ayudaran a salir de la opresión franquista. La responsabilidad de la Unesco era —y continúa siendo— extraordinaria; se le brinda la oportunidad de desarrollar su labor en una zona humana muy necesitada de información, de pedagogía científica y de libertad. Ahora nos preguntamos: ¿qué se ha hecho para aliviar esta herida sangrante de la cultura ibérica? ¿qué ha hecho la Unesco para rectificar la obra nihilista y fanatizante de la enseñanza oficial de la España franquista?

En la última Conferencia General de la Unesco que tuvo lugar en Montevideo, en noviembre de 1954, que fue la primera asamblea general realizada en una ciudad de habla española, fueron presentadas muchas reclamaciones relativas al problema escabroso de las *relaciones* entre la Unesco y España. Una de ellas denuncia la persecución del idioma catalán documentando los puntos concretos de incumplimiento de los principios y medidas de la Constitución de la Unesco y de la Declaración de los Derechos Humanos, a la cual están supeditados todos los Estados-Miembros de la Unesco y que fueron suscritos por el Gobierno del General Franco en el documento de aceptación depositado por el embajador Primo de Rivera en el Foreign Office el 30 de enero de 1953. Esta importante reclamación iba suscrita por ocho intelectuales catalanes: Pablo Casals, J. Ba-

tista y Roca, P. Bosch Gimpera, José Carner, Nicolau d'Olwer, R. Patxot y Jubert, Augusto Pi Sunyer, M. Serra Moret.

Entre otros muchos documentos inspirados en el mismo deseo de recabar el cumplimiento de la Constitución de la Unesco, los intelectuales hispanos residentes en la Argentina presentamos a la consideración de la Asamblea la discusión de tres aspectos del problema: 1º) la autenticidad de la representación cultural española; 2º) deberes de la Unesco para con España; y 3º) propuesta de una investigación documental sobre la tensión psicológica-pedagógica en España y medios de resolverla. Parece que por consideraciones de orden burocrático tales documentos no fueron debatidos oficialmente en el seno de la Conferencia, con lo cual no se disminuye su valor moral ni sus razones jurídicas; y en cambio se debilita la posición moral de la organización, ya que es una claudicación de sus autoridades el simple hecho de no preocuparse de las violaciones de la Constitución y de las bases de la Unesco.

Es evidente además, que ante la profusión bibliográfica americana de los intelectuales españoles en el destierro y el volumen de la extraterritoriedad universitaria todavía vitalizada por el fenómeno mismo del exilio, la posición de la delegación oficial española justificaba las palabras que transcribimos dirigidas a la Asamblea general: "¿Cómo pueden aportar su labor de pacificación y de educación internacional los emisarios de un Estado que se basa en la intransigencia, en la desigualdad política, en la negación de los valores intelectuales y culturales? ¿Cómo pueden colaborar a la obra internacional de la cultura unos pocos hombres muy eruditos que no han sabido defender la convivencia cultural de su patria ni proponer soluciones para la reintegración normal de la cultura de su pueblo? ¿Pueden sentarse en las bancas de la Unesco unos hombres que con el silencio se adhieren al genocidio convertido en ley por voluntad absoluta del gobernante que los ha designado? ¿Pueden colaborar a la pacificación espiritual y cultural del mundo civilizado quienes después de quince años de haber visto terminar una contienda civil ya superada por casi todos los españoles, persisten en alimentar la guerra psicológica del genocidio en su propia casa?" La presencia de este pequeño grupo de delegados oficiales de una *España imperial* en una asamblea científica-pacifista como la de la Unesco, constituye una paradoja que

actualiza el problema planteado en este ensayo. Veamos algunos de sus aspectos.

La Unesco había demostrado un extraordinario interés en incorporar a España en su organización. Y así lo hizo prematuramente, a pesar de los serios motivos políticos que se oponían a dicha incorporación. Tales motivos procedían de la propia organización de las Naciones Unidas, las cuales habían documentado el carácter totalitario nazi-fascista del régimen franquista, superviviente del famoso y ya olvidado eje Roma-Berlín-Tokio contra el cual se desarrolló la última guerra mundial y contra cuya posible reminiscencia surgió la idea de la creación de la ONU. Solamente la amnesia de los que hoy dirigen el mundo puede explicar esta vergonzosa supervivencia del fascismo.

En el famoso proyecto de Dumbarton Oaks ya se afirmaba que el nuevo organismo internacional tenía por finalidad "velar por la paz y la seguridad internacionales, tomando a este fin medidas colectivas y eficaces para prevenir y eliminar amenazas a la paz y reprimir los actos de agresión u otros atentados a la paz y lograr por medios pacíficos el ajuste y solución de controversias internacionales que sean susceptibles de perturbar la paz". También cabe recordar que en el capítulo LI del proyecto de Dumbarton Oaks figuraba también el siguiente principio fundamental: "Los miembros del Organismo se abstendrán de prestar ayuda a todo estado contra el cual el Organismo tome acción preventiva o compulsiva. El Organismo debe velar por que los Estados que no sean parte de él actúen de acuerdo con los principios expuestos en la medida necesaria para mantener la paz y la seguridad internacionales". Con ello se reconocía que "el control de la guerra no es en sí un fin; es más bien la remoción de un obstáculo que se levanta en el camino de la realización de los ideales humanos".

La fuerza en que se basaba la creación de la Organización de las Naciones Unidas era ante todo una fuerza moral. Era el reconocimiento de que las necesidades de estabilización de la sociedad humana en todo el orbe no podían ser satisfechas por la persistencia de las tiranías, ni por la explotación del estado de esclavitud, ni por la consolidación de caudillos medievales que cabalgasen sobre un pueblo de súbditos sumiéndolo en la ignorancia y en la impotencia. Bien lo decía en 1940 el magnífico informe preliminar de la Comisión americana designada

por Roosevelt: "El mundo moderno en nada se parece a aquel que fue unificado por las legiones de Roma; los pueblos que lo integran no son, ni bárbaros, ni representantes de civilizaciones en decadencia, aunque muchos aún deban recibir lecciones de libertad y de los principios esenciales de dignidad humana". Y a pesar de ello, al pueblo de España se le trata hoy como un pueblo bárbaro, al que se niega todo derecho, incluso el que se concede a los países derrotados en la última guerra y a los pueblos coloniales. La aprobación del estatuto del Sarre, y del llamado tratado de París, por el parlamento de la República federal alemana es un testimonio reciente del respeto que al ciudadano alemán se concede; lo mismo que las elecciones celebradas hace poco en el Japón, permitiendo a los japoneses expresar su voluntad política a través de los distintos partidos que los habrán de representar en la Dieta. La realidad es que los alemanes pueden organizarse en república federal occidental, mientras que ello resulta imposible para los españoles, sojuzgados por un grupo minoritario sostenido por la misma diplomacia occidental.

No solamente se aparenta ignorar la ausencia total de derechos de que *disfruta* el pueblo hispánico, sino que por una confusión de palabras y de conceptos se ha sancionado y reforzado el poder ilegítimo y antidemocrático de un caudillo odiado por todo el pueblo, sostenido por la crueldad de un artefacto policial y representante de los principios más antagónicos de los de la democracia. No es el pueblo ibérico el que necesita lecciones de libertad y de dignidad humana, sino sus gobernantes. ¿Por qué no les dan estas lecciones quienes tienen autoridad oficial para hacerlo?

Hasta a los pueblos primitivos se les reconoce en el mundo actual el derecho de autodeterminación: "Los pueblos primitivos poseen un derecho colectivo fundamental a la autonomía política. Cuando se les ha privado de ella, debe serles devuelta en una forma elaborada con su cooperación, que permita hacer frente a las presentes circunstancias de contacto con el mundo civilizado". Y quiérase clasificar a España como "pueblo primitivo" o bien como pueblo civilizado, en ningún caso se justifica que permanezca al margen de la comunidad de naciones. Privar a un pueblo de los derechos más fundamentales proclamados por la unanimidad de los representantes de todas las naciones es una tremenda responsabilidad para

quienes tienen en sus manos los resortes necesarios para devolverle tales derechos. Y mucho más para quienes son muy responsables de la pérdida, por la complicidad internacional del proceso que sostiene todavía al franquismo. Decir que el pueblo no está preparado o que el momento no es oportuno es un delito. Por eso la Unesco debía haber dado los pasos necesarios para la reintegración hispánica en el mundo civilizado, que es el mundo de la cultura científica, sobre las bases de una igualdad de derechos y de una completa independencia política.

Importancia de la educación en la democratización de la conciencia mundial.

Uno de los problemas más interesantes del mundo actual es el de la educación para la convivencia en una comunidad mundial. Es verdad que la mayoría de las gentes quizás no estén preparadas para la cooperación mundial. Pero la comunidad se ha creado y subsiste gracias a un núcleo orientador. Las organizaciones internacionales de hoy, las Naciones Unidas y la Unesco, tienen por principal finalidad desarrollar la cooperación internacional en forma eficaz e intensiva para alcanzar la integración de todos los Estados en una democracia universal.

La colaboración internacional debe basarse no tan sólo en valores morales sino en la experiencia concreta de las relaciones técnicas y filosóficas que permite a los distintos pueblos conocerse mejor a través de los especialistas y de los hombres más representativos de su cultura. Y éste es el camino que siguen las organizaciones internacionales de hoy. Una de las preocupaciones fundamentales que se expresaron durante los debates de la Asamblea de la Unesco en 1952 fue la de conseguir, progresivamente, una auténtica universalidad y asociar a sus trabajos a los hombres de ciencia de todas las regiones del globo. Para ello se creó el *Consejo Internacional de Filosofía y Ciencias Humanas,* que incluye numerosas organizaciones tales como la Federación Internacional de Estudios Americanos; la Unión Internacional de Orientalistas; la Sociedad Internacional de Musicología; la Unión Internacional de Ciencias Antropológicas y Etnológicas, etc.

La poderosa fuerza del progreso moderno es la ciencia, en todos sus aspectos, incluso el filosófico, inseparable de la metodología y de la técnica. No podemos separar esencialmen-

te los problemas económicos de los problemas técnicos y sociales, aunque sean distintos en su detalle y representan aspectos distanciados de la vida civilizada. Como dice A. Mayer (*Bulletin Int. Sciences Sociales*, 1951, Nº 3) en un trabajo dedicado al examen de los problemas de la alimentación en la ONU, "tales problemas no están aislados, como no lo están las funciones de una sociedad, no las funciones de un organismo. Es imposible mejorar la técnica sin educación, cambiar un equipo sin previo bloqueo; vender los productos sin aumentar el poder de adquisición; obtener este aumento sin asegurar el pleno empleo y la suficiente remuneración de los trabajadores; y asegurar ambas condiciones sin mejorar la técnica. La interdependencia de los problemas planteados por la sociedad, aparece evidente".

El carácter social del trabajo científico es la nota dominante del actual momento de la técnica científica. El poder de creación de un investigador se halla reforzado por las posibilidades del trabajo en equipo y los errores de un técnico son evidenciados por un compañero de grupo o viceversa. La colaboración técnica es capaz de ayudar a descubrir hechos y datos que aisladamente quizás no se hallarían tan fácilmente. Pero no todo se reduce a la colaboración técnica de grupo sino que es necesaria la colaboración amplia de todos cuantos puedan aportar algo positivo al progreso de un tema, como resultante suprapersonal de elaboración científica. También es preciso una colaboración psicológica o epistemológica, que sitúa los problemas en un plano filosófico, sin lo cual el progreso se empaña y se detiene. Ahí reside el secreto del carácter social de la técnica moderna y de su importancia filosófica y política.

Los progresos de la medicina en nuestro siglo, al igual que los de la física y la biología en el siglo pasado, han contribuido a la elaboración de una nueva mentalidad social. Este fenómeno no debe ser olvidado; y la creación de la Unesco respondió a una necesidad de dar "estado académico" a tal realidad social. Porque todos los descubrimientos llovidos hogaño en proporción asombrosa, son algo más que adelantos concretos en una rama especializada del saber. Como dice justamente Hans Reichenbach: "no es sólo una marcha triunfal de descubrimientos industriales; representa, al mismo tiempo, una línea de *rápido progreso de los poderes del pensamiento abstracto* (el subrayado es nuestro) y ha conducido a construcciones puramente teóricas de la más alta perfección, como la teoría

de la evolución de Darwin o la teoría de la relatividad de Einstein y ha ejercitado a la mente humana en la comprensión de las relaciones lógicas que habrían parecido incomprensibles al hombre culto de siglos anteriores".

La principal eficacia histórica de la organización de las Naciones Unidas consiste precisamente en la colaboración técnica realizada dentro de las instituciones especializadas. Allí, en su seno, los hombres técnicamente representativos de los distintos países se conocen, se sienten movidos por un compañerismo que se aproxima a la sensación de fraternidad, y se hallan en contraste con el concepto del *área geográfica*. Es decir, que la composición de tales organismos técnicos constituye de por sí una garantía contra los *estereotipos nacionales y sociales*.

Citaremos el ejemplo de uno de estos equipos de expertos: el de la "Comisión Económica para Europa en las Naciones Unidas". Veamos lo que sobre ello nos informa Roger Girod en un artículo del *Bulletin International des Sciences Sociales*, 1952, Nº 4, referente a la influencia de dicho organismo sobre la mutua comprensión internacional de los problemas económicos. Los trabajos de la Comisión se desarrollan en dos series de procesos: 1º) cristalización en una idea de la situación objetiva, y 2º) difusión de esta concepción hacia las conciencias dirigentes y populares. Porque (y esto es muy interesante) los estudios de la C. E. E. se publican bajo la sola responsabilidad del secretariado de la entidad, sin estar sometidos a la previa aprobación de los gobiernos. Ésta es la base de la fuerza de las resoluciones técnicas. Ésta es la gran superioridad de la magna organización internacional. Los escépticos creen que la deformación política es capaz de esterilizar todo el contenido de universalidad y de ecuanimidad de la doctrina. Ello es sólo parcialmente cierto. Pero en las organizaciones técnicas no gravita la presión política, y por ello su fecundidad es verdadera.

Los integrantes de la Comisión Económica Europea son todos universitarios de alto rango, especializados en técnicas de investigación y conocidos por sus trabajos. No están sujetos a ninguna coacción, pues podrían volver a ocupar sus cátedras o anteriores cargos caso de no trabajar a gusto. Transcribiré los siguientes párrafos de R. Girod: "Al leer sus publicaciones redactadas en común, se constata que, como equipo, conciben la vida económica y la sociedad como realidades cuyo desarrollo global se puede orientar *racionalmente*, cuando parezca necesa-

rio, mediante planificaciones. Ellos piensan que las actividades económicas deben ser orientadas en el sentido de la elevación del nivel de vida de las masas y que es una gran falla el dejarlos caer en el caos de la lucha de los intereses parciales".

"Ni en ellos ni en sus trabajos, ni en su modo de pensar, afloran los prejuicios nacionales. Es muy probable que su cultura haya modelado su espíritu en este sentido..." "En conclusión, parece que dichos expertos piensan así como ciudadanos *de Sirius* con las ventajas y los inconvenientes de tal posición". Por otra parte, en el "Rapport" preliminar publicado por el Consejo Económico y Social de la ONU, en mayo de 1952, señala los hechos más destacados que durante nuestro siglo han contribuido a forjar la idea de una interdependencia material de las naciones del mundo: las rudas realidades de la vida económica, las aplicaciones de la ciencia y de la técnica modernas, el desarrollo de los medios de comunicación y transporte, los nuevos conocimientos sobre la etiología y propagación de las enfermedades; todos estos procesos han conducido a reconocer que los 2,400 millones de habitantes del mundo deberán encontrar, quieran o no, el medio de vivir en buena vecindad y de organizar la distribución equitativa de los recursos del planeta.

Richard Titmuss sintetiza la importancia del citado trabajo técnico *(Bull. Int. Sc. Sociales,* 1952, Nº 4, p. 790), en las palabras siguientes: "Tal nueva noción de la interdependencia de las necesidades humanas en el mundo representa uno de los progresos morales más importantes del siglo XX. Admitir la noción de interdependencia es, en cierto modo, admitir una obligación mutua; y esto ya es un progreso. Hay que reconocer que hasta el presente no se ha hecho gran cosa para la aplicación de este principio en un mundo puesto de cara al miedo y desgarrado por ideologías contrarias. Pero esto no es sorprendente en la perspectiva de la historia social del mundo; el hecho notable es que en el siglo XX, la sociedad humana se ha atrevido por fin a considerar el bienestar de toda la raza humana como un objetivo para realizar". Y añade Titmuss: "La Organización de las Naciones Unidas tiene, entre otras tareas, la de estimular esta manera de ver: de mantener a través de sus servicios de información, educación y asistencia técnica, la *conciencia social* del mundo".

En efecto: por primera vez en la historia de la humanidad,

se ha llegado a una estructuración universal de la misma que permitiera una *conciencia mundial* basada en nuevos conceptos jurídicamente promulgados. El solo rasgo de abordar una obra tan magna es un triunfo moral. El solo valor de llevar a la codificación jurídica internacional una obra que todavía muchos juzgan utópica, es también un triunfo.

Continúo buscando en los mismos textos documentales de las Naciones Unidas la expresión más concreta de las nuevas realidades jurídicas, que también conllevan nuevas terminologías. Por primera vez hallamos en el lenguaje oficial internacional frases cristalizadas en bellas fórmulas como las siguientes: "la familia humana"... "una familia mundial de naciones democráticas"... "Nosotros, los pueblos de las Naciones Unidas"... Y en la parte final del documento publicado en 1948 sobre la "Protección internacional de los Derechos del Hombre" vemos también frases tan alentadoras como éstas: "Naciones Unidas-Hombres Unidos"... "Acabamos de ser testigos de un gran esfuerzo internacional: *un bello edificio se halla en vías de construcción*". Y reconociendo que este paso es un alto en el camino dice: "Mientras tanto, favorecer, alentar y asegurar el respeto universal y efectivo de los derechos del hombre y de las libertades fundamentales constituye para las Naciones Unidas una misión tan claramente concebida, tan seriamente organizada, tan activamente perseguida, que es muy difícil imaginar que ella no pueda ser alcanzada dentro de un plazo razonable". Como puede colegirse, el espíritu de fraternidad y la realización de una doctrina universalista palpita en toda la obra. Pero además palpitan la tenacidad y la fe.

En 1943 la Comisión del Instituto Int. de Cooperación Científica, en su Memoria oficial, decía las siguientes palabras: "La colaboración científica es una de las mejores formas de la amistad internacional. La fe de largas y duraderas amistades políticas entre los Estados se halla singularmente debilitada cuando falta el sentimiento de confianza recíproca sin el cual los acuerdos mejor preparados y concluidos quedan sin efecto práctico. Es necesario volver la mirada hacia la *Sociedad de los espíritus*. En efecto, *será por la vía de la cultura*, *mejor que por la de la política*, *que se podrá realizar la obra de acercamiento de los pueblos*. Obra de la cual sentimos ahora más que nunca la suprema necesidad". Con estos conceptos, y abundando en ellos con diversos matices, nació esta gran organización inter-

nacional de la cultura, cuya trascendencia y cuya significación no puede ser desconocida ni desvalorizada.

La UNESCO no es una entidad política.

La diferencia que separa teóricamente a la ONU de la UNESCO es que en la primera se debate la realidad presente de los problemas políticos buscando soluciones y orientaciones, mientras que en la segunda se estudian a fondo no sólo los problemas sino las posiciones psicológicas prescindiendo de su matiz político y preparando al espíritu del observador para una futura superación o evolución. Siguiendo la expresión de Jean Jacques Mayoux, se trata de *desarrollar una metapolítica.* Es decir, se trata de realizar una reeducación moral de los hombres, desplazándolos de las sistematizaciones temporales, de los desacuerdos pueriles, de las discrepancias irreductibles, para que la humanidad encuentre una visión más amplia en un más extenso conocimiento de las diferencias culturales. De ahí que en el preámbulo de la Constitución de la Unesco hallamos la siguiente frase: "Si las guerras comienzan en el espíritu de los hombres, es dentro del espíritu de los hombres donde hay que construir las primeras defensas de la paz".

El problema se traslada a una zona donde la pedagogía, la filosofía y la ciencia en general se dan la mano. En verdad se ha hecho muy poco para lograr que las ciencias se conviertan socialmente en instrumentos activos de la modificación del estado de aptitud mental. Sin embargo insensiblemente esto es lo que ocurre a través de la historia moderna.

La Unesco no es una entidad política: es verdad; pero ahí reside precisamente su fuerza social y política, ya que lucha "para que la educación fundamental sea en efecto una *ofensiva de todas las armas contra la ignorancia*, las enfermedades y la miseria" (Torres Bodet). En todas las publicaciones de la Unesco, desde los fundamentos de la Organización hasta en sus expresiones periódicas o esporádicas, hallamos siempre frases enteras que se refieren a su finalidad y a su obra de democratización a través de la cultura.

La base fundamental de la Unesco se halla en la Declaración Universal de los Derechos del Hombre, cuyo último artículo recuerda que "nada podrá interpretarse en el sentido de que se confiere derecho alguno al Estado, o un grupo o a una

persona, para emprender y desarrollar actividades o realizar actos tendientes a la supresión de cualquiera de los derechos y libertades proclamadas en esta Declaración".

La ausencia de carácter político da a la Unesco una mayor autoridad y eficacia en la realización de su obra. Pero esta obra depende de la acción que los hombres de la organización desarrollan. Porque esta acción no se resume en *bellas palabras.* La Unesco ha demostrado que su función no se limita a meras palabras. Por esto si he transcrito algunas de las frases dedicadas por los órganos expresivos de la entidad a concretar orientaciones pedagógicas que sirven al espíritu que la anima, es simplemente para documentar lo que podemos esperar y lo que podemos exigir de tan poderosa y sutil organización en el caso de España.

Bastaría citar el ejemplo que ha dado la Unesco al ocuparse de la educación en la República Federal Alemana, en las que la juventud ocupa un lugar central, dentro de las actividades múltiples que convergen hacia el desarrollo del concepto de convivencia en una comunidad mundial. Ya en 1952 se habían creado en Alemania tres institutos internacionales, consagrados respectivamente a la juventud, a la educación y a las ciencias sociales. El "Instituto de la Juventud" está dedicado a estudiar los problemas de las actividades de la juventud, orientar su documentación y facilitar el intercambio que asegure la "participación de los jóvenes en el desarrollo de la comunidad mundial". Para facilitar esta tarea, el comité directivo del Instituto consta de seis representantes de la juventud alemana y siete representantes no alemanes. En cuanto al Instituto de Educación, está dedicado a las técnicas de educación de adultos más apropiadas para fomentar la comprensión internacional; y el Instituto de Ciencias Sociales, por su labor, se caracteriza por la investigación dedicada al examen de las modificaciones introducidas en la estructura de la sociedad. Todo tiende a modelar una mentalidad democrática y a impedir la asfixia mental derivada de la limitación informativa o del dogmatismo nacionalista y filosófico.

La Unesco tene bien definidos sus propósitos en todos los campos de su actuación. Así en lo relativo a la información, "La Unesco no se limita a perfeccionar los métodos y los medios en beneficio de la cooperación internacional; se esfuerza en mejorar y enriquecer el contenido mismo de la información,

particularmente en lo que se refiere a la vida de la comunidad internacional".

Otro medio de actuación de la Unesco, es el de las misiones y visitas de los funcionarios de la Secretaría a los Estados miembros. Pero estas misiones deben ir acompañadas de una autenticidad de la misión a cumplir, sin mediatizaciones ni claudicaciones. La inmunidad que la Unesco confiere a sus delegados frente a la persecución que el Estado español practica contra todo pensador independiente, podía ser una eficaz palanca para atenuar el fanatismo y para obtener una información objetiva del estado deplorable de la cultura oficial y de la prohibición de toda actividad mental libre.

El decir que la Unesco no tiene carácter político no significa que carezca de orientación progresista bien definida desde sus orígenes. Y este hecho no lo esgrimimos ahora nosotros, los espectadores intelectuales de una España medieval y oscurantista, sino que ha sido definido por los fundadores de la Unesco y ha inspirado sus reglamentos. Se ha afirmado que la Organización de Cooperación Intelectual de la Sociedad de Naciones de Ginebra (que fue el embrión de la Unesco) fracasó precisamente por eso: por la superficialidad de su brillante labor técnica, sin llegar al análisis profundo del significado de la obra desarrollada.

A este respecto, Miojmia Vanec, uno de los consejeros fundadores de la Unesco (Comunicación al "Comité d'Entente des grandes Associations Internationales", 16 mayo 1946), dejaba bien sentado que del análisis de los Estatutos de la Unesco se destacan algunas conclusiones básicas muy claramente definidas: "Constituimos una organización de las Naciones Unidas y por consiguiente todo lo que hagamos, y mucho más, todo lo que prepáremos y concibamos, debe llevar la marca y el espíritu de la ONU. Es dentro de este espíritu, y solamente dentro de este espíritu, que llenaremos *nuestra misión hacia los pueblos, en cuyo nombre nos reunimos*, y hacia las Naciones Unidas, de cuya organización debe ser la Unesco uno de los órganos principales".

"Una conclusión resulta implícitamente de la Constitución: que, en general, debemos actuar por intermedio o en colaboración con otros organismos, más bien que por iniciativa propia. Lo cual no quiere decir que en ninguna circunstancia la Organización no deba tomar iniciativas. En algunos casos, tales ini-

ciativas serán deseables por dos razones: la primera es la necesidad de ilustrar con un ejemplo el alto ideal que profesamos; y la otra es la de dar a nuestros miembros ocasión de aceptar responsabilidades y de ejercer una acción práctica, a fin de disipar la sospecha (que tomará cuerpo, hagamos lo que hagamos) de que somos una especie de academia cerrada, que emite deseos piadosos pero que es incapaz de dar realidad a sus proyectos".

Tales palabras parecen proféticas. Si en alguna ocasión había necesidad de *ilustrar con un ejemplo demostrativo* cuál era el espíritu de la Unesco y cuál era su eficacia pedagógica, la oportunidad era la del *caso español.* Desgraciadamente, el *ejemplo* no se ha proyectado ni para la fantasía de los más benévolos espectadores. Parece que los actuales directores de la organización han olvidado el *espíritu* que animó a sus creadores y que palpita en sus Estatutos. Por ello también los observadores sumidos en el problema, tenemos derecho a dejar constancia del hecho.

También las palabras de Miojmia Vanec se refieren a la responsabilidad que incumbe a los miembros de la Unesco. A todos ellos, puesto que cuando hace falta la acción práctica al servicio de una iniciativa imperiosa, de una necesidad angustiosa, para remediar una epidemia de fanatismo desplegada sobre un pobre pueblo agotado por una lucha desigual e injusta, la organización debe demostrar que sabe responder a sus imperativos morales. La misma responsabilidad que unos años después, en 1952, sentía y proclamaba bien claramente Torres Bodet (entonces director general de la Unesco) aun reconociendo que la actividad de la organización "resulta a veces tan restringida que corre el peligro de parecer puramente simbólica", y que no es de ningún modo una actividad abstracta. Mas estas palabras son un llamado a la responsabilidad: "*Una presencia manda sobre nosotros:* la del hombre del siglo veinte, al que debemos asegurar las vías que han de guiarle hacia la solidaridad intelectual y moral. Aunque invisible, esa presencia nos estimula. Y nos estimula porque nos compromete. Y porque nos compromete, nos juzga". Planteado así el problema, nos preguntamos por qué la Unesco tuvo tanto interés en incorporarse a España. ¿Sería para no hacer nada en favor del hombre que ansía vivir el siglo veinte y se halla sumido en el medievo? ¿Sería para cerrar los ojos frente al espectáculo

indigno de la Inquisición resucitada? ¿Sería para negarse a aplicar los resortes legales que pueden abrir las vías de la solidaridad intelectual y moral en el espíritu ansioso de los españoles? ¿O bien habremos de pensar que la Unesco aceptó a España en su seno para sancionar el genocidio y asentir al suicidio de sus propias bases?

SEIS NOTAS SOBRE LA CRISIS

Por *Alfredo GALLETI*

I. *Autoconciencia crítica de nuestra época*

El cauce que pueda tomar este período crítico que nos toca vivir resulta difícil de ser concebido; menos aún lo serán sus posibles consecuencias inmediatas y mediatas. Nuestro deber, no obstante tal suprema dificultad, es pensar acerca de los problemas que se nos presentan, su gravedad y complejidad crecientes, la terapéutica para remediar los males, la aprehensión de sus notas positivas. No ya simples espectadores, como fueran las gentes de otras épocas históricas, sino viviéndolos dramáticamente.

Este momento crucial tiene definido carácter y posee cabal conciencia de sí. Es un período, sin duda, de autoconciencia muy aguda y alerta. Pocas épocas tienen desarrollado su poder de autoconciencia y esta época ha desarrollado tal poder al máximo, dentro de límites insospechados. Posee antenas sutiles capaces de localizar las más extrañas y lejanas ondas y si se nos presenta caótica, y a veces sin sentido, es debido a que se trata de la evidencia de momentos de complejidad suma, madejas muy enredadas que es necesario deshilar y volver a hilar finamente, quizás sin premuras y con un afán de indagación constructivo y crítico. En otras épocas, tal vez casi tan violentamente críticas como ésta, el desarrollo de tal autoconciencia sólo se daba dentro de círculos muy restringidos, de "élites", a través de una conciencia señorial. El mundo dividíase en estamentos clausurados entre sí, intercomunicados sólo a través de menguados accesos. De tal suerte pocos podían tener ciertas intuiciones muy generales de su época. En el momento de disolución de la Edad Media, la etapa otoñal en sentir de Huizinga, una nueva clase tendía perentoriamente a ocupar posiciones hasta entonces irreductiblemente ocupadas por señores y alto clero, y si la irrupción de la burguesía transformó esquemas,

trastocó valores, dando por resultado una época hondamente crítica, no existió, en verdad, una irrupción violenta y total como ahora acaece. El sentido y alcance del momento histórico sólo podía darse dentro de círculos muy reducidos. Las masas, con palabras ahora en boga, estaban alejadas de toda información; la sociedad era cerrada, clausurada dentro de los límites reducidos de cada Estado y si bien la Iglesia la teñía de coloraciones peculiares que tocaban las hondas raíces del pueblo, éste quedaba aislado en cuanto al sentido general de la época. Movíase, más bien, por ciertas intuiciones muy vagas, y las vías de información, asaz rudimentarias, eran limitadas a la esfera de los valores religiosos. Las iglesias románicas, de anchas paredes, llenaban los espacios libres con figuraciones de un mundo espiritual en el cual las ideas de Santo Tomás ejercían indudable primacía. Nadie mejor, por lo demás, para expresar este mundo de precisos estamentos, dado en un sistema de cerradas categorías. El hombre medieval concebía, a manera de telón de fondo, una vida que se aparecía *per se* encerrada dentro de ámbitos bien definidos, sin posibilidades de "auto-comunicación" ni de "inter-comunicación". El hombre medieval no podía tener atisbos de los momentos críticos. Creemos que sólo en esta época que nos toca vivir el hombre toma contacto crítico con *su mundo.* Veamos, por ejemplo, las rebeliones de Espartaco o los Gracos, de subido tinte social: ellas no tocan el fondo crítico del momento histórico donde se desarrollan y obedecían, según creemos, a sentimientos difusos, y no a la posesión de una mayor autoconciencia, como sucede en esta crisis actual de Occidente, sobre todo, después de la revolución industrial.

Tomemos el Renacimiento, época crítica que descuaderna esquemas. Irrumpe, en él, la conciencia individual, se colora de un individualismo corrosivo que lleva en sí sus propios gérmenes de descomposición. Pero tampoco en él existe conciencia cabal de la crisis. A veces el "popolo minuto", como sucede en Florencia, pareciera tomar conciencia de situaciones históricas, pero sólo se trata de ciertas tomas de posiciones de carácter esporádico y conservando, no tanto en las formas externas, pero sí en su esencia, esquemas medievales. Las tomas de contacto se realizan a través de ordenamientos firmes en los cuales las *Artes Menores* aparecen como nuevas modalidades. La proliferación de ejemplos, según creemos, acentuarían nuestra convicción de

que a través de la historia sólo nuestra época tiene cabal conciencia de sí, no a través de un pequeño sector sino a través de sectores muy amplios. Esta afirmación parece dar rotundo mentís a quienes sostienen que el hombre, desde el punto de vista ético, aún no habría salido de la caverna. Veremos, en alguna oportunidad, si la afirmación es o no válida.

La crisis actual no abarca parcelas, es globalizadora, "in toto", se extiende en horizontalidad y en profundidad, arraiga tanto en el hombre individual como en el hombre en sociedad. En nuestra época ha sido decisivo el traslado de la conciencia individual a la conciencia colectiva. El desarrollo de un agudo poder de *auto-conciencia,* se da individualmente pero pronto se traslada a planos colectivos. El "yo pienso" cartesiano, producto de una meditación individual, aunque comprensiva de la época en que Descartes viviera, se da ahora en un traslado hacia "nosotros". La "cogito" cartesiana pareciera ser un primer paso; hay un traslado del *pienso* (yo) luego existo, al *pensamos* (nosotros) luego existimos, que pareciera ser un segundo momento mediante el cual el hombre (yo y los otros) llega a comprender y a desarrollar una conciencia individual y colectiva, y en esta última forma se perfila ahora resueltamente. Racional hasta ciertos límites, esta *auto-conciencia crítica* da nueva y sorpresiva tonalidad a nuestra época. El traslado del *yo* al *nosotros* se confunde, ahora, en un nuevo término que *no es ni yo ni nosotros* y que llega a participar tanto de notas individuales como colectivas, en un proceso de cuantificación y no de cualificación. Pero este problema es otro y a él nos referiremos en diferente oportunidad. Por ahora limitémonos a hacer anotaciones. Esta cabal conciencia de sí, por lo menos en nuestro mundo occidental, ¿a qué causas obedece? Podemos solamente apuntar, a través de notas un tanto deshilvanadas, de qué manera se siente este poder de autoconciencia de época Se ha comprendido, no obstante fuertes apariencias en contrario, que el hombre tiene el inalienable derecho de poner en entredicho lo que pueda aparecérsele como concluso y definitivo. Nada hay concluso y definitivo *ab initio* para la conciencia crítica del hombre. Este derecho nace con el hombre mismo, fundamenta su libertad y así la duda constituye la raíz de toda cultura. Al dudar, el hombre se hace hombre en toda la plenitud de la palabra. De tal suerte el hombre toma agudo y violento contacto de la inseguridad esencial de su vida. Hasta

cierta etapa de su propia vida individual, el hombre se asegura esquemas precisos, límites al parecer seguros; pero en determinado momento constata su esencia crítica. La toma de contacto con tal inseguridad provoca su crisis individual. Crisis significa mutación y desarraigo. El hombre llega a constituirse en entidad crítica. Como lo anota Ferrater Mora, "la crisis es la misma sustancia del vivir humano, pero en ocasiones hay relativa tranquilidad de este vivir, es decir, una relativa confianza en el pleno sentido y justificación de aquello por lo cual se vive, en otras se descubre un vacío enorme tras lo que sustenta la existencia". Si bien crisis significa separación, ella no es, según veremos, correlato de decadencia. La crisis que nos envuelve, nacida de esa sustancial raíz humana, cubre con su manto la totalidad de nuestro ser íntimo y nuestro estilo de vida social. No cabe duda de que la crisis es aguda, total, globalizadora; no se trata de aspectos separados ni de aisladas parcelas. En el mundo actual, por lo demás, no es posible ni el aparcelamiento ni el aislacionismo. Lo que pudo ocurrir en el mundo medieval, en el que se daba la posibilidad de un fraccionamiento múltiple y menudo, no puede darse en el orbe actual, no obstante todas las graves contradicciones que padece. Si toda crisis es proceso de desorientación y desconfianza, un tomar contacto a fondo con las raíces del existir, pensemos cuán profunda será la toma de contacto en este momento crucial del mundo en general y del Occidente en particular. En nuestra vida personal hay momentos de calma, nuestro espíritu parece ahincar en una confianza casi ilimitada, nuestra programática (ya que la vida es, en muchos respectos, programa) se nos torna definida y conclusa, nuestra fe permanece inalterable; pero de pronto el edificio se nos derrumba: lo que teníamos por cierto se torna falaz, los valores en que creíamos se nos deshacen sin que puedan ser remplazados por otros, la validez de nuestras creencias sufre rudo embate. Quedamos, de tal suerte, desamparados, librados a nosotros mismos. Proyectemos socialmente este panorama de separación y desarraigo personal y tendremos una idea de lo que significa la crisis, quizás indefinible por sí misma pero dada en notas factibles de ser anotadas con cuidado.

2. *Decadencia y crisis*

Las crisis pueden ser —y lo son en la mayoría de las veces— de revisión, auto-crítica, superación. Pueden ellas darse dentro de líneas generales tendientes a la revisión de conceptos ya superados o en vías de superarse y dar o no soluciones mediante nuevos conceptos de más firme vigencia. Puede también tener cabal conciencia de sí —como es la actual crisis— y desconocer las vías legítimas de salida o pueden constituirse en un dar tumbos para realizar el elástico salto final tendiente a la superación o lograr el blanco adecuado, el punto de mira que permita nuevos desplazamientos certeros. Decadencia, en cambio, significa declinación, ruina, con un término final, de muerte. Crisis no significa declinación para morir, ni agonía como acabamiento sino como lucha esencial, y puede ser vital recuperación, una nueva toma de posición, un contacto no permanente que posibilita la llegada hacia nuevas formas o estilos de vida. Es que los términos surgen con facilidad a través de fórmulas felices. Libros tales como *Decadencia de occidente* atrapan con su natural encanto; parten *ab initio* de una premisa no sujeta a prueba: el título revela la indiscutible conclusión. Apúntase, así, hacia expedientes extremos, sin posibilidad de salida y se transforman en lugar común, en bien de público dominio. En sí mismos llevan sus virtudes y sus defectos, virtudes y defectos, por lo demás, inherentes a todo estudio sociológico de tipo radiográfico. Hay que cuidarse, pensamos, de todo este arsenal tan poderoso y sugestionante al que nos han tenido acostumbrados autores de significativo relieve. No se trata de radiografías para la diagnosis de los males, sino de *pre-juicios*, juicios ya elaborados y que se emiten como si fueran notas a estudiar. Existe un reverdecer de las artes, entiéndase, malas y buenas, de los antiguos sofistas. Faltan nuevos parteros a la manera socrática. Si hubiéramos seguido cruzados de brazos con las notas de un tono francamente pesimista de un De Paw, es posible que en nuestras tierras americanas nada habría por hacer, ya que estaban condenadas de antemano, con signos de fatalidad esencial. La inexactitud de conclusiones semejantes están dadas en el hecho de que en América todo está por hacer y nada hay definitivo, lo que implica, potencialmente, una serie infinita de posibilidades. Así, entonces, se nos aparece la crisis en un grado de disolución total, de negación absoluta.

El término estacional ("otoño", p. ej.) aplicado a ciertas épocas, como lo hace lúcidamente Huizinga con referencia a la etapa crítica medieval, también seduce de primer intento, aunque debemos poner atención en su doble filo: por un lado la posible alusión a un término de significado equivalente a acabamiento; por otro, a decantación, madurez de un período que tiene el encanto de las hojas bronceadas en el paisaje y de la agudizada auto-reflexión en el individuo. No es así, dijimos, ya que el período crítico de la Edad Media, indagado por Huizinga, participa igualmente de ambas notas: disolución y decantación. Hasta donde ambas notas armonizan, nos dice la llegada de los Van Eyck, maestros máximos que reflejan agudamente la sociedad en que les tocara vivir.

3. *Rebelión y crisis*

El término también se presta a equívocos. El hecho impresionante que Ortega y Gasset anotara, el advenimiento de las masas al pleno poderío social, constituye un carácter esencial de nuestra crisis. Pero siguiendo literalmente a Ortega caemos en la cuenta que tal advenimiento podría ser un hecho negativo, cuando en realidad no es así. Las masas no solamente son capaces de afirmar o imponer su vulgaridad a todo precio, como lo anota Ortega. La aglomeración, la muchedumbre, la masa, se han constituido actualmente en un hecho nada desdeñable. Como lo afirma el maestro Francisco Romero en su *Inventario de la crisis*, "la historia de Occidente muestra el ascenso paulatino de los grupos, estamentos y capas sociales, en un proceso de nivelación de obtención de bienes y derechos, que va levantando y dignificando poco a poco a los que antes se hallaban desposeídos y humillados". Cierto es que este proceso de reclamo perentorio ha trastornado esquemas que se nos habían dado como inmutables, pero el ingreso al disfrute de los bienes materiales por una mayoría, es signo inequívoco de nuestra época, signo valedero, afirmativo, positivo. No se podría pensar hoy, legítimamente, con la concepción de un "despotismo ilustrado", la realización de mejoras generales desde arriba hacia las capas más inferiores de la población y con absoluto desconocimiento de los reclamos. Tampoco podemos pensar en un bienaventurado paternalismo dispensador de premios y castigos, como se ha puesto en boga en tantos países;

regímenes, estos últimos, que también como en el caso de los "despotismos ilustrados", aunque quizás con menos finura, desconocen la significación positiva del advenimiento de las masas, que no puede ser mero instrumento demagógico. El ascenso ha sido dado en proporciones jamás igualadas y la mayoría ha tomado una actividad insospechada. No ya la afirmación prepotente de su vulgaridad (Ortega) sino la afirmación de derechos legítimos que no pueden ser desdeñados.

¿Y qué no decir del hecho, significativo de la crisis actual, de las aglomeraciones urbanas? La población ha aumentado en proporciones inimaginables y la aglomeración urbana constituye un hecho de insospechadas consecuencias. Las ciudades han crecido desmesuradamente, con un empuje que, como lo expresa Francisco Romero,[1] "se precipita por los canales abiertos mediante todo el trabajo válido de la conciencia política y social de Occidente". Es un crecimiento tentacular, "la ciudad absorbiendo pueblos y pequeñas ciudades, reduciéndolos a nombres de barrios, incorporando sus áreas urbanas en su organización física"; un crecimiento informe, que como lo anota Mumford[2] no logra dividir sus cromosomas sociales y formar nuevas células; "la gran ciudad continúa creciendo, desbordando, rompiendo su límite y aceptando su extensión y falta de forma como subproducto inevitable de su organización física. Ortega anotó el hecho, pero sin precisar las consecuencias. Es que esta gran novedad, si bien vista por una mente lúcida, no lo había sido en sus significaciones. Max Scheler había caracterizado el término "sociedad" como residuo de los procesos internos de descomposición de las comunidades. Si cesa el contrato y su vigencia, nos dice, aparece entonces la masa, completamente inorgánica, unida por un estímulo momentáneo y por mutuo contagio; la primitiva responsabilidad común, para Scheler, quedaría, de tal suerte, negada. Se anotan los rasgos; pero la masa no adviene, según creemos, como residuo de procesos internos de descomposición de las comunidades. Ellas se aparecen como hecho primordial y asaz significativo. Unida por estímulos momentáneos, sólo puede configurarse así como primera etapa de un proceso de diversificación que tendrá como meta, quizás no tan ideal ni tan lejana, del logro

---

[1] "Inventario de la Crisis", en *Cuadernos Americanos,* 1949.

[2] Lewis Mumford, *La cultura de las ciudades* (Emecé, Buenos Aires, IIº, 28).

de un todo orgánico unido por intereses comunes, por estímulos permanentes y producto de una reflexión cada vez mayor. Tampoco es válida la tesis de un Lothrop Stoddard cuando nos dice que el hombre había sido llamado a llevar una carga cada vez más pesada, sin que su fuerza para soportarla aumentase en igual proporción. Exacto, sólo en parte; inexacto en sus significaciones. La "carga" de la civilización, tal como la concibe Stoddard, es tal en ciertos respectos y con muchas reservas. La llegada en escena de las masas y su apoderamiento de los bienes aportados por la civilización, que sólo las minorías detentaban, es hecho significativo y la conclusión positiva que encontramos es ésta: el aumento de la conciencia crítica como fundamental nota de la época. Como ninguna, nuestra época tiene autoconciencia crítica tan relevante.

4. *Las crisis históricas y la génesis de nuestra crisis*

Burkhardt había anotado, ya en el siglo pasado, el hecho de las crisis históricas como conjunto de procesos acelerados frente a los procesos graduales y permanentes. Definición exacta. De ahí la sensación de inestabilidad, desconfianza, desorientación, vacío, desarraigo, insatisfacción que involucra toda crisis. Y como lo anota Medina Echeverría el fenómeno debe ser visto dentro de tres particularizados aspectos: a) el carácter pluridimensional de la crisis, irreductible, por lo tanto, a una interpretación puramente lineal de la historia; b) la confluencia de elementos racionales e irracionales, predominantes los primeros en la dirección vertical y los segundos en la horizontal del proceso histórico que dificultan una previsión general; c) la imposibilidad de deducir normas válidas de conducta fuera de la circunstancia concreta de un grupo determinado, lo que exige una fría y serena actitud racional, infrecuente en las peripecias de la historia. Así es, efectivamente. Nuestra crisis tiene carácter pluridimensional. Los procesos acelerados, en lenguaje de Burkhardt, se han dado en su conjunto y no hay resquicio donde estos procesos no hayan entrado vigorosamente, a todo vapor. El problema se centra, según creemos, en la actitud del hombre contemporáneo, pleno de conciencia crítica, que siente un hondo desarraigo, una orfandad en cuanto a ideas que durante el siglo XIX constituían pilares firmes, dados como ápice de un proceso presentado como concluso. El siglo XIX fue un

siglo de fe y confianza en las concepciones dentro de los diversos campos: científico, político, económico. Constituía el coronamiento consecuente de un orden de ideas que fueron imponiéndose gradualmente. Veamos los aportes de anteriores siglos. El siglo XVII constituye el triunfo de la filosofía cartesiana y con él la imagen del mundo cambia radicalmente. Las raíces se encuentran en el siglo XV que despierta la conciencia humana; la tendencia a la racionalización, nota característica del hombre occidental, se va agudizando y el siglo XVIII es espectador del triunfo de la razón humana, que cree en el progreso hacia adelante, hacia nuevas *terras incognitas* del pensamiento y del mundo, posibles de descubrir. El saber se amplía a través de esferas de límites cada vez más anchos y de desarrollos cada vez más dilatados. La idea de un ensanchamiento continuo del saber, de un *progressus in indefinitum* se hace cada vez más viva. Si el siglo XVII se caracterizaba por la construcción de grandes sistemas filosóficos (Descartes, Leibniz) y el método deductivo a punto de que la ética podría ser geométricamente demostrada (Spinoza), el siglo XVIII deja de lado tal construcción de sistemas, el método analítico predomina y tiende a una comprensión e inteligibilidad del mundo cada vez mayor. La Enciclopedia busca un orden, un encadenamiento de los conocimientos humanos; la razón tiende al conocimiento progresivo de los hechos en sus manifestaciones más claras. Esta tendencia hacia la búsqueda positiva y clara se da en rasgos definidos en un Condillac: para él nuestros conocimientos y nuestras facultades derivan de los sentidos o, para hablar más exactamente, de las sensaciones; de tal suerte, los correlativos estados de alma corresponden a las modificaciones de los órganos de los sentidos. Queda así inaugurado el método experimental en psicología, que tan amplios desarrollos tendría más tarde. El Iluminismo se integra a través de varias etapas definidas, de las que no son ajenos las *Lettres philosophiques* de Voltaire (1748) o el *Esprit des lois* de Montesquieu (1754). Después del *Diccionario filosófico* (1770) y del *Système de la nature* de Holbach, en igual año, se produce un acelerado proceso crítico. Y el siglo XIX tiende a una visión cerrada, conclusa del mundo. La concepción del mundo se concibe evolutiva y progresivamente, con el método de las ciencias naturales por norte. Lamarck, en 1815, formula en grandes líneas la teoría de la adaptación, expresando la idea de evolución y progreso y en su introducción a la *Histoire naturelle des animaux sans vertè-*

bres demuestra de qué manera las especies animales derivaban de especies anteriores. Darwin, con su teoría de la selección natural, descartaba toda búsqueda fuera del orden natural de lo dado. Geoffroy Saint-Hilaire en su *Histoire naturelle générale*[3] y Hooker, éste con sus indagaciones acerca de la introducción de la flora australiana (1859) daban razón a los principios de descendencia y modificación de las especies. El mundo, en su concepción más terminante, era formulado por Comte en su famoso *Curso de filosofía positiva:* los fenómenos estaban sujetos a leyes naturales invariables y eran considerados como dados, sin búsqueda de las causas primeras o finales. Los hechos quedan explicados en términos reales, en la relación que se establece entre los fenómenos particulares y algunos hechos generales; el progreso indefinido de la ciencia reduciría los límites y el número de estas relaciones, que se harían cada vez más simplificadas y esquematizadas. ¿Qué significado tiene, así, el positivismo? Es, para hablar en términos claros, el triunfo de una concepción racional del mundo, que se consideraba sujeto a un determinado orden. Es la cúspide, digamos así, de la concepción del hombre occidental racionalista por antonomasia. Formula un esquema estable, de líneas horizontales, optimista, universalmente válido. La quiebra de esta ilimitada confianza aportada por el positivismo es causa de crisis profunda y como anota agudamente Francisco Romero "con el positivismo cayó una concepción del mundo ampliamente profesada y compartida, que no fue remplazada de inmediato, ni parece que pueda serlo a plazo breve".

El positivimo trajo una concepción del mundo, que ahora se ha ido resquebrajando, dividiéndose en cada uno de sus pilares; fueron aflojándose, uno a uno, los tornillos sustentadores: el nuevo siglo vio en qué forma fue deshaciéndose aquel sólido edificio. Perdida la fe en el progreso indefinido de las verdades científicas, en la confianza en la razón, en el método de las ciencias naturales, es fácil concebir el resquebrajamiento producido, el desastre sin posibilidad de salvación. Luego del positivismo no ha llegado en su remplazo una concepción de tipo universalmente válido. La confianza en la razón humana, nota característica del mundo occidental y cuyos pasos iniciales hallamos en Grecia, adquirió primacía con el movimiento humanista del siglo XV y se afirmó en los sistemas del siglo XVII y

---

3 GEOFFROY SAINT-HILAIRE, II, 405, ed. 1859 (París).

en el enciclopedismo. Es decir, que había una línea dada, seguida en todas sus consecuencias. Esa larga vía ha sido, ahora, inexorablemente quebrada. Las voces aisladas, un Kierkegaard, no son, en este siglo, aisladas ni mucho menos y sufre rudo embate la tendencia a la racionalización que como anota Rodolfo Otto[4] se encuentra también "en la investigación de mitos, el estudio de la religión de los pueblos primitivos y salvajes, el ensayo de construir los rudimentos y comienzos de la religión. . ." El racionalismo había visto un proceso general en la historia, dado en lineamientos reducibles a esquemas graduales y permanentes. Los esquemas dados como definitivos se liquidan sin dar paso a nuevos esquemas. Todo es sometido, entonces, a dura crítica. Desde el punto de vista teórico vemos derrumbarse el edificio construido por la ciencia desde aquella *Philosophiae principia matematica* de Newton. Las nuevas concepciones de la genética, de la física, de la química, ponen dudas, desorientan, dejan perplejos. Antójanse ellos como resueltos a la manera kafkiana, sin que exista una solución de continuidad. Todo aparece rodeado de espesas nieblas y no obstante los grandes descubrimientos en el mundo físico, la madeja se torna más enredada y el hombre parece declararse inepto para la resolución de los graves problemas. Aún más, los problemas se crean, se plantean en número infinito y la crisis es un problematizar continuo. Se pone en duda, en sus términos absolutos, la idea de "progressus ad infinitum". Con Einstein, Rutherford, Bohr, la teoría de los cuantos, la desintegración del átomo, las nuevas ideas sobre la materia, se desplazan esquemas dados; se indaga acerca de lo infinitamente pequeño como en tiempos de Galileo se hacía con lo infinitamente grande. La mente no puede volver a la concepción del átomo material tal como se concebía desde Demócrito. Es un deshacer, comenzando por el átomo, que se creía sustancia única y simple. ¿Es que acaso existe la sustancia única y simple? Eddington nos habla de la introducción, en las ciencias físicas, de un elemento de antiguo descartado: el azar, la probabilidad. Es la puesta en duda de todo y sin que esta puesta en duda resulte metódica a la manera cartesiana. Es una duda esencial, una perplejidad creciente, cada vez más compleja. La concepción de cantidad geométrica (Einstein) remplaza a la con-

---

[4] Rodolfo Otto, *Lo Santo (Revista de Occidente,* 1925), pág. 10.

cepción de la cantidad mecánica (Newton) y la geometría del mundo comprende hoy tanto al tiempo como al espacio.

La ciencia se considera una frustración. La época es orgullosa de sus fuerzas, pero teme a sus mismas fuerzas. Ejemplo preciso es la construcción de la bomba atómica, juguete del diablo que arde en las manos, y que muestra en su faz más tremenda el doble aspecto del hombre, en el filo de su fortaleza y de su inseguridad esencial.

¿A qué se debe esta frustración de la ciencia, hilo conductor seguro y firme en las mentes del pasado siglo? A la tesis optimista del progreso *ad infinitum* ha sucedido, ahora, una colisión, un choque entre elementos racionales e irracionales de la sociedad, una pérdida de creencias. El mundo ha asistido a un proceso de desintegración. Hay un proceso de repulsiones recíprocas, en el lenguaje de Alfred Weber, no obstante el proceso de externa homogeneidad. Como la crisis que vivimos no es aparcelada, *toma dimensiones profundas y generales* y asistimos a un proceso de dimensiones inimaginables.

5. *Fanatismo, ironía y crisis*

FERRATER Mora, en su *Diccionario de filosofía* anota que la pérdida de creencias y su espontaneidad suele sustituirse por dos notas muy características de toda crisis: el fanatismo y la ironía. Aparecen, así, en las crisis, dos tipos humanos: el soñador y el cínico. "Ambos —dice Ferrater Mora— son destructores de lo existente, pues ambos creen, por motivos distintos, que lo que existe es radicalmente inválido y debe ser aniquilado". Debemos, no obstante, observar con cuidado hasta qué punto estas actitudes son de mera significación exterior u obedecen a raíces profundas. Ya Burkhardt ponía especial toque de alerta para la determinación de aquellos estados de verdadera crisis contrapuestos con las "falsas crisis". Existen ciertos momentos de la historia en los cuales los signos exteriores parecen ser esencialmente críticos, aunque en la realidad íntima no lo son, tratándose de significaciones equívocas y parciales. Ningún hecho aislado, así sea muy importante y del más grande calibre —como explica Ortega y Gasset— da una verdadera realidad histórica. Es necesario integrarlo con la figura total de *un tipo de vida humana*. Ortega definiría al hombre de la crisis como aquel hombre que se ha quedado sin mundo, "en-

tregado de nuevo al caos de la pura circunstancia, en lamentable desorientación". Es el mundo del hombre zaherido en lo más íntimo, que ha pasado por terribles experiencias: las dos guerras, totales, sin pausa, no dieron adecuada respuesta a los interrogantes. La última post-guerra ha encontrado un hombre desalentado y desesperanzado. Ortega nos apuntaba, ya hace años: el hombre se ha quedado sin mundo; y era el hombre que poseía, de antiguo, una cultura, que es la interpretación que el hombre da a su vida, la serie de soluciones más o menos satisfactorias[5] que inventa para obviar sus problemas y sus necesidades vitales. El hombre actual se encuentra sin sustentación, ha dejado un orden de ideas sin poder crear un orden nuevo sustancialmente válido, así sea en líneas provisionales. De ahí su afanoso tomar por el atajo, como los héroes de las películas "western", para la sorpresa súbita y violenta. Y este tomar por el atajo es la actitud frente a las cosas, la doble actitud paradojal. Por una parte, el fanático que se enclaustra en un *orbe ideológico cerrado*, mediante el cual cree poseer las llaves del mundo futuro; por otra, el cínico, enmascarado y a la defensiva, sin combatir con armas leales; un poco aquél el héroe de las películas, éste el villano, aunque persiguiendo ambos una actitud igualmente destructiva. Uno, en nombre de un futuro incierto pero preñado de posibilidades, utópico; el otro, ejercitando una crítica corrosiva que invalida lo existente en su totalidad. Ambos, según dijimos, pretenden la destrucción de lo existente; uno en miras de un posible mejoramiento, el otro sin redención alguna pero los dos con análoga actitud frente a la sociedad en que actúan. Es, en ambos casos, la destrucción despiadada y sin remedio. No se trata, así, de la crítica aparcelada, tendiendo sólo a algunos aspectos de la sociedad, como pudieron ser los primeros pintores impresionistas, o la batalla de Hernani, notas violentas y particularizadas, con el sabor acre de una liza deportiva. Pero los procesos se han desarrollado, ahora, en su totalidad, abarcando las napas más subterráneas.

---

[5] ORTEGA Y GASSET, "Cambio y crisis", en *En torno a Galileo, Obras completas*, V, pp. 71 y ss.

6. *Libertad y planificación*

TENEMOS el legado de dos sistemas que se creyeron conclusos en sí mismos: el liberalismo y el marxismo. Uno y otro parten del presupuesto de que se puede aprehender el futuro en sus formas más óptimas y más completas, con caracteres de necesidad, con sólo seguir las grandes líneas por ellos trazadas.

Como señalara Toynbee el sistema industrial de la economía y el sistema político democrático —hijos dilectos del liberalismo— ofrecieron soluciones provisionales a los problemas que la época debió enfrentar. Por lo tanto, el liberalismo, aunque inconsecuentemente aplicado, pudo dar efectiva tonalidad a una época. El progreso *ad infinitum* que el liberalismo positivista concebía, se condicionaba a los nuevos descubrimientos científicos; y cada nuevo descubrimiento aportaría una nueva marcación en la tarea del hombre sobre la tierra. De tal suerte el liberalismo se había abierto camino —con sus cuatro principios de la fuerza, del medio, de la asistencia y del ambiente— dentro de un determinado orden concluso.

En el marxismo el progreso habría de darse con el término de la lucha de irreductibles intereses clasistas. Así, la revolución daríase como condición necesaria para un efectivo progreso. Las clases sociales deberían, por lo tanto, desaparecer, para dar nacimiento a una sociedad sin clases, previo el establecimiento de una dictadura proletaria. Entendámonos, también el marxismo preconiza un orden.

La sociedad, en ambos casos, se da dentro de un orden determinado, con rasgos de necesidad.

La concepción marxista cobra, ahora, carácter de ideología y como tal es sostenida y propugnada por buena parte del mundo. Dentro del medio crítico en que actualmente se debate el hombre, existe un proliferar de las ideologías y es indudable que las esquemáticas líneas de una doctrina perfilada con rasgos de determinación, sean aceptadas sin pensarse en las consecuencias.

El liberalismo positivista había olvidado la relación "individuo-sociedad" y el marxismo tiende a reflejar al hombre económico dentro de la sociedad. En muchos respectos —en su parte doctrinaria crítica— tiene razones muy ponderables a su favor.

Pero he aquí que se nos presenta, rudamente, el problema, o mejor dicho un doble problema en esta crisis actual.

Doble problema que hace que por una punta se nos escape el individuo, dejando de lado su relación con la sociedad y que por la otra la sociedad atrape al individuo reduciendo a la nada su individualidad. ¿Es posible una adecuada relación? Y si es posible ¿dentro de qué límites?

El problema que se presenta con rasgos de urgencia es el nuevo replanteo de la *posibilidad de individuación*, si ella es posible en la sociedad actual, si es factible la existencia del individuo en sociedad con *responsabilidad personal y libertad*. En una palabra, si es posible adecuar justicia y libertad.

Las experiencias totalitarias han hecho que este replanteo se dé como una necesidad suma. Mannheim puso sobre el tapete esta antinomia —libertad, planificación— al parecer irreductible.

Hemos vivido la experiencia del liberalismo positivista. Pero lo hemos vivido primordialmente en su aspecto económico que ha producido, con su efectiva vigencia, la constitución en líneas aparentemente estables, de un régimen democrático-capitalista que ha dado tonalidad a la época presente. Las críticas a tal sistema son fáciles de formular, ya que tiene muchos flancos débiles que se prestan a los gruesos impactos. La distribución de la riqueza, dentro del régimen capitalista, se basa en la igualdad de posibilidades: en principio, cualquier persona, de cualquier origen que sea, tiene la posibilidad de adquisición de bienes y de ingresos a ciertas esferas. Esta posibilidad es potencial, ya que los cánones se realizan dentro de términos cuantitativos y la medida de todo está dada en la cantidad y no en la calidad. Esta posibilidad, en la práctica, en "acto", incluye la intervención decisiva del azar, y en sus últimas consecuencias el régimen capitalista se fundamenta en las reglas del azar, lo que resulta sumamente injusto. No obstante ello, el capitalismo ha tenido sus virtudes, y el espíritu por él creado ha dejado amplia huella, cumpliendo preponderante papel en la historia del mundo.

Pero el ascenso de las masas, su participación activa en el poder, sus perentorios reclamos, han acentuado aún más las graves contradicciones del régimen capitalista, obligando a forzados cambios de guardia y a la inclusión de nuevas modalidades para su defensa.

Ya la Revolución Industrial había complicado, a su turno, las relaciones humanas, y desde entonces la evolución del capitalismo se hace muy rápida, provocando una nueva distribución

de clases conforme con la posición económica. Tal proceso de la Revolución Industrial aceleró de manera mayúscula el proceso mayor de la evolución del capitalismo. El esquema de Marx con la división de la sociedad en dos clases irreductibles, el acelerado proceso de aglutinación en dos opuestos polos, se debe al hecho indicado, que hacía observar un desarrollo dentro de líneas muy esquemáticas. Es indudable que pasados cien años desde aquella formulación, muchos retoques y cambios han debido darse. No cuadran, ahora, las líneas estáticas de un sistema cerrado para la total explicación de problemas muy complejos. Así, en un principio, como señalara agudamente Werner Sombart, el hombre económico moderno acusaba ciertas características bien diferentes a las que pueden anotarse en el hombre económico de estos últimos tiempos.

Libertad y planificación, en síntesis, ¿resultarán términos irreconciliables? Así, experiencias actuales han constreñido a una planificación totalizadora, que abarca los fueros íntimos del hombre. Y en nombre de la libertad, por otra parte, se constriñe al hombre a vivir en un régimen de irritante desigualdad. A la postre, ambas concepciones tienden *a la negación de la individuación con responsabilidad moral y libertad.*

Propugnamos un *socialismo humanista* y tal concepción no nos parece descabellada. En una sociedad socialista-humanista, superadora y sintetizadora de la antinomia libertad-planificación, las fuerzas económicas deberán ser controladas en buena medida por la sociedad política en su conjunto. Romero nos decía en el recordado artículo acerca del *Inventario de la crisis*, que "las regulaciones en el plano de lo material son lícitas, cuando al perjudicar a unos, favorecen equitativamente a otros y tienden a corregir lo que se sentía como un desnivel chocante, como un desequilibrio desagradable y molesto, como el privilegio de los unos en perjuicio de los demás".

En una sociedad socialista-humanista no será incompatible la libertad, la justicia social y la planificación. La posibilidad de planificación —o socialización— se radicará *en el conjunto de la sociedad*, no en manos de un partido, de una clase o de un grupo. No es cierto, como dice Laski, que la sociedad planificada en la cual el Estado posea y controle la tierra y se ocupe de distintos aspectos industriales, sea la negación de la libertad. Existiendo un mayor grado de seguridad y de igualdad, una democracia de tal tipo permitirá el desenvolvimiento de las posibilidades creadoras del hombre. La libertad, dice Mannheim,

es esencialmente la oportunidad de *iniciativa espontánea;* su esencia, como lo quiere Harold Laski, es la de realizar continuas iniciativas y esa continuidad no podrá existir cuando no existe el acuerdo sobre los postulados fundamentales de la sociedad. El hombre es libre, digamos con Laski, cuando el funcionamiento de las instituciones le da ese tono de esperanza creadora que lo espolea a llevar a cabo una finalidad en la que encuentra sentido y agrado.

Una nota marginal y final: Acerca del espíritu liberal y del espíritu autoritario

El hombre de la crisis, o el hombre desarraigado, tal pareciera ser el sustrato del hombre de esta época, según Ferrater Mora. *¿Sólo consigo mismo?* Si tenemos presente la honda raíz metafísica del hombre, es cierto que se sienta a solas consigo y que eternamente seguirá indagando acerca del sentido y finalidad de su vida. Pero ahora, en el momento crucial de nuestro mundo, en esta honda crisis, no hay solamente el hombre en soledad. ¿Es que no existe otro remedio que el anonadarse, que la entrega a la desesperada soledad? ¿Es que no existe otro remedio que la entrega sin reservas a ideologías como vías de salvación? ¿Pero, por qué debemos sobrellevar la crisis sin tratar de superarla? ¿Por qué debemos desesperar del mundo y del hombre, que se nos ofrecen plenos de posibilidades? Frente a la filosofía de la nada, propugnamos una filosofía que tenga por héroe al hombre mismo, interrogador de su destino, pero a la vez confiado en sus fuerzas creadoras, en una lucha sin fatiga y sin descanso.

Debo a Francisco Ayala, a través de la lectura de su *Problema del liberalismo*, el haber hallado el saldo positivo del liberalismo, saldo que ayudará al hombre en esta crisis y que lo hará confiado de sus fuerzas. Ese saldo es la conciencia sutil, que como dijera Ayala, suele caracterizarse con los adjetivos de transigente, amplio, generoso, y que al buscar un gran ángulo de divergencia no se agota en una ideología ni en un movimiento político. Eso es lo que denominamos espíritu liberal que no es incompatible —al contrario, la complementa— con una sociedad planificada.

El espíritu liberal, así considerado, es consustancial con la cultura. Siente, de tal manera, la libertad como hecho per-

manente, en plenitud. Se opone al espíritu autoritario, en el cual existe el uso indirecto y reglado de la libertad.

El espíritu liberal concibe a la personalidad humana desarrollándose en sí misma y en sociedad. En cambio, el espíritu autoritario la concibe como dualidad: persona y oficio, tipo de gendarme que ahoga su persona para continuar siendo gendarme. Ortega nos hablaba de esa dualidad en la vida alemana, en el hombre oculto tras el funcionario oficial, en el cual el oficio se da como una función ideal, cuando la vida ideal no es ser un funcionario sino una persona: imaginemos las consecuencias del logro de semejante tipo humano.

El espíritu liberal es, como nosotros lo concebimos, creador de toda cultura, impulso ingénito que nos hablaba Korn, origen de la moralidad como construcción sintética e ideal llevada a cabo por la razón y basada en el libre albedrío como elemento metafísico de consecución efectiva, en palabras del maestro Caso. No puede creer, por lo tanto, que la vida sea un menester que se realice en individuos aislados, en un darse en soledad; o que la vida, en su aspecto negativo, sea un anonadarse. La vida es afirmativa, es un hacer, un diálogo, una trasmisión continua de individuo a individuo. Lo colectivo se nutre de lo individual. A su vez el individuo se nutre de las formas dadas en la cultura, a manera de "espíritu objetivo" en el decir hegeliano.

El espíritu liberal cree en la libertad como creadora de las formas culturales. De ahí los adjetivos de amplio, generoso, transigente, buscando el ángulo de máxima divergencia. La vía cómoda parece ser ahora, la entrega al espíritu autoritario, y nosotros, los que creemos en el hombre libre, pareciera debiéramos debatirnos en una lucha estéril y sin sentido. No es así, sin embargo, y la huida fácil hacia un mundo autoritario, excluirá el fecundo orden de las ideas en dinámico diálogo; formará un mundo egoísta, en cuanto sólo observa un sector particularizado; intransigente, por cuanto cree llevar la revelación y ninguna otra opinión le parecerá valedera; sin divergencias, en cuanto se arrincona en una parcela, sin salir de ella, llevando como el caracol un mundo molesto a cuestas y esa espesa costra le impide ver lo que acaece en lo exterior a él.

Una de las causas profundas de la crisis actual, es el convencimiento, hecho carne, de que el espíritu autoritario ha ganado definitivamente la partida y que toda nueva construcción deberá hacerse sobre su base. El espíritu liberal, en conse-

cuencia, parece haber quedado reducido, debatiéndose en una lucha áspera e intensa. El espíritu autoritario obtiene el éxito fácil, la lisonja continua; la verdad, para él, es revelada, y la cultura no es más que la emanación de esa verdad revelada *ab initio* por un partido, una clase, un grupo, al cual adhiere una mayoría aparentemente efectiva. El espíritu liberal, basado en el derecho a la duda, requiere una elaboración continuada, un hacer efectivo, cotidiano, menudo al parecer, pero fecundo; permite la transigencia, tiende a la individuación, al constante juicio crítico de la sociedad.

Nada más ni nada menos, nuestra crisis actual es crisis en la batalla de la libertad. Batalla que comienza recomenzando. La conquista pareciera cada vez más difícil, la meta cada vez más lejana. Un camino interminable a cuyo término creemos llegar y a punto se nos aleja nuevamente. Algo así como los espejismos en el desierto o los horizontes en las amplias pampas.

Sin embargo, nosotros creemos en la existencia del espíritu en libertad, en la formación de una conciencia crítica cada vez más aguda y alerta, en el progreso moral del hombre. No una huida en el anonadamiento, en la desesperación. No un refugiarse en ideologías como presuntos caminos de salvación. No un lejano mirar nostálgico, ni una retrospectiva. Sí, un avance en el camino difícil y riesgoso. Creemos que el reconocimiento de estos altos valores permitirá el reencuentro con las formas más entrañables de nuestra civilización y de nuestra cultura. Sin la libertad creadora no es posible el desarrollo progresivo del ser humano, sin ella nada puede considerarse auténtico ni perdurable.

Cuando la tarea humana, cuando la aventura del hombre sobre la tierra, dada desde un principio en la búsqueda curiosa, basada en el derecho a la duda, se restringe, nada bueno habremos de hallar. El ambiente oxigenado que permite el desarrollo de la cultura se hará más enrarecido. El hombre puede acostumbrarse a respirar fatigosamente en un ambiente enrarecido, como las plantas de adorno pueden verse aparentemente verdes en habitaciones herméticamente cerradas, pero las ocultas raíces serán cada vez más pequeñas y más débiles. Es más fácil ver el desarrollo de la hojarasca que la oculta raíz plena de sustancias nutricias. Podemos acostumbrarnos a la visión del topo que sólo intuye lo que puede roer, que circunscribe su mundo

ideal a los objetos que se le aparecen para llenar sus más inmediatas necesidades.

Son las raíces y no la hojarasca —¿qué duda cabe de ello?— las verdaderas sustentadoras. Creamos, en esta crisis, a pesar de todo, en las raíces sustentadoras, en un futuro que debemos entrever cada vez mejor, en la lucha sin fatiga y sin descanso para el logro del hombre en la plenitud de sus fuerzas creadoras.

CARTA DE PARÍS

PREMIO *Goncourt:* Simone de Beauvoir por su novela *Les mandarins.* La atribución de este premio nos da pretexto para examinar un poco cuál es la situación del escritor en la sociedad francesa actual ya que tal es la tela de fondo de la novela.

No hablaremos por tanto de las discusiones, por cierto apasionadas —como de costumbre— a las que dieron lugar la personalidad y la obra de la distinguida autora. Pero resumiremos la novela ya que éste es el punto de partida de la presente carta.

El libro se presenta como una obra doble. Por una parte Simone de Beauvoir pinta un amplio fresco de la vida de los escritores en Francia desde la liberación, y por otra parte, su personaje principal, Anne, cuenta en una especie de diario íntimo reconstituido por la autora, los mismos acontecimientos, mezclando en ellos sus aventuras personales. Por lo tanto Anne, desde su punto de vista subjetivo, como personaje de la novela aclara "desde dentro" el relato objetivo de la novelista.

Esquematizando mucho —y en este caso *mucho* significa siempre por desgracia *demasiado*— el tema es el siguiente: Después de la Liberación, los intelectuales franceses que han participado en la Resistencia sueñan con una república pura y dura, auténticamente revolucionaria. Durante la lucha clandestina han creado revistas y periódicos que ahora pueden publicar libremente. Pueden expresarse como les conviene sin temer a los comanditarios, ya que la prensa "colaboracionista" a las órdenes de los alemanes ha sido prohibida y sus instalaciones confiscadas en provecho de los resistentes. Éstos se lanzan a la lucha ideológica para hacer triunfar sus convicciones. Entre los más exaltados se encuentran un novelista-periodista Henri —que tiene mucho de Camus, de Claude Bourdet y de diversos colaboradores de éste— y Dubreuil, un gran filósofo, marido de Anne —y que naturalmente tiene bastante de Sartre. Alrededor de estas dos figuras se mueven todos los actores que se suelen encontrar en el mundo literario de París: El escritor de derechas que ahora se refugia en la fórmula "el arte por el arte" para hacer olvidar su colaboración con los alemanes, y para quitarle importancia considerándola como una mera experiencia literaria; el intelectual socialista que teme sobre todo a los comunistas, ya que tomó refugio

en los Estados Unidos durante la ocupación; el intelectual de izquierda que ha sido profundamente marcado por su lucha codo con codo con los comunistas contra los alemanes, etc.

La crisis estalla en seguida. El primer problema para estos hombres es el siguiente: ¿Podrán seguir pensando y escribiendo libremente si se ocupan de política? La novela no tarda en enseñarnos que uno tras otro van perdiendo sus dotes literarias al preocuparse exclusivamente de los problemas actuales. Pero consideran una cobardía el escapar de sus responsabilidades sociales y siguen adelante.

En segundo lugar surgen las discrepancias. El tiempo de la unidad de acción ha pasado. Los partidos se desgarran ferozmente uno a otro. Cada escritor es un peón que los políticos utilizan para fines que no tienen nada que ver con los ideales de los autores. Pero hay aún más. Desde el primer momento todos los intelectuales de izquierdas se definen con respecto al partido comunista. Casi todos buscan un término medio entre la democracia y el stalinismo. De repente estalla el escándalo de los campos de concentración rusos. Dubreuil piensa que no sirve para nada hablar de ello. Cree que es un estigma para el comunismo pero que lo mejor es —desde un punto de vista táctico— cerrar de momento los ojos y seguir adelante. Henri después de una larga lucha de conciencia decide tomar posición en sentido contrario. En un momento toda la prensa de derechas se sirve de él: a pesar de su propia voluntad lo transforman en una figura anticomunista. Henri trata de explicar lo que él deseaba hacer: una crítica objetiva circunstancial sin atacar, en el fondo, el sistema bolchevique. Nadie se toma la pena de entender esas sutilezas. Atacado por los comunistas, reñido con Dubreuil, aplaudido por los antiguos colaboracionistas a los que desprecia, Henri se encuentra desalentado hasta el punto que pierde todo sentido de su responsabilidad. Se deja quitar la dirección de su periódico, casi sin lucha a pesar de haberse agarrado a él hasta entonces con todas sus fuerzas. Ahora, frecuenta círculos reaccionarios. Vuelve a escribir buena literatura y hasta presta un falso testimonio en justicia para complacer a sus nuevos amigos.

Por fortuna interviene una reconciliación con Dubreuil. Henri está harto de política. No quiere volver a hacer peligrar de nuevo su tranquilidad. Planea casarse con la hija de Dubreuil de la que está algo enamorado y marcharse a Italia para descansar y escribir sin volver nunca a meterse en la vida pública. En el último momento, sin embargo, no puede renunciar. Emprende con Dubreuil la publicación de un nuevo periódico y aunque no lo sepamos con certeza todo vuelve a empezar. . . pero quizás esta vez triunfen.

Sobre este tema político —luego examinaremos el tema humano,

es decir, en gran parte las confidencias del diario íntimo de Anne— Simone de Beauvoir esboza una crítica social de una envergadura panorámica: vemos al financiero que subvenciona revistas y periódicos muy discretamente pero que termina por hacer triunfar sus intereses con toda lógica y sin presiones abiertas, vemos al resistente que ha tomado la deplorable costumbre de hacerse justicia por su mano y mata tranquilamente a los colaboracionistas que los tribunales no han conseguido condenar por faltar pruebas judiciales, vemos sobre todo a la fauna de la buena sociedad: duquesas, *snobs,* conferenciantes de salones, artistas de teatro, directores, modistas que giran alrededor del mundo intelectual. En cuanto a la intriga sentimental es de un cinismo frío y francamente crudo. Las escenas más eróticas se insertan con toda naturalidad dentro del contexto político e intelectual. Anne, la mujer de Dubreuil, se acuesta tranquilamente con quien le da la gana, para satisfacer sus ansias físicas a pesar de querer mucho a su marido, el cual ya no tiene relaciones carnales con ella y la deja vivir libremente su vida sexual. La hija de Anne y de Dubreuil se entrega a todo el que quiera acostarse con ella, y no repara en emborrachar a un hombre, con un cocktail que ha inventado, para conseguir llevarle hasta su lecho cuando el elegido no siente bastante atracción hacia ella. Por regla general son las mujeres las que persiguen a los hombres y cuando Anne se ve abandonada por un joven escritor norteamericano al que termina por adorar físicamente, está a punto de matarse. Claro que este suicidio tiene una base filosófica, o mejor dicho metafísica —como el asesinato de *L'invitée,* la mejor novela de Simone de Beauvoir— pero la desesperación abstracta está íntimamente ligada con un substrato sexual.

Lo mismo que Henri renuncia a su abdicación intelectual —si así puede llamarse— y vuelve a la lucha, Anne procura valientemente superar su crisis de depresión y reanuda su vida al lado de Dubreuil.

Con esta doble victoria se termina la novela, hasta el último momento se ha mantenido el paralelismo entre las preocupaciones políticas y los sentimientos íntimos. La solución es idéntica en un caso como en otro. Hay que volver a empezar, probar de nuevo. Quizás esta vez el éxito corone el esfuerzo. "¿Quién sabe?" Estas dos palabras son las últimas del libro.

Esta novela ofrece una imagen bastante exacta de la situación literaria ahora en Francia. Da cuenta de las preocupaciones morales, políticas, sociales y hasta económicas del mundo literario. No se puede tomar sin embargo al pie de la letra en cuanto a la vida privada de los personajes. Es cierto que en el mundo literario existen muchas mujeres libres, muchos maridos que se preocupan muy poco de la vida sexual

desordenada de sus mujeres e hijas. Muchas "grandes damas" que tienen la pretensión de pasar por intelectuales manteniendo en su casa —o fuera de ella— a una serie de amantes literatos, más o menos fracasados. Pero hay también matrimonios en los que esta tolerancia no existe y que caen dentro de la categoría normal, es decir, que los cónyuges se respetan o se engañan uno a otro, pero sin admitir como una regla evidente el libertinaje.

Sin embargo, la obra de Simone de Beauvoir es un documento importante sobre la situación literaria, o lo que Malcolm Cowley llama la "historia natural" del escritor.

Para completar este cuadro reproducimos una estadística publicada en el semanario *L'Express* que contesta otra pregunta: ¿De qué viven los autores? De entre los que publican 41% son gente de pluma que procuran vivir con el producto de sus libros, y sobre todo de artículos en diarios y revistas, o aun de empleos en las casas editoriales. Pero ¿qué hacen los 59% restantes? y sobre todo ¿qué hacen los autores que escriben novelas sin ser profesionales, ya que 99% de las novelas escritas y presentadas a los editores no se publican?

16% son profesores, 10% abogados, 7% funcionarios, 5% ingenieros, 2% médicos, 19% profesiones diversas (hay entre ellos un peón caminero, un minero, un botones, un productor de plátanos, un mendigo, un cocinero, etc.).

Se han publicado este año en Francia, en las diez casas editoriales más importantes unas 80 "primeras novelas". 50 más eran "segundas novelas". De entre estos 130 *noveles,* había 15% de mujeres. Más de 60 obras eran autobiográficas. Aunque se suele decir que no conviene introducir un personaje de autor entre los protagonistas de una novela, en 22% de estas novelas, el protagonista es un autor. Toda esta gente no puede vivir con el producto de su talento: Cuando el editor recibe una primera novela, imprime 2,500 ó 3,000 ejemplares. Por lo general sólo vende unos 1,000. Poco más de diez "primeras novelas" consiguen un verdadero éxito. Con estas pocas ediciones el negocio de la librería debe colmar el déficit que causan los fracasos. Contados son los libros que pasan de cien mil ejemplares, pero en este caso la casa editorial saca bastante dinero para compensar todas sus pérdidas: *Bonjour Tristesse* ha alcanzado en 200 días una venta de 200,000 ejemplares. El buen negocio es obtener un premio. *Les Mandarins* alcanzaron 243 ediciones en tres meses, pero éstas son excepciones.

Los autores suelen cobrar el 10% de la venta al público. En el caso de *Bonjour Tristesse* son casi diez millones de francos y luego el éxito hace que los periódicos encarguen al autor muchos artículos.

Se dice que Françoise Sagan, la joven autora de *Bonjour Tristesse* cobra 100,000 francos por cada artículo. Además, para unos cuantos autores, se suman los derechos cinematográficos. Pero en conjunto hemos visto que 41% de los jóvenes escritores, más o menos, consiguen vivir con el producto de su pluma. Es muy poco.

Naturalmente la situación es distinta para los autores consagrados. Se rumorea que Mauriac gana 700,000 francos al mes, pero es Premio Nobel. En realidad si la vida es más fácil para ellos, no hay que creer que tengan dinero de sobra, ni mucho menos.

Pero si un examen de la situación literaria exigía estas precisiones de tipo material, volvamos ahora al plano más espiritual.

Les Mandarins plantea el problema fundamental del papel social y político del escritor. En el momento actual la vida política francesa gira, desde un punto de vista intelectual alrededor de tres hombres: Malraux, Mauriac y Sartre. Hemos definido ya aquí la posición de Sartre en una entrevista que concedió a *Cuadernos Americanos.* Reclama la unidad de acción con los comunistas. Mauriac después de haber apoyado en un principio al partido católico (Mouvement républicain populaire, M. R. P.) ha evolucionado cada vez más hacia lo que ahora se llama la "nueva izquierda" de Mendés-France; Mauriac se ha completamente *engagé* en el mendesismo que procura en este momento organizar un amplio movimiento para ganar las próximas elecciones después de la caída del ministerio Mendés a principios de febrero de 1955.

Queda el "caso Malraux". La verdad es que la evolución de Malraux desde la guerra ha causado extrañeza en la mayoría de sus admiradores. Los lectores, compartan o no las ideas de un gran autor, se sienten siempre defraudados cuando este autor defiende sucesivamente ideas contradictorias, ya que se le supone —no con mucha razón— más lúcido que el público. Malraux era antes de la guerra un autor revolucionario, sus libros reflejaban una ideología rayana en el comunismo. Después de la guerra se pasó al movimiento neo-gaulista que en los grupos de izquierda se conceptuaba fascista o por lo menos reaccionario —y no se trata aquí de los grupos comunistas, sino de los católicos de izquierda del grupo *Esprit,* por ejemplo—; ahora se acaba de realizar un acercamiento entre los restos del movimiento gaulista fracasado y la "nueva izquierda" de Mendés-France. Todo esto desconcierta a los seguidores de Malraux y demuestra hasta qué punto está intrincada la situación político-literaria en Francia. Más aún cuando nadie quiere aceptar ser llamado derechista ni reaccionario entre los intelectuales de toda tendencia. Bien se vio recientemente en una

polémica que opuso dos semanarios *L'Express* de Mendés-France (donde colaboran por ahora Mauriac y Malraux unidos en la "nueva izquierda") y *Arts,* el conocido y excelente órgano artístico-literario que después de muchas tribulaciones terminó hace pocos meses por caer entre manos del brillante polemista y novelista popular Jacques Laurent. Este último, tachado de derechista por *L'Express* contraataca vigorosamente diciendo que debe separarse la literatura de la política, para no entrar en decadencia; todo el tono y los argumentos de la discusión parecían sacados de *Les Mandarins,* lo que demuestra una vez más la lucidez del libro de Simone de Beauvoir.

Ahora bien, esto nos conduce a examinar en qué sentido han evolucionado recientemente las ideas de *engagement* y de creación socialista. Frente a los que preconizan, como Jacques Laurent "la literatura por la literatura", Sartre decía que el problema individual que fue el tema predilecto de la literatura burguesa entre las dos guerras ya no permite exploraciones susceptibles de dar nacimiento a una obra genial, en una época donde los acontecimientos externos dominan toda la vida interior y donde un amor que se desarrolla en Francia puede resultar estando en peligro por algo que ocurre en China, lo mismo pasa con el movimiento dramático actual: tiende a rendir cuentas de este contexto universal o, mejor aún a esquematizarlo. Así ocurría en la obra de Adamov *Tous contre tous,* donde volvimos a vivir con unos personajes que son tipos estilizados sin ninguna individualidad el drama de las minorías perseguidas en la Europa moderna, desde hace veinte años. Mejor aún, en *Nuclea* del joven poeta neo-superrealista Pichette, que entre los franceses es el que más talento tiene, la comedia no supone ni exige ningún protagonista individual. Se suceden en el escenario actores sin nombre, apenas designados por un calificativo: el enamorado, el indiferente. El hilo de la acción es la guerra y la paz, pero *no para una misma persona* sino para unos seres alocados que cruzan por así decirlo la acción, la cual progresa por su cuenta, desprovista del soporte de la conciencia individual.

Ahora bien, no se puede comparar este teatro con el teatro colectivo soviético de los años 30, ya que este último teatro era a todas luces realista, lo mismo que, por ejemplo, la novela soviética de Fadeev, *Lejos de Moscú* que cuenta la historia de un "pipe line" sin dar casi ninguna importancia de fondo a los constructores considerados como seres humanos. Más bien podría tener sus raíces en ciertas películas rusas como el célebre *Acorazado Potemkin* en las que el factor simbólico e irrealista era la base de la *démarche* socialista. Es importante apuntar aquí que el gran pintor filocomunista Fernand Léger acaba de

exponer en la comunizante "Maison de la Pensée française" una magnífica serie de cuadros (la exposición tuvo un éxito extraordinario) en los que mezclaba cierto realismo del dibujo con un irrealismo total del color cuyas manchas no coincidían en absoluto con los contornos de las figuras y se derramaban por su cuenta por doquier en el lienzo. Por eso creemos legítimo llamar a ese movimiento *irrealismo socialista* al margen de la batalla que viene librando en Francia el realismo socialista y que ha culminado en el célebre *affaire* Picasso después del cual Picasso que había sido primitivamente condenado por el Partido Comunista por la falta de realismo de su "retrato de Stalin" terminó saliéndose con la suya al ser publicado un comunicado oficial del P. C. francés reconociendo que esta condena había constituido un error y había desconcertado a los intelectuales del partido.

Apuntemos de paso aquí la opinión de un pintor que ocupa un lugar un poco especial en la batalla, ya que los dos campos están de acuerdo para rechazarle unánimemente: queremos hablar del inventor de lo que él mismo llama "su manera nuclear" (entiéndalo quienquiera) Salvador Dalí. Al denunciar "la vergüenza ignominiosa y sin precedente del *realismo socialista,* vergüenza que reside en su total mentira" y declarar que una obra "ya sería otra cosa, si por ventura la hubiese pintado Vermeer o *yo mismo* según mi manera nuclear", añadía estas palabras que por venir de quien vienen ostentan una importancia excepcional: "Todo lo que hace Picasso se vuelve inmediatamente ejemplar por la pasión que él mismo pone en su obra. Vació nuestro tiempo de toda fealdad, al colocarse de golpe más allá de lo feo. Cuando empezó a pintar, se iniciaba una época de mediocridad colosal. Picasso la liquidó de una sola vez al realizar la sublime caricatura de la historia del arte".

Y ya que en estas notas hemos dado varias veces la palabra a los mismos artistas terminemos aportando un último documento que proviene de uno de los fundadores del cubismo en Francia, del hombre alrededor del cual se reunió el famoso *groupe de Puteaux:* Jacques Villon. Y si lo citamos para concluir, es porque Villon no sólo es un artista sino un intelectual —estudió la carrera de Derecho— y se acercó bastante tarde a la pintura después de dedicarse 15 años a otras actividades artísticas— y sólo porque el cubismo naciente le pareció poder dar satisfacción a sus curiosidades de estudiante culto. En el cubismo encontró un campo de investigaciones que iba a permitirle interrogar los objetos y buscar, más allá de su realidad "su valor de signo". Esta búsqueda metafísica no implicaba por otra parte ninguna mística y tendía sobre todo a unir lo sensorial con lo visual, de modo que al

entrecruzarse cierto número de signos interpretados brotase una mayor comprensión del mundo externo. Él mismo nos ha afirmado que esta descomposición de la naturaleza de los objetos le permite intuir a veces, indistintamente, la naturaleza de los objetos más allá de su apariencia. Sin embargo confiesa la ilusoria vanidad de este tremendo esfuerzo, ya que cree necesario proclamar, después de 50 años de labor, que ignora aún lo que es la pintura, lo que es la realidad y de qué sirve el trabajo incesante de generaciones de artistas.

Para entender esta posición desalentadora, hay que situarse en la perspectiva de los pintores cubistas, comprometidos en una especie de sueño que se basa en lo real y asciende a fuerza de investigaciones hasta una esencial abstracción: su arte sólo consiste en una lenta descomposición de un croquis en innumerables facetas, suprimiendo en ellas la luz para sólo conceder algún valor a la forma fundamental, inmutable, y por así decirlo, a la forma de la forma; no a lo visible sino a lo que condiciona lo visible.

Como hubiera podido decirlo Montesquieu, "el cubismo es la relación necesaria que se deriva de la naturaleza de las formas" (lo que permitió a Tzara es decir *Dada,* creador del superrealismo, contestarle que desde 1914 el cubismo sólo es un nuevo academismo).

Sumergido en este mundo de formas acechadas sin cesar desde hace medio siglo, Villon acusa al arte abstracto de mentira —y con razón— a pesar de que muchos consideran al cubismo como un aspecto del arte abstracto, olvidando de que sólo el resultado es abstracto y que esta abstracción se deduce de un lento proceso intelectual analítico. El arte para Villon no es sino un *permiso,* el permiso de hacer algo gratuito, sin razón, por el gusto de investigar y de satisfacer una fantasía. Las masas populares están muy alejadas de esta clase de pintura, pero eso no importa, según Villon, ya que cree que está muy lejos de estar terminada la comedia y falta aún mucho para que caiga el telón: El retorno al arte figurativo debe constituir desde ahora ya, *el punto de partida de un nuevo irrealismo.*

Marcel SAPORTA.

DOS PALABRAS GUATEMALTECAS*

Conocí a Ezequiel Ramírez Novoa en los primeros días de junio de 1954, en Montevideo. El ambiente de la bella ciudad platense se cargaba entonces de expectativas sobre política internacional. Intelectuales, políticos, universitarios, maestros de escuela, estudiantes, periodistas, líderes obreros tenían sed de noticias sobre Guatemala, amenazada de invasión mercenaria. En la vanguardia de tan numerosos amigos estaba el peruano Ramírez Novoa. Desde el primer contacto espiritual con este hombre incisivo, dinámico, joven, lo adiviné valioso. Su dinamismo no se expresaba en ese visible ir y venir de los pragmáticos de nuestro siglo, que corren y se fatigan en mangas de camisa, el cuello abierto y sin corbata, el saco doblado sobre el antebrazo y plaquetas de sudor en las espaldas, camino de la cancha de fútbol, de la aduana o de las ventanillas de los Bancos: el suyo es un dinamismo íntimo, una propulsión espiritual, dados en aquellos que caminan poseídos de una fe que los alumbra día y noche. En Ramírez Novoa esa lámpara interna es el aprismo. Cree en el aprismo, lo practica y lo divulga, y diría yo que lo fecunda con el riego caudal de su vida consagrada a soñar en un Perú democrático y en una Indoamérica libre, unida y feliz. El aprismo de Ramírez Novoa es el de las aguas primigenias: claro en sus postulados, combatiente e intransigente. Es el que Manuel Seoane mantuvo en alto mientras Haya de la Torre estaba prisionero: es el que Haya de la Torre acaba de vitalizar con sus categóricas declaraciones de Oslo. Ramírez Novoa, casado con dama chilena, vive ahora en Montevideo, llevando con dignidad su pobreza de emigrado, al amparo fraterno de la democracia uruguaya sobreviviente. ¡Sobreviviente, sí, porque ya van quedando pocas en América!

Ramírez Novoa escribe libros: sobre política tiene que ser, y sobre política latinoamericana. Escribir libros que se refieren a lo que sucede en Nuestra América en esta hora aciaga para los que hablamos español, y escribirlos sin más preocupación que la verdad (sólo la verdad y toda la verdad. . .) va siendo ya un género de heroísmo cívico que no se conoció en épocas pasadas. Las empresas editoriales que colaboran van

---

* Escritas como Prólogo para la obra *La farsa del Panamericanismo y la Conferencia de Caracas,* del abogado peruano Ezequiel Ramírez Novoa, que se publicará próximamente en Sudamérica.

siendo ya muy pocas: los intelectuales que así comprometen la comodidad de su futuro también son cada día menos. Los hombres de pluma —¿por qué ha de pensarse obligatoriamente en las aves?— prefieren divagar sobre lo que ocurre en las profundidades de la selva africana, o salir derechamente a justificar el Imperio angloparlante. ¡Estamos en una a su manera Edad del Oro! Pero Ramírez Novoa no entra en las filas de los escritores áureos: él prefiere el hierro combativo o el cobre de la raza. Su moral política responde a sonidos metálicos distintos de aquellos por los cuales las plumas se untan de baba y de miel.

"La Farsa del Panamericanismo y la Conferencia de Caracas" rompe el silencio vergonzoso sobre la vergonzosa Conferencia de marzo de 1954. Diez meses han corrido... y nadie ha dicho nada. Qué delicioso contubernio el de la pluma con el dólar. Es éste el primer libro que se atreve en el análisis de nuestra inmoralidad cívica. ¿Será también el último? A pesar de sus estudios de abogado, y suponiéndosele los hábitos profesionales del jurista, Ramírez Novoa se enfrenta al panamericanismo con ánimo independiente, con propósito crítico, con lenguaje revolucionario. Quedaron a un lado los eufemismos con que los togados del derecho se refieren a estos congresos y a sus "productos" jurídicos: quedaron a un lado también los ademanes y las voces sacerdotales que sirven para distraer o despistar a las ovejas cuando no para guiar al lobo en las sombras. Hasta llega un momento en que el abogado Ramírez Novoa se convierte en cirujano para mostrarnos la entraña purulenta de este fatal sistema de vasallaje internacional.

La farsa teatral a que se refiere este libro se produce condicionada por un telón de fondo: la existencia de dos Américas de distinto origen, de diversa estructura psicológica y moral, de filosofías antagónicas. Estas dos Américas aparecen en la escena hablando lenguajes mutuamente ininteligibles, agitadas por móviles que se repugnan. La escena, la farsa, se llama Conferencia. El Departamento de Estado de los Estados Unidos convoca cuando le place y fija el lugar que le conviene: los gobiernos latinoamericanos acuden con humildad y desfilan como las monjas de un convento, mirando el suelo y sin pestañear. Los problemas que van a discutirse son señalados en Washington, a gusto y paladar del poderoso. Ministros de Relaciones Exteriores de veinte países aportan el prestigio de sus cargos —y en algunos casos el renombre de su personalidad— para dar validez a la asamblea y al escenario. Juveniles, sinceros, románticos, algunos delegados de habla española irrumpen explicando su modo latino de mirar la vida. Una voz metálica, que suena a cadenas de oro untadas de petróleo, se apresura a interrumpirlos para recordarles que "aquí" no se ha venido a ensayar la retórica

sino a tomar resoluciones. Voces insobornables se levantan de terceras filas para recordar a los áureos capataces que no todo es Colonia en Latinoamérica. (Ramírez Novoa puntualiza cuántas y cuáles han sido esas voces en cada Conferencia). Ante la posibilidad de que vaya a enojarse el que todo lo resuelve, la mayoría de los delegados latinoamericanos, en una demostración de sensatez gástrica, desautorizan las voces irrespetuosas y la asamblea resuelve lo que en un principio se había propuesto. (No siempre es la delegación de Estados Unidos la que presenta las proposiciones yanquis). Cuando los Ministros de Relaciones vuelven a sus respectivos países, el hombre de la calle los increpa reprochándoles sus complacencias, sus genuflexiones, les hacen ver en qué medida se han dejado conducir hasta posiciones contrarias al interés de la República. Esta ira popular llega, sin embargo, demasiado tarde. Los Ministros de Relaciones, funcionarios transitorios, estamparon una firma que dio a las resoluciones el carácter de compromisos perpetuos para la Nación que representan... Los Ministros salen del Gabinete: los compromisos quedan en Washington. Y Washington no dialoga con ningún gobierno latinoamericano que se niegue a reconocer validez a aquellos compromisos "panamericanos".

Dentro de este esquema de las Conferencias panamericanas, Ramírez Novoa señala un fenómeno desconsolador: la postergación sistemática de todo aquello que podría realmente conducir a aumentar o a iniciar el bienestar de los pueblos mestizos del sur. Dentro de la serie se distinguen las cuestiones económicas, que los yanquis no permiten se discutan "ahora", postergándolas para más tarde, para ese cruel "alguna vez será" que acabamos de oír de nuevo en Caracas y Río de Janeiro. Así también con los problemas morales como la tenencia imperial de territorios hispanoamericanos (Belice, Puerto Rico, las Guayanas, las Malvinas, etc.), que constituyen el llamado "problema colonial en América" y que Guatemala hizo triunfar líricamente en Bogotá... En cambio de esas cuestiones básicas para nosotros, dice Ramírez Novoa, las Conferencias se rellenan con "gaseosas" referencias a la democracia y a los Derechos del Hombre. No es muy disimulada la crueldad con que el joven intelectual peruano —convirtiendo la comedia en sainete— dibuja la figura teatral de los delegados de Ciudad Trujillo que proponen mayores exigencias para la perfección de los sistemas democráticos en el Caribe, y la de los delegados de Ciudad Somoza que aportan sabias doctrinas sobre el respeto sagrado a la persona humana. Y en el cuadro magistral de Ramírez Novoa se ven, luminosas y rosadas, las caras de los delegados latinoamericanos, atravesados de felicidad cívica, cuando escuchan a sus colegas los bienaventurados Doctores panamericanos

ricanizantes. Una asamblea de ángeles en el Paraíso no ofrecería mejor ejemplo de beatitud colectiva. Y concluye Ramírez Novoa demostrando cómo a la sombra de ese panamericanismo de doctores y diplomáticos seráficos, mientras se "perfeccionan" la democracia en las actas, se multiplican las dictaduras totalitarias alrededor del Caribe y sobre el espinazo de los Andes. Después de todo, estos dictadores asaltantes del poder, cegadores de vidas, de costumbres asiáticas y métodos africanos, son los únicos que protegen sin condiciones la cascada de dólares que los cartagineses han volcado, y quieren seguir volcando, sobre nosotros.

Si se pudiera hablar de un clima en esta teatralería del panamericanismo, diríamos que el de la obra de Ramírez Novoa se impregna de sentimientos contradictorios. Son muchas las páginas donde campea la nostalgia y la desesperanza, pensando en la unidad de Indoamérica, tal como el aprismo la propugna. Pero esa nostalgia se arremolina en indignación al comprobarse que la batuta (¿el dólar?) de Washington se ha encargado, desde los días de Bolívar, en mantenernos desunidos, en desacuerdo, disputándonos quisicosas, enseñándonos los dientes, imposibilitados para la menor alianza, presumiendo cada uno la protección de Washington, el perturbador, el agitador, el azuzador, el anarquizador. Ramírez Novoa se complace en repetir su frase que llama "países desunidos del sur" a los países debilitados por la diaria pelea entre hermanos, por la diaria búsqueda de complementos vitales, que podríamos darnos pero que se nos prohibe ofrecer al vecino y al hermano. Mayor y más fogosa es la indignación de Ramírez Novoa cuando denuncia la ambivalencia de la política norteamericana, pues mientras en las conferencias panamericanas insiste en la democracia como hipótesis, marinos imperiales desembarcan o fortalezas volantes aterrizan en las costas del Caribe. Singular importancia y no poca novedad tiene, por eso, el capítulo sobre la Buena Vecindad, "superficial y tartufística", en la cual se demuestra que Roosevelt no reembarcó los marinos hacia los Estados Unidos mientras no tuvo preparado en cada país el dictador criollo que continuaría la obra policial de los que se reembarcaban.

En más de un lugar de la obra, el autor protesta por la irrespetuosa intención de complicar a Bolívar con este panamericanismo de "amasijo", dirigido por los yanquis para uso de los yanquis. Es verdad, todos sabemos que cuando Bolívar pensó en el Congreso de Panamá, invocado por los papagayos como raíz del panamericanismo, pensó en una alianza defensiva de los pueblos de habla española, a fin de guarecerse unidos contra el zarpazo nórdico, que Bolívar presintió proféticamente. Ramírez Novoa llama "contrabando ideológico" y "burda

estafa" a esta corriente interesada en pintar a Bolívar como cómplice de una política internacional de renunciamiento y entrega.

En otro plan de consideraciones, tengo que agradecer al iracundo escritor peruano sus constantes y amistosas referencias al caso Guatemala, tal como el problema se planteaba al continente en el primer semestre de 1954. Parecería que todo el libro estuviera pensado y escrito para defender aquella Guatemala que pretendía inyectar nuevos ideales al panamericanismo, que pretendía volver a lo nuestro y por lo nuestro, que puso en práctica una nueva modalidad diplomática internacional, que llevó sus voces de amanecer a San Francisco, a Chapultepec, a Nueva York, a París, a Bogotá, a La Habana y finalmente a Caracas, pregonando no una teoría de la democracia sino una emoción democrática, teorizando y practicando un panamericanismo sin vasallaje. Ante cualquier conciencia libre de habla española, aquella Guatemala —la única digna de llamarse Guatemala— iba por el camino correcto, en busca de su propia felicidad, sirviendo con desvelo a los hermanos latinoamericanos y españoles, sin voluntad de rebaño, sin estilo de recua. Ramírez Novoa: combatiente por la dignidad, como nosotros: ¡muchas gracias!

Juan José AREVALO.

Aventura del Pensamiento

NOTAS SOBRE LA CULTURA NACIONAL

Por *Francisco AYALA*

Un escrutinio algo atento de las condiciones de nuestro mundo basta para convencernos de que a partir de la Segunda Guerra Mundial se ha entrado ya resueltamente en el período de liquidación de las nacionalidades, vehículo que fueron del progreso histórico desde el Renacimiento hasta 1914, para dar lugar a nuevas y más amplias estructuras de vida colectiva, cuyo perfil es todavía borroso, pero cuya necesidad resulta por demás clara. Y como, de otra parte, parece evidente asimismo que con la Primera Guerra Mundial se inició un período que pudiéramos llamar extremo del nacionalismo tardío, durante el cual alcanza su paroxismo la correspondiente ideología, es el hecho que nuestra generación, formada entre ambas guerras, se debate ahora, al cerrarse ese período, con las contradicciones de una tradición que durante él se vio conducida al absurdo —entiendo por tal, el delirio totalitario— y a la que se oponen en estos momentos las tendencias de una situación histórica dentro de la cual dicha tradición resulta, no sólo inoperante, sino embarazosa y perturbadora. En medio de esas contradicciones nos movemos, hoy, todos. Los supuestos y dogmas del nacionalismo en que creían nuestros padres y abuelos, y en que nosotros mismos nos hemos educado, son una rémora muy grave cuando tanta agilidad se requiere para desenvolverse en la fase actual del mundo. Pero, en verdad, no disponemos, para interpretar las nuevas realidades, de otro arsenal ideológico que aquellos viejos e inservibles lugares comunes, ya mandados retirar, del nacionalismo. Hasta ahora, ninguna otra doctrina ha venido a ofrecer interpretación cabal de las tendencias que, bastante inequívocamente, se advierten en el desarrollo de la situación. Y esta ausencia de un esquema intelectual es quizás, dicho sea entre paréntesis, un signo más de cuán profundamente están cambiando los tiempos, pues ha sido muy propio de la civilización occidental en la época mo-

derna, con sus fuertes inclinaciones racionalistas, el operar en el plano político-social a base de esquemas tales; cuando nada indica, sino al contrario, que ésa sea y tenga que ser la forma normal de encararse con la contingencia político-social del mundo. De cualquiera manera, creo que se impone la tarea de reexaminar esos lugares comunes secos en su raíz, sí, pero tanto más perturbadores, por cuanto que, interpuestos como un velo entre los ojos y la realidad de las cosas, falsean la visión y alteran la serenidad de quienes mucho necesitan de ella para afrontar circunstancias insospechadas.

Sería indiscreto reproducir aquí, una vez más, el bosquejo de la formación histórica de las nacionalidades, fraguadas dentro del cuadro de los Estados modernos, es decir, dentro de una particular estructura política que en su día surgió de necesidades técnicas, y que por necesidades técnicas sucumbe ahora. En realidad, la doctrina de las nacionalidades —o, para no incurrir en falsos distingos ya hoy desprovistos de sentido: la doctrina nacionalista— es de aparición muy tardía. Llevaban tres siglos cociéndose en la olla de la monarquía francesa, española, etc., los ingredientes respectivos, y por cierto muy heterogéneos entre sí, de lo que resultó ser luego Francia, España, etc., cuando comienza a afirmarse la substantividad de las naciones. Y no es de extrañar que esa afirmación fuera más aguda y virulenta en los países que, ya en fecha tan avanzada como el siglo XIX, aspiraban a un Estado moderno por reacción imitativa contra aquellos otros donde primero se habían instituido. La afirmación nacionalista utiliza ahí la "cultura nacional" como un instrumento político, y los *Discursos a la nación alemana* de Fichte no son un ejemplo cualquiera, sino el monumento primero y el esquema ya cabal del nacionalismo, tal cual como habría de desenvolverse después hasta en sus rasgos más odiosos, ocultos, por entonces, todavía, bajo la capa de emociones nobles. La tesis, luego tan vulgarizada, de que a toda nación corresponde tener su propio Estado, como órgano político de una personalidad independiente y soberana, se convertiría pronto en una de esas verdades axiomáticas que la gente abraza con ardor justiciero. En la práctica, esta idea sirvió para aglutinar en entidades políticas mayores a territorios que vivían rezagados dentro del remanente de estructuras medievales: la multitud y diversidad del Sacro Romano Imperio Germánico o los Estados de la península itálica, territorios para los que

los *patriotas* reclamaban y obtuvieron unificación en sendos Estados de corte moderno.

Quedaba, sin embargo, por aclarar el concepto de nación. ¿Qué es una nación?, era la pregunta. Y, vistos en perspectiva, los esfuerzos realizados por la teoría política para obtener una definición aceptable resultan, en verdad, de una futilidad patética. Nunca se consiguió dar un paso más allá de las brillantes vaguedades de Ernesto Renán. Si no se apela al Estado moderno —es decir, a una estructura de poder político creada históricamente al servicio de unas concretas exigencias técnicas, y configurada según los accidentes de las pugnas históricas y de las combinaciones dinásticas— la nación es concepto evanescente que se escurre entre los dedos.

No es, pues, de extrañar que, cuando esas mismas exigencias técnicas empezaron a poner en jaque la organización del mundo occidental como una constelación de Estados soberanos (cuya competencia se hizo devastadora con la Primera Guerra Mundial), la doctrina nacionalista que sirviera antes para aglutinar territorios, comenzara a operar ahora en un sentido contrario; de manera que en la paz de Versalles surgieron naciones y nacioncillas a granel, y por todas partes, en el interior de los viejos Estados, se impacientaban, estimuladas, las pretensiones de nacionalismos locales en demanda de rupturas y desprendimientos.

Porque, en efecto, ¿qué es una nación? ¿dónde hay una nación? Variedades culturales se descubren en el seno de cualquier sociedad entre unas y otras regiones, entre una ciudad y otra, entre los barrios de la misma ciudad, entre las clases sociales, entre los grupos profesionales, entre los individuos. ¿Cuáles serán los límites de una nación? Por más vueltas que le demos a la cuestión, sólo en el Estado podemos hallar respuesta. El concepto de nación es un concepto político; está constituido mediante una voluntad política; cuando se la despoja de perspectivas políticas, actuales o potenciales, la nación se evapora. Lo que pasa es que, estando ese concepto político ligado a la suerte histórica del Estado moderno, sólo se advierte sin embargo su vinculación, cuando éste ha entrado en crisis, a partir de la Primera Guerra Mundial, durante el período subsiguiente y, sobre todo, ahora después de la Segunda. Hasta ese momento, nación y Estado nacional aparecían a los ojos de todo el mundo como la forma normal, incontrovertible, y eterna en su

validez, de la convivencia humana. Ha sido necesaria la gran crisis de nuestros días para que se desarticule y descomponga el cuadro, y perciba la gente, no intelectualmente, sino como experiencia viva, la transitoriedad y valor relativo, histórico, de tales estructuras. El período que media entre las dos guerras mundiales, con los excesos disparatados del nacionalismo tardío o totalitario, ha sacado a la superficie lo que ya desde el comienzo estaba implícito en la doctrina nacionalista: la subordinación de todos los sectores de la cultura a lo que no es sino un aspecto instrumental y técnico de ella: el Estado. Hoy se advierte cuán vana era la distinción habitual entre un nacionalismo sano y otro morboso: supeditar al Estado —es decir, al poder político— la actividad cultural toda de la sociedad es, en cualquier grado que se haga o postule, un extravío; lo es ya por principio. Sin embargo, se trata de un extravío al que somos hoy demasiado propensos, pues nos hemos formado en unos supuestos que conducen a ello, hemos vivido en una época que corría en esa dirección, y el hábito nos hace aceptar como bueno lo que hubiera parecido execrable, no ya a los hombres de la Ilustración, incluso a nuestros abuelos nacionalistas liberales.

Así, de buena fe y como cosa obvia, suele aceptarse y propugnarse la intervención del Estado en todos los órdenes de la vida social, confiriéndole una especie de derecho sobre la cultura; y, eso a través de una serie de postulados cuya trama convendría desenredar un poco. Se da por establecida la preexistencia de una nación, cuya supuesta personalidad singular se define por su cultura (es la hipóstasis romántica del "espíritu del pueblo" o *Volkgeist*); se afirma que el órgano de la nación es el Estado (aquí está envuelto el principio democrático de gobierno); y se pretende que el Estado, legítimo y autorizado representante de la nación, defina, oriente, encauce, dirija y cree la cultura. Con lo cual, nos metemos de lleno dentro del totalitarismo. Pues, en la práctica, y cualquiera sea el régimen político, el Estado es por esencia una estructura de poder, manejada para fines de poder por hombres que actúan y deben actuar con vistas al ejercicio del poder. Maquiavelo tuvo el mérito de aclararlo desde el principio con rigor y perspicacia que los hechos han confirmado en medida creciente siglo tras siglo. Darle, pues, al gobernante el control de las actividades culturales, es poner en sus manos un instrumento de poder que, inexorablemente, manejará para sus fines. Los ejemplos recien-

tes del esfuerzo hecho por los regímenes totalitarios (hitleriano, primero, y comunista después) para perseguir e inhabilitar o someter a su servicio las iglesias, no son sino aplicación desembozada de la doctrina de *El Príncipe*. Si eso se intenta con la religión, no se hará menos con los demás valores espirituales de la cultura.

La idea de "cultura nacional" se formula y propaga como una reacción en contra del racionalismo del siglo XVIII, sobre todo después de la Revolución Francesa. Está ligada al historicismo, y aparece en conexión con las nuevas teorías en apoyo de la restauración monárquica; pero, en sí misma, es una idea más bien democrática y, en sus orígenes, burguesa. Al asumir el poder político y asentarse en él, la burguesía rechazó los valores universales de la monarquía, de la aristocracia y de la iglesia. El burgués se considera miembro —un miembro ilustrado— del pueblo, y, desde su posición adquirida, se complace en las típicas y alegres costumbres de la gente humilde, que contempla con cierta mezcla de nostalgia y desdén. En contraste con la realeza y aristocracia internacional, extranjerizante, ahí está el *pueblo,* viviendo a ras de tierra en formas de cultura tradicionales que le son propias, y que han brotado espontáneamente de su genio natural; y ese genio natural del pueblo, ese *Volkgeist*, es —se afirma— el que ha producido también en tiempos pretéritos las grandes creaciones del arte, las grandes obras de la cultura, las grandes hazañas de la historia. La actitud de éxtasis ante el *folklore* es desde luego el resultado de una construcción romántica cuya consistencia no resiste al menor análisis. Pues éste muestra en seguida que tal y tal práctica o costumbre se encuentra, no sólo en las tradiciones de "nuestro" pueblo, sino acaso en Polinesia, en Manchuria o entre los esquimales, y es reliquia de un estadio cultural primitivo que, por difusión o por creación original, se repite en muy diversas sociedades simples; que tal cuento popular proviene de la India y se halla, no sólo en el "nuestro", sino en todos los países europeos; que tal baile típico es una danza cortesana del siglo XVII o XVIII, y tal vestido es la moda señorial del siglo XIII fosilizada en la aldea, y tales fórmulas de cortesía se deslizaron al agro desde algún círculo caballeresco ya desaparecido... Se trata de un depósito de materiales capaz de hacer las delicias de un erudito, pero en verdad no hay en él apenas nada de autóctona creación "nacional", pues los ámbitos donde

surgieron cada uno de tan dispares elementos rara vez y por casualidad coincidirán con los límites de la nación, o —lo que es aproximadamente igual— con las fronteras efectivas o pretendidas del Estado.

Sin embargo, se baraja todo ello, se le agrega una adecuada selección de cuanto tiempos idos levantaron o produjeron una vez en ese territorio por obra acaso de romanos, de árabes o de aztecas, y el conjunto se atribuye al "genio nacional". Hasta aquí no hay mal alguno —o, por lo menos, no otro mal que el implícito en todo error del juicio. Incluso permitirá obtener beneficios si la buena fe y el entusiasmo cooperan a recoger, estudiar y salvar de ulterior deterioro todos esos remanentes del pasado. En verdad, ahí comienza —y ahí debe terminar— la intervención del Estado en la cultura nacional: museos, institutos de investigaciones, oficinas para conservación de monumentos, archivos de todas clases, en una palabra: la tarea de preservación y restauración, practicada por supuesto con el criterio de que el poder público ofrezca los recursos, pero se abstenga de prescribir el contenido de la acción y deje las manos libres a los entendidos, sin darles instrucciones concretas. Éste es, en verdad, el principio justo de la intervención oficial en materia de cultura: el Estado no puede hacer legítimamente otra cosa que ofrecer facilidades materiales para su desenvolvimiento; y hay que decirlo: esa regla ha sido observada con bastante fidelidad por los Estados liberales. . . hasta que comenzaron a dejar de serlo. No otra cosa significan el principio de neutralidad (o de laicismo, según las circunstancias) en la escuela, y el principio de autonomía universitaria: con ciertas garantías formales de competencia, cada maestro tiene libertad de cátedra dentro de los establecimientos sostenidos y pagados con fondos públicos por el Estado, y las propias instituciones disfrutan de libertad a su vez para ordenar sus planes de estudios. Así debe ser, por razones obvias: la fuente de la creación cultural se encuentra en los hombres, grupos e instituciones dedicados a ella; no en los hombres, grupos e instituciones dedicados al mantenimiento del orden público interno y a la defensa de la comunidad en el campo internacional. Puede ocurrir —y ocurre a veces: Paderewski fue presidente de la república polaca; Masaryk, sociólogo distinguido, lo fue de la checoslovaca; Azaña, escritor notabilísimo, lo fue de la española, para sólo citar casos recientes—; puede ocurrir

que un hombre eminente en artes, letras o ciencias se encuentre en el gobierno; pero ni siquiera este feliz y raro azar le autorizaría a gobernar por vía de poder en el sector de su particular competencia. ¿Qué se hubiera dicho, por ejemplo, si el uno hubiera impuesto en las salas de concierto y radios los programas de su predilección, el otro hubiera hecho obligatorio su sistema de ideas en la universidad, y el tercero hubiera prohibido las comedias ñoñas y chabacanas donde, además, se atacaba al régimen? Pues esto se lo hemos visto hacer a Hitler, pintorzuelo que ordenó expurgar a su gusto los museos de Alemania; a Stalin, glorificado como centro de la sabiduría universal, quien dictaminaba el final de un estreno si la ópera era buena o mala, determinando con esto su suerte y la del autor.

En realidad, ésos no son sino los puntos extremos de una tendencia que llegó a culminar en el lapso entre ambas guerras. Desde su puesto al frente del Estado, esos políticos no hicieron sino sacar las consecuencias lógicas de la tendencia, entonces en boga, a aumentar por todos los medios la suma de los recursos del poder. Las causas profundas de esa tendencia no pertenecen a este lugar; seguirles la pista nos llevaría demasiado lejos. Para atenernos a la sola cuestión de la cultura nacional, observemos que en el descubrimiento o reconocimiento de una peculiaridad cultural de la nación, caracterizada a base de elementos adventicios que el observador selecciona y organiza en un conjunto facticio, está operando una idea política activa, y que debajo de la descripción de lo que es, se oculta la predicación de lo que debe ser —actitud ésta ajena por completo al pueblo y a la creación espontánea de su genio, pues notoriamente constituye una posición deliberada, una construcción racional. Desde luego, el carácter nacional es algo más que una ficción. Siglos de convivencia dentro de una unidad política, que crea para los súbditos del Estado experiencias históricas comunes, tiene que producir —sobre la base de las realidades culturales acotadas dentro de las fronteras políticas— una cierta conformación en disposiciones, propensiones, modos de reaccionar, etc., un cierto *tipo*, que se absolutiza luego como tipo nacional y se eleva a paradigma, atribuyéndole antecedentes remotos (¿no se ha caracterizado como "español" a Séneca, y hasta a los rumantinos?) para prestarle sustancialidad esencial, eternidad. Pero esto, en suma, es ya una ideología, sostenida por un grupo de intelectuales burgueses —por lo general, pe-

queño-burgueses ilusionados o resentidos— que se proponen definir la singularidad de la nación y prescribirle al conjunto de sus conciudadanos, a la masa del pueblo, la manera adecuada de ser y de sentir para ser y sentir de acuerdo con el "espíritu nacional", esto es, patrióticamente. Acorazados detrás de ese esquema (que no por casualidad sirve siempre para fines de una política gubernamental opresiva) lanzan excomuniones contra los disidentes, denuncian a la llamada "antipatria" y proponen un programa de educación popular cocinado a base de los ingredientes de aquella dudosa cultura *folklórica*, y adobado con banderas, himnos, lemas, culto a los próceres, pantomimas históricas y demás quincalla patriotera; pero encaminado, en definitiva, a propósitos de dominación política fraudulenta.

Con esto alcanzamos el punto de la contradicción más flagrante. Se había comenzado por admirar con los ojos en blanco las creaciones espontáneas de la supuesta cultura popular, y se termina por suplantar ahora la espontaneidad del pueblo, imponiéndole mediante la escuela, la radio, los recreos y otras diversas actividades oficiales y festivales organizados, es decir, mediante todos los recursos de la propaganda gubernamental, unos contenidos de cultura que acaso han sido recogidos del acervo tradicional; pero que, "envasados" en discos, cintas magnéticas, películas, coros y cuadros coreográficos para su consumo en masa, deben administrarse ahora, a la manera de patriótica comunión, por manos de la burocracia. ¡Triste espectáculo, el de una alegría popular organizada por la Dirección General de Fomento de Bailes, Danzas y Canciones! ¿Se piensa que aquel pueblo genial ha perdido su originalidad y su fuerza creadora? ¿Se teme que pueda aplicarla en algún sentido nuevo acorde con las nuevas situaciones? O ¿qué es lo que se pretende al imponerle una cultura así reglamentada?

La respuesta vuelve a dárnosla el ejemplo del totalitarismo en el período que media entre las dos guerras mundiales. Si se deseaba reunir todas las energías sociales al servicio del Estado para la guerra total, era necesario eliminar la espontaneidad creadora (esto es, la libertad) de los individuos o grupos, con su diversidad contradictoria, convirtiéndoles en agentes eficaces del poder público. Dentro de ese plan monstruoso el papel de la "cultura popular" no era otro que el de entretener, distraer y anestesiar a las multitudes, dándoles un pasto que de

alguna manera les infundiera el sentimiento de su diferencia y por supuesto de su indiscutible superioridad respecto de los demás pueblos. A la fecha, los acontecimientos han evidenciado que ese camino conduce hacia un callejón sin salida. No es posible persistir en él. Los dolores que tal operación ha impuesto a la humanidad fueron demasiado grandes y, por otra parte, vanos hasta un extremo asombroso. La historia de la Segunda Guerra Mundial constituye por sí sola la explicación y la lección de esa trágica vanidad. Hemos aprendido en ella que, desde luego, es indispensable ya sin duda alguna, y urgente, un tipo de organización que no intente —lo que sería ilusorio— abandonar a la iniciativa individual las principales actividades sociales, cuyas exigencias económicas y técnicas sólo pueden satisfacerse mediante estructuras muy amplias, que exceden y rebasan por todas partes a los estímulos del interés privado; pero también hemos aprendido que la concentración de los controles en manos del Estado —tal como lo conocemos— conduce a la supresión total de la libertad del hombre y, por último, a choques ineluctables entre los diversos Estados que comparten la pretensión a dominar y regir la totalidad de la vida social en el área de sus respectivos territorios, pero cuya deseada autarquía no puede cumplirse sin las disponibilidades del vecino. Sólo un pensamiento excesivamente iluso, que en realidad no encuentra hoy expresión en ninguna parte, sostendría que el Estado debe limitarse de nuevo, como en el apogeo de la época liberal, al mantenimiento del orden público y a la defensa de la comunidad frente al exterior. Ese Estado liberal pertenece irrevocablemente al pasado. En las condiciones de desarrollo tecnológico a que hemos llegado es necesaria la coordinación y la administración de una multitud de actividades sociales por obra de alguna especie de poder público. Pero el Estado de que hablamos, el Estado nacional, aun reforzado hasta el último extremo mediante la práctica del totalitarismo, se ha mostrado dramáticamente incapaz de cumplir las demandas de coordinación y programa planteadas al mundo por los últimos desarrollos de la civilización. En lugar de Estados cerrados —soberanos— y omnicompetentes, se impone por sí misma la alternativa de entidades más amplias —internacionales, pero especializadas según sectores de actividad, cuya pluralidad misma evite la concentración totalitaria.

A tal necesidad acuden los bosquejos de la organización

que comienza ya a tomar vida en diferentes campos y bajo estímulos diversos, muchos de los cuales son, por supuesto, de naturaleza político-militar. No importa esto: lo importante es que esbozan cuadros supernacionales, a los que se remite el control de los diferentes aspectos de la organización social que ningún Estado estaría en condiciones de sostener satisfactoriamente por sí solo. Pues la nueva y tan deseable especie de liberalismo futuro no podrá basarse en un poder político como el antiguo Estado neutral, abstenido ante la vida social, y, por otra parte, una economía abandonada a la libre iniciativa de los particulares. Las cosas son hoy mucho más complicadas de lo que eran hace siglo y medio; y el nuevo liberalismo que puede y debe esperarse será más bien el de un orden plural donde se encuentren descentralizadas por sectores de actividad las distintas agrupaciones de servicios, que sin embargo deberá extender su competencia al plano mundial o, por lo menos, a zonas muy dilatadas del planeta. Esto parece por demás evidente, tanto a partir del examen racional de la situación como a partir de los pasos que han comenzado a darse en la práctica.

Ahora bien: la actual necesidad —que nadie niega, pues está más allá de lo opinable— de colocar los distintos sectores de la vida social dentro de cuadros orgánicos internacionales o supernacionales, le hace a muchos buscar alguna manera de desquite psicológico exacerbando en compensación el nacionalismo "cultural". En vista de que los hechos de la realidad técnico-económica y civilizatoria de la época se oponen tan drásticamente a la ideología y práctica del nacionalismo, es fácil refugiarse en la ilusión de un campo en el cual —se supone— el Estado puede seguir actuando libremente y sin entorpecimientos: el campo de la cultura nacional. No podrá dejarse de admitir la forzosidad de una integración económica, de una coordinación monetaria y financiera, de una unificación de los ejércitos y sus armamentos, de la supresión de tarifas aduaneras, de la internacionalización de las grandes industrias, empezando por las del carbón y del acero, y siguiendo probablemente por la de la energía atómica... Pero, como último recurso, quedará siempre la posibilidad de refugiarse en el cultivo diferencial de las peculiaridades culturales, y ésta puede ser la satisfacción —resentida y amarga, intolerante, es cierto— de las propensiones nacionalistas frustradas por la rigurosa exigencia de las circunstancias.

Se dirá tal vez que esta clase de reacciones son explicables y, además, bastante inofensivas. Sin embargo, es tan grave alguna de sus implicaciones que quizá convenga decir acerca de ella unas cuantas palabras. Ya quedó indicado antes cómo las pretendidas culturas "nacionales" no son sino un construcción intelectual a base de elementos diversos recogidos y aglutinados según orientaciones políticas. Mucho pudiera añadirse sobre la socio-psicología de esta construcción, como sucedáneo de los valores religiosos destituidos y como instrumento de autocomplacencia de una clase social que carece de fuertes posiciones y tradiciones culturales. En abreviatura podría afirmarse que el nacionalismo es la religión del *parvenu.* Pero sobre este punto no vale la pena de insistir ahora. En cambio, sí interesa hacer notar que la tendencia a atribuir al Estado el control y dirección de la cultura nacional, y la manera como hoy se pretende hacerlo, y de hecho se practica por algunos gobiernos, no es tan inocente como algunos con ingenuidad y buena fe creen, sino que encierra muy graves peligros. Admitamos que, en efecto, esos peligros quedan desvirtuados en el orden político por la fuerza constitutiva de la organización general de la economía, de la milicia y de los demás sectores instrumentales de la vida social, que razones técnicas van imponiendo. Aceptemos que no hay un peligro, o que éste es mínimo, en la fabricación, excitación e irritación de orgullos colectivos referidos al marco de un Estado político ya claudicante, y que sus peores resultados psicológicos quedarán contrapesados y anulados por los que habrá de producir sin duda alguna la unificación en el orden técnico e instrumental de los restantes aspectos de la vida. Yo mismo estimo que no es ahí donde se encuentra el daño. Estoy convencido de que las ideas y sentimientos en contradicción con las líneas maestras de la vida social serán acaso perturbadoras, pero rara vez tienen pujanza para desviarla y romperla. Véase la tranquilidad con que, astutamente, el gobierno soviético dio pábulo al desarrollo a las llamadas culturas nacionales dentro de la U. R. S. S., antes de asumir el nacionalismo de la "patria soviética"; descansaba en la seguridad de dominar lo que el marxismo llama la infraestructura de la sociedad. Un equivalente de esa infraestructura marxista sería, para los efectos que estamos considerando, la coordinación internacional de los aspectos técnico-económicos de la vida en el Occidente, base de la sociedad moderna.

No; a mi juicio, el verdadero peligro no está ahí, sino más bien en la esterilización que produce por fuerza en el terreno cultural mismo la intervención del Estado. El poder público carece de capacidad creadora en los sectores más sutiles y delicados de la cultura propiamente dicha; en el orden artístico, en el orden científico, en el orden literario, etc. A lo sumo, y en el mejor —o menos malo— de los casos, los develos de la burocracia conseguirán un cómodo y holgado desarrollo de los aspectos preferidos por ella. Imaginemos que el Estado subvenciona aquellas actividades artísticas, que le sirven de propaganda directa o indirecta, y promueve los inventos científicos utilizables para sus fines. Aún así, una cosa es las facilidades que ofrece este patrón generoso pero muy exigente en cuanto a posibilidades materiales de despliegue, y cosa muy distinta es la verdadera capacidad humana de creación. En lo que se refiere a la producción artística, el problema está planteado hoy en términos muy agudos, y hay ya excelentes libros consagrados a discutirlo. Tampoco faltan estudios relativos a la situación del trabajo científico, situación que acongoja y perturba la conciencia de los verdaderos hombres de ciencia, no meros obreros de laboratorio, envueltos en los procesos de producción patrocinados por el Estado. En todos los sectores comienza la dificultad cuando el Estado, avanzando más allá del innocuo fomento, mediante estímulos y facilidades económicas, entra a entender en los contenidos de la obra. El hecho mismo de que la producción artística o científica se coloque bajo las consignas de hombres a quienes conciernen las cuestiones de gobierno, pero que no son ni artistas ni inventores, ni literatos, basta para esterilizar por completo todo el proceso de creación. Lo propio del hombre de ciencia y del hombre de letras es escrutar con toda libertad el mundo, preguntarse por los últimos misterios, tratar de descubrir el sentido de la vida humana, el sentido de todo lo existente, y ofrecer sus intuiciones plasmadas en obra a la consideración de sus semejantes con objeto de despertar a ellos intuiciones o percepciones análogas. Es claro que esto no puede cumplirse bajo las órdenes de un burócrata mediante instrucciones y dentro de los márgenes establecidos por un jefe superior. No es que la creación sea libre omnímodamente; nunca lo ha sido ni podría serlo, porque, como cualquier actividad humana, está sometida a las presiones del ambiente social. Pero esas presiones son en cierto modo espon-

táneas. Esas presiones no son equiparables nunca a la camisa de fuerza de una organización oficial. Aun en los casos de mayor rigor, permiten la evasión, la escapatoria, subterfugios, caminos desviados, maneras en fin de dar expresión a la experiencia más acendrada, más genuina y pura, cosa que no ocurre en la organización burocrática de un Estado dispuesto a controlar la creación cultural para sus propios fines. Pues esta organización burocrática no dará paso sino a aquello que el burócrata entienda adecuado al punto de vista del gobierno; y por lo tanto no habrá posibilidad de manifestación discordante respecto de las normas que el burócrata tenga a bien establecer o aceptar.

Frente a estos principios no faltará quien los tache de exagerados, sosteniendo que no se trataría de imponer reglamentariamente cauces preceptivos a la creación —como, por ejemplo, los del llamado "realismo socialista" en Rusia—, sino de prestar los recursos y estímulos del Estado, al servicio de las direcciones peculiares de la cultura nacional. La respuesta al distingo sería bien simple. Es tan sólo una cuestión de grado. La definición de la "cultura nacional" podrá ser más o menos estrecha, y la presión a favor de la doctrina oficial, más o menos resistible; pero conviene pensar que, en las condiciones tecnológicas de la sociedad moderna, si existe una doctrina oficial sobre cuál sea la cultura "nacional", y un propósito de fomentarla, aun cuando no se pretenda por lo pronto excluir, sofocar y extinguir otras posibles actividades disidentes, "heréticas", es bien sabido hasta qué punto se encuentra hoy abandonado el individuo frente a las presiones de la masa y, sobre todo, frente a las presiones del Estado, para desenvolver una libre creación artística o científica.

ACERCA DE CIBERNÉTICA

Por *Luis Enrique ERRO*

I. *Las situaciones Fechner-Pogson*

127 AÑOS antes de la era cristiana el astrónomo Hiparco (2) asoció un número al brillo aparente de cada estrella de las 1,025 que catalogó. Este número asociado se llama magnitud de la estrella. Nada tiene que ver con el tamaño posible de las estrellas sino tan sólo con su brillo tal como nuestros ojos lo perciben. El catálogo de Hiparco se ha perdido pero fue preservado por Ptolomeo, el astrónomo greco-egipcio que observó el cielo en Alejandría durante 24 años consecutivos a partir del año 127, ya de la era cristiana. A su vez las obras de Ptolomeo fueron preservadas para la posteridad por el califa de Bagdad Abdallah al Mamún (el merecedor de confianza). Comienza en esta forma la genealogía de las magnitudes de las estrellas, que nos saltaremos de aquí hasta el siglo XIX.

Pero la genealogía de este Califa "el merecedor de confianza" no es menos interesante. No la pasaremos por alto porque en estos tiempos en que los musulmanes han estado sometidos al menosprecio de otros pueblos, no está de más hacer ver algo de lo que la cultura universal les debe.

"El merecedor de confianza" murió en el primer tercio del siglo IX (833); fue hijo de Harún al Rashid (Aarón el Justo) cuya fama es popular debido a *Las mil y una noches*. "El Justo" fue contemporáneo de Carlomagno y de la emperatriz Irene de Constantinopla, y quizás también de los pintores de Bonampak.

El primer califa de esta dinastía fue Abu al Abbas al Saffah (el sediento de sangre), sobrino bisnieto de Mahoma; construyó Bagdad. A éste siguió su hermano Abu Jafar al Manzur (el Victorioso) que comenzó a gobernar en 754. Le siguió su hijo Al Mahdi. A éste sucedió su hijo Al Hadi cuyo

hermano fue Harún al Rashid. Parece que este Al Hadi fue poco afortunado, pues se asfixió con las almohadas de su propio lecho, y Aarón el Justo le sucedió en el Gobierno. Claro se ve que cuando uno es califa tiene que irse con cuidado hasta con sus almohadas.

Desde Al Manzur (3) comenzó la gloria del Islam. Califas, sabios, poetas y amantes de toda cultura, hicieron cosas fantásticas. "El merecedor de confianza", Abdallah, fundó 3 años antes de morir la "Casa de la Sabiduría" (Bayt al Hilkmah) con 200,000 dinares, un millón de dólares. Había allí un Observatorio, una Academia de Ciencias y una Biblioteca con muchos traductores. Se traducía del sánscrito, del sirio y del griego. Un médico era el traductor en jefe, Hunain ibn Ishaq (Juan hijo de Isaac); Al Mamún le pagaba por sus traducciones el peso en oro de los libros. El hijo de Hunain, Isaac hijo de Juan (Ishaq ibn Hunain), también fue traductor. Tradujeron a Apolonio de Perga, Hero de Alejandría, Philo de Bizancio, Aristóteles, Hipócrates, Galeno y su escuela, Dioscórides, el Antiguo Testamento, Euclides y Ptolomeo.

Así se salvó Ptolomeo y con él Hiparco. La costa sur del Mediterráneo y su última costa al este fueron, gracias a los árabes y a los judíos, el refugio de la sabiduría antigua, desde España hasta Bagdad y Damasco. Los judíos, sabios por sí mismos, fueron además portadores de la sabiduría. Hombres sin patria, eran los únicos que viajaban libremente llevando consigo su propia obra y la obra cultísima, nunca superada, de los califas abasidas de Bagdad.

Digamos de paso, pues nos servirá como índice de lo que ocurría en Europa, que de 750 a 900 (4), lapso de tiempo en el cual la traducción al arábigo de toda la sabiduría antigua quedó terminada, hubo 27 Papas y un Antipapa. El promedio de Gobierno de estos Papas fue 5 años 6 meses. Los Papas que gobernaron más tiempos fueron dos, sucesivos, Adriano I (24 años) y San León III (21 años). En tres ocasiones hubo hasta dos Papas por año (no simultáneos); en 752, 827, 898. De estos 27 Papas, 9 fueron Santos (33%). Desde San Pedro hasta 560 (siglo VI) todos los Papas fueron Santos. Desde 900 hasta hoy sólo 4 Papas han sido Santos. El último, San Pío V (1566-1572). Ha habido 263 Papas.

El caso es que por obra de los árabes llegó el Almagesto hasta nosotros.

En el siglo XIX el problema de establecer un sistema co-

rrecto de magnitudes estelares entró en aguda crisis. La exacta determinación de este número que se asocia a cada estrella no es sencillo. No lo es hoy todavía. El astrónomo Pogson (2), después de revisar y someter a cuidadoso análisis los trabajos de Herschel, Struve, Otto Struve el Mayor, Argelander, Groombridge, Radcliffe, Steinhel, Johnson, Stampler y otros, propuso en 1850 un sistema de medición que está adoptado hasta hoy con caracteres de permanencia.

El sistema propuesto por Pogson consistió en establecer el valor de una determinada constante que lleva su nombre y que es el número cuyo logaritmo decimal es 0.4 exactamente. Con este valor se puede reducir a un sistema común las medidas de los astrónomos mencionados, mediante muy pequeñas correcciones.

Como se ve el trabajo de Pogson fue empírico y arbitrario pero cómodo y muy útil.

En 1859 Fechner, fisiólogo y psicólogo, cuya posición teórica era tratar la psicología con los métodos físico-matemáticos de experimentación y medida propuso una ley famosa que lleva su nombre. Esta ley dice, en prosa, que si un estímulo crece en progresión geométrica, la sensación resultante crece tan sólo en progresión aritmética.

Puesta la ley de Fechner en forma matemática resulta idéntica a la regla de Pogson.

Los astrónomos modernos (5) cuando establecen la teoría de las magnitudes de las estrellas la fundan no en la regla de Pogson, sino en la Ley de Fechner, Fechner, por su parte, cuando estableció su ley consideró que no era otra cosa más que la generalización de la regla de Pogson. Curiosa situación: cada campo de investigación cree que la prueba de tan fundamental asunto ha sido hecha en el otro campo.

Por lo que se refiere a la astronomía el asunto es conceptualmente oscuro pero prácticamente eficaz. Es oscuro porque no es fácil decir por qué la magnitud es sensación y no estímulo, ni por qué el número asociado a la estrella es una medida de estímulo o una medida de sensación. Es prácticamente eficaz porque equivale a la adopción de un sistema métrico común y, profesionalmente cuando menos, el astrónomo no entra en esos distingos psicológicos.

La regla de Pogson, o sea la Ley de Fechner expresada en la constante de Pogson, se aplica fuera del campo astronómico, por ejemplo para calibrar filtros grises en colorimetría,

y se usa hasta en la cinematografía en colores, en donde algunos filtros están calibrados en pasos de ½ magnitud astronómica (6).

El caso de Fechner-Pogson es típico, pero no es único.

Las ciencias y las tecnologías se apoyan todas unas en otras. Cada una toma del campo de cualquiera otra aquello que necesita. La creciente especialización dificulta este intercambio. Imaginad una pantalla, imaginad que sobre esta pantalla se proyecta en forma de círculos luminosos los campos de trabajo de ciencias y tecnologías. Encontraréis que muchos de estos círculos tienen partes sobrepuestas. Es frecuente que en esas regiones de sobreposición nadie esté trabajando. Así suelen crearse las situaciones Fechner-Pogson. No sólo eso pasa. Pasa también que hay regiones importantes del campo científico general que no pueden ser abordadas sino por cooperación de investigadores de diversas especialidades, para cada uno de los cuales la región es nueva y es propia. La medicina psicosomática y la cibernética son regiones de esta naturaleza.

Por lo que se refiere a la medicina psicosomática (7) debo confesar que en su estado actual no es otra cosa que la asociación del médico especialista con el psiquiatra. Como dice muy bien Cosío Villegas es una palabra nueva para una actividad que viene desde muy antiguas épocas. Representa a pesar de todo un paso en la buena dirección. Cuando se convierta en un campo de investigación en que se estudie la acción de los estados de conciencia sobre la fisiología, y sus efectos patógenos será una nueva ciencia médica.

Por lo que toca a la cibernética, ya es otra cosa. La cibernética resultó del esfuerzo de Arturo Rosenblueth para impedir que las situaciones Fechner-Pogson se produzcan al azar y para intentar la organización de un grupo de importantes especialistas asociados en un campo de investigación.

Este grupo quedó inicialmente constituido por Rosenblueth, Norbert Wiener, John von Neumann, Warren McCulloch, Laurence Kubie, Walter Pitts y Claude Shannon. Dos fisiólogos, dos matemáticos, un físico teórico, un físico especialista en comunicaciones y un psiquiatra.

El primer resultado fue el libro de Wiener *Cybernetics,* libro brillante, compacto, altamente técnico y de no fácil lectura para el no matemático. El libro expone una técnica de investigación de aplicabilidad posible a muchos campos que no progresan por falta de una buena hipótesis científica de trabajo.

Alrededor de la doctrina Cibernética y del grupo inicial se han reunido con entusiasmo numerosos hombres de ciencia.

Es obvio que para formar grupos de esta naturaleza se requieren dos características fundamentales. Una de ellas es inherente a cada miembro del grupo: que cada quien sea eminente en su especialidad por trabajos propios (hay "eminentes" que lo son por trabajos e ideas "apropiadas"). La otra característica es inherente al grupo: que puedan entenderse unos a otros o sea que haya comunicación entre todos. De aquí nace la importancia que a la teoría de las comunicaciones se ha venido dando en todos los trabajos de cibernética. Así Wiener afirma que una cultura no llega más allá de donde llegan sus comunicaciones. Veremos todo lo que esto significa más en detalle.

No puedo menos que recordar aquí un precedente histórico. Me refiero al grupo formado por algunos alumnos del fisiólogo Johannes Müller y que pasó a la historia de la ciencia con el nombre de Escuela de Medicina de Helmholtz. Este grupo notable estuvo constituido originalmente por Du-Bois Reymond, Hermann Helmholtz, Carl Ludwig y Ernst Brücke. Este último fue el maestro de Freud (8).

Este grupo se reunió con el propósito explícito de echar fuera del campo de la investigación científica en biología, más específicamente, en fisiología, el vitalismo; cuyo postulado fundamental era que los fenómenos de la vida dependen de leyes y fuerzas diversas de las que operan en la naturaleza inorgánica. Du-Bois Reymond expuso categóricamente las ideas del grupo en esta forma:

"No hay otras fuerzas activas en el organismo que las de la física y la química".

El trabajo de estos grandes hombres consistió en aplicar al estudio de la fisiología los métodos de experimentación físico-matemáticos. Ésta es la posición prevalente hasta nuestros días.

Algunas estadísticas de las personas del grupo de Helmholtz son curiosas. El promedio de las fechas de sus nacimientos es el año de 1818, el año en que nació Marx y un año antes de que el primer barco de vapor cruzara el Atlántico. El de las fechas de sus muertes es el año 1894. Engels murió en 1895. El capitán Dreyfus fue procesado en 1894. La fecha media de sus vida es el año de 1857, el año de la Constitución de la Reforma en México. El famoso trabajo de Helmholtz sobre *La conservación de la fuerza* fue presentado en 1847, el año mismo

en que Marx y Engels lanzaron el *Manifiesto comunista* y en que fuimos atacados por los Estados Unidos y perdimos Texas, Nuevo México, Arizona y Alta California. La obra capital de Helmholtz *Óptica fisiológica* (9) fue comenzada en 1856, un año antes que nuestra Constitución y publicada en 1866 un año después de la primera publicación de *El capital* de Marx.

II. *Algunas definiciones importantes*

COMENZARÉ por el concepto de *caja cerrada* (12). Una caja cerrada es un objeto material no desensamblable y cuya estructura interior no se puede observar directamente. Es decir que es al mismo tiempo cerrada y "opaca". La caja cerrada pertenece al universo, está en la naturaleza. Es decir no forma un pequeño universo aislado. Las modificaciones del universo la modifican. Ella a su vez modifica su vecindad próxima. Próxima no implica tales o cuales dimensiones. Respecto de la caja cerrada se puede establecer este teorema resultante de la inferencia inductiva. Toda caja cerrada contiene por lo menos otra caja cerrada. Es decir, hay un número tan grande como se quiera de cajas cerradas en el universo.

Para la investigación científica es por lo tanto importante tener claro el concepto de caja cerrada y una técnica de su investigación.

¿La caja cerrada es el tope, el "no pasarás" de la investigación científica? De ninguna manera. Puesto que puedo discernirla respecto de lo que le es exterior, puedo estudiar cómo cambia cuando el exterior cambia. Es decir la caja cerrada tiene un comportamiento que depende de sus relaciones con el exterior.

En muchos casos y para muchos problemas es preferible o necesario no abrir la caja cerrada. Si hago la autopsia de un decapitado encontraré que el corazón es muy chico. Hallazgo útil o inútil según para qué hice la autopsia.

Dejemos esta importante noción y pasemos a otras: las nociones de *señal* y *ruido*.

Podemos clasificar las señales en varias clases pero es cómodo reducirlas simplemente a dos:

a) las que forman un lenguaje (10),
b) las que no forman un lenguaje.

No es importante distinguir entre señales ópticas, acústicas, simbólicas, táctiles, etc. Entenderemos por señales todas aquellas que forman un lenguaje; es decir que sirven para contener y transmitir información inteligible, y por inteligible no entenderemos únicamente lo que pueda entender el hombre.

En cambio, entenderemos por ruido todas aquellas señales que no son un lenguaje. Si una persona habla conmigo en el cuarto en que estoy ahora, ambos nos hacemos señales acústicas. Si pasa el tranvía, las señales acústicas del tranvía son simplemente *ruido.*

Puedo distinguir varios sistemas de señales. Distingo entre hablar y leer. Distingo entre el alemán y el latín, etc.

Asimismo distingo diversos ruidos. El del tranvía que interrumpe mi charla es un ruido que contiene información: "Pasa un tranvía". Para un experto en tranvías contiene mucha más información que ésa. Podrá advertir el estado del tranvía, del motor, de los rieles. El ruido del tranvía es un ruido con recurrencias sistemáticas y para el experto en tranvías es un lenguaje.

Es importante no restringir la noción de ruido a fenómenos acústicos. Un marinero transmitiendo señales con banderas, si se pone nervioso o tiene miedo puede ser víctima de automatismos motores, moverá sus banderas imperfectamente y transmitirá ruido. Ruido por lo que se refiere al mensaje; el médico de a bordo entenderá el estado patológico del marinero y para él no será ruido.

Es por tanto necesario definir ruido propiamente dicho. Los ingenieros en comunicaciones y con ellos los cibernéticos llaman Thermal Noise o Random Noise, a aquel ruido en un sistema de transmisiones en que cualquier señal es igualmente probable que cualquiera otra, no importa cuáles le sean simultáneas ni cuáles le hayan precedido. Esta clase de ruido contiene una sola información: hay ruido; pero no es un lenguaje en ninguna forma.

No hay ruido absoluto.

$$\left.\begin{array}{l}\text{Thermal noise}\\ \text{Random noise}\end{array}\right\} = \text{Ruido térmico.}$$

Sigamos ahora con los términos *input* y *output* que por su brevedad merecen retenerse en uso:

Output = cualquier modificación que una caja cerrada produce en el medio que la rodea.

Input = cualquier modificación en el exterior de la caja cerrada que produce o modifica el *output* de ésta.

Los ingenieros electrónicos suelen llamar con estos términos a los dispositivos de entrada y salida de señales. En cibernética el *input* y el *output* no son agujeros en la caja, sino *lo* que entra o *lo* que sale.

Feedback, término que puede traducirse como retroalimentación. Este término, también del léxico ingenieril, es el retorno a la caja como *input* de parte de la energía del *output*. Rosenblueth y Wiener distinguen dos clases de retroalimentación:

En una, parte de la energía del *output* retorna a la caja cerrada como *input*, amplificando así el *input* original. El *output* sigue siendo igual que en su forma inicial pero de mayor amplitud, volumen o capacidad. Se llama pues a esta clase retroalimentación positiva.

En la otra clase se coloca aquella retroalimentación cuya naturaleza depende del margen de error en que el *output* se halla respecto de una determinada relación entre la caja cerrada y lo que le es exterior. Llaman a esto retroalimentación negativa. Yo preferiría decir retroalimentación correctora. Su efecto es disminuir el margen de error.

Relacionemos ahora estos términos con los de señal y ruido.

Es inteligible la suposición de que el *output* produzca en los alrededores de la caja cerrada transformaciones turbulentas que en su totalidad serían simplemente ruido térmico. ¿Cómo podría verificarse la retroalimentación? Se verificaría si la caja cerrada poseyera selectores capaces de recoger del ruido solamente determinadas señales entre la confusión de la totalidad de señales que forma el ruido.

Para hacer esta explicación más clara, aunque menos corta, desde luego, fijemos otros términos.

Texto (11) es toda información que es susceptible de ser contenida o comunicada en las señales que forman un lenguaje cualquiera.

Cifra o *clave*, es un sistema de transformación de las señales de un lenguaje cualquiera, que haga ininteligible el texto o sea que lo convierta en ruido.

Mensaje, es el texto transmitido en clave.

Descifrar, convertir el mensaje a su texto original.

Por ejemplo, ante la cámara de una estación televisora un actor hace su pantomima; ésta sería el texto. La estación transforma esta pantomima en determinados pulsos electromagnéticos, o sea transmite el mensaje. La antena de un aparato de televisión recoge el mensaje y el aparato mismo lo descifra y reproduce en la pantalla el texto original en los signos del lenguaje original. Un aparato de televisión no es otra cosa que un dispositivo que descifra ciertos mensajes.

Durante la guerra de 1914, la Guerra Mundial I, operaba en Inglaterra un individuo que se había hecho sospechoso al Servicio Inglés de Contraespionaje. En una ocasión este hombre puso un telegrama a su corresponsal en Suiza. El telegrama contenía una información sencilla. Decía así: "Nuestro padre ha muerto". El telegrafista antes de enviarlo lo puso, por órdenes previas, en manos del Servicio mencionado. Para los criptólogos el problema era éste: ¿Se trataba de un *texto* o de un *mensaje?* Para averiguarlo lo alteraron de tal modo que la información aparente no cambiara. Fue transmitido en esta forma: "Nuestro padre ha fallecido". La respuesta del corresponsal en Suiza fue rápida y sorprendente. Su telegrama decía, "Urge saber si nuestro padre ha muerto o ha fallecido"!

III. *Comportamiento y propósito* (12)

Todos tenemos la evidencia interna del libre albedrío y de la voluntad. El libre albedrío es la voluntad de escoger una u otra cualquiera de nuestras acciones posibles en un momento dado. La voluntad es la decisión de llevar a cabo lo que hemos escogido hacer. Que esta evidencia interna rompa el determinismo de nuestra conducta es cosa aparente. Pero ¿en qué consiste el acto voluntario? Tomo con la mano mi pluma fuente. Éste es un acto voluntario. Lo que yo elegí es un propósito no el acto o sea la ejecución de tales y cuales movimientos de los músculos de mi cuerpo necesarios para tomar la pluma. Esto, dicen Wiener, Rosenblueth y Bigelow, no es un asunto abierto a interpretaciones, sino un dato fisiológico. Dado un propósito, la secuencia de acontecimientos fisiológicos se desencadena automáticamente.

Supongamos que no tengo una única pluma fuente, sino tres, como así pasa en mi mesa de trabajo. Tengo una con tinta negra, otra con tinta roja y otra con tinta verde. Las

tres son de diversas formas de modo que reconozco por pura inspección visual cuál es la de cada tinta. Si busco una determinada pluma fuente mirando hacia donde están, mi mano toma precisamente esa pluma fuente. A oscuras, tengo que palparlas. El ojo y el tacto me suministran una retroalimentación correctora mediante la cual cumplo mi propósito. Soy consciente del propósito, no lo soy de la retroalimentación.

Si desciendo por una escalera de mampostería en un edificio, bajo sin necesidad ninguna de poner la mano en el barandal y sin ninguna inquietud inherente al hecho de bajar la escalera. Supongamos que bajo una escalera en todo semejante, *pero sin barandal*, pasará inevitablemente que iré más despacio, que tendré una sensación confusa de desconfianza y miedo de caerme, será mi marcha cautelosa. ¿Por qué esta diferencia? Los albañiles y los marinos bajan escaleras sin barandal con la facilidad y soltura con que yo bajo la escalera con barandal. Además, no me apoyo en el barandal, así que el barandal no es indispensable para bajar escaleras. Detengámonos en este punto. A cada escalón que bajo la configuración de lo que es exterior a mí va cambiando. Cambia respecto a mí y únicamente respecto a mí. La escalera, por supuesto, permanece igual a sí misma independientemente de que yo baje por ella o no. Este cambiar es consecuencia de mis actos, de mi comportamiento. Mi *output* son mis cambios de posición. Este *output* produce cambios en la configuración de lo que me rodea, y estos cambios engendran una retroalimentación correctora o negativa que va modificando mi comportamiento de tal modo que me mantengo dentro de la zona de trayectorias de seguridad para el descenso de la escalera. Si llego a un recodo cambio la dirección de mi movimiento, etc. En este caso particular es el barandal el que me da señales retroalimentadoras, por la vía de mis ojos. El albañil recibe retroalimentación correctora de alguna otra fuente de señales. Pero yo, si la escalera no tiene barandal, tengo que valerme de otra fuente u otras fuentes, respecto de las cuales la retroalimentación es más complicada; parte de la energía de esta retroalimentación se invierte en frenarme y la otra parte en corregir mi dirección.

Con poco que uno medite acerca de su vida cotidiana advertirá el papel que desempeñan en nuestra economía y en la preservación de nuestra vida los dispositivos de retroalimentación correctora (negativa). Casi todos nuestros actos dependen de su existencia. No me refiero a los fenómenos de la

vida vegetativa en el hombre; me refiero a los actos "voluntarios". Sin retroalimentación correctora nos comportaríamos como los niños recién nacidos o como los ancianos extremadamente seniles. La vida normal, común y corriente del adulto neurológicamente sano, no la podríamos llevar.

Podría argüirse (seguramente muchos de los lectores de estas páginas ya lo han pensado) que los términos propósito, acto voluntario, retroalimentación, sobre todo este último, no son otra cosa que el uso de otro lenguaje para expresar conceptos clásicos tales como conciencia, percepción, sensación, reflejos condicionados, etc.

Vale la pena examinar esto. Dejemos a un lado de momento los reflejos condicionados.

Por lo que se refiere a los demás conceptos diremos lo siguiente: ninguno de ellos es explorable o estudiable de una manera científica sino en cuanto determinan comportamiento. Se enciende la luz roja de un semáforo de tránsito, los conductores de vehículos detienen su marcha. Se enciende la luz verde, los vehículos se ponen en movimiento. Esto es lo único que podemos saber: el comportamiento de los conductores de vehículos es uniforme para cada uno de esos dos colores. Si queremos establecer la naturaleza del color en sí tenemos que ir estudiando la teoría electromagnética de la luz y en cada etapa vamos encontrando situaciones que corresponden al mismo esquema: *input*-caja cerrada-*output* o comportamiento y así llegaríamos a Heisenberg, De Broglie y Schrödinger; hasta que nos damos cuenta de que "conocer algo en sí" es un deseo que carece de sentido y que sólo podemos conocer comportamientos según el esquema antes expuesto. Si queremos, por otra parte, conocer la sensación de rojo o verde en sí llegamos a la misma situación. Comenzamos por estudiar el comportamiento de los conos en la retina y seguimos por el nervio óptico hasta el quiasma, la corteza occipital, etc. En cada etapa nos vamos encontrando el mismo esquema *input*-caja cerrada-*output,* es decir, comportamiento. Pero la sensación en sí no se halla por ninguna parte. La uniformidad de las respuestas de los conductores de vehículos es, desde luego, resultado de la educación municipal por medio de multas y otras sanciones. Es una uniformidad impuesta por la vida en sociedad, no determinada por la naturaleza de la sensación como tal. Si la regla municipal se invierte los conductores detendrían sus vehículos con la luz verde y echarían a andar con la luz roja. Claro está

que el estudio de la visión de los colores se hace con métodos más finos que el de las señales de tránsito, pero esquemáticamente iguales (13).

Acudir a la evidencia introspectiva no tiene ningún valor científico. Lo esencial en una sensación introspectivamente aislada no es siquiera comunicable de una a otra persona. Introspectivamente es dudoso que pueda aislarse una sensación de otra. "Quienquiera que estudie los testimonios de los testigos en los procesos judiciales se sorprenderá de ver cómo, aun en cuestiones muy sencillas, la gente hace de buena fe las más contradictorias aseveraciones... Cada quien que se observe a sí mismo, aunque sea en poca medida, se familiarizará con las falsificaciones diarias e irregulares que reproducen un recuerdo no sólo incompleto sino alterado de muchas maneras" (14).

No vale tampoco refugiarse detrás del término conciencia. La conciencia en el sentido de la sensación del yo puede definirse así: una caja cerrada cuyo *input* sería *una parte* de las modificaciones energéticas del sistema neurofisiológico de cada ser y cuyo *output* sería aquellas otras modificaciones que la caja cerrada causaría en dicho sistema (15). Y digo *una parte*. porque el resto sería el *input* de otras cajas cerradas que los psiquiatras denominan el inconsciente y el subconsciente. En esta definición la conciencia es considerada como *un objeto físico* cuyo *comportamiento* es estudiable por medios físicos. Lo mismo se dice del inconsciente y del subconsciente.

El léxico de la psicología puede retenerse, siempre que no se pierda de vista que es una clasificación meramente formal de fenómenos, no muy rigurosa, no desprovista de ambigüedades y, en muchos casos arcaica. Es en cierto modo la semántica de las clasificaciones de Linneo, no la semántica de la genética.

Por lo que se refiere a los "reflejos condicionados" diré que el método de Pavlov (16) es un procedimiento riguroso en que el *input* y el *output* están completamente controlados. El arco *input*-caja cerrada-*output* es el reflejo de Pavlov. La caja cerrada son los hemisferios cerebrales. Los principios establecidos por Pavlov son principalmente estos dos: a) es posible y ha sido biológicamente útil, obtener el mismo *output*, cambiando radicalmente la naturaleza del *input;* b) es posible, dados un *input* y un *output* determinados, *cambiar el trayecto del arco dentro de la caja cerrada.* Los métodos de Pavlov son com-

pletamente físicos y todo el proceso de investigaciones susceptible de medida; de hecho lo que Pavlov ha publicado consiste principalmente en las tabulaciones numéricas de las medidas.

La expresión arriba usada "cambiar el trayecto del arco dentro de la caja cerrada" parece indicar que el método de Pavlov y la cibernética tienen estatutos lógicos diversos. No es así. En primer lugar ambos métodos se basan en medir el comportamiento y, desde luego, en clasificarlo. En segundo lugar también en cibernética se abre la caja siempre que se puede. En otros términos, el comportamiento de la caja cerrada permite hacer inferencias respecto de su estructura interna y sus funciones. Pondré como ejemplo lo que Wiener, Rosenblueth y Bigelow dicen respecto del cerebelo y la retroalimentación en el hombre.

Comencemos por ver qué se sabe del cerebelo y sus funciones en lo que llamaríamos fisiología ortodoxa. La anatomía comparada enseña que el *tamaño relativo* del cerebelo está en relación directa con la amplitud y con el poder de la movilidad esqueleto-muscular de los animales. En gusanos y reptiles es pequeño. En los grandes voladores y nadadores es muy grande. Está también en relación con la versatilidad de los movimientos, a mayor versatilidad no sólo mayor tamaño relativo, sino mayor complicación anatómica; es decir ya en el mono y en el hombre aparecen subórganos que no existen en otras especies. Copiaré lo que dice Sherrington: "Las enfermedades del hombre que afectan el cerebelo producen sus efectos más fácilmente perceptibles en el campo de los actos musculares *voluntarios*. La precisión para ejecutar esos movimientos, está deteriorada por exceso, brusquedad para iniciar el movimiento y para detenerlo. . . .La ataxia cerebelar parece contener estos tres elementos: disminución de la finura para el ajuste de la posición, excesiva intensidad de las actividades para mantener la posición y la complicación de estos dos elementos en los esfuerzos necesarios para *corregir errores*. Si además de esto se examinan las funciones fisiológicas atribuidas al cerebelo se encontrará que todas están relacionadas con algún órgano receptor o propioceptor inhibido. Por ejemplo, la tendencia a caerse del lado en que está la lesión cerebelar se acentúa fuertemente con los ojos cerrados, etc., etc. Es decir el mensaje no se descifra correctamente porque no se recibe completo.

Pues bien Rosenblueth, Wiener y Bigelow dicen: "sugerimos que la función principal del cerebelo es el control de los

mecanismos nerviosos de *retroalimentación* implicados en la actividad motriz intencional" (12); concepción de Rosenblueth que es el fisiólogo entre los 3 coautores.

He aquí una apertura de la caja-cerrada. Una apertura significativa, muy significativa. En pocas palabras, lo que la fisiología clásica establece como función del cerebelo es la coordinación del movimiento voluntario. Lo que propone la cibernética como función de dicho órgano es el *control de las correcciones* impuestas al movimiento en toda actividad *intencional*, por medio de la retroalimentación. El cerebelo controla la retroalimentación y mediante ella el *output.*

El movimiento de un brazo resulta de la acción conjugada de músculos antagonistas. En realidad el movimiento del brazo es el de su esqueleto pero los músculos antagonistas insertados en él son los que contrayéndose y extendiéndose le hacen cambiar de posición. Para que el movimiento sea preciso con respecto a una posición final o a una trayectoria determinada se requiere que la acción de los músculos antagonistas esté equilibrada *ad hoc* todo el tiempo de la acción. Como se ve todo movimiento óseo-muscular es un vaivén, un estira y afloja o sea una oscilación que dura todo el tiempo que dure el acto ejecutado. El movimiento es tanto más preciso cuanto más alta es la frecuencia de las oscilaciones y cuanto menor sea la amplitud de éstas. La función del cerebelo será pues, según estos autores, ajustar la retroalimentación correctora en energía y fase adecuadas para tener vibraciones pequeñísimas y por tanto, movimientos precisos. Si el ajuste en energía o en fase o en ambas características no es el necesario se producen todos los fenómenos de temblores, etc., de los enfermos cerebelosos.

Es muy importante ver bien el sentido que esta nueva definición fisiológica tiene. La actividad motora intencional tiene un "timonel" (cibernética tiene como raíz etimológica el vocablo griego que significa timonel). Este timonel es el que la hace posible. Es decir si mi intención es coger la pluma pero al extender el brazo tumbo la taza de café que tengo en mi escritorio, debido a que mi brazo traza una trayectoria oscilante que no es intencional, no he cumplido mi propósito. El acto a propósito, depende enteramente del timonel. Sin embargo, soy consciente del propósito, soy consciente del movimiento, pero soy inconsciente respecto a la retroalimentación. La retroalimentación negativa o correctora es la condición necesaria para que el propósito mío se lleve a cabo. Luego existe de alguna

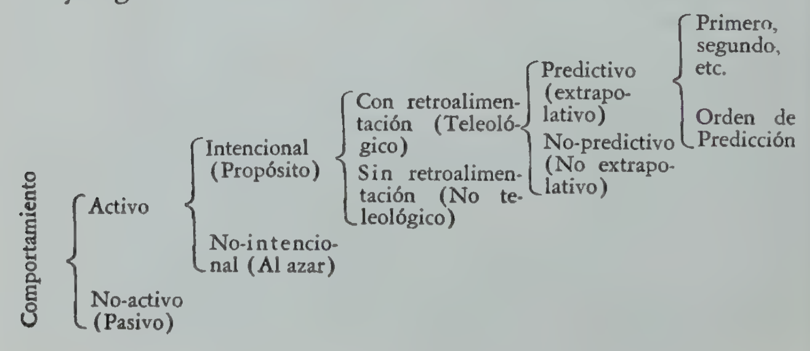
manera una conexión estrechísima entre propósito y retroalimentación. Esta conexión *sine qua non* escapa totalmente a las categorías del pensamiento psicológico tales como voluntad, libre albedrío, percepción o apercepción, etc.

En cibernética es todo esto muy sencillo. Basta con agregar un circuito desde el *output* a la caja cerrada. Este circuito es la retroalimentación. Supuesto este circuito por la teoría, el problema se reduce a encontrarlo por la experimentación. Es decir, *se sabe exactamente qué es lo que se busca y se puede proyectar el experimento.*

Todo movimiento voluntario es oscilatorio. A los ojos de un observador poco fino la oscilación no es aparente. A ojos de un observador sutil es perceptible (17). En algunos de los movimientos de alta precisión, como en los trazos hechos con grafión y regla T de los dibujantes, la microestructura oscilante es visible con lupa. El adiestramiento para la esgrima, el dibujo geométrico, la cirugía y, en general, para el manejo de instrumentos de alta precisión es esencialmente la educación del cerebelo. Desde el instante en que el movimiento voluntario se desencadena el cerebelo se ocupa en aplicar la energía de la retroalimentación a corregirlo una infinidad de veces convirtiéndolo así en una oscilación de alta frecuencia y de amplitud pequeñísima. Como la energía de una oscilación es proporcional al cuadrado de su frecuencia y al de su amplitud, el cerebelo ejerce simultáneamente la corrección en el desplazamiento del esqueleto y una amortiguación de la energía del *output* (18).

IV. *El reloj, la liebre, el galgo y el torpedo*

LA siguiente clasificación es presentada por Rosenblueth, Wiener y Bigelow.



Respecto al uso de los términos intencional (propósito) y teleología, Rosenblueth y Wiener dicen lo siguiente (19).

> Queremos explicar por qué usamos los términos humanistas Propósito y Teleología en la descripción del comportamiento de algunas máquinas. La cuestión de si las máquinas son o pueden ser como los hombres no nos guió para escoger esos términos. Este asunto es superfluo como objetivo científico. Creemos que el hombre y otros animales son como las máquinas desde el punto de vista científico porque creemos que los únicos métodos fructíferos para el estudio del comportamiento del hombre y del animal son los métodos igualmente aplicables al comportamiento de los objetos mecánicos. Así pues, nuestra principal razón para escoger los términos de que se trata fue acentuar que, en cuanto a objetos de investigación científica, los humanos no difieren de las máquinas.

Por mi parte, en las páginas anteriores, he usado los términos conciencia y sensación como equivalentes y además como abreviatura de la definición de conciencia que anteriormente propuse. He usado con frecuencia la expresión "comportamiento intencional con retroalimentación". Esta frase está tomada del cuadro anterior y podría decirse en esta forma "comportamiento activo intencional teleológico". Así pues teleología y retroalimentación son sinónimos, en cibernética. Ambos términos indican que el comportamiento tiende hacia una configuración final, que el *output* tiene una dirección determinada y que esa dirección permanece porque las desviaciones respecto de ella son corregidas por un dispositivo inherente al objeto y que opera en función de las desviaciones.

Algunos ejemplos aclaran esto. Tomemos por caso un reloj. ¿Qué clase de comportamiento tiene un reloj? Tiene un comportamiento activo pero sin propósito alguno. ¿Cómo sin propósito? El propósito es claro: marcar la hora. Es decir mantener una configuración homóloga entre la posición de sus manecillas en la carátula y la posición del sol respecto del meridiano. Así parece, pero no es así. Ese propósito es inherente al relojero no inherente al reloj. Si el reloj se atrasa o se adelanta, no tiene ningún dispositivo para ponerse en hora. Hay que llevarlo al relojero o pedir la hora a un observatorio y ponerlo en hora uno mismo. Es conocido que un reloj parado, si tiene la usual carátula de 12 horas, marcará la hora exacta dos

veces al día, cada vez que la hora sea la que marcan las manecillas inmóviles en la carátula. El reloj que se adelanta o atrasa muy de cuando en cuando marcará la hora exacta; será casi permanentemente inexacto.

Una brújula es muy parecida a un reloj. Tiene carátula y manecilla (obviamente se puede construir un reloj que tenga una sola manecilla). La manecilla del reloj igual que la de la brújula señalan direcciones. La del reloj la dirección en que se halla el sol respecto del meridiano (las 12 horas representan la posición fija del meridiano), la de la brújula la dirección del polo magnético. Como el Sol se mueve, la dirección del aguja del reloj es continuamente cambiante. Como el polo magnético está prácticamente fijo la manecilla de la brújula no se mueve, respecto de él. El reloj es un mecanismo complicado, la brújula es muy sencilla.

A pesar de su extremada semejanza, son radicalmente diversos. No me refiero, por supuesto a que interpretamos la orientación de la aguja del reloj como tiempo y la de la brújula como dirección. Me refiero al hecho más fundamental de que la brújula es un mecanismo con un propósito que le es inherente: marcar una dirección determinada. Los designios o intenciones humanas podrán ser múltiples respecto de la brújula, desde tenerla de adorno hasta ayudar a salvar su vida al hombre internado en una selva. Pero el propósito de la manecilla misma es siempre y tercamente uno solo, señalar la dirección del norte magnético. ¿Por qué es un propósito? Porque si la desviamos de su dirección, ella, por sí misma, restablece su posición intencional en cuanto la fuerza que la desvía cesa de actuar. Es decir: tiene un dispositivo corrector que es función del margen de error entre cualquier posición de la aguja y su posición intencional.

Se me dirá que en nada se parece este tipo de propósito a lo que llamamos propósito en el hombre. Contestaré diciendo que esa proposición es enteramente falsa. Toda la vida activa del hombre reposa en un propósito enteramente semejante, casi idéntico, al de la manecilla de la brújula: la conservación del equilibrio; es decir mantener nuestra postura en condiciones tales que la línea recta que pasa por nuestro centro de gravedad pase también por el plano de nuestra base de sustentación y, prolongada lo necesario, por el centroide de gravedad de la tierra. La dirección que esa línea marca (centro de gravedad

del hombre-centro de gravedad de la tierra) es lo que llamamos la vertical. Mantener nuestra base de sustentación de tal modo que la vertical pase por ella es mantenernos en equilibrio. Para ello disponemos de un complicadísimo sistema de retroalimentaciones que nos restablecen en la vertical. De hecho para mantenernos en equilibrio hacemos muchísimos más esfuerzos de lo que a primera vista parece. ¿Qué podríamos hacer sin equilibrio? Cualquier propósito humano de conducta lleva como necesario antecedente y como necesario consecuente el propósito de estar en equilibrio. ¿Que no nos damos cuenta de él? Es otro asunto. Cuando la retroalimentación correctora funciona debidamente no la advertimos. Cuando falla, como en los cerebelosos o en sordos que tienen afectados los laberintos, sí nos damos cuenta. Algo semejante ocurre con un automóvil. Con un número grande de cilindros en el motor y un buen volante (el volante *no es* la rueda del timón en que el conductor apoya sus manos) no se sienten casi nada las vibraciones del motor; pero si un cilindro falla se sienten en el acto. El cigüeñal del automóvil funciona, como nuestro esqueleto, por la acción de órganos antagonistas. Si un cilindro falla sucede lo mismo que si un músculo se contrae a destiempo o en exceso, en vez de una alta frecuencia de oscilaciones de amplitud muy pequeña, tenemos vibraciones de gran amplitud y de frecuencia baja.

Se me dirá que la aguja magnética no tiene propósito sino que simplemente se somete a la acción de las leyes naturales. A esta última parte de la proposición contestaré que sí con todo entusiasmo: todo lo que existe se somete a las leyes naturales. Ese y no otro sentido tiene la frase de Wiener y Rosenblueth antes citada. "En cuanto a objetos de investigación científica los humanos no difieren de las máquinas". Señalaría de paso la significación de lo antes dicho: cada uno de nosotros se comporta respecto de la vertical como una brújula respecto del polo magnético. Es más, las abejas usan la vertical, es decir, la dirección de la gravedad para el lenguaje en que se transmiten unas a otras la dirección y la *distancia* a la que se halla su comida respecto de su colmena (20), así como la abundancia de comida. Sus dispositivos de retroalimentación son conocidos.

Si se dice que la aguja magnética no hace sino reaccionar a los cambios exteriores a ella, no encuentro más luminosa respuesta que traducir directamente a Rosenblueth y Wiener (19).

> Sólo se puede atribuir comportamiento intencional a un objeto que forma parte de un sistema más grande, o sea a un objeto que esté acoplado a otros objetos o características de lo que le es exterior del tal manera que los cambios en estos objetos o características modifiquen su comportamiento.
>
> El comportamiento intencional es comportamiento hacia o guiado por una meta. La meta puede ser estática o dinámica. . .
>
> El comportamiento intencional requiere que el objeto actuante esté acoplado con la meta, esto es, que registre mensajes de sus alrededores. . . Un acoplamiento más estrecho se obtendrá *si el objeto tiene órganos sensoriales.*

"¡Ahí está la cosa! —se me dirá—. La aguja magnética *no tiene* órganos sensoriales". Admito esto pero agregaré: Si no tiene órganos sensoriales en cambio de por sí *es* un órgano sensorial, que se puede, dado el caso, acoplar a un mecanismo que requiere, para su comportamiento, la información de una dirección fija: un mecanismo que haya menester para su orientación en el espacio de retroalimentaciones correctoras. Lo único que haría falta sería un ensamble adecuado y muy probablemente una amplificación de la energía de la aguja mediante una fuente también adecuada de energía disponible. Todo esto es ya muy común y corriente, hoy por hoy. Amplificar señales mínimas no es un problema misterioso.

De cualquier modo veamos más de cerca este asunto de los órganos sensoriales. Rosenblueth y Wiener estudian el comportamiento de una liebre mecánica y de los galgos que corren tras ella en la pista de un galgódromo. La liebre es un objeto activo pero sin propósito. Claro que no corre porque sí. Corre por un complejo de propósitos que son inherentes a los explotadores del galgódromo. La libre mecánica no tiene ningún propósito inherente a ella. La energía que la mueve es probablemente eléctrica y su movimiento está corregido por el riel y por quienes operan los controles eléctricos. En cambio los galgos sí tienen propósitos pues corrigen sus movimientos de acuerdo con los movimientos de la liebre mecánica. Los galgos corren tras ella llevando consigo todos los dispositivos necesarios para recibir mensajes de la liebre los cuales por retroalimentación modifican su comportamiento. El *output* y la retroalimentación se encuentran más o menos en la relación en que se hallan en mecánica la velocidad y la aceleración. La velocidad es la primera derivada del espacio con respecto al tiempo, la acelera-

ción es la segunda derivada. Si el valor de la aceleración es cero, la velocidad es constante y el movimiento rectilíneo y uniforme. En mecánica, y en ausencia de fricciones, resistencias, etc., no se distingue entre movimiento rectilíneo y uniforme, y reposo. Como el Universo es un campo de aceleraciones la cuestión de cuáles cuerpos están en reposo se plantea en términos muy abstractos. La cosmología presenta enorme dificultad porque los datos críticos del espectrógrafo sólo nos dan velocidades instantáneas, no aceleraciones y porque el movimiento rectilíneo tiene que extenderse a lo largo de una geodésica. En mecánica en cuanto aparece la aceleración aparece la noción de fuerza.

Así pasa en cibernética. Antes de que se pueda reconocer en un objeto cualquiera un dispositivo de autocorrección lo mismo da que esté quieto o que se mueva. Su comportamiento activo o pasivo es un problema para la física o la química. En cuanto aparece la retroalimentación ese comportamiento es ya cibernético, lo mismo en los servomecanismos que en los seres vivos.

La liebre en el galgódromo es activa, pero sin propósito. Los galgos igualmente activos pero con actividad intencional. Y tenemos en la misma pista los dos objetos con comportamiento semejante formalmente: ambos corren la pista con rapidez; pero la naturaleza del comportamiento entre la liebre y los galgos es radicalmente diversa.

Yo no conozco galgódromos. Ignoro pues cuáles son las señales que los galgos usan para corregir su actividad. Pueden ser olfativas, pueden ser acústicas, pueden ser visuales; pueden ser todas las tres simultáneamente.

Supongamos para simplificar una sola clase de señales, las visuales. Desde luego no es la liebre mecánica lo único que ve el galgo pues ve el piso, toda la pista, el público, etc. Tiene por lo tanto que discernir las señales "liebre" entre todas las demás señales que en la carrera serán para él ruido óptico. Al hacer esto quedará "acoplado" a unas pocas características de su exterior; la retroalimentación vendrá de los cambios en esas características que serán las que corrijan su comportamiento.

Pero uno puede aceptar, sin forzar mucho la imaginación, un galgo artificial enteramente mecánico. No ciertamente con una anatomía semejante a la del galgo (21), pues esto sería despreciar la tecnología moderna. Se puede construir un galgo muchísimo más eficaz que el galgo parido. Puede tener ruedas

o alas y motor de propulsión a chorro y también algo semejante al radar, a las células fotoeléctricas, etc.; como órganos receptores de las señales "liebre". Juzgados, no por su forma, sino por su comportamiento en la pista es imposible distinguir entre el galgo parido y el galgo construido, o, si acaso, por la mayor eficacia del galgo construido. Podría éste discriminar entre el ruido las señales de su propio lenguaje. No correría tras la liebre mediante correcciones a su trayectoria que le vinieran, como a la liebre, de un electricista, sino que le vendrían de la liebre a sus propios órganos sensoriales.

Para que se vea más clara esta noción de propósito tomemos el caso de los torpedos de la Guerra Mundial II. Traduzco directamente a Heinz Schaeffer (22):

> Nuestros torpedos están acondicionados para desplazarse a 7 metros bajo la superficie y pasar a 2 metros debajo de la quilla del blanco. Una pistola magnética dispara la carga que vuela las planchas de la quilla y destroza el barco.
>
> Durante la Primera Guerra Mundial (los submarinos) tenían que apuntar con todo el barco, puesto que los torpedos continuaban en la misma dirección del submarino, bajo el control giroscópico automático de sus propios timones. El ataque era difícil en esas condiciones particularmente cuando había necesidad de evitar destroyers u otras escoltas de un convoy. Pero en la Segunda Guerra Mundial podían tomar una ruta adecuada automáticamente hasta a 90 grados de la dirección en que eran disparadas; los últimos modelos hasta 180 grados. Las probabilidades de éxito eran por esta razón considerablemente mayores ya que el submarino no quedaba obligado a seguir una ruta determinada durante el ataque (pág. 87).
>
> Pero para el enemigo la peor amenaza vino de nuestros nuevos torpedos acústicos. Difieren de los torpedos eléctricos normales en que tienen un complicadísimo mecanismo de escucha acoplado al mecanismo del timón. Podíamos disparar este tipo de pescaditos aun sin avistar nuestros objetivos ni calcular su distancia, puesto que en cuanto salen disparados del tubo describen círculos alrededor del submarino mientras éste desciende a profundidades bajas para ponerse fuera de su alcance, y, entonces, se van directamente en la dirección de donde emanan los sonidos de las hélices del barco enemigo y hacen blanco a popa donde las máquinas y los timones están situados. El dispositivo de escucha era tan sensitivo que podía percibir un barco parado

por el ruido de su maquinaria auxiliar. En un mes en 1944 fueron hundidos 80 destroyers y corbetas enemigas por estos torpedos fantásticos (pág. 183).

Después de leer esto pensamos con cierta lástima en el galgo parido y en el tiburón que ataca.

Se me dirá que el galgo y el tiburón se reproducen (23). Claro está. Agregaré que el hombre también se reproduce y se reproduce precisamente por un ataque de torpedos. ¿Qué es el espermatozoide sino un torpedo? Se le dispara en el pequeño océano vaginal y él busca y hace blanco por sí mismo.

Se me dirá que el propósito no está en el torpedo sino en el capitán del submarino. Falso. Disparado el torpedo nada puede hacer el capitán del submarino que altere el propósito del torpedo. El torpedo, por sí mismo, corrige su curso, busca su blanco y se incrusta en él.

Sin embargo sigamos esta falsa apreciación a sus consecuencias. El capitán del submarino es a su vez "disparado" por el escalón del mando a que está sometido. Su propósito se limita a colocar su barco en la vecindad del blanco. Pero este propósito no es de él sino del mando. El mando a su vez obedece a propósitos superiores. Y si seguimos remontando esta serie de propósitos, con el fin de radicarlos en un hombre individualmente señalable, a lo que llegamos es al problema de la causalidad histórica; caja cerrada mucho más difícil de estudiar que el torpedo y en la cual los hombres como individuos se diluyen en las constelaciones y configuraciones sociales.

Se ve cuánto más sencillo y más fructífero es no hacer del término "propósito" algo inherente exclusivamente al hombre. Y así es claramente inteligible la proposición de Rosenblueth y Wiener:

"En cuanto a objetos de investigación científica los humanos no difieren de las máquinas". Lo mismo que esta otra también transcrita por mí al principio de esta sección:

"Los únicos métodos fructíferos para el estudio del comportamiento del hombre y del animal son los métodos igualmente aplicables al comportamiento de las máquinas".

Casi no es necesario aclarar que "máquina" no es tan sólo lo que pueden producir tornos, fresas, etc., sino que incluye dispositivos eléctricos y electrónicos.

Traduciré además otro párrafo de Rosenblueth y de Wiener que viene como anillo al dedo para la discusión anterior:

> El énfasis en los propósitos humanos no es importante. El propósito del diseñador de un cañón antiaéreo controlado por radar puede haber sido que el cañón localice el avión enemigo, pero si el cañón localiza el automóvil del comandante de la batería mientras este oficial pasa por cerca de ella y lo destruye, ciertamente el propósito del cañón fue otro que el propósito de su diseñador. Este caso sería un excelente ejemplo de despropósitos.

Casos semejantes a éste hay muchos. Schaeffer cuenta muchos acaecimientos de esta naturaleza.

Me imagino a Wiener construyendo este argumento. Wiener es un hombre grueso, con una pequeña barba casi blanca, facciones de altorrelieve, muy gruesos anteojos colocados a media nariz, jovial, distraído, muy comunicativo, amante de hablar idiomas que no sean el suyo, voz poderosa, tan rápido de pensamiento que cuando habla suele decir tan sólo el principio de una proposición y el final, pues el lenguaje es lento. Ríe con todo el corazón, con ambos pulmones y con el ancho vientre. Idiomas como el nuestro le complacen mucho porque puede hablar de tú a sus amigos. Tiene jocosísimas extravagancias de conducta. Es bueno como el pan. Ama sus descubrimientos científicos con la intensa ingenuidad y el entusiasmo con que un niño ama sus juguetes.

V. *Las piernas, las ruedas y la predicción*

La semejanza de comportamiento entre la máquina, el hombre y el animal fue percibida confusamente desde el siglo XVIII. La idea del robot ha sido llevada a la práctica de muchas maneras. En 1847 Helmholtz pasó revista crítica de muchos dispositivos mecánicos, extremadamente ingeniosos, que habían sido construidos. Enumera los siguientes: el pato de Vaucanson que comía; el tocador de flauta del mismo artífice que movía todos sus dedos correctamente; el niño que escribía, construido por Droz; y el pianista mecánico, construido por el hijo de Droz, que cuando tocaba seguía sus manos con los ojos y al concluir agradecía con una reverencia los aplausos. Respecto del niño que escribía dice que los juegos de engranes encerrados en él eran tan ingeniosamente complicados que no cualquier cabeza era suficiente para descifrar su modo de acción. Agrega Helmholtz los comentarios que traduzco (24):

> Aun cuando estos artífices no deseaban imbuir en las creaciones de su ingenio un alma dotada de una moralidad completa, había sin embargo, muchas gentes que se hubieran pasado sin las cualidades morales de sus sirvientes y si al mismo tiempo desaparecían las cualidades inmorales, y aceptaban en vez de las mudanzas de la carne y los huesos, servicios que combinaran la regularidad de la máquina con la durabilidad del bronce y el acero.
>
> Ya no buscamos construir máquinas que presten los mil servicios que un hombre necesita, deseamos al contrario que una máquina desempeñe un servicio y ocupe, al desempeñarlo, el lugar de mil hombres.

Estos dos comentarios de Helmholtz son magníficos. El segundo, sobre todo, pone de relieve que una sociedad bien dotada de máquinas necesarias sólo es compatible con una organización socialista en la que los hombres vivan del trabajo de las máquinas por una apropiación social de la riqueza producida y una distribución también social de la misma. Sin lo cual el desempleo es inevitable y no tiene otro remedio que hacer de los desocupados ejércitos de agresión para destruir la maquinaria productiva de otras sociedades, que es lo que está pasando en este siglo XX en el que además se han arraigado procesos de destrucción y desperdicio de recursos naturales irremplazables.

100 años después, Rosenblueth y Wiener hacen este comentario:

> Imaginad cuáles hubieran sido los resultados si los ingenieros hubieran insistido en copiar a los organismos vivos y hubieran puesto piernas y pies a las locomotoras en lugar de ruedas.

Pero la diversidad esencial entre el pensamiento de Helmholtz y el de Rosenblueth no está en eso.

Si uno lee cuidadosamente a Helmholtz advierte que piensa únicamente en mecanismos del tipo del reloj que discutimos páginas atrás. En la concepción de Helmholtz no interviene para nada lo que es fundamental en cibernética, el comportamiento con retroalimentación correctora; la noción de propósito igualmente atribuible a ciertas máquinas y a los organismos. Noción de la cual dicen Rosenblueth y Wiener que es una de las categorías fundamentales de la ciencia.

Una concepción clara y sencilla de la intencionalidad del comportamiento no implica causas finales o sea efectos ante-

riores en el tiempo a las causas que los determinan. Implica tan sólo la noción de configuraciones sucesivas entre un medio ambiente y una caja cerrada que se ajusta por su propia retroalimentación mediante órganos sensoriales a los cambios del ambiente; en términos más sencillos: la noción de causa final se desecha y se adopta el concepto, fácil al pensamiento, de meta.

Por supuesto tampoco es reductible el concepto de propósito al de elasticidad. El comportamiento elástico es meramente pasivo.

El concepto de teleología definido como comportamiento activo intencional con retroalimentación correctora, es perfectamente manejable pues ya no contiene la ambigüedad de la causa final.

Pero en cibernética se va más lejos; se va a la teleología predictiva.

Expliquemos esto. En el instante t_1 la meta se encuentra en la posición A_1, en otro instante t_2 posterior a t_1 la meta está en la posición A_2 y en general en el instante t_n también posterior, la meta se hallará en posición A_n. Supongamos que el propósito de un objeto es alcanzar la meta. Tiene dos modos de hacerlo. Uno consiste en ir ocupando las posiciones sucesivas de la meta A_1-A_n con mayor rapidez de aquella con que la meta se desplaza; es decir, correr en pos de la meta hasta alcanzarla. El otro modo es seguir un camino distinto en que t_1 corresponda a la posición B_1 del objeto, t_2 a la posición B_2, etc. El camino B_1, B_2 . . . etc., tendrá un punto común con el camino A_1, A_2 . . . etc., de la meta Este punto en que $B_m = A_m$ será alcanzado por el objeto al mismo tiempo que por la meta. Si el objeto ha recorrido la trayectoria de las B hasta este punto común a las 2 trayectorias diremos que su comportamiento es predictivo.

El primer modo es el del galgo tras la liebre en el galgódromo. El segundo modo sería el de un foxterrier encerrado en un cuarto sin muebles con un ratón; el ratón correría a lo largo de la pared, el perro le saldría al encuentro corriendo diagonalmente, pues recorrería una trayectoria más corta. En este segundo caso diríamos que el comportamiento del perro fue intencional y predictivo, en el primero diríamos que el comportamiento sería intencional y no predictivo.

En estos dos ejemplos hay otras diferencias además de las apuntadas. En el galgódromo la liebre no tiene propósito. En el segundo tanto el ratón como el perro tienen propósitos. Los

grados de libertad del ratón están restringidos por las paredes lo que facilita la tarea del perro. Pero ambos tienen propósitos correlacionados.

Distingamos bien esto. Supongamos que a un perro que corre, *sin vernos*, le tiramos una pedrada. Si nuestro propósito es simplemente ahuyentarlo nos importa que la piedra caiga atrás de él. Si queremos lastimarlo nos importa que la piedra caiga sobre él y si queremos desviarlo del rumbo que lleva nos importa que la piedra caiga delante de él. En los tres casos tenemos que predecir la trayectoria del perro para determinar la trayectoria de nuestro tiro. Determinada la trayectoria del perro, por extrapolación determinamos el punto a donde debemos tirar pues como la piedra no puede llevar sino una velocidad moderada tardará en llegar al sitio necesario. Si lanzamos la piedra dirigida al lugar en que estaba el perro en el momento de tirar, nuestro tiro será obviamente desacertado.

VI. *El halconero, el detective, el ajedrecista y la araña*

PREDICCIONES de este tipo ha hecho el hombre desde hace más de 2,000 años. Quizás muchos más, digamos 100,000 años; desde que fue cazador y guerrero con proyectiles arrojadizos; piedras, jabalinas, flechas. El uso del arma de fuego, sobre todo el cañón, planteó este problema en un pie teórico. Dominó el asunto Galileo, mientras las velocidades de salida de los proyectiles fueron cortas. Después hubo necesidad de las correcciones de Newton (25) y aplicadas por primera vez por Robins en 1742.

En la Guerra Mundial II todo fue más, mucho más complicado. Ya en esa guerra terrible fue necesario que las armas tuvieran en sí mismas sus propósitos y pudieran llevarlos a cabo con una mínima intervención del hombre (26). La razón fundamental y decisiva es que las velocidades de las máquinas de guerra fueron tan altas que el tiempo de reacción del hombre es lento en comparación. En consecuencia el hombre por sí mismo nada podía hacer sin el auxilio de dispositivos mecánicos autodeterminativos, dotados de propósitos propios, dotados de *feedback* negativo.

Se idearon procedimientos para engañar a estos aparatos. Eran, en general, reflectores de señales de retroalimentación colocados por el blanco mentras huía. Procedimiento que han usado el pulpo y el zorrillo milenariamente. Como de esto se

pretendió construir un argumento en contra de la concepción cibernética de propósito (27) (argumento pueril), Rosenblueth y Wiener han respondido en esta forma:

> Si un hombre despierta por la noche y dispara un revólver sobre su propia imagen en el espejo, su reacción es tan intencional como si hubiera disparado contra un ladrón (19).

Asertan también en el mismo lugar que al escribir su trabajo no intentaron catalogar *todos* los casos conocidos de propósito con retroalimentación correctora.

Yo me voy a permitir catalogar algunos de los que los autores no mencionaron. Algunos nada más; pues catalogarlos todos sería una obra interminable. Pero aclararán las cosas (28).

Al poner renglones atrás el ejemplo del perro a quien tiramos una pedrada, hice un distingo que es importante: el perro corre, *sin vernos*. En efecto no es igual la predicción que tengo que hacer si el perro no me ve que si me ve. Pues si me ve ejecutará movimientos de defensa (supongo un perro habituado a la hostil convivencia con el hombre) que harán mi predicción más complicada. Si me ve y además es agresivo y fuerte puedo hallarme en condiciones apuradísimas y tendré que prever hasta la posibilidad de treparme rápidamente a un árbol. Ya me ha pasado; hace muchos, muchos años; en la calle de Sadi Carnot; afortunadamente había el árbol. Sale uno de halconero a cazar una perdiz y pronto se encuentra con que la perdiz es uno mismo y tiene el halcón encima. Aquella vez la perdiz se llamaba Eugenia y el halcón que me saltó era un bulldog. Para tener tiempo de treparme al árbol le tiré a las patas mi sombrero que por más señas era uno de paja rígida de aquellos que llamábamos de carrete. Quedó hecho trizas. La perdiz gastó varios minutos en convencerme de que bajara del árbol. El bulldog me enseñaba los dientes con una sonrisa llena de reservas mentales. Por supuesto que no bajé del árbol hasta que ambos bichitos se perdieron de vista.

La situación del detective que persigue a un delincuente puede tener cambios bruscos como la anterior. El perseguidor se convierte en perseguido y el perseguido en perseguidor. Éste es el tema fundamental del 99% de las novelas de detectives.

Las mismas alteraciones se producen en la partida viva de ajedrez.

Wiener ha descrito cuidadosamente en *Cybernetics* (1) la situación del avión y el cañón antiaéreo y ha hecho ver cómo la alta velocidad no pone al avión a salvo si el proyectil tiene una velocidad adecuada y el cañón tiene menor inercia que el avión, pues éste, llevado por su mayor inercia, recorrerá muchos segmentos rectilíneos y facilitará así la predicción del cañón, digamos que la hará más sencilla.

Yo tomaré mis ejemplos de la conducta de las arañas.

Antes de hacerlo listaré los elementos que he de considerar en la creciente complicación de propósitos predictivos.

Son éstos por lo menos

a) El número de objetos que intervienen.
b) El tipo de correlación de propósitos.
c) El número de grados de libertad de movimiento.
d) La técnica de ejecución.
e) La inercia
f) El carácter de la intencionalidad.

Para referirnos al número de objetos que intervienen los designaremos por clases y las limitaremos a 2, las clase A y la clase B. No son situaciones idénticas las siguientes: una A y varias B o una A y cualquier B, aunque las B sean muchas. Muchas B con muchas A se reducen al caso de una B y una A con más grados de libertad.

La correlación de propósitos no es idéntica si A tiene propósitos respecto a B y B no los tiene respecto a A que si A y B tienen propósitos una respecto de la otra.

El número de grados de libertad es importante. Si el bulldog y yo nos hubiéramos tenido que confinar al plano horizontal, mal me hubiera ido; pero como yo pude escapar de ese plano por la tercera dimensión, quedé a salvo. El avión y el submarino son otros ejemplos.

La técnica de ejecución es importante. No es lo mismo pescar con arpón y pescar con red. La tarántula caza con arpón, otras especies cazan con red.

De la inercia ya hablamos.

Del carácter de la intencionalidad diré que no es lo mismo batirse en duelo que contraer matrimonio, aunque no faltan pensadores serios que consideran que el matrimonio es un duelo a muerte con armas no mortíferas, p. ej. Fray Luis de León, el presunto domador de esposas.

Pero veamos lo que hacen las arañas.

Las arañas forman grupo aparte porque reúnen dos características, producen seda y son venenosas. El veneno lo inyectan con órganos especiales en la parte frontal de las mandíbulas. El veneno les sirve para paralizar rápidamente a su presa.

Hay arañas errantes que no usan la seda sino en ocasiones para hacerse capullos donde proteger del frío y de la humedad a sus propios cuerpos y a sus huevecillos e hijos pequeños. Entre éstas las técnicas de ejecución incluyen el salto rápido sobre la presa y el camouflage. La tarántula es un ejemplo. La truchosa picta es otro. Como la tarántula, construye su madriguera a flor de tierra pero dado que tiene pintitas de colores, no necesita esconderse tanto pues en terreno arenoso pasa desapercibida cuando está inmóvil.

Aquí es bueno hacer notar que la teoría del propósito no hace excepción a la teoría darwiniana. Wiener y Rosenblueth señalan únicamente que las especies pequeñas en dimensiones y de vida corta tienen ventajas en la evolución pues pueden producir muchas más mutaciones por unidad de tiempo que aquellas especies de tamaños grandes, reproducción escasa y longevas.

Las arañas errantes que he citado entrarían en la clasificación de propósitos predictivos en esta forma: por el número de objetos serían una A y cualquier B para un solo ataque. Para sobrevivir, una A requiere muchas B, puesto que caza para alimentarse. Por el número de grados de libertad la araña se lanza sobre objetos relativamente estacionarios. Blancos casi fijos durante el ataque, cuyos grados de libertad de movimiento no son aprovechables en el ataque por sorpresa.

La correlación de propósitos es clara. Es unívoca. La araña tiene propósitos respecto del objeto que ataca, el objeto no tiene propósitos respecto de la araña.

De todos modos se ve que la predicción de estas arañas errantes tiene que ser de alto grado para que puedan subsistir, como de hecho subsisten estas especies predatorias.

Hay grupos humanos que cazan así. En ciertas regiones de África se caza (o se cazaba) el avestruz poniéndose el cazador un disfraz de avestruz para acercarse a su presa. De estos cazadores dice Ortega y Gasset que cazan con una metáfora.

Las arañas que cazan con hilos de seda se dividen en dos clases: las que hacen telas y las que hacen redes. Las telas son tejidos apretados muy resistentes. El insecto que topa con ellas,

si no tiene fuerza viva suficiente para perforarlas al paso, queda envuelto. Las arañas que así cazan son en general poderosas, caen sobre el insecto le inyectan el veneno y lo arrastran para comérselo.

Las que hacen red son ingeniosísimas para ello. En Tonantzintla cuando había rocío en la madrugada yo gustaba mucho de pasearme por los jardines. Las redes de las arañas se llenaban de gotitas de agua, perdían su aspecto habitual de cosa sucia y aparecían como de joyería fina.

La araña que hace red tiene menor capacidad para producir seda que la que hace tela, por tanto economiza material haciendo un tejido abierto. Es por regla general un trapezoide fuerte colgado de un soporte superior y atado a otro soporte inferior, cuando menos. Inscrita en este trapezoide está la red. Cada especie hace un tipo fijo de red. Algunas son círculos concéntricos apoyados en múltiples radios, 20, 24 ó más. Según la disposición del trapezoide envolvente, la red tiene refuerzos mediante hilos adicionales amarrados a los soportes. La red tiene la ventaja sobre la tela de que resiste mejor el viento y la lluvia. Por eso es más frecuente encontrar telas de araña (telarañas) en los lugares protegidos: interiores de casas o de troncos de árbol muerto, o debajo de molduras de los techos y las fachadas; en tanto que las redes se encuentran al exterior. En Tonantzintla se destruyen muchas especies de arañas por razones de defensa y limpieza; pero las que hacen redes se conservan. Los hilos son perfectos para los retículos de los telescopios. Se recogen con una horqueta de mango largo.

Las arañas que hacen red son de un ingenio diabólico. Muchas de ellas son poco fuertes para luchar con los insectos que tropiezan en la red. Veamos como se comportan. Mantienen los hilos de la red limpios y pegajosos. El insecto queda atrapado no sólo porque se enreda sino porque los hilos se le pegan al cuerpo. La araña ocupa generalmente un lugar en una de las esquinas del trapecio soporte, donde tiene el capullo en que se guarece del frío. A veces está adentro, a veces afuera. La vibración de la red le permite localizar a su presa y corre hacia ella por su red rápidamente; pero si la presa no está proporcionada a sus fuerzas, no la ataca. Comienza a emanar hilo de seda y con tan gran primor como cautela y ata la venda hasta que la peligrosidad disminuye lo suficiente; entonces la muerde en algún lugar lejano a las armas de la presa. Si con una mordida el veneno no la paralizó, espera un poco y la muer-

de otra vez. Generalmente dos veces bastan. Hecho esto la devora en el sitio o la transporta a lugar más seguro para ello y, después, repara su red con toda laboriosidad.

Tenemos otra vez la situación de una A y muchas B. Pero no el mismo tipo de previsión. Desde luego la red significa un campo de cacería más grande, con un esfuerzo mínimo. Las arañas errantes dependen de su campo visual y del acercamiento inadvertido de su presa. La araña con red depende de las vibraciones de ésta al caer la presa y no necesita estar permanentemente al acecho. Por lo menos en Tonantzintla, las arañas con red colocan su red en un plano perpendicular a la dirección de los vientos, por lo que se ve que muchas tienen una orientación que depende de la época del año; es decir de la dirección del viento dominante. Como cazan insectos que vuelan, muchos más caen en la red llevados por la deriva del viento si la red está orientada así. Para compensar los grados de libertad de movimiento que a la araña le faltan, puesto que no vuela, no depende como la errante de la ventaja de la velocidad o de la inercia sino en el amarre y el vendaje y el veneno paralizador. El tipo de correlación de propósitos es también unívoco, el objeto A tiene propósitos respecto del objeto B. Éste no los tiene respecto del objeto A.

Pero pasemos a otras situaciones entre las arañas. Situaciones de dos objetos. A tiene propósitos respecto de B y B los tiene respecto de A. La correlación es biunívoca (29). Veremos ahora cómo el carácter de la intencionalidad, es importantísimo.

Hay arañas macho y arañas hembra. Para la reproducción de la especie parece ser que la iniciativa ha de emprenderla el macho. Pero ¡con cuidado! ¡con mucho cuidado!

Desde luego tiene dos tareas por delante. La primera es hacerse distinguir como macho. La segunda es excitar sexualmente a la hembra. Parece que no siempre es fácil determinar cuando termina la primera y comienza la segunda. En ocasiones basta con que la hembra reconozca al macho como tal para que quede excitada. No siempre, ni mucho menos. El macho ha de cortejarla. Este cortejo depende según la especie en características morfológicas del macho, como pasa con el león y el gallo. A veces estas características no son enteramente obvias, como pasa con la yegua y el caballo. El problema es más difícil.

La araña se come cuanto bichito pueda pasar desprevenido. En consecuencia el macho corre riesgos graves si no toma sus

precauciones. En este caso la intencionalidad del macho es asociativa, digamos social; la de la hembra es destructiva, digamos antisocial.

Hay ciertas especies de arañas en que las hembras pierden pronto la sexualidad. Con una hembra en este estado postmenopáusico el infeliz macho llega con sus adornos y sus ballets, la intencionalidad de la hembra no cambia y se come al macho, el cual no pasa a la defensiva a tiempo por su condición amorosa.

En el caso más frecuente la intencionalidad de la hembra cambia y se agrega una generación más a la especie.

Dice Locket que a pesar de todo esto la araña no es inteligente. Prueba: si se introduce en la red un pedacito de papel y se agita la extremidad de una aguja la araña se pone industriosamente a envolverlo con sus hilos. El argumento es banal. El hombre engaña a la araña, luego ésta no es inteligente. Imaginaos si este razonamiento se aplicara a Einstein y a un banquero. Einstein no engaña a nadie; el banquero engaña a todo el mundo; luego Einstein es tonto. Por otra parte la única defensa de la araña para protegerse ella misma y proteger a su red simultáneamente es inmovilizar, envolviéndolo, todo ente que la perturbe. Dentro de sus recursos y dada la información que entiende se comporta inteligentemente. No sé si el mismo grado de comportamiento sistemático tendría cualquiera de nosotros si se topara con una araña tan grande como un buey. Además, se han hecho procesiones para que llueva, durante 17 siglos, lo menos.

Pero la opinión de Locket (30) es valiosa en cuanto pone de manifiesto la importancia del lenguaje. En otros términos revela la necesidad de estudiar cuidadosamente la cibernética.

En relación biunívoca $A \rightleftarrows B$ con propósitos antagonistas, los propósitos se cambian en sociales cuando la naturaleza del *feedback* es adecuada para ello. El propósito se lleva a cabo por un *output* corregido. Los combates y las guerras pertenecen a esta clase, así se trate de arañas, de abejas, de galgos, o de hombres.

Bibliografía

1. Wiener Norbert, *Cybernetics*, New York, Wiley, 1942.
2. Furness, C. E., *An Introduction to the Sutdy of Variable Stars.* Chap. V. Houghton Mifflin, 1915.

3. DURAND, W., *The Age of Faith,* Chap. XII, Simon and Shuster, 1950.
4. Anuario pontificio, *The World Almanach,* 1940.
5. "This depends upon the General Law of Sensation (Fechner's Law. . ." RUSSEL, DUGAN, STEWARD, *Astronomy,* Tomo II, pág. 612. BORLER JEAN, *Cours d'astronomie*, Tome III; *Astrophysique,* Hermann, Paris, 1928. En el conocido libro de WHITTAKER y ROBINSON, *The calculus of observation,* Blackie Lim., London, 1937, en la pág. 179 se lee lo siguiente: ". . .Lippmann's remark to Poincaré: Everybody believes in the exponential law of errors: the experimenters, because they think it can be proved by mathematics; and the mathematicians because they believe it has been established by observation".
6. CORNWELL-CLYDE, ADRIAN, *Colour Cinematography,* pág. 42-43, Chapman and Hall, Londres, 1951.
7. HENDRIKS, CH. M., *Fundamentals of Pulmonary Tuberculosis,* American College of Chest Physicians, Blackwel, Oxford, Chap. XIII. DUMBAR, FLANDERS, *Psychosomatic Diagnosis,* Hocker Inc., New York, 1943. COSÍO VILLEGAS, ISMAEL, Conferencias no editadas.
8. JONES ERNST, *Sigmund Freud,* Hogarth Press, London, 1953.
9. El ejemplar de la *Óptica fisiológica* de HERMANN HELMHOLTZ que yo he leído pertenece a la biblioteca del doctor J. Carlos Fernández MacGregor.
10. Es bueno a este respecto leer a REICHENBACH, *Elements of Symbolic Logic,* MacMillan, 1947, y también lo relacionado a ello que está enumerado en la nota 28, *infra.*
11. PRATT, FLETCHER, *Secret and Urgent,* Blue Ribbon Books, New York, 1942.
12. ROSENBLUETH, A., N. WIENER y J. BIGELOW, *Behaviour, Purpose, and Teleology,* Philosophy of Science, Vol. 10, No. 1, 1943.
13. La literatura en este material es extensísima. Citaré lo que tengo más a la mano en mis estantes:

ZOETHOUT, *Physiological Optics,* Professional Press, Chicago, 1935.

WENWORTH, HAZEL AUSTIN, *A Quantitative Study of Chromatic and Achromatic Sensitivity. . .,* Bryn Mawr College.

BILLS, MARION A. Ph. D., *The Lag of Visual Sensation in its Relation to Wave Lengths and Intensity of Light,* Bryn Mawr College.

SLOAN, LOUISE, *A Study of the Purkinje Phenomenon,* Bryn Mawr College.

MAXWELL, FERNALD, *The Effect of Achromatic Conditions on the Colour Phenomena of Peripheral Vision,* Bryn Mawr College.

ALMACK, MARY R., *A Quantitative Study of Chromatic Adaptation,* Bryn Mawr College.

MONROE, MARGERET, *The Energy Value of the Minimum Visible Chromatic and Achromatic for Different Wave Lenghts of the Spectrum,* Bryn Mawr College.

ATHINS, E. W., *The Efficiency of the Eye Under Different Intensities of Illumination,* John Hopkins University.

14. BLEULER, EUGEN, *Text Book of Psychiatry,* Dover, MacMillan, 1951.

15. QUINE, W. V., *On Mental Entities,* Proceedings of the American Academy of Arts and Sciences, Vol. 80, No. 3.

16. Para leer a Pavlov *no sirve* la traducción al castellano publicada por el editor Javier Morata, Madrid, 1929, con prólogo de Marañón. La señora Ana María Reyna me hizo notar la falta de sentido de muchos párrafos. Trabajando juntos, cotejamos línea a línea una buena traducción al inglés que la señora poseía. Hecho el cotejo resultó que si el traductor conocía bien el español no conoce el ruso, o viceversa, y desde luego no entendía nada de fisiología. Ejemplo: Dice en español, "La actividad de la glándula salival ha sido puesta en juego por un estímulo *que está asociado* con el reflejo alimenticio". Dice en inglés "La actividad de la glándula salival ha sido puesta en juego por un estímulo sonoro *completamente ajeno* al reflejo alimenticio". Es un ejemplo entre más de 2,000. Obviamente Marañón escribió el prólogo o sin leer la traducción o sin conocer a Pavlov.

17. Para ver el sentido matemático y físico de las microestructuras se puede leer: BUHL, *Neouveaux elements d'analyse,* Tomo I, *Variables Reelles,* Gautier Villars, 1937. Especialmente se encontrará ahí la definición de observador sutil y de medida. El libro es cantoriano.

18. Cualquier texto sobre teoría de las oscilaciones p. ej. G. BRUHAT, *Cours d'optique* (Enseignement Supérieur), Mason.

19. ROSENBLUETH, A. y N. WIENER, *Purposeful and Non-Purposeful Behavior,* Philosophy of Science, Vol. 17, No. 4, 1950.

20. VON FRISCH, KARL, *Bees,* Their Vision, Chemical senses and Language, Cornell University, Press, 1950. ERRO, L. E., "El lenguaje de las abejas", *Tiempo,* semanario, oct. 26, 1951, México, D. F. (Cito este artículo mío por ser de más fácil accesibilidad. De ningún modo remplaza el libro de VON FRISCH).

21. Recordar *La casa de vapor* de JULIO VERNE.
22. SCHAEFFR, HEINZ, *U-Boat 977*, Norton, 1951.
23. Para ver cómo operan los dispositivos cibernéticos en los entes biológicos elementales ver: QUASTER, HENRY, *Feedback Mechanism in Cellular Biology*, Cybernetics transactions, 9th Conference Josiah Macy, Pub. New York, 1953.
24. VON HELMHOLTZ, HERMANN, *The Conservation of Energy,* Classics of Modern Science, Cropts, New York, 1940.
25. Para el lector interesado en balística es ameno y suficiente el capítulo V, en WHEEL, WEIGHT y WATCHSPRING, en HOGBEN, LANCELOT, *Science for the Citizen.* Para lectura más superior, hasta antes de la II Guerra Mundial, NEGROTTO, *Balística general y aplicada* (1920), EMERGY, *Memorial de l'artillerie francaise* (1923).
26. WIENER NORBERT, *Cybernetics* (nota 1 en esta lista). CHURCHILL, WINSTON, *Their Finest Hour,* Book II, Chap. IV, "The Wizards War", pág. 181 y ss. Houghton Mifflin, 1949.
27. TAYLOR, R., *Comments on a Mechanistic Conception of Purposefulness,* Philosophy of Science.
28. Ver también VON NEUMANN J. y D. MORGERNSTEIN, *Theory of Games and Economic Behaviour,* Princeton, 1944. Además para tener una idea de la amplitud de los estudios hechos con doctrinas cibernéticas incluyo la lista de los trabajos publicados por diversos autores, por Von Forester, editor: Cybernetics Series. Cybernetics-Circular Causal and Feedback Mechanism in Biological and Social Systems. Transactions.

1950. *Psychological Moment in Perception.*
Neurotic Potential and Human Adaptation.
Quantum Theory of Memory.
Possible Mechanism of Recall and Recognition.
Sensory Prothesis.

1951. *Some problems concerning Digital notions in the Central Nervous System.*
The Manner in Which and Extent to Which Speech can be Distorted and Remain Inteligible.
The Redundancy in English.
Experience in Learning Primitive Languages Through the use of Learning High Level Linguistics Abstractions.
On the Developing of Word Meanings.
The Developing of Language in Early Chilhood.
The Relationship of Symbolic Function in Language Formation and in Neurosis.
Body Symbolization and Development.

1952. *Communication Patterns in Problem Solving Groups.*
Communication Between Men: Meaning of Language.
Communication Between Sane and Insane, Hypnosis.
Communication Between Animals.
Presentation of Maze-Solving Machine.
In Search of Basic Symbols.
The Nomenclature of Information Theory.
1953. *The Position of Humor in Human Communication.*
The Place of Emotions in the Feedback Concept.
Homeostasis.
Discrimination and Learning in the Octopus.
Reduction of the Number of Boolean Functions.
Central Excitation and Inhibition.
Mechanical Chess Player.
Turbulence as Random Stimulation.
Investigation on Synaptic Transmission.
Feedback Mechanism in Celular Biology.

29. *Theory of Games* (nota anterior) y WIENER, NORBERT, sobre la posibilidad de establecer una teoría de la predicción que se funde en las teorías de la probabilidad, *The Extrapolation, Interpolation and Smoothing of Stationary Time Series*, New York, 1949.
30. *Britannica*, 21-21bb, 1928.

LUIS ENRIQUE ERRO

He tenido la fortuna de trabar amistad íntima con varios grandes hombres. Fortuna, azar feliz, lotería en una vida, porque los grandes hombres son raros, constituyen un accidente, su incidencia es escasa, y la probabilidad de no sólo tropezar sino intimar con ellos es así muy exigua. Luis Enrique Erro fue uno de ellos y su muerte intempestiva me mutila doblemente en lo personal: porque perdí al amigo y porque este amigo era insustituible; y me mutila además como mexicano: porque mi patria perdió uno de sus grandes ciudadanos. De aquí que mi dolor no quiera encerrarse y enmudecer sino que me exija externarse en este homenaje que dedico, más que al amigo, al varón dilecto y excepcional cuya pérdida prematura debemos lamentar todos los mexicanos.

La personalidad de Erro se resiste a la descripción y al análisis; presenta demasiadas facetas, y a diferencia de las del diamante, que son abrumadora y simétricamente monótonas y no adquieren interés sino porque pueden reflejar la luz que les llega de fuera, las de Erro fueron todas diversas, casi heteróclitas, y brillaban por transparencia de iluminaciones internas. Esta gran heterogeneidad de abundantes aptitudes, intereses e inquietudes era una de sus riquezas más ostensibles, y era también fuente de desorientación e incertidumbre. Parodiando una de sus expresiones características, en la que afirmaba la existencia de "talentos pequeños, pero bien administrados", se me ocurre que el talento de Erro fue tan grande que no alcanzó a administrarlo como se lo merecía.

Fue, con éxito, orador, político, diplomático, legislador, consejero de varios presidentes de la República; fue también periodista, ensayista, escritor de libretos cinematográficos y novelista; fue asimismo astrónomo y matemático; fue atleta; y, finalmente, fue panadero, dependiente de una hacienda, contador, gerente de una empresa comercial; sin contar con varias otras actividades que se me escapan, y en las cuales seguramente tuvo también éxito.

Intentar el desmenuzamiento de cada una de estas facetas, y su concatenación y relaciones mutuas, requeriría una biografía —biografía que sólo él mismo hubiera podido escribir. Pero, habiéndolas mencionado, me propongo tocar algunas suficientemente para justificar el término "éxito" que empleé en el párrafo anterior y evitar así la im-

presión de que Erro pudo haber sido meramente un diletante, brillante pero superficial. Su competencia profesional se manifestó ostensible y sólidamente en tres campos: la política, la literatura y la ciencia.

Su labor política es en parte conocida; baste con citar su participación decisiva en la reforma al Artículo Tercero de nuestra Constitución. Pero hay otro aspecto que ha quedado naturalmente oculto y y que fue al que aludí cuando dije que fue consejero de varios de nuestros presidentes. En numerosas ocasiones muchos de los presidentes de la República y otros altos funcionarios del Gobierno recurrieron a su intuición política, a su patriotismo y a la mina bonanzosa de información, de recursos y de ideas felices que él encerraba, y siempre obtuvieron respuestas juiciosas, sabias y valientes.

Yo siempre pensé que la política fue la vocación básica y fundamental de Erro, y aquella para la cual estaba más cabalmente dotado. Lo alejaron de esta vocación dos accidentes. El primero fue el hecho que sus padres hubiesen sido españoles. Aun cuando Erro fue siempre tan mexicano como el Iztaccíhuatl, existe en nuestro país una xenofobia con una raigambre histórica tan profunda que olvidamos a menudo la sabia lección de justicia de la Revolución Francesa: no hagamos a los hijos responsables, ya no de los pecados, pero ni siquiera de las cualidades, y aun menos de los accidentes geográficos o raciales de sus antecesores. El segundo factor, más trascendente, que desvió a Erro de la ruta política fue la sordera. Desde muy joven empezó a claudicar su audición, y el mal se acentuó gradual pero inexorablemente con los años. Ahora bien, un político, un orador sin oído es demasiado; es como un pintor sin vista.

Hubo probablemente un tercer factor que determinó la trayectoria de Erro y del cual quizás él mismo no se percató conscientemente: su rectitud, su integridad, su pureza, para emplear un término más enérgicamente apropiado a su honradez. Desgraciadamente la política contemporánea en todo el mundo, y la nuestra también, requiere, si no participación, cuando menos alguna tolerancia frente a vicios denigrantes, frente a la mendacidad y al engaño, a la contemporización, a la voracidad, al afán de lucro, al egoísmo. Los principios de Erro eran rígidos; no podía transigir con esos vicios. A diferencia de Sartre, Erro no hubiera podido escribir una novela sobre manos sucias, porque el asco se lo habría impedido. Hay fangos que dejan huella, por más baños que sigan a su contacto; y dejan olor residual, por más lociones aromáticas o fumigaciones que se apliquen.

Erro nunca fue rico, y murió pobre, a pesar de la importancia de los puestos públicos que desempeñó. Éste es el mejor homenaje póstumo que se le puede hacer a un político.

Los albores de la carrera científica de Erro se entreveran con las actividades de sus puestos oficiales. Su libro *Axioma* pertenece a esta época. El mérito de este libro es el de ser uno de los pocos ensayos escritos originalmente en castellano sobre las bases lógicas de las matemáticas. Se han escrito numerosos textos y algunas monografías originales, pero *Axioma* ocupa un lugar único y revela la madurez del espíritu matemático del autor.

La contribución científica más importante de Erro fue a la astronomía. La riqueza de su personalidad exigía horizontes de proporciones amplias y robustas. Cuando la sordera amenazó limitarle su mundo sensual, volvió los ojos al firmamento, al universo todo. Fue primero un aficionado, habiendo adquirido un telescopio pequeño, que después fue donado a Tonantzintla. Una peripecia política lo envió a los Estados Unidos. Decidió entonces aprovechar su estancia allá estudiando astronomía en el observatorio de Harvard.

En cuanto empezó a hacerse profesional en su nueva disciplina, advirtió que la astronomía, como tantas otras ciencias, no era en México sino una actividad de eruditos, de coleccionistas de datos ajenos, pero no contaba con un observatorio moderno donde un núcleo de hombres preparados se ocupara, no de seguir pasos marcados por otros, sino de contribuir al progreso de su ciencia, no de copiar o cotejar sino de crear.

Decidió organizar un observatorio de este tipo a su regreso a México. No le arredraron las numerosas objeciones y pronósticos de fracaso que algunas personas de espíritu menos audaz y confiado que el suyo le presentaron. Procedió a dicha organización. Y la logró, porque el éxito socorre al valor y a la fe. Consiguió, por una suma prácticamente nominal, un equipo de observación que, en su tipo especializado, es probablemente el mejor que hay en la actualidad en el mundo. Atrajo a un grupo de colaboradores capacitados y entusiastas. Les implantó normas científicas impecables. Les enseñó lo que él sabía y los envió después a estudiar con otros.

Así nació el Observatorio de Tonantzintla, creación íntegra de un visionario ilustre. Pero Erro no se concretó a organizar el Observatorio, es decir a realizar labor administrativa. El investigador número uno fue él. La investigación sólo puede enseñarse por el método del aprendizaje. Para hacer investigadores hace falta un maestro, es preciso dar el ejemplo. Las investigaciones de Erro en Tonantzintla dieron ese ejemplo inicial indispensable y constituyen una aportación importante y meritoria a la astronomía.

Y para culminar esta obra fecunda tuvo un gesto final erriano, ejemplar. Cuando sintió que algunos de sus discípulos habían alcan-

zado al maestro, consideró que su presencia podía inhibir su desarrollo ulterior y el de la Institución y renunció espontáneamente a la dirección del Observatorio.

Empieza entonces la tercera, la muy corta última etapa de su vida creadora, aquella que dedicó especialmente a la producción literaria. Sin abandonar del todo sus labores como consejero político, sin descuidar a sus discípulos en astronomía, sino por el contrario prodigándoles su experiencia, su inventiva, y su análisis crítico certero y profundo, siguió escribiendo artículos de periódico y ensayos, cosa que hizo todo a lo largo de su vida, y abordó la novela.

Los pies descalzos fueron la primera y única novela que publicó. Escribió otra y empezó una tercera, pero decidió no publicar la segunda. *Los pies descalzos* es una revelación inesperada de un gran talento latente. Sin experiencia previa alguna, sin conocimiento del oficio, abordó el autor un tema amplio y difícil. Y logró en el acto, y me consta que en un período de tiempo muy corto, una de las pocas novelas genuinamente novelescas que se han escrito en la América Latina, es decir una narración consistente en el tiempo y en el espacio, con caracteres humanos que tienen substancia y coherencia, que tienen vida propia. Reconozco que *Los pies descalzos* tiene defectos de técnica, que hay anticipaciones inoportunas, que lleva repeticiones innecesarias, y que hay pasajes cuyo ritmo lento se opone a la secuencia temporal armoniosa de la obra. Pero corre sangre por los vasos de los personajes; pero no hay caricaturas, sino seres humanos; pero la figura de la "nana", eminentemente individual, es también una magnífica síntesis de un grupo grande de nuestra población y de la humanidad entera; pero hay pasajes de emotividad intensa, limpios de línea y sobrios de recursos; pero nunca cae en el preciosismo literario que desnoveliza a tantas de nuestras novelas; pero tiene "garra dramática", como dijo alguna vez Erro hablando de otro escritor.

Es una pérdida irreparable para nuestra literatura y para la novela universal que Erro no haya empezado a escribir novelas más temprano, y sobre todo que un evento azaroso en los vasos de su corazón haya podado una carrera incipiente llena de auspicios fecundos.

La cultura de Erro era inmensa. Leyó mucho toda su vida, y más aún en sus postrimerías, cuando conforme se acentuaba su sordera se reducían más y más sus relaciones con otras personas y se atenuaban también los estímulos externos de distracción. Leyó de todo, con una variedad más notoria aún que la de sus actividades. Leyó con atención y con cuidado; más estudiaba que leía. Anotaba sus libros a medida que leía, con tintas de varios colores, con una escritura fina y clara. Estas anotaciones, ricas en imágenes, sugestiones y analogías, eran para

mí a menudo más interesantes que el texto que glosaban. Y tenía una memoria excelente. De aquí que supiera mucho de muchas cosas. Sus ensayos atestiguan la rica envergadura de su cultura: publicó artículos sobre táctica militar; sobre la teología de Tomás de Aquino y de Agustín de Hipona, sobre temas de historia, sobre temas filosóficos, y en este número de esta Revista aparece un ensayo sobre Cibernética. Y hubiera podido publicar sobre muchas otras cosas si hubiese tenido la inclinación y el tiempo: sobre la estructura del idioma náhuatl, sobre semántica, sobre el método científico, sobre el lugar de Cantinflas entre los grandes cómicos, sobre todos estos y otros temas que yo le oí desarrollar con lucidez, originalidad y amenidad.

Era un conversador magnífico, un artista de la conversación. Sabía quitarle el carácter de banalidad sin caer en excesos oratorios. Era una delicia oírle narrar alguna anécdota o reminiscencia, de las cuales poseía un caudal inagotable. Transportaba al auditorio en el tiempo y en el espacio al lugar y a la fecha del acontecimiento. El cuarto se poblaba con los protagonistas ausentes; sentía uno su presencia. El desarrollo era fluido y equilibrado. Y una importante habilidad histriónica, de la cual tampoco abusaba, prestaba color, tono y realidad al episodio.

Y, finalmente, también como hombre fue un gran hombre. Capaz de cariños hondos y entrañables, capaz tanto de inspirarlos como de sentirlos. Tuvo muchos amigos, como tuvo también enemigos. Una personalidad tan rica, tan recia y tan templada, no podía dejar de herir susceptibilidades, de despertar envidias y resentimientos. Pero así como fue leal, generoso, afectuoso e íntegro con sus amigos, así también fue probo, recto, noble y valiente frente a sus enemigos. La descarga del puño o la más temible aún saeta afiladísima y certera de su reproche o de su ironía, pero jamás la felonía, la herida por la espalda o el abuso de su superioridad intelectual y moral.

Un idealismo casi excesivo fue el suyo, un desinterés absoluto por las cosas materiales y por los valores falsos, una ceguera total para el oropel y un amor acendrado por las metas nobles; por la verdad a través de la ciencia, por la belleza a través del arte, por la humanidad a través de la libertad y la justicia, por el progreso y engrandecimiento de México a través de la educación y del mejoramiento de las condiciones de vida del pueblo mexicano.

Creo poder resumir brevemente su credo político y social, ya que es también el mío. No busquemos, ni permitamos, que nuestro gobierno sea un remedo sin crítica ni discriminación de ningún otro gobierno, ni que nuestras normas éticas y sociales sean necesariamente las formuladas o adoptadas por algún país, grupo o secta extraños: los problemas de México tenemos que resolverlos los mexicanos, que somos

los únicos directa y primordialmente interesados en ellos, y los dogmas petrifican pero no resuelven problemas. Persigamos con ahinco el bienestar corporal y espiritual de todos, sin distinciones infamantes de color, raza o religión; afanémonos porque todos los mexicanos tengan comida, casa, vestido, atención médica adecuada, y también educación, diversión y solaz, y satisfacción estética. Consideremos como derechos inviolables de todos el derecho a la tierra, a nuestras riquezas naturales, al trabajo. Distribuyamos equitativamente nuestro patrimonio y los productos de este patrimonio: equitativo quiere decir no lucro desmoralizador para algunos sino bienestar siempre mayor para todos, individual y colectivo. Cultivemos los dos grandes valores sociales: la justicia y la libertad; la justicia sin restricciones, ni distingos, ni niveles; la libertad sin más restricción que la que formuló Robespierre, la de que la libertad de cada quien termine donde principia la de los demás. No olvidemos que los hombres, como los países, no son todos iguales; pero las diferencias individuales no tienen por qué suscitar rivalidad y antagonismo sino que pueden y deben por el contrario conducir a simbiosis, a colaboración y sinergia. Ningún grupo social debe tener un control exclusivo o preponderante del gobierno del país; entre todos debemos escoger a los más aptos para ejercer ese gobierno; y todos debemos apoyarlo y encomiarlo cuando juzguemos que cumple con su cometido de honradez y pericia, y debemos también criticarlo, cuando creamos tener bases sólidas para pensar que nos ha defraudado.

Todos los mexicanos tenemos el anhelo vehemente de labrar una nacionalidad robusta y destacada. A Luis Enrique Erro le tocó la gloria de ser uno de los artífices de significación distinguida.

Arturo ROSENBLUETH.

Presencia del Pasado

PARA LA HISTORIA DEL ARTE DEL CUSCO

LA CASA DEL ALMIRANTE

Por *José* *URIEL GARCIA*

UNO DE LOS más notables monumentos de arquitectura civil de Cusco colonial, por su historia tanto como por su valor artístico, es el conocido por "Casa del Almirante".

Para hacer la historia del arte de esta casona o *"Jhatun-Huasi"* ("Casa-Grande", en quechua y en el lenguaje popular), será forzoso relacionar esa labor con la historia social del Cusco de la época a que pertenece, puesto que toda obra de arte tiene un contenido, su valor social, y una forma, sus elementos estéticos, valga decir, que su historia y su estilo están íntimamente armonizados, en ligamen con la vida cusqueña y, por ende, peruana.

Allá los críticos del "arte por el arte" que se ocupen sólo de lo que les conviene. De la expresión plástica de este monumento; de su portada y de sus patios interiores; de su semejanza —según se dice— con otros edificios de ciudades castellanas, para generalizar luego y sólo desde el punto de vista de su aspecto físico, que el Cusco es un trasunto de Toledo o de Segovia, como afirman ciertos cronistas y críticos contemporáneos, como si la tierra y el cielo de aquellas ciudades españolas hubieran podido ser trasladados desde allá y transplantados sobre una tierra y bajo un cielo intransferibles. Tanto más que el Cusco, a la llegada de los conquistadores, ya era una gran metrópoli, una ciudad andina sólidamente edificada entre riscos y alcores, de una topografía arrugada, circunstancia por la cual, dicho sea de paso, su etimología de *Ccoscco* querría decir "ombligo" o, con mayor aproximación, "ombligo de los Andes", y no como cree Garcilaso que se llamó asi por haber sido el centro de Tahuantinsuyu, que eso ocurrió mucho tiempo después de su fundación. Y no obstante de esa su topografía difícil, era una

ciudad magníficamente *elaborada*, de anchas plazas y altas terrazas, de calles en pendiente pero diestramente embaldosadas, con sus fontanas en cada barrio, dotadas de surtidores de piedra labrada, así como sus riachos —los tres principales que atraviesan la ciudad paralela y longitudinalmente— canalizados a fondo; por último, con sus edificios majestuosos, erguidos sobre los andenes, visibles desde todos los confines del valle. Y acorde con su suelo, el cielo cusqueño, es decir, la perspectiva área o, como llaman, coordenada, que se podría afirmar estaba *cuadriculado*, en armonía con el espacio local, donde la luz y la sombra se proyectaban en determinada dirección y sentido, de acuerdo asimismo con la sensibilidad de sus habitantes y más que todo en armonía con la técnica del trabajo, que el arte es también un resultado del trabajo social y creador y no simple respuesta a las incitaciones físicas, como diría el historiador neofascista Toynbee. Sobre este suelo y bajo este cielo ya elaborados, los españoles *remodelaron* el Cusco, con *intención* hispano-feudal pero en *sentido* cusqueño, obligados por las nuevas condiciones económicas y sociales.

Desde luego, el arte español constituyó el aspecto más dúctil del conquistador, frente a su imposición política y a su intolerancia religiosa. El arte español, de preferencia el plástico, vino a incrustarse y hasta a injertarse dentro del arte aborigen, con más o menos tolerancia, en forma parecida o como el teólogo doctrinero tradujo a las lenguas vernáculas los dogmas de su religión, para eludir más graves y costosas obligaciones, como la alfabetización castellana de las masas aborígenes. El doctrinero y el terrateniente aprendieron más bien el idioma del campesino para el mejor y más fácil éxito de su explotación, al amparo de la ignorancia de los siervos y de la conducta mistificada del dominador. De ese modo el pueblo pudo encontrar en el arte colonial de injerto o mestizo uno de los medios de liberación y de evasión fecunda, por lo menos, de su servidumbre moral. Lo prueba el ingente arte popular desarrollado a través del coloniaje, arte popular que en muchos de sus aspectos tiene ya contenido democrático. El arma del artista del pueblo fue la ironía y el humorismo, con la cual infirió serios agravios a los cánones estéticos del conquistador y sentó las bases de un arte nacional, con tendencias a la unificación en su contenido y en su forma.



Fachada de la Casa del Almirante.



Patio principal con la gran fuente de agua.

PARA hacer la historia y la crítica de arte en este momento hay que tener pues en consideración esos antecedentes históricos que influyeron para que esta bella casa y otras semejantes del Cusco fueran la expresión del ambiente y de la vida cusqueños, a partir de la conquista. De esa nueva vida cusqueña que resultó de la servidumbre de sus masas populares y del absolutismo de tipo feudal de la aristocracia dominante.

En lo que sigue se pueden condensar la historia y las vicisitudes de este bello monumento.

Antes del reparto de "solares" efectuado en el Cusco, en octubre de 1534, entre los ciento y tantos españoles avecindados en la capital del Tahuantinsuyu, y antes, por tanto, que se edificara la Casa del Almirante, el sitio en que se alzó dicho monumento fue uno de los mejores de la ciudad de los incas, por su ubicación, de espléndida perspectiva, y por su cercanía al corazón de la ciudad, la plaza mayor. Era parte integrante de la región más antigua y principal del *Jhanan-Ccoscco,* emplazado sobre las ondulaciones de una colina que se desprende desde el cabezo de Sacsahuamán, viene a erguirse, en un declive pronunciado, sobre el ángulo noreste de dicha plaza mayor, tendiéndose luego, más llano, hasta morir en las terrazas de Coricancha. Las viviendas incaicas construidas sobre esta eminencia topográfica formaban las barriadas conocidas por *Colcampata*, *Hualccapata*, *Pumacurcu* y *Amaru-kjata*. Barrios superpuestos, resplandecientes de luz, erguidos sobre terrazas entre flores y plantas ornamentales, llenas de colorido, y desde cuyas puertas y ventanas se podía otear los confines de la ciudad. Barrios surcados por callejas estrechas y hasta tortuosas, formando escalinatas y cuestas de difícil tránsito, que conducían desde la gran plaza hasta los fuertes de Sacsahuamán. Toda esta zona era la preferida por los incas para su residencia y la de sus familiares, mientras que los barrios, algo más abiertos del frente occidental de la ciudad conjugaba las viviendas populares, de las "naciones" no incaicas.

Esta estructura urbana de *Jhanan-Ccoscco* tenía semejanza con la actual configuración de Machu-Pikchu, cuyo "modelado" arquitectónico se inspiró, a no dudarlo, en esta magnífica zona incaica.

A la llegada de los españoles, estos barrios que hoy corresponden a la parroquia de San Cristóbal, desde cuando el virrey Toledo dividió la ciudad en siete de ellas, se designaron, por

comodidad de nomenclatura urbana, con la denominación general de "casas de Huáscar", y comprendía desde la actual "del Almirante", incluyendo San Borja y las Nazarenas, hasta Colcampata. La principal residencia del inca Huáscar caía justamente dentro del perímetro ocupado por el Palacio del Almirante. La parte complementaria de ese edificio incaico se puede ver todavía en la gran portada, de dintel monolítico y con la figura de una serpiente inscrita en altorrelieve, que le ciñe a la Casa del Almirante por su flanco norte.

Esas casas de "Huasicar" —que así se lee en el acta de fundación del Cusco español—, fueron distribuidas entre varios conquistadores o primeros vecinos de la ciudad. A Diego Almagro, que por entonces se encontraba ausente, se le designaron "tres solares, en las casas de Huasicar, en la parte que quisiera tomarlos". A Gonzalo Pizarro se le dieron los edificios —ya tomados de hecho por él, meses atrás—, que por su parte trasera lindaban "con la fortaleza de Huajar" (Huáscar), correspondientes, por su ángulo frontal, al hoy llamado "Portal de Harinas", que en aquellos días tenían por delante los torreones incaicos que defendían el acceso, desde la Plaza, a Sacsahuamán. A Beltrán de Castro, primer alcalde del Cabildo, le señalaron un solar en el sitio llamado "Ochullu", entre la iglesia mayor (Catedral) y la calle de Cacique" (de Huáscar). Para el Cabildo señalaron "el galpón grande, encima de la plaza", es decir, el bloque comprendido entre el actual "Portal de Carnes", que hasta el siglo XVII todavía se llamaba "Portal de los Herradores", y la plazuela de San Borja, igualmente dentro del perímetro de las casas llamadas de Huáscar. Años después se trasladó el Cabildo a la plaza que actualmente se llama del Cabildo, cuyos terrenos fueron comprados de Hinojosa.[1]

El bloque de casas de la parte más empinada de estos barrios, o sea Colcampata (parte integrante de "las casas de Huáscar") quedó como residencia, primero, de Manco-Inca —el hermano de Huáscar—, pero a la retirada de este adalid de la resistencia incaica a las selvas de Vilcabamba, pasó a ser vivienda de Paullu Inca, de Melchor Carlos Inca y de varios otros descendientes de los destronados soberanos aborígenes, que todos ellos fueron concentrados en esta barriada, al pie de la

[1] Todos estos datos están tomados de una copia fotostática de los manuscritos originales de la "Fundación del Cusco", que se encuentran en la biblioteca Morgan, de Nueva York.

Fortaleza. Hasta cuando el virrey Marqués de Cañete designó Colcampata para que fuera sede del espectral "Inca" Sairi-Túpac, en premio de su capitulación y sometimiento al rey español. Mas el verdadero y postrer dueño de Colcampata fue el Marques de Oropesa, un linajudo y "Grande de España", que por conveniencias políticas de la monarquía fue obligado a tomar por esposa a una nieta de Sairi-Túpac; por cuyo hecho resultó siendo el único heredero legal de los Incas y el dueño, además, de todo un feudo colonial, como no hubo otro semejante en todo el Perú: el Marquesado de Oropesa, en la actual provincia de Urubamba.

El sitio donde se levanta la Casa del Almirante, motivo principal de este estudio, que acaso fue el escogido por Almagro, en el breve lapso de su accidentada vida cusqueña, pasó a ser propiedad, años más tarde, de Hernando Bachicao y finalmente del capitán Juan Alonso Palomino, según cuenta en sus *Comentarios* Garcilaso el Inca.

A partir de Palomino, la historia de los propietarios de esta casa ya no da lugar a confusiones. Cuando el mencionado capitán fue muerto a estocadas y sorpresivamente por Hernández Girón y sus secuaces, aquella noche del 12 de noviembre de 1553, en que Girón inició su "revolución" (en la disputa por mejores encomiendas), asaltando la casa de Loaiza —en la "Pampa del Castillo"—, donde se celebraba un convite matrimonial, quedó como heredera suya y administradora de los bienes de los hijos menores de ambos, su viuda doña Francisca de Riveros.

Posiblemente en esta época recién iba edificándose parte de la soberbia mansión. Tan agitada era hasta entonces la vida política de los conquistadores para que pudieran levantarse fácil y rápidamente edificios de gran arquitectura civil, como no fueran los de templos y conventos. La vida diaria era de luchas enconadas, precisamente por las mejores encomiendas y repartimientos, que significaban a la postre los mejores monumentos de la ciudad.

No obstante ello, cuando recién nacía al arte y a la vida social este bello solar cusqueño, ya hubo en 1573 un primer intento de rematarlo, entre varias otras injurias de esta índole que sufrió la casa, en los siglos posteriores de su esplendor colonial. El solar de los Palomino iba a rematarse en pago de deudas de juego, contraídas por la viuda, una mujer, por otro lado, de gran empresa, pues fuera de sus ingentes rentas

y propiedades, tenía el negocio de la explotación de la coca en su encomienda del valle de Paucartambo. En esas tierras feraces, los primeros conquistadores se dedicaron al negocio lucrativo del comercio de esa célebre y siniestra hoja que suministra alcaloide y degenera al campesino. Recuas de llamas, confiscadas a los aborígenes, transportaban los cestos de coca desde Paucartambo hasta su mercado más espléndido: las minas de Potosí. Yanaconas y mitayos de la encomienda de Palomino se encargaban de ese funesto trabajo. El vil comercio de la coca era el más ejercido por la clase dominante del Cusco, del siglo XVI. Y ese negocio de doña Francisca Riveros no era incompatible con su pasión por el juego. Según acreditan los documentos protocolizados por el escribano Antonio Sánchez, correspondientes a aquel año, la viuda de Palomino sostuvo un ruidoso pleito, amenizado por el humorismo y el chismorreo "hispano-indígena", con la mujer del escribano Sancho Ortiz de Orué, la no menos brava y ejecutiva doña María Álvarez de Contreras, quien reclama de la primera el pago de cien mil pesos (algo como un millón de nuestros actuales soles), que le ganó en el juego de naipes, precisamente "a la baraja española", en una de aquellas tertulias nocturnas que con frecuencia organizaban las familias de los conquistadores para celebrar sus triunfos, disipar sus ocios y satisfacer su pasión por el juego, inherente a la psicología del aventurero. El pleito entre las familias encopetadas terminó por transacción, debido a que los hijos de Palomino y de la Riveros, todavía menores de edad, según las leyes españolas, se presentaron al juzgado oponiéndose a la ejecución de la Contreras. Se pactó para que la viuda de Palomino entregara en compensación a su afortunada contrincante varias joyas de oro "rico" y de pedrerías finas.

Este incidente anecdótico, vinculado con la Casa del Almirante es uno de los aspectos reveladores de la pasión por el juego que caracterizó a los conquistadores y a sus descendientes y que es indispensable anotarlo. Recordemos a propósito que el famoso Mansio Sierra de Leguízamo perdió en el juego "el Sol antes de que amanezca", perdió el disco de oro bruñido que representaba al Sol de los incas, el que le tocó en el primer saqueo del Coricancha. Anotemos también que el mismo Aldrete Maldonado, el Almirante que dio nombre a esta casa, según veremos más adelante, fue destituido de su cargo de Teniente de Corregidor del Cusco, en 1619, juntamente que el corregidor

titular Diego Guzmán Córdova, "por sostener ambos una mesa de juego en su casa".[2]

Tanto desesperaba el juego, aun entre la clase media, que es frecuente encontrar en los protocolos coloniales del Cusco escrituras bajo el título "promesas de no jugar", de no jugar "a los naipes, comején, quinielas, capadillo", etc., de personas arrepentidas y escarmentadas por los efectos ruinosos de esa costumbre feudal. Sin embargo, para los poderosos "feudatarios" acaso las pérdidas en el juego los estimulaba a redoblar la explotación sobre los campesinos de sus encomiendas y latifundios. Era una manera de desviar hacia el riesgo la sed del oro, el imperio del "diablo amarillo", como llama Gorki, el afán de lucro o "fiebre amarilla", que dice el escritor venezolano Blanco Fombona, como característico del conquistador español del siglo XVI, o ese "ideal semita", a que se refiere sobre el mismo tema el sociólogo brasileño Gilberto Freyre. No era raro que las pérdidas en el juego los precipitaron a muchos feudatarios del siglo XVIII a la quiebra, acrecentando por otra parte el poderío económico de la clase media ascendente.

Salvado en aquella forma (la transacción entre la Riveros y la Álvarez) el peligro de que la casa fuera a ser de otro dueño y el de que acaso tomara otro aspecto artístico del que actualmente tiene, por más de que en el fondo nunca habría dejado de ser la expresión del gusto de la clase dominante, la tal Casa del Almirante prosiguió constituyéndose en la forma en que nos ha llegado hasta hoy, bajo las orientaciones de los deudos de Palomino.

Hacia fines del siglo XVI llegó al Cusco el almirante Francisco Aldrete Maldonado, natural de Salamanca, como visitador y repartidor de tierras de "comunidades" en Paruro. La visita a aquellas circunscripción la hizo en 1595, la fecha más antigua que consignan los documentos investigados en referencia a este personaje. Se avecindó en el Cusco como "vecino feudatario" (terrateniente), hasta su muerte, acaecida en 1642. Como tal vecino fue cabildante y corregidor en repetidas oportunidades, aún en años posteriores al incidente de su destitución, por jugador.

Aldrete Maldonado se casó en el Cusco dos veces y sucesivamente, primero, con la rica heredera, nieta del capitán Juan Alonso Palomino, doña Potenciana Palomino Benavides, des-

---

2 *Anales del Cusco,* p. 37. Publicados por Ricardo Palma. Lima, 1905.

pués, a la muerte de ésta, con la no menos acaudalada viuda de Gutiérrez de los Ríos, doña Ana Cornejo. Esos dos enlaces matrimoniales acrecentaron su fortuna y le dieron, si cabe, mayor copete social. No obstante ello, nunca se dejó dominar por el ocio y por el culto pasivo a los títulos nobiliarios, como los "caballeros de la España medieval; antes bien demostró en mil formas sus condiciones especiales de "hombre de negocios", acorde con el espíritu capitalista que nacía en la Europa de su época, adelantándose a la burguesía de los siglos posteriores. Aldrete era en el comercio tan afortunado como en el juego; comerciaba y era al mismo tiempo un terrateniente de cepa feudal. Fue propietario de grandes y numerosas haciendas. Dueño de las haciendas de *Tongobamba*, en Quispicanchi, de *Uchumuca*, en Calca y más que todo del inmenso latifundio de *Lauramarca,* existente hasta hoy sin desmedro alguno, tanto en el sistema de trabajo feudal, establecido por los conquistadores y más duramente organizados, si cabe, por el Almirante, como en su integridad territorial. Las cumbres andinas que demarcaban las predichas haciendas, a pesar de las enormes distancias separadoras entre ellas, pero dentro de un perímetro geográfico continuado, puede decirse que se juntaron, como si fueran montañas de un solo dueño, incluyendo sus nevados, sus bosques y sus pastizales desérticos y en una extensión de cientos de leguas y donde hasta ahora no existe la acción del hombre. Gran parte de esas cumbres andinas pertenecían al Almirante y pertenecen a quienes poseen esas tierras actualmente. Sin duda es un caso raro en el mundo que una cadena de montañas, hasta donde no llega aún la acción del hombre, sea de propiedad particular.

Pero a más de ser terrateniente y dueño de miles de siervos, los labriegos de sus haciendas, el Almirante no desperdiciaba otras oportunidades para acrecentar su fortuna. Las recuas de llamas y los yanaconas respectivos de los Palomino, seguían transportando coca de los cocales del mismo dueño, por cuenta del Almirante prosiguió la tradición familiar del infame comercio de la coca (como hasta ahora entre los herederos de la Conquista). Del mismo modo, fue rematista de los "diezmos de la Catedral" y como buen cobrador ejecutaba, con creces de ganancias, los tributos a que estaban obligados a pagar los aborígenes para la fábrica de la catedral y para el sostenimiento de los canónigos: diezmos de las cosechas de maíz, papas y otros cereales; de ciertos animales, como carneros de "castilla"

y aves de corral; de algunos metales, como oro y plata; de trabajos a destajo, como tejidos en los telares familiares. Comerciaba igualmente con la venta de joyas, como aparece de una escritura celebrada ante Domingo de Oro, en 1623, dando en comisión a su agente Juan Lozano para que éste fuera a vender en Arequipa un lote de ellas. Como Aldrete era un jugador empedernido, hay que presumir que estas joyas provenían de su destreza y buena suerte en el juego. Las mandaba a Arequipa eludiendo su venta en el Cusco, a pesar de que para la clase feudataria cusqueña eran valores tesaurizables codiciados tanto como obras de arte suntuario dignos de la mejor ostentación para la vanidad de los poseedores. El Cusco era uno de los mejores mercados para el comercio de joyas, y sin embargo el Almirante, con cierto pudor, las despachaba a Arequipa.

El poderoso Almirante, fue además apoderado de los Marqueses de Oropesa, de aquellos "Grandes de España", para la cobranza de los tributos que les debían los campesinos del marquesado, cuyas tierras comprendían las poblaciones de Huaillabamba, Yucay, Tambo, de actual provincia de Urubamba, antiguamente comprensión del espléndido "Valle de Yucay", de los incas. Como tal representante de aquellos grandes señores feudales que residían en España, podía destituir y nombrar corregidores para el marquesado, al margen de la autoridad del virrey del Perú. Cobraba los alquileres de los arrendatarios de las viviendas de Colcampata, circunstancia por la cual, añadida a las anteriormente dichas, toda la parroquia de San Cristóbal le reconocía al Almirante como a su gran señor.

ALDRETE Maldonado, como queda dicho, contrajo primeras nupcias con una nieta del capitán Juan Alonso Palomino, por cuyo hecho y por transacciones familiares, llegó a ser el propietario único de la Casa, a la que al fin dio su nombre. Seguramente fue ya en este tiempo en que se terminó la construcción y decoración de la gran casa, que desde entonces conocía el pueblo por "Casa del Almirante" y la llamaba así porque fue aquel potentado el que le dotó a la casa del esplendor artístico que ostenta, mandando fabricar la fachada a su gusto —que a las claras se ve fue el gusto plateresco salamantino—, el primer patio, los artesonados de las habitaciones del segundo piso, etc. Había que anotar de paso que los arquitectos que figuraban

en el Cusco en esta época, como los más solicitados, eran Juan Gutiérrez, Juan Toledano y el famoso "natural" (indígena), constructor de Santa Clara, Lucas Quispe. La esplendidez arquitectónica de la Casa, que se destaca magnífica por toda esa zona próxima a la catedral y visible desde la Plaza Mayor, justifica su pomposo nombre de "Casa del Almirante", como llena de boato y de pompa era la vida de sus afortunados dueños.

En esta forma queda comprobado de que el "Almirante" de quien se deriva el nombre de la Casa en cuestión fue aquel Aldrete Maldonado y no, como obstinadamente sostienen algunos autores (incluso cometió ese error el autor de este trabajo en su libro *La ciudad de los incas*, 1922), de aquel otro almirante Fadrique de Castilla, que no fue vecino del Cusco. De la documentación aquí revelada se desprende que aquella conocida tradición de Ricardo Palma *Los duendes del Cusco*, base para la equivocada aserción, es errónea en su fundamento histórico. El error se esclarece mucho más si se compara el escudo de armas del "Almirante de Castilla", descrito por Palma en su aludida pieza literaria, con los escudos que se ostentan en la fachada de la actual casa. En vez de los leones rampantes y de los castillos (de la "tradición" de Palma), se ven flores de lis francesas, barras de Aragón, besantes, cruz de Calatrava, etc.

Aldrete Maldonado, en su testamento de 1642, dejaba esta Casa en herencia a su hijastro Diego Gutiérrez de los Ríos, hijo legítimo del primer matrimonio de Ana Cornejo, segunda esposa del Almirante, "por no tener hijos ni herederos descendientes ni ascendientes legítimos", dice Aldrete en su aludido testamento, "y por el mucho amor" que le tenía a su prohijado.

A partir de entonces el nuevo propietario de la "Casa del Almirante" es Gutiérrez de los Ríos, primer Conde de la Laguna. En la documentación procesal que va de la segunda mitad del siglo XVIII hasta la primera del siguiente, la casa es conocida y designada por la "del Conde". Las callejas adyacentes a la casa se llaman en esos documentos "callejones del Conde". Por cierto que no se pierden del todo las denominaciones de "Casa del Almirante", "cuesta del Almirante", como hasta ahora. Incluso en otro testamento de 1702, hecho por doña Luisa de Navía Salas Valdez, en nombre de su esposo que acababa de fallecer, el segundo Conde de Laguna Pedro Peralta Gutiérrez de los Ríos, testamento hecho ante el notario Pedro Bustamante, hay una clásula relativa a la casa, que dice textualmente: "Item me comunicó dicho mi marido declare,

como yo en su nombre declaro, por bienes suyos propios las casas en que al presente vivía en esta ciudad, que son las que llaman 'del Almirante' ", etc. Y más allá del documento se consignan los inventarios realizados del mobiliario y "homenajes" del interior de la casa.

El señorío de los Condes de Laguna sobre la Casa del Almirante termina a mediados del siglo XVIII, cuando el grandioso inmueble, de arte inmarcesible y lleno de recuerdos del orgullo y la prepotencia de sus fundadores, sufre la nueva afrenta de un remate que se consuma en favor del Convento de La Merced, por censos corridos y no pagados durante muchos años. El estado de quiebra en que se encontraba el condado afectó incluso a su obraje de Conchacalla, en Pomacanchi, y a su hacienda "La Angostura". La comunidad de los mercedarios no tuvo reparo alguno en precipitar la ruina de aquella familia, que en la época del poderío económico de la clase de los poseedores, suministraba a los frailes de La Merced de grandes rentas y aportes graciosos, a títulos de censos para misas, sepulturas, aniversarios, etc. En el momento oportuno el obsequiado se convertía en acreedor inexorable.

Menos mal que para los intereses sociales de la nobleza en decadencia, el remate de la Casa del Almirante fue a caer en manos de un segundón eclesiástico de campanillas, el licenciado Diego Barrio y Mendoza, canónigo de la catedral y natural de Potosí; gran potentado, dueño de otras haciendas y de yacimientos mineros en su ciudad natal. En el testamento que formula el licenciado, ante Miguel Acuña, en 1761, antes de emprender viaje a Potosí, declara Mendoza: "que esta dicha casa ha sido necesario reedificarla, derribando algunas paredes y desatando las techumbres, en cuya obra estoy actualmente empeñado, con el ánimo de gastar dos mil y más pesos que se han computado precisos para su refacción y es mi voluntad destinarla para vivienda de Clérigos de la Congregación y Oratorio de San Felipe Neri, que desea promover en esta ciudad el licenciado Joseph de Soto". Establece además el testador que si a los siete años después de su fallecimiento no se constituyera en su casa aquella congregación, que se funden dos capellanías para misas, en favor de su alma y en provecho del coro de la catedral, sobre la base del valor de dicho inmueble, como capital.

Muerto Barrio y Mendoza, la congregación de frailes de San Felipe, que debía de ser llevada de Lima, no pudo cons-

tituirse, dentro de los siete años previstos. Por lo cual, el Cabildo eclesiástico de la catedral se hizo cargo de la administración de las rentas de la casa, para el sostenimiento de los becarios de ambas capellanías. La bella mansión del Almirante pasó a ser casa de renta.

No obstante, todavía encontramos un nuevo documento sobre las adversidades de la soberbia mansión, que se remonta a 1798, existente en el archivo de la antigua Audiencia del Cusco. Se trata de un nuevo remate que sufrió el inmueble, en favor de las monjas de Santa Clara, por otros tantos censos devengados. Al advenimiento del siglo XIX su nuevo propietario viene a ser el escribano Samuel Mar y Tapia, un personaje de la clase media, sin títulos nobiliarios pero de influencia social y económica en aquella época.

Durante la república, la Casa del Almirante pasó a manos de la burguesía de tradición colonial, de terratenientes y hacendados, que a pesar de la emancipación del dominio español, las relaciones de producción se mantenían como siempre sobre la base de la servidumbre de los campesinos, como en tiempos de la conquista, sobre las desigualdades sociales y bajo la misma ideología colonial, suministrada desde las cátedras y los púlpitos. La "Casa-Grande" siempre cobijaba en su patio de honor, a la familia del poderoso terrateniente, tan poderoso como el "Almirante" o como el Conde; mientras que en el traspatio vivían como siempre los arrendatarios y dependientes de la clase media, artesanos, pequeños comerciantes del mercado de abastos o profesionales y burócratas sin tierras ni yanaconas, y en los tugurios y corrales del fondo, del "bajo fondo", los campesinos humildes, tributarios de las haciendas en vínculo con la "Jhatun-Huasi", bajo fondo rodeado de chicherías, abrevaderos y cocinas para "agachados". Y el medieval escudo de la fachada todavía demostrábase acorde, hasta cierto punto, con la escolástica de la cultura republicana y de la enseñanza oficial; ufanábase aún por la permanencia del coloniaje en sus interiores (de la casa) o que sus abstractos símbolos tenían el poder de amortiguar los anhelos por la emancipación verdadera que pudiesen partir de sus bajos fondos.

He aquí el historial de la "Casa del Almirante" y el contenido de su valor artístico.

Erguida con pompa al filo meridional del "Morro de Huai-

napata"; luminosa y visible sobre la perspectiva de la plaza mayor y de la "Cuesta del Almirante", destaca a lo lejos su magna fachada, sus ventanales delicados, el ancho alero de sus techumbres, cubiertas con rojizas tejas coloniales.

Su fachada es de estilo plateresco, que junto con el barroco, que vino después, respondía al gusto de sus dueños, vecinos feudatarios del Cusco; grandes terratenientes y monopolistas del comercio, vanidosos y angustiados por el boato y las riquezas, que el arte también es una de las formas de expresión de la riqueza. Estilo plateresco cusqueño todavía vinculado con el afán de conquista y con el espíritu del medievo español.

Cuando este monumento surge a acrecentar el acervo artístico del Cusco, es la época de la despiadada explotación a los aborígenes, de tal manera que la ostentación artística de los conquistadores debía de contrastar y contrastaba con la miseria de las clases dominadas y desposeídas. Bastaría leer las vigorosas y sencillas páginas de la *Nueva coronica* de Huamán Poma de Ayala para darnos cuenta de ese contraste entre la magnificencia desvergonzada de encomenderos y adoctrinantes y la vida cotidiana miserable de los campesinos, en la segunda mitad del siglo XVI y los primeros decenios del siguiente, época de las observaciones directas de aquel autor.

Siguiendo el mismo estilo de la Casa del Almirante, se edificaron en este primer siglo de la conquista muchas otras casas parecidas, pertenecientes a familias de los conquistadores. Todavía el pueblo tardaría un tiempo más para apoderarse de los elementos esenciales de la estética arquitectónica impuesta por los feudatarios. Desde luego, como lo hemos dicho, ya es digno de anotarse la incrustación o injerto de esta fachada entre los muros de la antigua residencia de aquel "Guajicar", lo que ya es algo para darle un carácter "cusqueño" a la fachada.

Columnas estriadas, erguidas sobre basamentos que a su vez se sustentan encima de podios que sirven para salvar el desnivel del suelo en pendiente; jambas y dintel rehundidos y decorados con rosetas y florones primorosos, constituyen el marco "señorial" de la puerta de entrada. Finas cornisas decorativas y balaustres de mero adorno, con bases de mascarones o grutescos, exornados asimismo con hojarascas, ovarios y estrías, destacan el principal símbolo de la vanidad feudal, que se alza en la cimera del frontispicio: los dos escudos de armas, separados por un balaustre que también hace de pedestal y

unificados, al mismo tiempo, en el remate o timbre, por una coraza de yelmo empenachado y el brazalete blandiendo la tizona. En la arista de la muralla frontal, ábrese una ventana partida por una cariátide o más acertadamente por un "androcéfalo", festoneado el ventanal con los mismos adornos de "platería" de toda la fachada. Más allá, hacia la derecha, se abre otra artística ventana trilobada, con la rosca y las jambas llenas de los mismos florones del frontispicio.

El portón de acceso, en su doble batiente, y la portezuela —ésta para abrirse más comúnmente sólo en las noches— ostentan bellos tachones de hierro forjado, de acuerdo con el estilo de los florones y los refuerzos traseros de ambas batientes están dotados de inmensos y recios cerrojos, de gruesas chapas y aldabones, como para la defensa de los interiores en caso necesario. Siempre precavidos vivían los conquistadores, desde la amarga experiencia del levantamiento de Manco Inca y de las guerras civiles entre ellos mismos. Las puertas de acceso de las *"jhatúnhuasis"* eran recios baluartes.

Franqueada la puerta principal, se ingresa previamente al zaguán —que precede al primer patio—, de cierta longitud y anchura, de altos techos, cubiertos con artesones de madera tallada, donde en las noches, en cualquier rincón del zaguán, pernoctaba el *pongo*, un campesino de Lauramarca o de Uchumuca, igual que de Tongobamba o de Pomacanchi, tendido sobre un cuero de oveja y acurrucado dentro de su poncho, que no lo suelta toda la vida porque le falta otra prenda igual para su remuda, esperando al señor o a la señora, para abrirles la puerta al primer aldabonazo y correr los cerrojos, pese a que rechinan delatoramente por toda la calle. En un ángulo del zaguán todavía está el poyo para que desde allí se encaramaran a sus cabalgaduras las "doñas" de la familia, cuando llegaba la época de ir al campo, a recoger las cosechas, al recuento del ganado o por simple descanso a aquellas vegas templadas de Urubamba o la Angostura.

Traspuesto el zaguán, viene el primer patio que es llamado el de honor o del homenaje. Ancho, lleno de luz y de magnificencia no obstante su sencillez. Con sus dos plantas y sus respectivas galerías, formadas por finas arcadas y por esbeltas columnas, de capiteles y basas del mismo estilo. En las enjutas de las arcadas del primer piso se lucen, entre medallones, las cabezas decorativas que seguramente representan a los antepasados de estas familias. Acaso el "Emperador Focas", el

Rey Pipino o el Cid Campeador, aludidos en los nobiliarios de una de aquellas familias. Sin embargo, estas cabezas simbólicas resultan exóticas en la historia de la casa y en la historia del Cusco. A lo más, la sangre del Emperador Focas o del Rey Pipino podrían seguir latiendo en la del corregidor que ingresa a la sede de su corregimiento conducido en andas, como los antiguos incas, o en la de aquel que obliga a los aborígenes tributarios suyos les compren a ellos solos, los monopolistas del comercio de su corregimiento, medias de seda para sus pies descalzos o navajas de afeitarse para su barba lampiña. Y el brote por rama femenina del Cid Campeador podría ser aquella doña Francisca Riveros, que sin vacilación y con presteza ciega apuesta al juego casi toda su fortuna.

Bajo las arcadas de las galerías de los altos, llenas de luz, amplias y esbeltas, donde la figura del Almirante y de los condes y condesas sabría destacarse en toda su pomposa petulancia e "individualidad", estaban los espléndidos aposentos familiares; la capilla u oratorio, el salón de recepciones, que a veces congregaba a pintorescos caballeros "santiaguistas" y "calatravos", en cuyo magnífico artesonado se destacan hoy, hasta hoy, en la caseta central, talladas en madera, las mismas cabezas que exornan las arcadas del primer patio. En el inventario de 1702, arriba aludido, se describe, por ejemplo, el "homenaje" del dormitorio: el lecho principal, primorosamente tallado en cedro, semejante a un flamígero retablo de iglesia, y cubierto por cortinajes de felpa, cual un trono. Poltronas con taraceas heráldicas; cofres y joyeleros nacarinos; alfombras de *cumbi*, el fino tejido, mejor que los felpudos "cairinos", hecho por manos de campesinas, de aquellas diestras tejedoras del obraje de Pomacanchi. Y por todas partes, dentro de las estancias como en los pasillos y corredores, todo el ambiente de subido sabor conventual, sendos lienzos o pinturas de temas religiosos, en su mayor parte, con tal o cual "país", pintado por alguno de los artistas del famulato de la casa, que habita en los interiores de los traspatios. Imágenes policromadas en bulto, de las santidades católicas, dentro de las hornacinas y de los retablos.

Esta profusión decorativa de temas religiosos, tanto en pintura como en escultura, de las casas cusqueñas, como ésta del Almirante, se imita incluso en las viviendas populares, desde la modesta casa de alquiler hasta el tugurio y la chichería más humildes. ¿Sería ésta una prueba del sentimientno religioso de los cusqueños, en todas sus clases y de esa "unidad nacio-

nal hecha por la fe"? Éste es un tema que necesita cuidadoso análisis para el historiador del arte, tanto como para el sociólogo. En un primer intento podría asegurarse que para las clases de los poseedores esta superabundancia plástica, de pintura y escultura religiosas, como en pocas ciudades de América, y hasta de arquitectura con modalidades de convento, tenía un recóndito contenido político, detrás de lo religioso. Casas como la del Almirante, recubiertas con pinturas y retablos, tenían como principal fin armonizarse con una de las modalidades de la ideología de la conquista: la mistificación de la conducta cotidiana, frente a la explotación de los pueblos conquistados, valga decir, la práctica desdoblada de la "hispanidad", o sea catolicismo y conquista a la vez. El desdoblamiento entre el aparente sentimiento religioso, de corregidores y doctrineros, de magnates y terratenientes, y la succión del trabajo poco menos que gratuito de las masas campesinas; del pongo, de la mitani, del yanacona y del mitayo.

Y la abundancia de Cristos patituertos, de la pintura popular, y de Madonas bezudas y brunas, que llenaban la más triste cocina del "bajo fondo", sea en la Casa del Almirante, sea en la choza campesina del extramuro, refleja igualmente la simulación obligada por la conquista. Para el campesino analfabeto, sin "doctrina" —sin la doctrina metafísica y teológica, inaprehensible para él—, pese a la legión de "doctrineros" y de congregaciones religiosas superabundantes, esos Cristos "primitivos" y aquellas Madonas amestizadas, servían para la evasión. Mientras el señor se santigua frente a la imagen que se destaca de inmediato sobre el muro de la estancia o resplandece de oropeles dentro de la hornacina, y apacigua de ese modo los remordimientos de su conciencia de católico y de cruel terrateniente al mismo tiempo, el campesino, otro tanto, simula, ante las mismas imágenes de su habitáculo, una conformidad por las injusticias que le torturan y le roen el alma.

La arquitectura del traspatio es sencilla y de menores proporciones artísticas. Dominio de macizos o de muros continuados, hechos de adobes. Puertas y ventanas bajas y estrechas. Tal o cual porche por allá; unas escaleras de acceso al segundo piso, que contrastan por su sencillez con los suntuosos escalones del primer patio, que dan acceso a las galerías señoriales. Todo acorde con la pobreza de la clase media, clase media vinculada económica y socialmente con los dueños de la casa. Artesanos agremiados dentro de las parroquias de San Cristóbal y

de la Matriz, muchos de éstos descendientes de los incas; pintores, ensambladores, alarifes y artesanos de oficios manuales y a destajo, que cada grupo de oficios tiene su cofradía y su santo patrón; gateras del mercado de abastos, que está a un paso de la Casa del Almirante; costureras de ropas populares y de indumentaria para millares de santidades que llenan iglesias y capillas y a quienes hay que "vestirlas". Viviendas que tienen la presunción de imitar las suntuosas galerías y mansiones del primer patio.

Más al fondo aún, estaban las caballerizas y corrales, con sus tugurios y cocinas circundantes, para la morada del numeroso famulato de los dueños de la casa, constituido por campesinos oriundos de las haciendas "enfeudadas" con el Almirante o los Condes. Aborígenes de Lauramarca, de Tongobamba, de Pomacanchi; que venían al Cusco a servir como "pongos", los varones, y como "mitanis", las mujeres, en pago de los fragmentos de tierra baldía que recibían ellos o sus familiares de su señor. Pongos y mitanis que cuando excedían en número, podían ser alquilados por sus amos para trabajos en las iglesias o para el servicio entre las familias que no poseían tierras ni hombres en el campo. Los pongos, fuera de su obligación principal de estar al cuidado de la portería, más que todo durante las noches, se encargaban de la limpieza de toda la casa, desde la capilla y el tálamo señorial hasta las caballerizas; de surtir de agua a la cocina, cargándola en cántaros y desde grandes distancias; de ir al campo a recoger leña y alimentar el fogón. Las mitanis se encargaban de todos los menesteres relacionados con la cocina y la alimentación de los amos, conjuntamente con los esclavos de color; de las labores textiles en los telares a mano; de servir de nodrizas de los hijos tiernos del señor, etc. Pongos y mitanis, que eso sí, introducían por todos los ámbitos de la casa, más que todo, el idioma aborigen, hecho que procuraba mantener el nexo nacional e histórico.

Junto a estos tugurios, de arquitectura de "bajo fondo", que arrastraba el navío del Almirante, de muros deleznables, de puertas estrechas y rebajadas, de techumbres de paja, estaban los pesebres destinados a los animales de transporte de los productos de las haciendas o de las mercaderías de los obrajes.

Entre estos patios de arquitectura jerarquizada, como en esta Casa del Almirante, se acrisolaba pues el desenvolvimiento es-

tético del Cusco, a partir de la conquista, en íntimo nexo con el desarrollo social. Por eso el Cusco, el centro más vital de la cultura, en la que se contraponían, como en toda sociedad de clases, el arte "señorial", de acento hispano y feudal y el popular, que recibía con más vigor el influjo inmediato de la tradición nacional y de la naturaleza objetiva, o sea de las fuerzas productivas, como la tierra y los pueblos aborígenes. Porque el pueblo nunca dejó de trabajar la tierra, con sus manos y con su pensamiento, por tanto.

El arte señorial se estancó, a la postre, junto con su régimen económico, que no obstante perdura así hasta ahora, mientras que el arte popular que tenía el futuro por delante, estuvo dotado siempre de movimiento y de savia renovadora, a medida que el país se desprendía de sus raíces coloniales y avanzaba hacia la democracia.

El arte que con falacia y melosidad mistificadora llaman los hispanistas de "virreinal" es el de la clase dominante; arte transplantado, falto de tierra y de afinidades tradicionales, sin savia. El arte popular, en cambio, es el propiamente llamado de "la escuela cusqueña" ("escuela cusqueña" estudiada hasta ahora superficial y hasta erróneamente), de más contenido nacional, en el sentido de la unidad, porque es innovador, por encima de las normas impuestas por los dominadores; arte con tendencia a la unificación social, que es como su esbozo. Los artistas a la manera de la escuela cusqueña son, en cierto modo, los precursores de la emancipación política.

En esta Casa del Almirante, como en tantas otras del Cusco, se realizaba ese contraste entre ambos aspectos artísticos. La magnífica mansión, sede del régimen colonial en su aspecto privado, por cierto es de acento hispánico en sus manifestaciones plásticas, sin embargo tiene un contenido "nacional": sede de las contradicciones entre el orgullo individualista y la concepción escolástica del mundo, por una parte, y de la servidumbre humillante de los desposeídos, que compartían de la vida familiar de la "Casa-Grande", por otra.

Pero esas funciones jerarquizadas de la Casa del Almirante han desaparecido desde cuando su dominio pasó a poder del Estado. Sus interiores han sido desmantelados, incluso arruinados por el último terremoto. Su fachada, llena de símbolos heráldicos y medievales ya no tiene vida porque no "significa" nada. Lo que sí se mantiene y se mantendrá siempre, mientras esté en pie, es ese "encanto inmarcesible" que carac-



Medallones en las enjutas de los arcos del patio principal.



Artesonado del salón principal.

teriza a las obras bellas, como proclama la estética verdaderamente realista. Su encanto inmarcesible, así sea sólo formal.

La Casa del Almirante ha pasado a ser una joya de arte y una joya entrañable para el pueblo cusqueño, digna de ser conservada en esos sus valores formales o destinada para fines contrarios a los de su origen colonial.

LA GUITARRA Y LOS NEGROS*

Por *Fernando ORTIZ*

En España ya se nombraba la *vihuela* en plena Edad Media. En el *Libro de Apolonio,* del siglo XIII, se dice:

> "Aquisióse la duenya, fiziéronje lugar,
> templó bien la *vihuela* en un són natural".

Los españoles de la conquista, al extenderse por las Indias, desde fines del siglo XV y durante el XVI, trajeron consigo, además del *rabel,* la *vihuela*, vocablo que era traducción diminutiva de la *viola italiana.* Debió de llegar con Cristóbal Colón. Ya por 1502 en la Española tenía fama un vihuelista, al que se refiere Fray Bartolomé de las Casas, quien cuenta que "a un hombre hobo, de los que vinieron en el viaje del comendador mayor, que al són de una *vihuela* hacían su yegua bailar o hacer corvetas o saltar". Este músico quedó en el anónimo; pero la historia ha recogido el nombre de otro que ganó mucha fama en Indias y precisamente en Cuba y luego en México como tocador de *vihuela.* Fue un tal Juan Ortiz, que en la cubana villa de Trinidad se unió a la hueste de Hernán Cortés. Bernal Díaz del Castillo lo cita llamándolo "el músico" y también dice de él que era "gran tañedor de *vigüela* y enseñaba a danzar".

Ya el cronista Fernández de Oviedo, en su famosa *Historia General,* al elogiar las palmas antillanas, alude a la posible construcción de *clavecímbalos* y *vihuelas* con su madera. Bien se comprende que en estas islas los españoles y luego sus hijos mestizos pronto debieron de hacer *vihuelas* criollas con las maderas preciosas. En 1598 había en La Habana una negra *vigüelista* que tocaba en la iglesia; lo cual no debe asombrarnos porque los negros eran entonces los únicos artesanos y músicos en la colonia, y la *vihuela* era instrumento de rango alto "con

* Del libro en prensa: *Los instrumentos de la música africana,* Vol. V, La Habana, 1955.

que levantaban el espíritu a Dios los hombres", según decía Fray Juan de Luna.

La *vihuela* era un instrumento cordófono pulsativo que se tañía *punteando* sus cuerdas. En España y sus Indias, al caer el siglo XVI, la *vihuela* fue sustituida en lo popular por la *guitarra*, instrumento parecido pero más pequeño y manual. La *guitarra* es de origen español y probablemente moro. Ya en el siglo XI se le llama en Francia *morache*, aludiendo a su origen moruno. Ya Cervantes en su novela *El Celoso Extremeño* recomienda la *guitarra*. "El que más a vuestra voz le conviene, dice, es el instrumento de la *guitarra*, por ser el *más mañero y menos costoso de los instrumentos*". La *guitarra* española tenía cuatro cuerdas en el siglo XVI; pero en el siglo XVII adquirió una más, hasta que en los comienzos del XIX llegó a tener seis.

Como ha escrito el P. Guillermo Furlong: "En todo el continente americano llegó la *guitarra* a ser el instrumento popular por antonomasia, y muy en especial adquirió esa aceptación general y cordial entre todas las gentes de esta parte de América, a lo menos desde fines del siglo XVII". Ya al caer el siglo XVI tocaba muy mañosamente la *guitarra* una monja milagrosa del Perú, luego canonizada como Santa Rosa de Lima, y en este siglo reconocida por los católicos como la "Patrona de los guitarristas". En toda la América Española, evidentemente fue la *guitarra* el instrumento preferido por todas las gentes en el curso del siglo XVIII, y lo mismo se halla en las iglesias y oratorios, según hemos indicado, como en manos de los negros y mulatos, de los caballeros y de las damas, de los que alegraban las fiestas familiares y sociales y de los que rondaban por las calles.

La *guitarra* en España tiene maneras características de ser tañida, las cuales concuerdan con el genio musical africano, moruno o negro. La *guitarra* morisca se tañía mediante el *puntear* de sus cuerdas para dar la melodía junto con el canto. Pero un historiador de la España mora, El Ispahaní, recuerda que "Isaac el Mosulí en cierta ocasión tocó un bonitísimo preludio de laúd, de muy complicada y difícil ejecución, en el que había pulsaciones *rasgueadas* o *batidas*. ¿Y qué clase de pulsaciones son ésas? Dozy nos las explica en su *Diccionario:* "consisten en herir con el plectro *todas las cuerdas de un golpe y fuertemente*. Y como es imposible poner los dedos de la mano izquierda pisando los trastes para que todas las cuerdas suenen al unísono, necesariamente habrían de producirse sonidos distintos simul-

táneos, los cuales habían de sonar armónicamente para que causaran buen efecto".

El rasgueado fue el modo más típico y popular de tocar la españolísima *guitarra.* López Chavarri se refiere a unos párrafos de *El escudero Marcos de Obregón.* "Venía todas las noches a visitarnos un modesto barbero, conocido mío, que tenía bonita voz y garganta; traía consigo una *guitarra* con que, sentado al umbral de la puerta, cantaba algunas tonadillas a que yo llevaba un mal contrabajo, pero bien concertado (que no hay dos voces que si entonan y cantan verdad no parezcan bien), de manera que con el concierto y la voz del mozo, que era razonable, juntábamos la vecindad a oír nuestra armonía". Y por cierto que la *guitarra* era empleada en estilo popular, *rasgueado* (como mejor podía esperarse del clásico "mocito barbero"), sin trazas de punteado polifónico, según nos lo hace ver el autor por medio de un detalle naturalista muy en armonía con aquellos cuadros de lisiados alegres y de jocundos pícaros, inspiradores de los cuadros con pedigüeños y hampones que pintarían Ribera, Velázquez y Murillo; el caso es que "el mozuelo tañía siempre la *guitarra*, no tanto por mostrar que lo sabía, como por rascarse con el movimiento las muñecas de las manos, que tenía llenas de una sarna perruna". La *guitarra latina* que el Arcipreste Juan Ruiz llamó *copudo laúd*, se tocaba para acompañamiento por acordes o sea *rasgueando* su cordaje, modo típicamente español, que consiste en rascar rápidamente las cuerdas con los cuatro dedos de la mano para producir acordes arpegiados, mientras que el pulgar hace sonar la base.

Hoy día los guitarristas españoles así *puntean* como *rasguean.* De uno u otro modo, la *guitarra* es instrumento *pulsativo. Puntear* y *rasguear* son formas distintas de pulsación. *Rasguear* es como una *pulsación* plural y colectiva por la cual el músico, con un solo movimiento de su mano, hace vibrar simultáneamente varias cuerdas en armonía. *Rasgueo* es casi *percusión*, que debió de originarse en el gusto negroide para la música bailable. Este *rasgueo* fue cosa de negros en cuyas manos la *guitarra*, acompañando la melodía de las voces, sólo suministraba un fondo rítmico y armónico. Aún hoy día ése es el papel de la *guitarra* y el *contrabajo* en el *jazz*, donde su función, como la de la batería, consiste en proporcionar la pulsación rítmica fundamental.

Ese *rasgueo* peculiar es el llamado en América *rasgueo criollo*. Así lo describe Carlos Vega: "La técnica común del *rasgueo criollo* se funda en un punteo *sui generis*. El *punteo* clásico consiste en la aplicación de la yema del dedo a la cuerda; producida la tensión, la yema se desliza hasta la liberación de la cuerda, que entonces entra en vibración. El *rasgueo criollo* puede utilizar el *punteo* clásico por instantes pero generalmente obtiene el sonido por su especial manera de *punteo*. Colócase sobre las cuerdas la mano cerrada, el puño; se aplica a la cuerda, no la yema, sino su revés, la uña, la primera falange; y la aplicación varía desde el deslizamiento pleno, de frente, hasta el de perfil, como si la uña quisiera cortar la cuerda con su filo. El término medio es lo corriente: el dedo *presiona* la cuerda en línea diagonal. Esta *presión* se entiende de arriba abajo, es decir, del cielo al suelo. A veces el dedo ataca también "de regreso", es decir, del suelo al cielo, y produce otro matiz de sonido (. . .). Hay otras formas de ataque. La mano se cierra rápidamente y descarga un golpe seco contra las cuerdas. Chocan las primeras falanges. Esto es *percusión* pura; pero en tales condiciones, además del ruido, el golpe produce cierto sonido. Existe una gama de golpes, desde el que cae sobre las cuerdas y las aprieta contra el diapasón hasta el que apenas las toca, estira y libera. Un chasquido indescriptible, de cuerdas ahogadas al iniciar su vibración, se consigue por medio de la percusión suave".

Isabel Aretz también analiza ese *rasgueo criollo:* "En cuanto a la forma de ejecución, ésta varía sobre todo según se emplee la *guitarra* como instrumento acompañante o como solista: *rasgueada* o *punteada*. Para el *rasgueo* la técnica cambia en tanto se use la mano blanda, empleando todos los dedos, o la mano tiesa, que se sirve sobre todo del pulgar. Además, el *rasgueo* causa diferente efecto auditivo según se inicie desde la primera cuerda o desde la sexta y se realice sobre las cuerdas agudas o las graves, o en forma alternada sobre unas y otras, y según se intercalen acordes golpeados con la mano cerrada, a los que se da el nombre de "quedo". Los *rasgueos* se usan sobre todo para los bailes, como acompañamiento de la voz o de otros instrumentos, sea violín, mandolín, flauta o inclusive otra *guitarra* pero *punteada*. Esto lo advirtió ya Lynch cuando transcribió las observaciones de don Gregorio Ugarte, de 1875, quien al hablar del *Gato* y su coreografía dice que los guitarreros, "*punteando* uno y *rasgueando* otro, sentados en el suelo a ambos

lados de la pareja cantan en coro". Es decir una *guitarra* como *pulsativa*, que da la melodía, y la otra como *percusiva*, sustitutiva del *tambor* como acompañante rítmico.

Juan Liscano observa que en la zona de Barlovento, la región de más negros de Venezuela, "el *cuarto* se toca *rasgueado*, casi nunca *punteado*", y añade que "el *cuatro* nunca acompaña los toques de *tambor*". Sin duda, es ello por influjo afronegro. El *rasgueado* es como sustitutivo del *tamboreo*, innecesario aquél si éste suena. Alejo Carpentier nos da esta conclusión, refiriéndose al *Són de la Ma Teodora* de Cuba, el cual "revela, en el punto de partida de la música cubana, un proceso de transculturación destinado a amalgamar metros, melodías, instrumentos hispánicos, como remembranzas netas de viejas tradiciones orales africanas. El negro, situado en la escala más baja de la organización colonial española, aspiraba a elevarse hasta el blanco, adoptándose en lo posible al tipo del arte, de hábitos, de maneras, que se le ofrecía por modelo. Pero no por ello olvidaba su instinto de la percusión, transformando una *bandola en un productor de ritmos.* Así, en el *són* cubano, como en la *samba* brasileña, las *guitarras* tienen una función más *percutiente* que melódica. Los *contrabajistas* de orquestas callejeras no *usan del arco*" (. . .). "Si las coplas son de herencia española, los *rasgueos* son de inspiración africana. Los dos elementos, puestos en presencia, originan el acento *criollo*".

Otro modo español de hacer música con *guitarra,* concordante con el africano, era en tiempo de Cervantes el de unir a los sonidos de aquel cordófono el de las *sonajas,* tal como hace el músico negro con los del *guayo* o con las *maracas.* "Las guitarras frecuentemente se tocan a la par que las *sonajas,* especialmente cuando han de acompañar las danzas. En esta comedia se trata de acompañar canto a lo *rufo* y de *jacarandina.* En la *Gran Sultana* dos músicos cantan mientras los acompañan con *guitarras y sonajas.* Se lee en *Pedro de Urdemales:*

> "Vuélvanse a repicar esas *sonajas,*
> *háganse rajas las guitarras,* vaya
> otra vez el floreo. . ."

Esta expresión "*háganse rajas las guitarras*" parece significar que tocarán hasta romperse, pero en realidad no era así. Se refería a esa manera frecuente que se tiene de tocar la *gui-*

tarra, ocasionalmente en el frenesí de la danza, percutiendo los ritmos en su caja; como si fuese en un *tambor*.

Sin duda, fue influencia africana si los negros al tocar esos instrumentos lo hacían por *rasgueos* o *pulsaciones batidas* y a veces por percusión directa e inequívoca. En cuanto al Brasil, aún se usa ese estilo. En los cultos *caboclos* del Brasil, o sean en los afroindios, donde se invocan deidades llamadas "indias", los cantos se acompañan con *maracas* y *guitarra*, que en portugués se dice *violao*, usándose ésta como instrumento percusivo. Los ritmos son tamboreados en la *guitarra* de acuerdo con los modos del tamboreo.

Así se observa en Chile con motivo de la danza afroamericana *zambacueca*, *zamacueca* o *cueca*. "También la *guitarra* desgrana sus acordes perlados, agudas voces, a veces bordoneantes y roncas otras. Hay suave y persistente disloque rítmico en sus acordes, y la obstinada regularidad del movimiento de la mano derecha lleva acoplado, en hermosa simbología, el latir del corazón de todo un pueblo. *Sobre su caja* un comedido —hincado en el suelo—, *tamborilea*, extenuando las bondades de la noble *guitarra*".

En la novela *La novia del hereje* o *La Inquisición en Lima*, del argentino Vicente Fidel López, inspirada en el ambiente colonial limeño, se inserta este párrafo descriptivo: "...la *bihuela* garbosamente rasgueada sobre las cuerdas, al mismo tiempo que sobre su caja, lanzaba los excitantes y animadísimos aires de la *zambacueca*".

Este procedimiento de tañer la *guitarra* como si fuese un instrumento percusivo, también se estiló en España, en el teatro de Lope de Rueda, donde tanto intervinieron los negros y sus descendientes mulatos. En las piezas teatrales de ese autor y de esa época la música sonaba "detrás de la manta", como señala Cervantes en sus *Comedias* y lo confirma Agustín de Rojas en la *Loa de la Comedia*, hablando precisamente de Lope de Rueda:

"Tañían una *guitarra*,
y ésta nunca salía fuera,
sino adentro y en los bancos,
muy mal templada y *sin cuerdas*".

Emilio Cotarelo, de quien tomamos esta observación, se extraña de que Rojas haya escrito "sin cuerdas" y lo comenta

diciendo que "en fuerza de querer Agustín de Rojas ponderar los progresos realizados en su época, no se detiene en estampar desatinos, como el de tañer una *guitarra sin cuerdas*". Pues no hay tal desatino. Rojas sabía lo que se decía. Rojas no escribió que la *guitarra no tuviese cuerdas;* pues bien claramente expresó que era "muy mal templada", y una *guitarra* no puede templarse bien o mal si no tiene cuerdas. La *guitarra* a que aludía Rojas tenía, pues, sus correspondientes cuerdas. Lo que Rojas afirmaba era que "tañían una *guitarra*" de dos maneras: 1ª "muy mal templada" y 2ª "sin cuerdas"; es decir sin hacer uso de éstas. "Detrás de la manta" que hacía de telón, como hoy diríamos, o sea "adentro y en los bancos", que era tras o bajo del escenario. Allí el músico, sin mostrarse al público, tocaba la *guitarra* tamboreando en su caja a estilo de los negros (el músico bien podía ser moreno o pardo), con lo cual éste imitaba el ruido del *tambor* y satisfacía el deseo de dar a su música la muy acentuada percusión para los ritmos, que es característica del arte negroide. A esa música debió de referirse Cervantes cuando, al pintar el teatro español primitivo, decía: "El adorno del teatro era una manta vieja, tirada con dos cordeles de una parte a otra, que hacían lo que llaman vestuario, detrás de la cual estaban los músicos, cantando *sin guitarra* algún romance antiguo". Ese *tamboreo* de la *guitarra* lo hemos observado también en Cuba con ocasión de "música brava" para *rumbas* y otros bailes. Y es muy frecuente en el toque del *contrabajo.*

FACUNDO Y LA MONTONERA

Por *Alfredo E. VES LOSADA*

> ...i el movimiento revolucionario trajo al fin la asociación bélica en la *montonera* provincial, hija lejítima de la venta i de la estancia, enemiga de la ciudad i del ejército patriota revolucionario.
>
> D. F. SARMIENTO, *Facundo.*

"EN 1806, el ojo especulador de la Inglaterra recorre el mapa americano i sólo ve a Buenos-Aires, su río, su porvenir", en cambio "la España *oficial* miró con desdén una playa i un río".[1]

Ambas habían interpretado mal la realidad argentina. La imagen que de ella tenían estaba distorsionada por sus intereses. Se equivocaba España al desdeñar la playa oscura y el ancho mar de dulces aguas; por allí afluían las riquezas del país y las naves del mundo, en razón de una realidad geográfica más fuerte que los intereses metropolitanos. También por esa puerta se alcanzaban las ideas nuevas. Cada nave era una moneda menos en el arca española y una razón más para confortar el ánimo rebelde del criollo. Mercancías y libros llegan a valer ejércitos y flotas.

Inglaterra se equivocó igualmente. Buenos Aires era un río y un puerto donde se volcaba la colosal cornucopia pampeana. Desde la cofa se percibían las tolvaneras levantadas por miles de pezuñas que prometían bodegas repletas. Miles de cueros, de astas, infinitos barriles de tasajo, crines. Un suelo de mercader al alcance de la mano, a cambio de metros de paño o de un libro francés. Walter Scott admitirá después que a

---

1 Las citas sin individualizar pertenecen a *Facundo,* edición oficial de las *Obras* de DOMINGO FAUSTINO SARMIENTO, Tomo VII, 1889, Buenos Aires, Argentina.

precio de sangre se supo que aquellos *cristianos salvajes* "prefirieron su independencia nacional, a nuestros algodones i muselinas". Hay algo que no registran las contabilidades, que no se estima en libras, ni se calcula en fardos, y es el espíritu de un pueblo. Ni Buenos Aires era simplemente un puerto y una playa, ni era apátrida el criollo que vociferaba contra el godo del privilegio.

Ambas erraron. La una sobreestimó la condición mercantil de Buenos Aires; la otra, olvidó las funestas consecuencias de tener una puerta abierta al mundo.

El país era de una pieza. Ciudad y campaña, puerto y estancia, eran aspectos dispares, contradictorios, antagónicos, pero integradores de una realidad social, política y económica que unificaba los elementos en lucha. Argentina, desunida en los momentos más terribles de la lucha civil, jamás dejó de considerarse un todo. Nunca se olvidaron las palabras aurorales que la proclamaron *nueva y gloriosa nación.*

I

FACUNDO está parado sobre ese vasto territorio que recuesta las espaldas contra los Andes. Su imperio bárbaro impone pesadillas de lanzas, de sangre, de miseria.

Rosas se yergue sobre el puerto, que es culminación de la pampa litoral. La riqueza abunda en las calles porteñas, las estancias bonaerenses crecen en leguas y en animales.

Los dos caudillos asumen las mitades nacionales.

II

EL imperio facúndico abarcaba el oeste y norte del país, y desde siempre su fortuna y su desgracia dependieron de las distancias.

Las gabelas sucesivas que llovían sobre las mercaderías llegadas de España por la ruta Portobello-Lima arruinaban el país, pues se pagaba cien lo que costaba cinco. La apertura del puerto de Buenos Aires fue historia de luchas contra las aduanas secas que repetían el proceso inverso sobre la nueva ruta.

Los hechos que prepararon 1810 estaban amasados con aquella levadura. Lo que no consiguieron las flotas de guerra

inglesas lo alcanzó la mercadería consignada a la firma Dillon y Cía. La palabra de Moreno representará el interés criollo y será escuchada por el Virrey Cisneros. El acontecimiento constituye la primera página de la historia político-económica del Plata.

El Interior había sido tierra de indios, tierra de encomenderos. Si con indios había Indias,[2] la riqueza estaba asegurada. Agricultura rústica y comarcana, un artesonado sin pretenciones, el camino a Potosí, tales las bases de una economía fundada en el privilegio de la conquista.

Ese panorama se resquebraja ante la avalancha extranjera. Incapacitado el Interior para competir con la industria inglesa en expansión, hace la fortuna de Buenos Aires. La aduana proporciona a su dueña cuantiosas recaudaciones, el comercio crece, frutos del país y productos manufacturados intercambian sitios en buques y depósitos. Los estancieros tendrán la fortuna que pareció exclusiva del dueño de minas. La pampa era un potosí de vacas y de yeguarizos a la espera de arreo y embarque.

¿Podía luchar el Interior con un comercio que le arruinaba? ¿Era justa la riqueza de Buenos Aires?

Ese tipo de preguntas desembocan en respuestas de sangre y pólvora. Ningún país pudo detener el embate imperialista, unos agacharon la cabeza a la espera de mejor tiempo, otros la agacharon sin confiar en futuros desquites, algunos resistieron hasta la última bala, inútilmente heroicos.

El problema se reducía a utilizar los recursos de la aduana en defensa del interés nacional, en hacer pagar al extranjero las armas del desquite: Tierra y herramientas. Pero Buenos Aires era ahora la Metrópoli.[3] Los barones de la pampa y los acopiadores de frutos-del-país, unidos al representante de la industria insular, estaban interesados en mantener ese estado de dependencia. Tierras para la agricultura, aduana y puerto nacionales, inmigración europea, instituciones republicanas, fueron el entierro de Rivadavia. Por eso dirá Alberdi que: "los elementos del gobierno, los elementos de la riqueza pública... no son dos hechos separados, sino dos fases de un doble hecho económico y político. Es el país (Argentina) del mundo en que

---

2 Alfredo L. Palacios, *Masas y élites en Iberoamérica,* Col. Esquemas, Ed. Columba, 1954, Buenos Aires, Argentina.

3 Ezequiel Martínez Estrada, *Radiografía de la pampa,* Ed. Losada, tomo I, 1942, Buenos Aires, Argentina.

mejor se realiza este hecho, que la política es economía y la economía es política".[4]

La consecuencia era previsible. Alejada toda vislumbre de emancipación, el indio y el gaucho serán más pobres que nunca. El cuadro feudal que de Los Llanos hace Sarmiento es aterrador. Cada provincia se constituirá en república, cada caudillo en propietario de hombres y de leguas, cada gaucho será soldado de una causa ajena.

Y las aduanas interiores restauran la economía colonial. "Es un grupo de Mesopotamias o de países entrerrianos, que forman un sistema de ciudadelas situadas como en orden de batalla o resistencia sistemada por otros tantos fuertes o reductos salientes, apoyados unos en otros como para resistir la acción estratégica de Buenos Aires dirigida a darles, por fuerza, la ley que conviene a su interés local y perjudicial al interés de los demás".[5]

Buenos Aires escuchará también voces dispares, traidoras al interés local, y fieles a un ideal nacional. Contra ellas levantará Rosas a los Colorados del Monte, primero, a la mazorca después. El gaucho libre y errabundo que debe elegir entre el desierto, el fortín o la estancia, o lo que es lo mismo, entre la muerte, el destierro o la servidumbre, acabará degollando gargantas que quieren una Argentina para todos los argentinos.

Facundo representa los intereses de la industria y la ganadería del país interior, que acabará sometido a la dádiva y la orden del Señor de Buenos Aires.

Rosas, jefe del clan bonaerense, dueño de la aduana y del puerto, socio del inglés, mantendrá el privilegio a cualquier precio. Bloqueará y arruinará el puerto competidor de Montevideo; levantará ejércitos contra quienes olviden su alta investidura; o armará al asesino o a la partida, a veces más eficaces que un ejército.

Tal fue el resultado del maridaje entre el comercio exterior y la estancia.

III

El gaucho se identificó desde la hora inicial con la causa de Mayo. Su odio al español y a la autoridad que él encarnaba le

[4, 5] Juan Bautista Alberdi, *Estudios económicos,* Tomo I de sus *Escritos póstumos,* Ed. Imprenta Europa, 1895, Buenos Aires, Argentina.

convocaron a los ejércitos libertadores. Escuchó a Moreno, a Castelli. Dio a la patria lo que tenía: libertad y vida. Le sobraba coraje para disciplinarse a las órdenes de San Martín y para morir por la recién nacida. Gritaba en su sangre el resentimiento contra el ascendiente godo que le arrojara a un mundo de miseria y servidumbre; el deseo de borrar un pasado de vergüenza; el amor por un mundo que soñaban en voz alta los hombres de Mayo. Y la pasión, el odio y el amor del gaucho hicieron posible la independencia continental.

"Natural es que después del triunfo el partido vencedor se subdivida en fracciones de moderados i exaltados". En Argentina, los exaltados querían una revolución verdadera, ansiaban instaurar un régimen de libertad y de progreso, hacer del país una comunidad de ciudadanos iguales en cultura, fortuna y derechos, con la sola limitación que la naturaleza impone a cada individualidad; los moderados postulaban una sustitución de metrópolis. El escenario es Buenos Aires, pero el acontecimiento se repite en cada ciudad-capital.

En el Interior, el clero, la milicia, la burocracia y el hombre de fortuna (comerciante o hacendado), buscan contener el peligro de una Europa que expandía por el mundo su producción capitalista; el gaucho y el indio que no murieron combatiendo al godo, trabajarán como antes, sin esperanza de redención.

Pero a un hombre que ha recorrido el continente liberando pueblos, a un brazo que cortó cadenas, a una voz que ha avivado los soles de Chacabuco, de Maipú, de Lima, de Junín, no se le puede decir que todo aquello fue un sueño urdido por un diablo ginebrino o por un trasgo picado de viruela que murió en el mar.

El odio, la pasión, el amor, se unen en busca de respuesta y compañía. Nace la montonera. Es la solución explosiva, anárquica, el encuentro de los pechos indignados. ¡Luchar! ¡Luchar!

¿Contra quién? ¿Contra qué? ¿Los godos? Ellos se fueron hace tiempo. ¿Los gringos que traen ponchos fabricados en lejana isla? Tal vez. ¿O eran enemigos los dueños de haciendas y de estancias, los patrones?

A esta altura del interrogar aparecía el jefe. Todo cuerpo de hombres lo tiene, y el caudillo comandó la mesnada bárbara. Calificado por el coraje, la baquía en las tareas rurales o aurolado por una fortuna dadivosa, el caudillo yergue la figura hasta dominar el número y dar la explicación y la orden.

Dirá el caudillo que el enemigo no está entre los hacendados, ni entre los comerciantes, tampoco lo era el gringo importador, el culpable había que buscarlo entre aquellos que querían destruir la casa de Dios para sustituir el libro por la cartilla de primeras letras, que ansiaban suprimir las grandes estancias (y dejar sin trabajo al gaucho), que preferían leer libros y "no resisten un par de corcovos".

Ya conoce el gaucho al autor de su desdicha, el origen de su miseria. Cada vez que oiga hablar de libertad, de cultura, de reforma agraria (que tal fue el intento rivadaviano), se hará presente "el odio que les inspiran los hombres cultos e invencible su disgusto por sus vestidos, usos i maneras". La xenofobia es vieja conocida de dictadores y donde la libertad perece, sus defensores caen bajo el anatema que esgrimen los sicarios del tirano.

Las montoneras fueron palancas que elevaron al poder a los caudillos argentinos. Ellas convirtieron a Facundo en señor de nueve provincias. Una a una las ciudades supieron del fuego y del pillaje. Una a una vieron al caudillo recortando la figura sobre un paisaje de horror.

IV

LA montonera se extenderá por el centro, oeste y norte del país con rapidez de maldición. Su bosque de lanzas buscará implacable los pechos republicanos y las cabezas de quienes proclamaron independencia hallarán en la afilada moharra *su destino suramericano.*[6]

El incendio, el robo, la violación, la tortura y el moroso degüello serán compañeros del gaucho montonero, obediente al Tigre de Los Llanos. Medio país será víctima para mantener las provincias constituidas en republiquetas, en sólidos sostenes del régimen colonial.

Todavía no estaba maduro el pueblo para doctores. Es la hora del caudillo que juega miles de patacones por noche, el que al ser derrotado en La Tablada no tiene otra idea que "alejar *sus* ganados hacia la cordillera" y ordenar el éxodo de todo un pueblo hacia Los Llanos, porque sin gente que esquilmar no habría razón de poderío.

La montonera buscó transformar su destino por la fuerza

[6] JORGE LUIS BORGES, *Poemas,* Ed. Losada, 1943, Buenos Aires, Argentina.

de las armas, pero no tuvo jefes populares. Cada caudillo fue señor de haciendas, terrateniente poderoso, jefe militar. El mito restaurador ha pretendido identificar al caudillo con la causa montonera. Ni la montonera llanista, ni los Colorados del Monte, tuvieron líderes que enarbolaran el supremo lema americano de *Tierra y Libertad.*

Facundo quitó, nunca dio tierras. Sus hombres hicieron la ruina y la miseria de un pueblo que había hecho posible la gesta de Güemes y de San Martín. "Los Llanos de la Rioja están hoi desiertos, la población ha emigrado a San-Juan, los aljibes que daban de beber a millares de rebaños, se han secado. En esos Llanos donde ahora veinte años pacían tantos millares de rebaños, vaga tranquilo el tigre, que ha reconquistado sus dominios; algunas familias de pordioseros recojen algarroba para mantenerse. Así han pagado los Llanos los males que estendieron sobre la República".

No fue mejor la suerte del hombre litoral. Rebaños que cubrían de polvo el horizonte, leguas de verde pasto que se medían en jornadas, el canto de millares de aves que daban voz a pajonales y lagunas, médanos que guardaban celosamente el secreto de sus ojos de agua, todo un mundo de alas, pezuñas, garras y parda tierra, de libertad abierta al sol y al viento, todo conoció un puñado de dueños acaudillados por el más fuerte y emprendedor. La pampa tuvo un señor y ese señor fue Rosas. Él tenía vacas para comprar a quienes atacaban su feudo, a la manera de Bizancio; él tenía leguas para regalar a jefes y oficiales que descollaban en la matanza de indios y de criollos opositores; y también tenía azotes para el gaucho que no trabajaba como peón, cepo para el gaucho que portaba cuchillo, destierro en el fortín para el jinete de corazón rebelde.

Allí están las banderas que no mienten. Tierra y Libertad gritaban las de Zapata. ¿Qué dicen los trapos de Facundo y de Rosas?

"Facundo enarbola en el Tala una bandera que no es arjentina, que es de su invención. Es un paño negro con una calavera i huesos cruzados en el centro... rodeada de este lema: 'Relijión o Muerte' ".

Rosas enarbola "un gran paño azul", obscuro como el fondo del cielo en noche de borrasca, simbolizado con cuatro bonetes rojos en las esquinas y un sol también rojo en su centro".[7]

---

[7] Mariano A. Pelliza, *La dictadura de Rosas,* Ed. La Cultura Argentina, 1917, Buenos Aires, Argentina.

Los colores de Mayo significaban democracia y progreso; los del caudillo, sangre y dictadura.

V

UNA política fundada en el capricho y la fortuna del caudillo produjo miseria y atraso en los pueblos sometidos, agravó males de antaño y no buscó salida ni progreso. El caudillo mediterráneo, exponente y defensor de una producción feudal, quiso degollar el tiempo, volver a vivir la hora española.

El llanista en edad de portar armas quedará sujeto a la amenaza de leva. El comerciante y el propietario que creyeron bolsa y bienes a cubierto de la competencia exterior, sufren confiscaciones, empréstitos forzosos, requisas de animales, y a veces, el pago de gruesos rescates. Los jóvenes deberán asistir a las reuniones del caudillo para dejar sobre la mesa de juego el dinero que recoge el eterno ganador. Mujeres de toda laya y condición deberán esperar que el deseo del Jefe repare en ellas, ya que no hay varón que las defienda.

El caudillo necesita acudir a todos los recursos. No hay medio ni fraude que no utilice. El terror, la superstición, la xenofobia, la religión.

Desde la mirada que se filtra por entre las cejas espesas hasta los crímenes inenarrables, todo sirve para inmovilizar por el terror, y las rodillas de gauchos y de señoritos tiemblan y se doblan, los corazones flaquean, y la cabeza se inclina mientras la garganta silabea un *como-usted-mande*.

La pasión por el juego que en Facundo no reconoce límites, sirve a su fortuna. En cada pueblo, ciudad o campamento, las personas calificadas, los oficiales, los funcionarios, deben agruparse en torno al tapete verde. Para un hombre que jugó a una sota su capital de sesenta pesos cuando era *mozo perdido*, ¿qué podrá detenerle cuando vista uniforme de general? Nadie pudo levantarse de la mesa con lo ganado sin permiso de él. Las pocas veces que el general abandonaba el juego con pérdida, los ganadores insistían en seguir jugando hasta perder, en el temor de que estaba en juego algo más valioso que la bolsa. "¿Sabéis lo que es un tallador que tiene en fondos el poder, el terror y la vida de sus compañeros de mesa?"

Alguna vez debe dar muestras de preferencia hacia el sin fortuna, halagar el resentimiento montonero, exhibir burla y

desprecio para con el poderoso. "Llegado a San-Juan, los principales de la ciudad, los majistrados que no habían fugado, los sacerdotes complacidos por aquel ausilio divino, salen a encontrarlo i en una calle forman dos largas filas. Facundo pasa sin mirarlos; síguenle a la distancia, turbados, mirándose unos a otros en la común humillación, hasta que llegan al centro de un potrero de alfalfa, alojamiento que el jeneral pastor, este *hicso* moderno, prefiere a los adornados edificios de la ciudad. Una negra que lo había servido en su infancia se presenta a ver a su Facundo; la sienta a su lado, conversa afectuosamente con ella, mientras que los sacerdotes, los notables de la ciudad, están de pie, sin que nadie les dirija la palabra, sin que el jefe se digne despedirlos".

La imagen del caudillo se va integrando en el alma popular con todos estos retazos contradictorios, con los dichos de muerte y de salvación, de buena y mala fortuna. Nadie sabe si saldrá con vida si es enemigo; sin fortuna si es rico; con azotes o con un puñado de monedas si es pobre.

Facundo alcanzó "esa unidad que dan el terror i la obediencia a un caudillo que no es *causa,* sino *persona*".

VI

Es en la montonera donde se perfilan los contornos mágicos del caudillo.

Soldados sin oficio, rápidos en el ataque, prontos para la fuga, valientes en la carga, temblorosos ante la resistencia, crueles hasta el pavor, cobardes hasta las lágrimas, los montoneros habían perdido la airosa dignidad del gaucho libre, y en nombre de esa libertad perdida servían el interés del caudillo, patrón entre patrones.

En los vivacs, en torno a los fogones de campaña, junto a la hoguera que promete calor, mate y relatos de aparecidos, la figura del caudillo adquiere contornos trascendentales. El apodo se materializa. La palabra engendra realidades. Si el caudillo se apoda Tigre, tigre será. Como en el tigre, la crueldad, la astucia, el ataque sorpresivo, la sed de sangre, serán sus galas. Facundo será el tigre cebado de Los Llanos. Hombre y bestia, sus poderes implícitos tendrán plena vigencia para los montoneros.

Los hombres repetirán noche a noche las hazañas del hé-

roe. En la ronda del mate, sólo interrumpida por el sueño, se urdirá la leyenda. Y las soldaderas echarán a rodar por pueblos y por valles el milagro.

Si Facundo mira por entre las cejas montunas, la cabeza deliberadamente batida al suelo, el gaucho, la moza, el soldado, el hombre de pro, temblarán por lo que más precian. Libertad, honra, respeto jerárquico, fortuna. Cada uno caerá víctima del propio engaño, creído en la facultad de adivinación de aquellos ojos negros que alcanzan el fondo de las almas. ¿Quién dudará tales poderes? Gaucho, soldado, moza, hacendado o comerciante, podrán exhibir ejemplos y más ejemplos, irrefutables todos.

Alguien ha robado prendas de un recado. Facundo se limita a proclamar que conoce al culpable. Poco le cuesta identificar al ladrón entre los rostros temerosos de los soldados, y el soldado confesará dónde escondió la montura. Inútil que Facundo declare a uno de sus allegados que "cuando un gaucho al hablar esté haciendo marcas con el pie, es señal que está mintiendo".

Conocida y famosa es la historia de los palitos. Ocurrido un robo, Facundo reparte entre la tropa palitos de igual tamaño y asegura que al día siguiente el del ladrón habrá crecido. Al otro día se efectúa la recolección de las varitas y un soldado entrega una más corta. Era el ladrón. El infeliz la había cortado para prevenir su crecimiento.

¿Qué muchacha, al sentir aquella mirada que la aterroriza, no se sentirá descubierta en su secreto deseo de ser poseída por el hombre-tigre?

De entre las brasas del vivac surgirá la historia de los *capiangos*. Seres mitad hombres, mitad tigres, actuaban como avanzadas del caudillo, advirtiéndole peligros, eliminando enemigos, listos para poner en fuga a las fuerzas adversarias. Facundo era jefe natural y lógico de aquellos endriagos.

Cuenta el general Paz que un oficial de Quiroga atribuyó la derrota del caudillo en La Tablada, a la circunstancia de no haber escuchado la advertencia de su famoso caballo moro, que se negó a ser montado luego del combate "para manifestar su irritación por el desprecio que el general hizo de sus avisos".[8]

¿Puede sorprender entonces, que un paisano cordobés ase-

[8] José María Paz, *Memorias póstumas,* Tomo II, Ed. Imprenta La Discusión, 1892, La Plata, Argentina.

gure a Paz que no hubo batalla que Facundo no ganara, ni juego de naipes que perdiera, ni mujer que le dijera *no?*

El terror impedirá percibir a los jugadores que no es la suerte, sino el poder de vida y muerte que sobre ellos tiene, lo que torna invencible el juego del caudillo.

En el vasto territorio argentino no habrá persona que admita que la paciencia, el tesón, el conocimiento del arte de la guerra, el orden y la disciplina, eran factores que justificaban sino predecían las victorias del ilustre manco, porque para un pueblo de a caballo, eran necesarias otras razones para justificar el triunfo de un general que era mal jinete. Tendrán que hablar del caballo moro, de capiangos burlados por artes mágicas, de cualquier cosa ultraterrena que preserve el prestigio del mago.

No por curiosa, sorprenderá la alianza del caudillo-mago con el sector ultramontano, y su bandera lucirá junto al emblema pirata del bordado grito de "Religión o Muerte". Y La Rioja declarará la guerra "a toda provincia o individuo en particular que atente contra la nuestra Santa Relijión católica apostólica romana". El canónigo Castro Barros dirá que el general Quiroga tuvo la singular gloria de ser el primero que ha declarado guerra pública "a la infernal secta de la maldita filosofía que ha cundido en nuestras provincias".[9]

Para una población que había aceptado la religión católica sin abandonar por completo anteriores creencias, la amalgama de magia y religión no podía resultar extraña. Para unos será arcángel vengador, enviado por el Señor de los Ejércitos para degollar impíos; para otros, será Rey de los Capiangos, Caudillo-fiera, Tigre de Los Llanos. Para todos, un ser con fuerzas ajenas a este mundo.

VII

La historia de Rosas es otra, y diferente también, la de sus mesnadas.

En tierra bonaerense no brotó la semilla montonera. Las tropas de línea dirigidas por espadas de la Independencia, fueron las piezas decisivas y extremas de la política. Nada pudieron contra ellas las oscuras fuerzas incrustadas en los límites de

[9, 10] José Ingenieros, *La evolución de las ideas argentinas*, Tomo 3, Ed. Problemas, 1946, Buenos Aires, Argentina.

la ciudad, trabajadas por la miseria y el desamparo, prontas a escuchar al demagogo a cambio de las necesidades del día.

Aquellas espadas rodearon la hora civil de Rivadavia. Y Rivadavia era el progreso, la incipiente reforma agraria, la instrucción popular, el orden y la ley igualitaria. Era la República. Era el enemigo natural de la estancia.

Los patrones no podían admirar a quien traía actualizadas las ideas y proyectos de Belgrano y de Moreno. La enfiteusis, en su limitación, era un ataque a los intereses aquellos; el puerto de Buenos Aires, modernizado, acabaría con los puertos incontrolables en manos de los estancieros; la instrucción popular aclararía las mentes y pondría a la luz la raíz de los problemas; la capitalización de Buenos Aires importaba colocarla al servicio de la Nación.

Rivadavia era la superación de la estancia, de la etapa feudal; significaba, con sus errores y limitaciones, el ingreso a otra etapa superior, semejante a la que se cumplía en Estados Unidos. Inmigración europea, tierras para repartir, instituciones modernas, protección y difusión culturales, factores que sólo podrían suprimirse con la fuerza de las armas, a sangre y fuego.

Desde tiempo atrás, un hombre había previsto los peligros que acechaban a la estancia, advertido "que los tiempos actuales no son los de quietud y de tranquilidad que precedieron al 25 de Mayo".[10] Él constituye un cuerpo que es la antítesis de la montonera. Porque si la montonera derivó luego en formas más o menos estables, hasta adquirir visos de cuerpo de línea, la tropa de Rosas, sus famosos Colorados del Monte, fueron fuerza regular desde el comienzo.

La montonera no fue flor del pago rosista.

El gaucho sabe que Rosas es el mejor jinete de la pampa, y en su ingenuidad, cofundirá destreza de jinete con coraje. La disciplina férrea que reina entre su tropa, como el orden estricto que impera en sus estancias (el gaucho no lleva cuchillo), forjan un ideal autoritario que no requiere burdos recursos mágicos para saber una verdad, conocer un hecho, dar una orden terrible.

VIII

El gaucho ansiaba un puesto bajo el sol, leguas de campo para galopar, reses que le dieran alimento y algún dinero, y la

tertulia periódica de la pulpería, donde poder exhibir dotes de jinete, de cantor, de cuchillero.

Para una tierra ilimitada recorrida por millares de animales cimarrones, ese ideal de vida era modesto, pero para aquellos que tenían mucho y querían más, la pretensión era peligrosa. El estanciero quería la tierra y el ganado para sí, y necesitaba del gaucho para las faenas rurales, la vigilancia de fronteras y la guerra civil. Porque donde dos propietarios comienzan a avanzar mojones, acaban por encontrarse, sin contar con el tercero excluido. Quien posea la fuerza tendrá medio triunfo asegurado, lo demás lo hará una justicia amiga.

El gaucho luchó contra el español, cifra de su miseria y su desdicha. El esfuerzo fue inútil, otro ocupó su lugar. El patrón criollo remplazó al patrón godo.

Defraudado, busca explicaciones, indaga, y encuentra otros hombres igualmente burlados. Nace entonces la montonera. Ya tenía antecedentes en la lucha por la independencia, ahora tiene otro sentido, no busca expulsar extranjeros, quiere destrozar a quien le roba, al dueño de su libertad.

La causa montonera pudo haber sido benéfica, su origen era legítimo, y el número daba fuerza a su verdad, pero no tuvo jefes populares. El caudillo fue enemigo de la montonera y desvirtuó su contenido y origen al ponerla al servicio de la estancia. Siendo persona, el caudillo acabó por ser causa.

Por eso dirá Sarmiento que "la guerra de la revolución arjentina ha sido doble: 1º guerra de las ciudades iniciadas en la cultura europea, contra los españoles a fin de dar mayor ensanche a esa cultura; 2º guerra de los caudillos contra las ciudades, a fin de librarse de toda sujeción civil, i desenvolver su carácter i su odio contra la civilización".

Las ciudades se levantan contra España y promueven la independencia, ayudadas por las campañas; más tarde, cuando las ciudades pretenden superar la etapa colonial, derribar el feudalismo que dominaba el país, los caudillos levantan las campañas para adueñarse de las ciudades. Será la montonera, "hija lejítima de la venta i de la estancia, enemiga de la ciudad y del ejército patriota revolucionario", la que termine por arrasarlo todo.

El gaucho no alcanzará a comprender de qué manera diabólica ha sido usado, de qué modo ha contribuido a despeñar la ley, la libertad y la cultura, jamás alcanzará a descubrir en el caudillo a *su* enemigo.

Algunos autores, como García,[11] advertidos del derecho original del gaucho, han partido de ese dato y de la circunstancia de que la montonera importaba un electorado en armas, para hablar de movimientos democráticos, y calificar de antidemocráticos a los de enfrente, sea a los unitarios de viejo cuño, sea a la generación de Echeverría.

Se incurre en el error de erigir cualquier movimiento multitudinario, nacido de una causa justa o de un derecho burlado, en ápice democrático, sin advertir la dirección que asume. La montonera a las órdenes de Güemes, de San Martín, sirvieron la causa de América, al servicio de los caudillos, sirvieron los intereses de una aristocracia egoísta y cerrada y destruyeron la libertad en nombre de la libertad.

"Los pueblos en masa no son capaces de comparar distintamente unas épocas con otras; el momento presente es para ellos el único sobre el cual se estienden sus miradas; así es como nadie ha observado hasta ahora la destrucción de las ciudades i su decadencia; lo mismo no preveen la barbarie total a que marchan visiblemente del interior".

La montonera termina en pedestal de caudillos, en tarima donde se empinan tiranos. Para el gaucho miserable era el jefe un señor magnánimo y terrible, generoso en la dádiva, infernal en la cólera, que de tiempo en tiempo fuerza las puertas de una ciudad para saqueo y lujuria de la tropa. No importa que con la ciudad caigan heridas y sangrantes, "sus ideas, su literatura, sus colegios, sus tribunales, su civilización". ¿Qué puede importarle al gaucho ignorante y embrutecido, a quien se le ofrece un trago de alcohol, un pedazo de carne y una hembra aterrorizada, si el caudillo está contento? ¿Acaso el dueño del poder, señor de leguas, no es el más macho? ¿Acaso no dan risa las cabezas opositoras ensartadas en una lanza y expuestas en la plaza pública? ¿Acaso en América la razón no la tiene siempre el dueño del látigo y de la máquina de imprimir billetes?

"Desde 1810 hasta 1840 las provincias que encerraban en sus ciudades tanta civilización, fueron demasiado bárbaras, empero, para destruir con su impulso la obra colosal de la revolución de la independencia. Ahora que nada les queda de lo que en hombres, luces e instituciones tenían, ¿qué va a ser de ellas? La ignorancia i la pobreza, que es la consecuencia, están como

[11] JUAN AGUSTÍN GARCÍA, *La ciudad indiana,* Ed. Claridad, Buenos Aires, Argentina.

las aves mortecinas, esperando que las ciudades del interior den la última boqueada, para devorar su presa, para hacerlas campo, estancia. Buenos-Aires puede volver a ser lo que fue, porque la civilización europea es tan fuerte allí que en despecho de las brutalidades del gobierno se ha de sostener. Pero en las provincias, ¿en qué se apoyará? Dos siglos no bastarán para volverlas al camino que han abandonado, desde que la jeneración presente educa a sus hijos en la barbarie que a ella le ha alcanzado. Pregúntesenos, ahora, ¿por qué combatimos? Combatimos por volver a las ciudades su vida propia".

Lo que es decir, devolverles las ideas de justicia, de orden fundado en derecho, de libertad sin recortes; tornar a las instituciones desaparecidas, a la educación popular y a la cultura superior.

Sarmiento quería retomar el siglo XIX en el punto que lo dejaron los hombres de Mayo.

DON JUAN ANTONIO DE LA FUENTE ANTE LA CORTE DE NAPOLEÓN EL PEQUEÑO

Por *Pedro DE ALBA*

I

QUIENES se interesen en conocer la templanza, la hidalguía y la entereza de los hombres de la Reforma, que lean las *Notas, informes y comentarios* escritos por don Antonio de la Fuente en el desempeño de su misión diplomática en Francia.

Después de la derrota de Miramón en Calpulalpan y de la instalación del Gobierno de don Benito Juárez en la capital de la República, parecía abrirse una etapa favorable para la vigencia de la Constitución de 57 y la vuelta a la normalidad.

Vana ilusión, los conservadores multiplicaron sus intrigas tanto en el interior como en el extranjero; la rabia de su incompetencia los hizo cometer crímenes alevosos; el bandidaje homicida se extendió en varios Estados de la República, en tanto que se conspiraba contra México en París, en Londres, en Madrid, en Viena y en el Vaticano, en donde los llamados aristócratas mexicanos soliviantaban los ánimos en contra de su país y pedían la intervención abierta. A ese grupo fue a sumarse don Miguel Miramón, que no supo soportar su derrota y con el resentimiento como mal consejero, se entregó en brazos de la traición. Por allá andaba el general don Juan N. Almonte, ave negra de aquel aquelarre; muy considerado y atendido en la Corte de Napoleón III, como representante diplomático de los gobiernos conservadores que se originaron en el Cuartelazo de Tacubaya.

Almonte se había propuesto desacreditar el Partido Liberal durante la Guerra de Tres Años y se empeñó en presentar al Gobierno de Juárez como representante de la barbarie, de la herejía y de la canalla irresponsable.

El presidente Juárez dio los pasos para la reorganización de su Gobierno en la capital de la República, tenía que enfren-

tarse con graves problemas financieros y diplomáticos y buscó entre sus colaboradores a los mejor calificados para desempeñar los puestos clave.

Con Francia existían malas inteligencias; unas derivadas de los hechos mismos de la guerra y otras promovidas por el funesto señor de Saligny en connivencia con Almonte, ya que los dos perseguían el desprestigio y el debilitamiento de México para justificar así la intervención francesa.

Fue en esas circunstancias que Juárez nombró a don Juan Antonio de la Fuente como su Ministro Plenipotenciario ante la Corte de Napoleón el Pequeño. Don Juan Antonio de la Fuente había desempeñado puestos de altura y responsabilidad desde el triunfo del Plan de Ayutla, era hombre bien probado por su firmeza, su rectitud y capacidad; las relaciones con la Francia napoleónica estaban dañadas y llenas de confusiones y dobleces. Se pensó que el señor De la Fuente era el hombre indicado para enfrentarse con esa situación tan delicada.

Llega a París don Juan Antonio de la Fuente en el mes de junio de 1861; se aloja en el Hotel de Louvre y allí despacha el primer mes de su ejercicio; es fácil imaginarse los motivos; él no quería trato alguno con Almonte, se limitó a recibir los sellos y archivos de la antigua Legación entre tanto encontraba nueva casa para instalar sus oficinas, ya que las de su antecesor no las consideraba como Legación de su país. Después de cumplir con la fórmula protocolaria, dando aviso de su llegada al Secretario de Relaciones, señor De Thouvenel y de hacer entrega de las copias de sus credenciales y pedir que se fijara la fecha en que podría ser recibido por el Emperador en audiencia oficial, comenzaron las evasivas del Ministro de Relaciones y las dificultades del nuevo diplomático mexicano.

Las triquiñuelas y subterfugios se inician con la advertencia del señor Thouvenel sobre que el Gobierno de México no había dado aviso oficial del retiro de Almonte. El Ministro De la Fuente dio explicaciones verbales amplias en las que expuso que el presidente Juárez nunca había acreditado como su ministro al señor Almonte y por lo mismo no se consideraba obligado a dar aviso de su retiro y que por otra parte el Ministro de Francia en México ya estaba en relaciones con el Gobierno Liberal.

El señor Thouvenel aceptó las explicaciones de De la Fuente a quien le fueron reconocidos "los privilegios inherentes a su carácter de enviado y Ministro Plenipotenciario".

Después de repetidas dilaciones y aplazamientos que los expertos en estas materias saben valorar, se fijó la fecha para la entrega de credenciales y la entrevista personal con el Emperador; sobre cuya jornada envió un informe en el que se aprecian la agudeza y el sentido diplomático del nuevo Ministro de México.

La aclimatación física y moral de don Juan Antonio de la Fuente en París debe haber sido fatigosa; casi todos los recién llegados a la Ciudad Luz pagan su tributo; a algunos les invade cierta depresión nerviosa y otros sufren por la falta de oportunidades de trato e intercambio de ideas con amigos de confianza. Es fácil imaginar que aquella ciudad fastuosa y oropelesca de la época de Napoleón III no embonaba con el modo de ser del Ministro de México, hombre austero y de hábitos sencillos; el que por cierto instaló su Legación en el número 58 de la calle Faouburg St. Honoré, no lejos de la Magdalena, de la Concordia y de la zona que conoció la piqueta del barón Haussman, el urbanizador del París del Arco de la Estrella y los grandes bulevares.

El mismo carácter apasionante y grave de su misión debe haberlo absorbido de tal modo, que lo libró de la sensación de soledad y del destierro; él tenía la representación de su pueblo y de su Gobierno en momento crucial de su historia y todos sus actos y sus pensamientos se encaminaron a servir con lealtad y a no transigir con la traición y las arrogantes exigencias de los poderosos.

La entrega de credenciales y recepción oficial fue fijada para el 10 de agosto de 1861. Después de las formalidades de estilo y la salutación protocolaria, tuvo lugar la conversación privada del Ministro de México con el Jefe de Estado Francés.

El informe que rindió el señor De la Fuente sobre esa jornada se presta a interpretaciones varias a la vez que evidencia el tacto del diplomático mexicano sin que deje de aparecer cierta ingenuidad del neófito en esas andanzas.

Nuestro Ministro se muestra gratamente sorprendido de que el Emperador, lejos de aparecer áspero y adusto se mostrara amable y afectuoso; don Juan Antonio no se dio cuenta de momento de que el condotiero ocultaba el puñal florentino bajo la túnica imperial.

Es frecuente que los jefes de Estados poderosos se presenten con un gesto protector y paternal para los representantes de naciones que creen atrasadas, a las que llaman "pequeños

países cálidos", y a veces hasta se permiten dar consejos inoportunos desde la primera audiencia. De la Fuente se condujo como un diplomático avezado que no estaba dispuesto a someterse a ninguna tutela. El Emperador se permitió una de esas frases con las que parece manifestarse simpatía, por más que en el fondo sean impertinentes; fue en esa tesitura que dijo al Ministro De la Fuente "que le causaba mucha pena que siendo México un país tan hermoso, estuviera devorado por las guerras civiles", agregando a continuación que había temido que los angloamericanos conquistaran nuestra tierra y que estaba dispuesto a ayudarnos a conservar nuestra independencia.

Llegó el desplante de Napoleón el Pequeño hasta el punto de hacer alusión al peligro en que estaban los Estados fronterizos de México de ser absorbidos por los norteamericanos; olvidándose de que siete años antes los filibusteros de Rausset de Boulbon habían sido escarmentados en Guaymas y también de que un capitán de la Marina Imperial se había declarado en 1858 descubridor de la Isla de la Pasión, exigiendo que se reconociera como dominio francés. Bien pronto se evadió el Ministro de México de las redes de la fingida cortesía y contestó al Emperador que los Estados fronterizos de México, de uno de los cuales él era originario, habían sido recios y valerosos en la defensa de la soberanía de México y que no tenía razón al hacer dichas referencias; con cierta sutileza le aseguró que precisamente los Estados fronterizos habían rechazado siempre las invasiones de filibusteros.

Aquella máscara grotesca de Napoleón III con la que pretendía aparecer como defensor de la América Latina contra los anglosajones, no tardó en tornarse un gesto imperativo y dominante al exigir el pago de las deudas a los franceses de México.

Don Juan Antonio de la Fuente había tenido la satisfacción de salir airoso en el incidente de las cartas de retiro de Almonte y quizás experimentó cierta euforia de ser tratado con grandes muestras de cortesía en el acto de la entrega de sus credenciales; con esos antecedentes tuvo la esperanza de que las relaciones entre México y Francia caminaran por mejor camino; él como hombre honesto y sencillo no concebía que hubiera un doble juego entre bastidores.

No tardó en enterarse de que Almonte seguía en buenos términos con la Corte y de que don Miguel Miramón había sido agasajado por el Emperador; eran los elementos que el

maquiavélico emboscado necesitaba para preparar la intervención en México.

La megalomanía del pequeño Emperador, heredada de su lejano pariente, el aventurero genial que se llamó Napoleón el Grande, se movía en el fondo de las maniobras planeadas; hubo una idea preconcebida y un propósito deliberado de convertir a México en un dominio del Imperio Francés. El empeño de comprometer a Inglaterra y a España en aquella empresa obedecía a un plan que se acoplaba con el delirio de grandeza del funesto ocupante de las Tullerías y restaurador del Louvre.

Para los mexicanos el tiempo fue un buen aliado contra Napoleón III; tanto como para los rusos la naturaleza dura e inclemente había sido la mejor defensa contra las huestes invasoras de Napoleón I; uno y otro sucumbieron ante lo desorbitado de sus proyectos y vieron derrumbarse sus imperios uno en Waterloo y otro en Sedán, para convertirse más tarde en prisioneros y ser enjuiciados, uno por el Congreso de Viena de 1815 y el otro por el Tratado de Versalles de 1870.

II

A don Juan Antonio de la Fuente se le quedó grabada aquella frase del Emperador cuando le dijo ¡qué lástima que sea tan desgraciado su hermoso país! Se propuso estudiar desde lejos los problemas de su patria, verlos con el relieve de la distancia y contribuir con alguna sugestión a la resolución de ellos. Habló en sus notas de la urgencia de extinguir el bandidaje, de promover la inmigración de buenos elementos de trabajo para contrarrestar las facciones y las añejas rivalidades.

Le había quedado la idea de que la ley de desamortización de los bienes del clero no había dado los resultados apetecidos. Las constantes confabulaciones políticas y militares contra el Gobierno Liberal no habían dejado tiempo al señor Juárez para poner en práctica un programa de inversiones de bien público.

El señor De la Fuente fue un abogado del desarrollo agrícola de México, comprendía que la salvación de México estaba en el fomento de una agricultura progresista y del crédito para los trabajadores del agro; al efecto escribió en una nota firmada en París el 30 de julio de 1861 lo siguiente "no tenemos más agricultura que la indispensable para cada localidad y para un corto radio a lo sumo, porque el cultivo en grande y los cultivos que hicieran circular nuestros frutos en el interior y hasta

despacharlos para el extranjero, son empresas que demandan grandes capitales y éstos se emplean de preferencia en proveer de fondos a los agiotistas. Casi no tenemos otra materia de exportación que los metales; pero las minas no forman nuestra verdadera riqueza, aunque su explotación haya sido tan privilegiada por los españoles como fue desdeñado el cultivo de nuestras tierras y la industria nacional. Este error funesto produjo la bancarrota de nuestra agricultura que ni la ley de desamortización levantaría a la altura que le corresponde mientras el dinero que para ello se necesite no cese de afluir de todas partes para servir a la insaciable voracidad del agio".[1]

Don Juan Antonio de la Fuente tenía madera de estadista y como algunos otros de los hombres de la Reforma, don Melchor Ocampo, don Jesús Terán y el Jefe del Movimiento, don Benito Juárez, pensaban en un plan de gobierno en el que se resolvieran los problemas agrícolas, industriales y educativos. Todo se vino abajo porque se presentó en forma dramática la urgencia de defender la integridad y la soberanía de la patria y tuvieron que dejar para más tarde la aplicación de sus proyectos para la mejoría económica y cultural de nuestro pueblo; combatir al invasor y a los traidores tuvo que ser la voz de mando de las Guerras de Reforma y del Segundo Imperio.

Las reflexiones de carácter financiero que hacía nuestro Ministro en Francia se derivaban del apremio agresivo de los Gobiernos de Francia e Inglaterra y España para exigir el pago de la deuda exterior, algo que era al mismo tiempo la razón y el pretexto para la proyectada intervención armada en México.

Don Juan Antonio habló de los negocios turbios de extranjeros que luego se convirtieron en nuestros exigentes acreedores, entre ellos el famoso banquero Jecker; en esa misma nota propone medidas para que se exija a los extranjeros la renuncia a recurrir a sus gobiernos para el cobro de las deudas.

En ese sentido asienta lo que sigue: "Debiéramos declarar por ley que todo extranjero que quisiera tratar con el Gobierno General, debería hacer expresa renuncia de sus derechos de extranjería en todas las resultas del contrato; porque no es sufi-

[1] Archivo Histórico Diplomático Mexicano, tomo X, *Notas de don Juan Antonio de la Fuente, Ministro de México cerca de Napoleón III,* precedidas de una Advertencia por Antonio de la Peña y Reyes, Publicaciones de la Secretaría de Relaciones Exteriores, México, 1924.

ciente lo establecido en la Constitución sobre este particular. . ." Dice además que los extranjeros que se quieren apoyar en el derecho de gentes sobre esta materia, era mejor que prescindieran de su intento de cambiar por un acto de su voluntad las prerrogativas de personas privilegiadas.

El Ministro de México en Francia hacía una sugestión de doble beneficio para su país; daba a entender que no debiera recurrirse a los extranjeros para resolver crisis económicas interiores, "porque era una práctica muy viciada y de consecuencias peligrosas para la nación y que en el caso de que la medida fuera inevitable, el extranjero debía hacer renuncia expresa a reclamaciones ulteriores apoyado en la fuerza de su Gobierno".

La suspensión del pago de la deuda a ciudadanos franceses era un pretexto para encubrir el delirio imperialista de Napoleón el Pequeño; él tenía su plan preconcebido y estaba resuelto a llevarlo adelante. Nuestro Ministro Plenipotenciario dio las más amplias y minuciosas explicaciones sobre las causas que habían obligado al Gobierno de México a tomar esa medida; él pedía en sus notas al Gobierno francés que deberían ser tomados en cuenta sus alegatos, ya que se trataba de relaciones de buena fe entre dos países amigos.

Mientras que don Juan Antonio se empeñaba en apaciguar los ánimos y en crear un ambiente de tolerancia y comprensión, en la Corte de París el funesto Ministro de Francia en México, señor de Saligny, soliviantaba los ánimos no solamente de los ciudadanos franceses, sino de todos los europeos residentes en México y daba rienda suelta a sus intrigas sin disimular su simpatía por los enemigos del Gobierno de Juárez que esperaban la vuelta de los conservadores apoyados por la intervención francesa.

Este doble juego y las maquinaciones ocultas del Gobierno francés, no tardaron en ponerse a descubierto; no estaba muy lejos la ruptura abierta.

Cuando el Ministro Plenipotenciario de México denunció ante la Cancillería del Imperio el proceder de Mr. De Saligny, como instigador de los enemigos de su Gobierno, tanto nacionales como extranjeros y sus maniobras para crear mayores dificultades para todo arreglo conciliatorio con el Gobierno del Emperador, recibió como contestación una nota alevosa de la Cancillería francesa. Después de los acostumbrados subterfugios y evasivas el señor De la Fuente fue recibido por el Ministro de

Relaciones Mr. Thouvenel, escuchó a quemarropa una declaración inesperada sobre la marcha de los acontecimientos. Al pretender dar una explicación del caso sobre la situación que prevalecía en México, el famoso Mr. De Thouvenel dijo al Ministro de México "no recibiremos ningunas explicaciones, hemos aprobado enteramente la conducta de Mr. De Saligny; hemos dado nuestras órdenes, de acuerdo con Inglaterra para que una escuadra compuesta de ambas naciones exija al Gobierno mexicano la debida satisfacción y vuestro Gobierno sabrá por nuestro Ministro y por nuestro Almirante, cuáles son las demandas de Francia. Nada tengo contra usted y deseo que los acontecimientos me permitan dirigirle palabras amistosas". Don Juan Antonio de la Fuente protestó con austera dignidad por aquella actitud tan inconsecuente como injustificada, dio por terminada la entrevista de manera brusca y se apresuró a informar al Gobierno de México; al que comunicó que si no había pedido sus pasaportes en el acto, era debido a que una medida tan grave no era oportuna ni necesaria porque tal vez cerraría las puertas a toda futura gestión de avenimiento; además agregaba: "creo que mi presencia aquí puede muy bien ser de alguna utilidad para la causa de la República".

Esto ocurrió en septiembre de 1861, cuando ya estaban en marcha las órdenes para la expedición de Francia e Inglaterra a México, al mismo tiempo que se pedía la participación de España para que las tres potencias obraran simultáneamente e hicieran los planes para la ocupación a Veracruz.

Más que por una ruptura aparatosa e imprevista, el Ministro de México optó por la suspensión temporal de relaciones entre tanto recibía órdenes de su Gobierno. Don Juan Antonio nunca fue considerado como "persona *non grata*"; el jefe de la Cancillería imperial, lo seguía tratando con deferencia y consideración. La sagacidad y la prudencia del señor De la Fuente estaban de acuerdo con el tacto del presidente Juárez que ganó una gran batalla diplomática poco tiempo después.

El presidente Juárez siempre pensó en romper la Alianza Tripartita de Francia, España e Inglaterra; él sabía que el Tratado de Londres era un acuerdo que fallaba por su base porque Inglaterra y España no tardarían en advertir que estaban sirviendo a la megalomanía del Emperador de Francia.

Por el anuncio de que la expedición española se había adelantado, se supo que aquello era debido a que el general Serrano pretendía eliminar al Conde de Reus por medio de la ocupación

de Veracruz por las fuerzas españolas de su mando. Por fortuna para México, el Gobierno de Madrid ordenó la salida del general Prim con las últimas instrucciones; ésta fue la primera coyuntura favorable para México y el antecedente propicio de los Tratados de Soledad. El general don Manuel Doblado, a quien nombró el presidente Juárez para que ocupara la Secretaría de Relaciones en sustitución del señor Zamacona, iba a lograr una victoria diplomática que a la postre vino a ser la clave de la salvación de la República frente a la Intervención y el Imperio.

III

Don Juan Antonio de la Fuente siguió en París; se abstuvo de todo trato con la Cancillería francesa, ya que en su última nota había informado a Thouvenel que esperaba instrucciones de su Gobierno sobre el siguiente paso que debiera dar.

Los seis meses que transcurrieron entre la suspensión de relaciones y la ruptura completa y terminante, los empleó don Juan Antonio en la tarea de poner al tanto al Gobierno de México de las opiniones de la prensa y los Gobiernos de la Gran Bretaña, de Austria, del Vaticano y de Madrid acerca de la expedición contra México; también informó sobre las maquinaciones de Almonte y de Gutiérrez Estrada y sobre el ofrecimiento de la Corona Imperial de México al Duque de Flandes y al Príncipe de Habsburgo.

Esas notas del señor De la Fuente demuestran su convicción política y su firmeza de carácter, jamás desmayó en su fidelidad republicana y democrática ni les concedió razón alguna a los que conspiraban contra México, lo mismo fuera en Londres que en Roma, Viena o París.

Los resúmenes de la prensa europea, que don Juan Antonio enviaba al general Doblado, eran reveladores de que no había unidad de criterio entre los países invasores; mucho le sirvieron a nuestro Gobierno para conducirse en las negociaciones, que lo llevaron al triunfo logrado en los Convenios Preliminares de Soledad.

Además informó sobre las intrigas palaciegas de Almonte y su afán de servir a Francia en contra de su país; este personaje entre grotesco, servil y maquiavélico, acabó por ser útil a la defensa del Gobierno de Juárez; irritó a don Juan Prim

con su oficiosidad, contribuyó a fomentar la discordia entre los jefes de la expedición francesa y cuando los ingleses y españoles manifestaron su desprecio por él, siguió sus intrigas en la Corte imperial y entre Maximiliano y el Episcopado mexicano.

La paciente espera que México se impuso para no romper abiertamente sus relaciones con Francia, obedecía a dos finalidades: una la de ganar tiempo para la preparación de su defensa, otra, la de no cerrar las puertas para un posible arreglo diplomático. Esa actitud era consciente y no obra de la inercia; a don Juan Antonio de la Fuente se le dieron instrucciones para que adoptara una postura retraída y discreta aun a costa de molestias y peligro de desaires.

Esas medidas de tolerancia y de retraimiento tuvieron su límite. Al sobrevenir el desembarco de las fuerzas de las tres potencias y romperse la armonía entre ellas, por no ser cumplidos los Tratados de Soledad por parte de los franceses, quedó de manifiesto la intriga napoleónica y sus propósitos de invadir a México y de patrocinar el establecimiento de una monarquía valiéndose de un príncipe tutoreado por él.

Fue a principios de marzo de 1862 cuando ya España e Inglaterra se habían retirado y a dos meses de distancia del 5 de Mayo de Puebla, cuando nuestro Ministro en Francia recibió instrucciones para salir de aquel país y regresar a México.

El 7 de marzo de 1862, De la Fuente mandó su última nota al Ministro de Relaciones del Imperio; este documento puso término a su misión y al enviarlo a la Cancillería francesa pide sus pasaportes. El Ministro de México nunca se doblegó ante las adversidades y las injusticias; su carta de retiro es un alegato extenso y razonado, en el que demuestra a Mr. De Thouvenel su carácter y su mexicanidad. Le importaba al señor De la Fuente que el Gobierno de Francia se enterara de que las falsedades urdidas y los propósitos premeditados de invadir México, nunca habían pasado desapercibidos por el Ministro de México. Se detiene don Juan Antonio en el análisis de los antecedentes y una vez más destruye los argumentos del Gobierno francés y los de su Ministro Saligny con una lógica impecable.

Las patrañas, exageraciones, duplicidades y mentiras de Saligny, las denuncia De la Fuente y asegura que la conducta del Ministro de Francia en México fue la de un agente provocador. Hace ver su parcialidad con los gobiernos conservadores y su sistemática hostilidad para el régimen liberal, reveladoras

de que estaba haciendo un doble juego, seguramente con instrucciones de su Gobierno.

Dice De la Fuente en el principio de su nota de retiro: "El Presidente de México... no sólo ha probado el acto en cuya virtud suspendo mis relaciones con el Gobierno francés —relaciones que éste había hecho imposibles—, sino que ha convenido en la exactitud de mis observaciones sobre el desdoro que resultaría a la República de conservar en este país una Legación obligada a escuchar en silencio los insultos más atroces y las declaraciones más humillantes para el Gobierno y para el pueblo de México"... "La Francia ha juzgado oportuno emplear la fuerza contra México. Desde este punto, pues, la diplomacia nada tiene qué hacer en la cuestión..."

Al señor De la Fuente le interesaba también poner de relieve en un documento histórico de esa naturaleza, que los pretextos invocados por Francia giraban alrededor del retardo o suspensión del pago de la deuda exterior; el Ministro de México sabía que aquellas razones serían desautorizadas por principios de Derecho Internacional; ya que los amagos y amenazas por reclamaciones de esa naturaleza han sido desautorizadas en épocas posteriores. Es la vieja lección de Shylock sobre la libra de carne humana en pago de deudas en metálico.

Hace alusión en su nota a los principios de no intervención y a los fueros de la buena fe en las relaciones internacionales. El Gobierno del Emperador los había violado deliberadamente. Hace hincapié también en los daños que ha hecho a México la intervención de elementos extraños y al efecto dice lo siguiente: "Yo tengo la convicción firme de que pocas naciones en el mundo han sufrido tal cúmulo de males como los ocasionados a los mexicanos con la dominación extranjera y pocas Repúblicas han tenido que sostener tan crueles combates como la nuestra contra las clases privilegiadas. Con nuestras revoluciones hemos consumado la Independencia nacional, la libertad de los esclavos, la destrucción de la oligarquía clérico-militar, que multiplicaban las sediciones y amenazaban sin cesar la existencia de la República". Con estas aseveraciones don Juan Antonio afirmaba su ejecutoria de patriota, reformista y revolucionario; al hablar de la defensa de la República le estaba haciendo al Emperador espúrio la admonición profética de la cena de Baltasar.

El Ministro de México no quiso hacer énfasis sobre el

mal tratamiento de que fue víctima; a él no le afectaban las ofensas personales y por eso en otro párrafo dice: "los agravios, las satisfacciones y las garantías son ya consideraciones secundarias... Trátase en efecto de una intervención política, con el fin de imponer a México por rey a un príncipe extranjero. Esta revelación lo explica todo".

Su profesión de fe republicana ante un monarca de dudosos derechos como Napoleón el Pequeño, era la clásica bofetada con guante blanco, al mismo tiempo que a los cortesanos que tanto se confiaron en su poderío: "México podrá ser conquistado, pero no sometido, ni se le conquistará sin que dé pruebas antes de valor y virtudes que se le niegan. México acaba de alzarse victorioso en una revolución terrible contra los restos de la oligarquía que pesaba sobre su democracia, a ningún precio aceptará la monarquía extranjera. Crearla será muy difícil, pero sostenerla será más todavía. ¡Tal empresa sería ruinosa y terrible para nosotros, pero lo sería también para sus promotores!..."

En la nota de retiro de don Juan Antonio de la Fuente, se acentúan su entereza y su confianza en el futuro de México, al mismo tiempo que se advierte en ella un acento clarividente: está anunciando el cadalso del Cerro de las Campanas y la vergonzosa derrota de Napoleón III en Sedán.

El Ministro Plenipotenciario de México, cuya misión ante la Corte del emperador Napoleón el Pequeño durara escasos nueve meses, recibe en su país gratas y honrosas compensaciones para sus desvelos y amarguras. Su coterráneo, el general Ignacio Zaragoza les había dado una lección en Puebla a los invasores franceses y al llegar a la ciudad de México, el presidente Juárez lo nombra Ministro de Relaciones Exteriores, prueba inequívoca de que su Gobierno aprobaba todo lo que había hecho en su misión diplomática.

Para don Juan Antonio de la Fuente, iba a seguir la etapa de duras controversias con los diplomáticos intervencionistas acreditados en México; ninguno de aquellos aviesos personajes lo cogió desprevenido ni de razones ni de energías; reanudó la lucha por la soberanía y la dignidad de la República, no solamente en los salones de la Cancillería, sino en el desierto y en los campos de batalla; en ellos pasó lista con la gallardía y patriotismo que fueron norma de toda su vida.

Fue la de don Juan Antonio de la Fuente una vida ejem-

plar, fundida en una sola pieza y avalorada con las virtudes más nobles: energía, desprendimiento, lealtad y disciplina. Se nos impone como un símbolo de los más altos valores humanos y su ejemplo sigue alumbrando los caminos de una patria digna, justa y libre.

COATLICUE

ENSAYO SOBRE UN ENSAYO DE ESTÉTICA MEXICANA

NINGUNA obra de arte se revela en cuanto tal, ni a nadie, sin un golpe de vista reviviscente. No digamos Coatlicue, "la de la falda de serpientes", ni siquiera el clasicista "caballero águila", pueden decir algo a quien jamás ha tenido que ver con el mundo humanístico en que fueron creados. Se pueden antojar cualquier cosa, quizá todo menos lo que son. Se precisan vasos comunicantes entre "su" mundo y "nuestro" mundo. De abordarlos al buen acaso, esperando el azar para dar con la verdad, por cauto que se sea, el riesgo de fracaso es grande. No obstante, estamos en plena creciente de las incursiones al mundo prehispánico y en grado de madurez tal, que ya se pueden hacer interpretaciones basadas en abundantes materiales de estudio, e ir más allá, intentando, con conocimientos al día, reflexiones filosóficas sobre el ámbito local de las culturas prehispánicas. Además quedan en sitios escabrosos muchos supervivientes de los viejos tiempos y se puede decir que también entre el pueblo occidentalizado hay sedimentos y atavismos de aquellas raíces sin tronco. De esta manera hoy día convivimos con el rescoldo antiguo tanto como contribuimos a reconstruir su ahogada grandeza.

No sólo la convivencia con lo indígena nos atrae. Pasan más cosas que nos devuelven a ese ingrediente de nuestra nacionalidad. El prejuicio por lo europeo nos está ayudando. Hay efectos de ola y resaca. En Europa se ha venido a gustar de nuestro arte "primitivo" y si dentro de los marcos de la "cultura occidental" es un hecho que se aprecia en la actualidad de las obras de arte indígena, lo es seguramente porque América ya no es sólo aquella graciosa dama de cabellera emplumada que servía para contar una de las cinco partes del mundo en forma alegórica. Europa, concretamente, ha dado en ocuparse de nuestras cosas y en la medida en que la ha herido una realidad distinta a la suya, ha tenido por donde precipitarse enriqueciendo el acervo de sus conocimientos y de sus pasiones por lo exótico. Y traer a cuento a Europa es capital para la estimación de lo americano, puesto que aquélla nos ha ocupado todavía más de lo que se ha ocupado de nosotros, y con su dominio nos ha dejado un sedimento grande de preocupaciones y prejuicios acerca del mundo y la vida, tan grande, que aún

nos debatimos entre pensar y ser a su modo y pensar y ser, al fin, por nuestra propia cuenta. Lo cierto es que se han sucedido muchas experiencias que emocional, imaginativa e intelectualmente ahora nos relacionan en más direcciones humanas que nunca.

Quien pierde la obsesión de la exclusiva por lo europeo, por los conceptos inferidos de sus limitadas posibilidades, encuentra lo universal extendido en toda su riqueza real, y viene a requerir gana y manera de compenetrarse en él, y de entenderlo. En México todavía no se intenta hacer una filosofía de las culturas, es cierto, pero podemos intentar filosofar a partir de lo concreto. Después del trabajo desarrollado para conocer arqueológica e históricamente la vida primitiva, luego la colonial y por último la nacional, ya se puede tentar de hacer una valoración de sus hechos y especialmente de aquellos que resaltan como más importantes. Y la tentativa puede verificarse con impulsos rebeldes hacia las concepciones europeas, forjando instrumentos propios, abordando en todo caso lo que no es de la órbita occidental, con aquellas ideas occidentales que por lo profundas y conocidas alcanzan los planes humanísticos que también alcanzaron las culturas preeuropeas.

Ahora, que conocimiento no es gusto, y en toda obra de arte el franqueo se cifra en éste. La cuestión de abordar las obras de arte precolombino parece exceder a la de su investigación. Sin embargo, el conocimiento es llamado para incubar el gusto. Si el primero se desarrolla, el otro se hace inminente. Siempre hay que ponerse en el medio de algo para dar con él. El conocimiento viene a ser el medio ambiente mental. De buenas a primeras parece que es inmediato, espontáneo, el contacto entre la sensibilidad humana y la belleza de las cosas. El hecho del gusto aparentemente depende de imprevisibles fogonazos intuitivos. Se dice: la vía de la intuición es inmediata; la belleza, por ejemplo, se capta de golpe en algo, o no se capta. Tesis esta, frágil. Recordemos. Sócrates conducía al esclavo a la alborada de la reminiscencia y Virgilio tuvo que mostrar el camino de la verdad eterna al Dante. En todo caso, precisa haber vivido algo que dé lugar a la reviviscencia. Se precisa de una experiencia a partir de la cual se desarrolle la experiencia de los valores, con sus juicios y sus emociones. Gusto auténtico es pues experiencia, de convivencia con uno mismo y con otros; es conocimiento de aquel que consiste en meterse con las cosas, aprovechando que ellas nos vulneren o bien, si esto falta, provocándolas a impresionarnos con su sentido. El yo, el nosotros, el que crea y el que percibe, implican toda una formación personal, de lo contrario sólo se nos remitiría a los mecanismos de reflexión condicionada. El meterse con las cosas, el ocuparse de ellas y experimentar la reviviscencia suscitada, no son hechos periféricos. Realmente, sin contar con una

impresión seductora no se puede entrar en el reino mágico del arte. Del mismo modo, sin un conocimiento personal de sus mostraciones, es inútil esperar que se despliegue en perspectiva y contenidos. Justino Fernández captó la carga bellamente expresiva de la Coatlicue del Museo. Algo había ahí, en la piedra, cintilando, que le daba la forma porque se la quería dar, algo así como la presencia de manos imponiéndole ideas, torturándola al esculpirla con ciertos signos para después adorarla ya divinizada. Tenía que averiguarse qué era lo que significaba. Tenía que saberse qué valores alcanzaba. El mundo indígena se abriría ante sus ojos a través de un ejemplo, revelando su grandiosa riqueza imaginativa y vital. Un algo como estatua, depositado en el Museo, cercenado de un pueblo que le sobrevive ya sin su espíritu, la Coatlicue, tenía que dejar de ser la figura incomprensible para resplandecer como imagen, desenvuelta con maestros motivos gráficos, que a más de cuidadosa ilación tenía y revestía geniales formas de trazo y dinamismo, tan lógicas como ontológicas.

Se lanza a escribir un libro. Es preciso descifrar la estatua luego de gozarla visualmente. Urge delinear una doctrina estética para establecer cuál es la fuerza que encierra y que ostenta. Un capítulo está dedicado a descubrir el significado de las formas, desde la piramidal que afecta de perfil y la crucial que tiene de frente, hasta la de todo pormenor. Resulta un portento. Una obra de arte abstracto y simbólico, no naturalista, expresión de la divinización del cosmos, "enjambre de imágenes" como atinaba Jacques Soustelle en *La pensée cosmologique des anciens mexicains.* Quizá más bien suma cosmo-mito-lógica de los mexicanos, que hacían deidades para ellos, arte para nosotros. La estatua está parada sobre un relieve que le queda debajo porque así se indica que es la base o fondo de todo, representando a Mictlantecuhtli, señor de los muertos, y por la parte superior remata con dos cabezas de serpiente que aluden a la pareja divina, moradora del lugar primigenio, el Omeyocan. Engendros de esta pareja, de Ometecutli y Omecíhuatl, son la infinidad de deidades femeninas y masculinas que pueden asociarse gracias a alguna facultad común, para conjugarse en la formación de los trece cielos del universo y en la provocación de las actividades de dioses menores y de los hombres, a los cuales, en ese su dinamismo, también comprende. ¿Cuál es el resultado estético del erudito conocimiento? Enterándose de lo que quiere decir toda la estatua, estática como parece, deja de estarlo, pues al captarse el sentido panteísta y de dinamismo que tienen sus símbolos, sentido de vida y muerte, de guerra, de transición porfiada, toda se antoja ya otra cosa: un torrente de serpientes, levantándose como equívoco fantasma de remedo antropomorfo que engalanándose de despojos humanos —el

pecho de fláccidas tetas, el collar de manos y corazones y las calaveras que enhebra el cinturón— amenazara con la mascarada de la más trágica de las tragedias.

La piedra no debía producir efectos de mera representación. Mucho más que la estructura fantasmal con su ambiguo rostro formado por dos perfiles de serpientes y sus fascinantes ojos sin párpados, que avanza segura, indefectible, esta zooteísta visión reunía insensiblemente intensos vislumbres eidéticos e intencionados vuelcos de la sensibilidad. Aparte de ser cada cosa cósmica puesta en su lugar, ella es las ideas sentidas, esto es, vivencias, intuiciones articuladas en el espacio limitado por ellas mismas del cual la piedra sólo es la investidura. Ella es ideas por las cuales análogas experiencias de la vida pueden conectarse a su través, establecer la comunicación entre los más diversos seres en circunstancia de humanidad, pertenecientes a todas latitudes temporales.

A través de páginas y páginas el análisis se ha realizado. Coatlicue ya es explícitamente todo lo que es implícitamente. Se ha explicado su estructura y su carga anímica. El crítico de arte sólo se ha detenido adonde se agotan las posibilidades. Se ha hecho un cuidadoso examen del complejo grafismo, leyendo y reflexionando sobre lo que dicen arqueólogos, cronistas o historiadores. La estatua está descifrada. Empero, media distancia entre una obra de arte y un estudio crítico. Para ligar al ser objetivado estéticamente, con la receptividad actual y viva que tiene por destino como obra de arte, precisa la reviviscencia. Está bien que la obra de arte tenga tal o cual composición física para arreglar una intención expresiva que busca manifestarse. Está bien que la carga expresiva traduzca tales y cuales formas de vida sintetizadas mediante la meditación y el golpe de vista, en la idea proyectada hacia la piedra. Pero no es suficiente. Muchas disciplinas podrían realizar trabajo semejante. El "no sé qué" de que habla Justino Fernández refiriéndose a Feijoo cuando se requiere, por ambos, definir lo que hace arte al arte, eso no lo pueden discernir las ciencias que van por los mismos senderos.

Una obra de arte es mediadora e intermediaria. Mediadora entre dos mundos: el que la engendra y todo aquel que por su mediación se ha de ocupar de él, del original. Intermediaria por cuanto es "inter", por cuanto tiene algo en sí, tiene personalidad propia, es una concreta obra de arte, es *verbi gratia*, Coatlicue. La condición estética de la obra de arte tiene que radicar en ambas cualidades. Estas cualidades son más que aquellos dos ingredientes con que vulgarmente se la caracteriza, a saber, un qué decir y un cómo decirlo. El esteticismo se carga sobre el aspecto de la intermediación, es decir, sobre la fase de la forma en que se realiza la ejecución. La parte significativa, en cambio,









se apoya en el elemento de la mediación. Aparentemente no hay que ir muy lejos y es suficiente pensar en una carga expresiva y en una forma meritoria de expresarla. Sin embargo, los términos mediación y significado, intermediación y forma, no son tautológicos. Cada uno dice lo suyo. Aquí conviene señalar estas ideas porque de una de ellas se puede obtener el principio básico del arte. Si se ha hablado de reviviscencia se ha ido mucho más allá del lenguaje positivo y llano. Bajo el sano entendimiento escolástico, basta con la teoría de las cuatro causas para explicar un hecho humano. Cierto que dentro de los razonamientos paralizantes las exigencias del juicio pueden quedar satisfechas: forma, materia, finalidad y ejecución pueden dar razón de la hechura. Pero en cuestiones estéticas son insuficientes los conceptos, juicios, conjeturas y demás valeres y procederes. La obra de arte no es causa formal combinada con las otras tres causas de algo. Tiene una actualidad reviviscente. Su actualidad, es una presencia refrenada. Ahora bien, ¿qué es lo que se reitera necesariamente en la obra? Se actualiza un sentido transitivo de ser. Cierto es que toda reviviscencia entraña este sentido, pero se puede afirmar que en contraste con la obra de arte, los portadores de ciertas formas de vida son los hombres vivos, conscientes sobre sí, actuales; que la obra de arte sólo es transportadora de su particular transitoriedad; que la obra de arte lo es, en último término, por aprisionar la transitoriedad de lo humano en la forma cautivadora por excelencia; que, por tanto, el principio redundante del arte es la cautividad.

Entresacada la cualidad básica de la obra de arte, puede preguntarse el cautivo de ella, cuáles son las subordinaciones o los abismos del espíritu humano en los cuales éste halla la sublimación para imponerla al objeto imponiéndola al mismo tiempo a quien se le enfrenta y lo capta. Esto busca Justino Fernández, contemplador estético de Coatlicue, una vez convencido de que la fascinación ejercida por la estatua no se ha disipado ante el tratamiento analítico proyectado por el investigador sobre su cuerpo arqueológico y su fama histórica.

Seguro de estar ante obra de arte cimera y a sabiendas de la distancia grande que media entre el ámbito en que fue erigida y éste de Justino Fernández en que se la está descifrando, el crítico se empeña en dar con los vasos comunicantes, uno al menos, que le abran hasta su entraña lo entrañado en la estatua. Heidegger es la solución. Podía haber sido otra, por ejemplo, el padre de la filosofía contemporánea, Hegel. Pero para Justino Fernández la conciencia de la transitoriedad angustiosa de la existencia, por ende el sentido trágico y heroico con que ésta se desempeña, se lo descubre Heidegger y lo encuentra, lo ve, ahí está, en Coatlicue, detenido con la expresión resuelta de un pueblo

que lucha por contener el caos que amenaza a su cosmos, el más transitorio, moribundo, imaginable. Y ésta es la imagen poética de Coatlicue, que no sus palabras de piedra. Dice Justino Fernández intentando en la enésima ocasión de su libro dar con aquello en que consista la belleza y seguro de poder entresacar la idea, de tornarla después de haberla asediado, por la suprema, es la "belleza trágica, aquella reveladora de nuestra moribundez y finitud". Con estas palabras sella la suerte del arte que en cambio se hace para distraer de lo más radical del hombre y por el camino de sus apuntamientos, establece los arranques de una intensa reflexión estética para todo el que se ponga sobre estos pasos.

Pedro ROJAS.

Dimensión Imaginaria

NOSTALGIAS

CONFESIONES DE UN POETA A SU AMADA

Por *Raúl LEIVA*

I

AMADA: en esta hora aciaga en que tantas cosas queridas se derrumban; en esta hora en que mi nostalgia de ti y de nuestros hijos sombrea mi vida, mi pensamiento (vivo, concreto, sangrante) vuela hacia ti, inefable, y en torno a tu imagen aletea, constante.

¡Qué dura, qué horrible, qué concava e inabarcable la soledad que hoy anochece en torno a mi alma, a mi vida! Es ahora que necesito de ti, pródiga amada, hermana de ternura, compañera del alba; cuando me entero en su cabal plenitud de lo que tú eres, de lo que tú significas en mi vida.

¡Qué ciegos, qué obtusos somos los hombres! Necesitamos que el infortunio arañe nuestro corazón para poder descubrir esa harina fulgente, ese calor mágico y entrañable que circunda en la carne y en el espíritu de nuestra amada.

Tengan estas líneas el valor de un testimonio, de la más pura y desgarrada confesión. En la total desnudez, golpeado por la soledad y la ramificada nostalgia, mi ser todo (mi espíritu, mi carne, mis huesos) va hacia ti, te sueña y desea y daría la vida misma por sentir tu cálida y respirante presencia a mi costado.

¡Qué pobre, qué quebrada y sollozante mi voz! Es solamente palabra entrecortada y absorta de quien te ama más allá de la vida y de la muerte: en esa zona mágica donde el Absoluto únicamente nos entreabre sus profundidades. Eternamente te amo.

II

ALGUNA vez, Amor, alguna vez volveremos al seno de la tierra siempre amada. Alguna vez nuestra planta volverá a posarse en este suelo hoy hipotecado y envilecido. La renacida Primavera tenderá guirnaldas ante el nacimiento del día. Una coral de voces jóvenes y libres rescatará a la patria y la lavará de todas las podredumbres que hoy la afrentan y prostituyen.

Amada: volveremos. Y nuevamente Amor regirá nuestros destinos, unirá indisolublemente a los frutos de nuestra sangre, ya habilitados para disfrutar el cristalino viento de la Libertad.

Y cuando nuevamente unidos retornemos a la tierra realmente rescatada, estos aires de nostalgia que hoy te envía mi dolida voz, estarán transformados en el más alto y luminoso mediodía de jubilosa gloria. Portaestandartes de dignidad y renacida condición humana marcharán hacia la floreciente puerta del Futuro. Y nosotros, enlazados y cantando, saludaremos ardorosos el nacimiento del Alba. El inmenso Amor que desde mí riela hasta ti se hará un solo río de ternura. Tu gracia morena de ondeante cabellera desatada será un alto símbolo de dicha reconquistada.

III

EL día está nublado. También mi corazón lo está, al no sentir el calor y la luz de tu presencia.

Inmerso en esta poblada soledad, pienso en ti y en nuestros hijos y es un ramalazo de llanto helado el que apaga mi corazón y nubla mis ojos.

Querida, siempre entrañablemente querida: consuelo me es trazar estas letras donde te va mi voz dolida y apasionada. Cuando evoco a los niños, siento un chocar de espadas en mi frente. Comienzo a experimentar dentro de la sangre el sabor amargo del destierro: alejamiento de tantas cosas amadas dentro de las cuales ocupan el primer lugar nuestros hijos.

Nostalgia de las cosas queridas: de la tierra, de nuestra

familia, de nuestros hijos, de nuestra música, de tantas y tantas cosas, pequeños objetos y circunstancias que contribuyen a conformar esa realidad que llamamos: lo cotidiano. Y, dentro de todo eso, tu presencia, mi Lilliam, surgiendo como un continente de paz, de amor y de esperanza.

Entrañablemente amada: es la nostalgia de ti la que hoy puebla estas líneas. Y la confinada y serena esperanza de que pronto estarás junto a mí para luchar, para vencer a las Furias y conquistar la vida que bulle y se agita a nuestro torno.

IV

Ay, Amor; ay, Amor: ¡qué nudo en la garganta; qué dolor sin salida; qué derrumbe! Cada día, cada hora que transcurre se nos va revelando de manera más nítida y profunda la magnitud de nuestra derrota. Una vez más el pueblo ha sido traicionado, envilecido y escarnecido. Creímos en la victoria de nuestra causa justísima y fuimos engañados, entregándose nuestra amada tierra a la insaciable voracidad del monstruo extranjero. Nuestra Guatemala desgarrada y hecha trizas por la zarpa enfurecida de una gran potencia.

Estábamos organizando la vida en un sentido de dignidad y de progreso y se nos ha destruido porque nuestra causa era un alto ejemplo para América. Se nos odiaba no por nuestra fuerza física ¡tan pequeña! sino por la altura y trascendencia de nuestro mensaje.

Amada: qué dolor no tenerte en este instante junto a mí: si supieras en qué medida te necesito, cómo me haces falta. Veo a los otros compañeros con sus esposas y les envidio y me duelo de que estés ausente. He comenzado a experimentar una nueva y desconocida realidad: la del desterrado. Existe un aire de saudade, de nostalgia en mi torno. Tu imagen no me abandona, ni el recuerdo creciente y dolido de nuestros hijos. Tú y ellos son los únicos que hoy colman el vacío de mi alma.

V

Por ti agonizo, Amor: duéleme esta soledad que cada día se hace más cortante y cóncava. He estado pensando en ti: me he dado cuenta de cómo tu presencia ha colmado los años más maduros y definitivos de mi vida. No sé qué hubiera sido de mí sin tu apoyo, sin tu sostén de entrañable y apasionada fuerza.

Recuerdo cómo te conocí; con qué irrefrenable avidez me entregué a cultivar tu amor. Fue un apoderamiento inefable el que me entregó a tu vida, a tu compañía. Tu presencia fue algo más que un vino generoso y vital: fue una cálida corriente de conmovida humanidad que sacudió mi vida toda y la orientó por una senda de prodigio.

Lilliam, amada mía: tú me diste pedazos de tu carne, tú me entregaste esas criaturas imponderables que le han dado sentido y contenido a mi vida. Tú has sido la compañera irremplazable tanto en la alegría como en el dolor.

Es por eso que ahora añoro tu presencia y me haces más falta que el aire, que la luz. Me considero el más desdichado de todos cuantos habitan dentro los muros de esta Embajada. Solo, en medio de esta heterogénea muchedumbre, vivo una desgarrada y lacerante agonía. El que hayamos caído sin luchar, maniatados y traicionados añade más dolor a mi sufrimiento.

Si al menos tú estuvieras a mi lado. Sin embargo, más allá de la desesperanza, oh, mi inolvidable, viene un ramalazo de luz y de esperanza: será cuando experimente el gozoso delirio de tenerte nuevamente a mi lado.

Lilliam, amor mío, absoluto y cada vez más constante: mi nostalgia se expande, se ramifica y desborda. Quieran los gratos hados que mi angustia termine y mis ojos puedan recrearse pronto en ese horizonte de pasión y ternura que te circunscribe.

VI

Amor mío: todo el día mis ojos y mi corazón han estado nublados. En este día, en esta fecha nos casamos; en este día, en

esta fecha, nació nuestro hijito querido. Hoy, cada vez que recordaba estas cosas, mi alma sangraba. ¿Cómo estará mi "pilisho"? Hace días que no sé de él, ni de ti, ni de los otros niños. Esto me angustia. Hoy le escribí a tu mamá por medio del excelente amigo Fedro.

Sí; esta forzosa separación no ha hecho sino aumentar mi amor por ustedes. Me ha permitido darme cuenta de que nada soy si estoy alejado de mi esposa y mis hijos. Sin ustedes soy como un árbol mutilado, como una casa abandonada, vacía. Tú, amada Lilliam, y los niños son los seres que le dan sentido y contenido a mi existencia. De faltarme ustedes, la vida ya no merecerá la pena de ser vivida.

En esta anochecida es gran consuelo para mi alma el recordarte. Nada ni nadie podrá disminuir la acrecentada pasión que hacia ti se desborda. Mi amor por ti es elemental y primitivo; es algo que me enciende la sangre y me arrebata. Te quiero desesperadamente.

VII

AMOR mío: en este día se cumplen veintidós noches de sufrimiento por no verte: no se de ti ni de los niños. El asilo tiene ya todas las características de una prisión: estamos totalmente incomunicados con el exterior. He estado recordando ahora los últimos días que estuvimos juntos. ¡Cómo me ayudaste durante esa época de trabajo agotador; cómo me acompañaste en horas de intenso peligro nocturno, cuando retornábamos a casa después de la medianoche, prácticamente indefensos, después o en medio de los apagones!

Qué nombre darte: mi solidaria, mi camarada, mi compañera adorable. Tú me infundiste coraje y decisión; tú te empeñaste en que en todo momento estuviese en mi puesto de lucha. Te admiro, mi adorada, por tu temple, por tus profundas y probadas convicciones: por tu coraje.

Estos días sin ti han sido los más lacerantes e intranquilos de mi vida. Ellos me han revelado el tamaño de mi amor hacia ti.

VIII

AHORA que la noche comienza a caer, los asilados tratan de olvidarse de su triste condición: por aquí, grupos que conversan; por allá, otros cantan e improvisan músicas. Otros, leen los dos o tres periódicos del día que han logrado ser introducidos a la Embajada, cada día más incomunicada con el exterior. Yo, una vez más, estoy aparte y te sueño junto a nuestros hijos, ramas del gran árbol de nuestro amor.

Más allá de los muros, más allá de las distancias breves y sin embargo tan infinitas, mi pensamiento no puede sino recordarte. Sigues siendo el tema más amado, el norte de mi sentimiento, el puerto adonde siempre va a desembarcar mi nostalgia. ¿Cómo olvidarte si te siente habitante de mi propia sangre, carne de mi sueño, razón de mi propia vida? La Embajada es hoy la prisión donde te añoro, la fortaleza sitiada donde un hombre desgarrado no deja de adorarte.

Amor mío: toda la vida transcurrida a tu lado y junto a nuestros hijos queridos se me representa ardida de realismo, reanimada de pasión y de entusiasmo. Esta dura separación (insisto) ha fortalecido mi amor, mi pasión por ti. En todo momento surges ante mí como un conmovido fruto de ternura: tu voz, tus gestos, tu mirada, tu cabellera, tu sonrisa, el mismo ruido conocido de tus pasos los siento cerca de mi corazón dolorido.

IX

AMADA: no todo es desaliento: no estamos derrotados, ni solos: somos el pueblo, la vida, la esperanza. Es el destino y el porvenir del Hombre el que está en juego. La lucha es mundial: entre el pasado que se niega a morir y la savia nueva del Futuro que crece y se ramifica. El monstruo del Pasado (todavía poderoso por algún tiempo) nos ha embestido. La traición no nos permitió luchar. Derrota transitoria, local, sin la importancia que nuestro candor pretende concederle. Las fuerzas del Pueblo (aquí, allá y más allá) están intactas.

El Amor (que es la Paz) hermana a los hombres y les

invita a la acción, a hacer realidad sus sueños. Es en nombre de ese Amor que hoy te habla mi corazón.

Pasada la angustia, superada la nostalgia, las banderas de mi sangre se despliegan y danzan en el viento.

Vuelve la Primavera: la Poesía alza su voz. Nuestros hijos son ya la medida concreta y exacta del Futuro. Crece la marea indetenible. Avanzan los estandartes del Pueblo. Eso es lo que cuenta.

X

AMOR: escucho los pasos de una muchedumbre que avanza: va cantando Himnos de Amor y de Paz, de gozosa y serena alegría. Banderas desplegadas, hombres y mujeres enlazados, músicas esplendentes. La Primavera (como el sol) es goce colectivo. Nuestra actual tragedia es sólo remoto recuerdo, local, sin importancia. Fue un tropiezo, una resquebrajadura en el bloque del Pueblo. No se detuvo la marcha, ni se perdió el ritmo esencial. Creció el Amor, se expandió la consciencia de lucha. El desaliento ha muerto, porque las voces más hondas de la sangre me han dado claridad. El mundo es vasto y hermoso. La actual miseria e injusticia serán destruidas por el impetuoso empuje de los hombres nuevos. Indetenibles, verdaderos seres de acero, construirán el Futuro al que sólo hemos contribuido a edificar las bases. Allí veo los rostros iluminados de nuestros hijos. Allí estamos nosotros mismos, graves, apoderados del júbilo, disfrutando un Amor al que la nostalgia y desperanza recientes han ayudado a madurar.

Avanza la muchedumbre. Canta. Sonríe serena y dueña de su fuerza. El sueño y la acción, al fin, se han reconciliado. Somos el Amor. La nostalgia ha replegado sus banderas.

APUNTES SOBRE LA POESÍA DE ALFONSO REYES

Por *Manuel LERIN*

ALFONSO Reyes en la nota inicial de su libro *Huellas* dejó asentado: "Yo comencé escribiendo versos, he seguido escribiendo versos, y me propongo continuar escribiéndolos hasta el fin: según va la vida, al paso del alma, sin volver los ojos. Voy de prisa". Esto escrito en el año de 1922 revela un propósito que se ha convertido en ideal, pues Alfonso Reyes mantiene su paso de explorador poético. Su fidelidad a la poesía se advierte cuando encontramos dentro de su bibliografía un número notable de libros escritos en verso. Y tal cosa no sería sorprendente si no se le considerara prosista por antonomasia.

Ha ido de prisa, en efecto. A sus inquietudes poliédricas agrega la flor poética no como adorno, sino en forma de capítulo en su historia literaria; capítulo, por cierto, relevante. Para quienes no se han acercado a él con serenidad, puede ser motivo de asombro el descubrir que a la belleza del estilo, a la sazón del pensamiento, a la bondad en los relatos, une otro aspecto: la poesía. Y ésta desenvolviéndose y creciendo de acuerdo con las exigencias del ambiente; sin que esto quiera decir esclavitud a la moda, que sí permeabilidad a la atmósfera cultural. Porque ser consecuente con el medio implica un deber: no sólo la comprensión —antena que capta las modalidades—, también proponer rumbos, señalar caminos, dejar un vestigio que con el tiempo se convierta en signo indeleble.

"Según va la vida, al paso del alma", ha dicho y después de más de treinta años, esta frase adquiere un sentido de verdad cuando cotejamos su obra, pues la conciencia ha estado alerta para no traicionar los proyectos primordiales. Don Alfonso quiso ser poeta y lo es; pensó escribir versos y lo obtuvo; adelantó una promesa y, cumpliéndola, proporciona a las letras nacionales ejemplo de cómo lograr el advenimiento creador.

Su poesía queda entre las señaladas de nuestra lírica.

Hombre de muchas lecturas, como se ha dicho, su postura poética está sujeta a ello. No hay por lo mismo nada criticable.

Enterado en demasía, su expresión tiene adherida la sapiencia. La sabiduría le brota de modo espontáneo y pienso que si se propusiera ocultarla perdería personalidad: el conocimiento es parte innata en su perfil de escritor. Inclinado desde temprana edad a los estudios clásicos, ellos le servirán durante toda la vida como referencia; en sus comparaciones el mundo antiguo le da un dato o una insinuación o la base para manifestar, ya dentro de nuestra realidad, lo que siente o admira. No creo en una evasión de lo actual o el abandono de preocupaciones modernas o la vuelta de espaldas a la sensibilidad de hoy. Todo lo contrario: su emoción asocia con rapidez estética hechos y circunstancias que han pasado por su intelecto, que permanecieron en la conciencia como valor artístico. Es, a mi modo de ver, como quien remoza el pasado en las aguas modernas y lo digo sólo en función del tiempo que no bajo la calidad de lo clásico eterno. Así es como en los versos de hace treinta años vemos aparecer nombres de la época clásica —Minerva, Clíope, Egeo, Títiro, Dafnis, Apolo, Leneo— y aun en los poemas recientes no escapa a esta costumbre. De igual manera asoma cierto paganismo, paganismo no por actitud moral, más bien por el regodeo en los bienes de la naturaleza:

Mis labios mojé en vino cordial,
con que al beso doy sabor y salud,
y late en mi sien la savia vernal
de la juventud.

La poesía de Reyes muestra desde sus comienzos gran personalidad. Hallamos en ella notas singulares. Pese a los contactos, tiene en su haber características que la diferencian. Y tal particularidad cruza su obra hasta el fin.

Los cambios expresivos que posteriormente encontramos no empañan su sencillez. Creo que ha buscado siempre esa llaneza, pero por motivos culturales déjase llevar por la corriente. Y tan es así que el lenguaje coloquial es usado para resolver la idea poética:

Y hete aquí que a la menorcita,
también llamada Flor de Amor,
un garrido galán de amores
en amores la requirió.
Y la niña ¿qué le responde?
Bien oirés lo que respondió.

La nostalgia no gana la partida a don Alfonso. Se sabe defender y adopta recato ante los infortunios. La discreción es seña: no hallaremos en su obra poética lugar para el lloro estruendoso ni para la queja desmedida. No conocemos su dolor al grado que nos haga sentir poseídos por la tragedia. ¿Podría llamarse a esto pulcritud en los sentimientos?:

La lumbre de la tarde se apaga. Raudo giro
de imperceptibles pájaros vibra con suave son.
Y un grito, y un sollozo, y un canto, y un suspiro
se ahogan en la tarde como en mi corazón.

Por lo mismo da la impresión de no dejarse caer en la zozobra. Para otro poeta el tema del suicidio o el descubrimiento de la primera cana habríale provocado una reacción destructiva. Reyes que, indiscutiblemente, percibe la trascendencia de tales sucesos no por ello se abandona. Tira de su voluntad y transforma en regocijo el instante funesto. Así acontece en *Oda contenta* y en *Suicidios*. En la inmersión de sí mismo no rebasa el límite y parece juego lo que en el fondo es estremecimiento:

Para imitar al Indiferente
de Watteau, resulto sanguíneo
y regordete, y para cubista
¡me sobran tantas curvas líricas!

Yo soltaré mi secreto un día,
renunciando a todas mis canciones.

No es raro topar con el diálogo. Lo frecuenta y se sirve de él para proponer diversos ángulos, o, mejor, para sin recurrir al planteamiento filosófico, mostrar una inquietud como en *Cuatro soledades* donde tras de resentirse ante el fracaso dice:

—¿Qué tienes, alma, que gritas
a tu manera y sin voz?
—Los caminos de la vida
no llevan a donde voy.

En ocasiones describe y relata; entonces vemos cómo el lenguaje natural, se va ajustando a las necesidades poéticas. Aires virgilianos llegan hasta su huerto y es cuando un clima de paz se cierne sobre la poesía.

La gama de su expresión es amplia. Pero no ha engolado la voz en un afán de impresionar, que sabe bien que el grito no es, comúnmente, lo rotundo. Existen otros medios que el alma posee. Todo puede decirse depende en el modo. Y hasta por salud espiritual debemos, de cuando en cuando, abrir una sonrisa en medio de las vacilaciones. Reyes ha cultivado el humor en la poesía y esto es desacostumbrado en nuestra lírica tan saturada de quejumbre. El juego viene no como desprecio a la circunspección. Es la habilidad inclinada ante todas las posibilidades:

En las solapas, diamantes,
y rubíes en los senos;
los ojos, aguamarinas;
nácares en. . . ¡bueno, bueno!

Y otro ejemplo:

Necio el magnate si aspira
a los lauros de la fama,
pues ¡adiós a su soflama
en cuanto la pata estira!

O como en el *Cuento alemán* que empieza: "A la hora en que el gato salta sobre el tocino" y termina: "Hicieron estos versos cuatro monjes goliardos, —de vidas vagabundas si de familias ricas. . ."

Se solaza en abrir un paréntesis a la gravedad de la vida; no desea, por el momento, sumirse en pensamientos. Pero es necesario notar que ello no significa huida, acobardamiento; es, llana y sencillamente, la atracción por el bullicio. Así se advierte en los poemas *De Helena, Llanto de Briseida, Penuria en muerte, Amor pedante, Conscriptos.* Miremos este ejemplo:

Reina de mis reflejos automáticos,
no sólo de mi mente y mi razón,
resorte de mi cortex y mi tálamo
y coronaria de mi corazón

Mas no es todo esto. Tenía que agregarse la ingenuidad. Sí, la contemplación de la infancia excita el sensorio no negándose a trasladar al papel su hábito particular. Típico de ello es

El abuelo, donde deliciosamente muestra la confesión amorosa y paternal:

—Dinos, viejo galán de
la edad florida:
de tus netezuelas
¿la preferida?

—Otra lleva la rosa,
¡y es tan gallarda!
Fácil es a la risa,
y al lloro, tarda.

Sus sensaciones auditivas dan cabida a la práctica poética. Probablemente otro hubiera abandonado este motivo por considerarlo vacuo, carente de material artístico. Reyes muestra aquí su avidez por todo lo que lo rodea. El artista debe aprehender cualquier dato que hiera sus sentidos para aplicarlo como abono a la tierra poética. De ahí surge un cuarteto que su lectura hace pensar en el dominio del verso. Además, al denominar al poema *Fonética*, está explicando previamente su intención:

Ayer, gritando una muchacha: —¡Jaime!
desde un balcón, al tiempo que pasé,
sorda la "jota", sólo dijo: —¡Aime!,
y por engaño de la voz: —¡Ay me!

La metáfora de este regiomontano describe una parábola. En los comienzos, se sustenta en una comparación sencilla. El emparentamiento de los dos contenidos se efectúa de modo llano. No pretende deslumbrar, la complicación no es de su apetencia. La unidad metafórica no fuerza al lector a que indague las razones o el porqué de esos pareamientos. Es así, naturalmente.

"El cielo tiembla como si fuera un corazón" dice en un poema fechado en 1912. Y esta tesitura se antoja feliz porque hay un equilibrio entre los elementos parangonados, además de despertar la consecuente emoción. "Pureza de cristal el pensamiento" pronuncia en otro poema, éste ya de 1949. La intención metafórica es semejante a 1912: desembocar al cauce de la simplicidad. He aquí los dos puntos equidistantes y apoyados en el mismo plano.

Entre estos extremos existen metáforas que marcan la evolución de Reyes. Ya el cotejo de los elementos se realiza despegándose de la equivalencia material, para sostener la relación por lo que hace al gusto emocional del poeta. O sea que la metáfora se sutiliza, responde al gozo mental del artista más que a la posible correlación entre las partes que la componen:

a) La Necesidad, maestra de herreros
. . . .
tan bestial como la coz del asno en la cara de la molinera,
y tan majestuosa como el cielo.

b) y en la evaporación de las esquilas
el cielo azul se colma de vocales.

c) (Era tan azul e intacta
la luz de la madrugada,
que parecía que andabas
sobre la hoja desnuda
de una espada.)

d) ¿Quién vio temblar nunca en tu vientre
el lucero azul de tu ombligo?

e) Casas negras —los ojos venecianos— se arrojan sobre el mar
[a pico,
y, a lomos de la iglesia —telaraña de yodo—, una inmensa
[red se solaza.

f) Hinchada de domingo, brinca en el frontón la pelota.

No considero que Alfonso Reyes, por inclinación, prefiera el alambicamiento a la limpidez. Su mentalidad hecha para explicar choca con semejante preferencia. En cualquier libro suyo se palpa la visibilidad de las ideas. Es condición alfonsina la nitidez. Pienso, entonces, en las circunstancias girando en torno del escritor, las lecturas y las preferencias acosándolo y, consecuentemente, la expresión que admite ensayar tal modalidad. Así se explica la escala de imágenes en su acervo. Pero tómese esto como inquietud poética porque de preferencia la diafanidad será lo distintivo.

Los temas son varios. No ha sido parco en acometer diversos asuntos bajo tratamiento distinto. Empecemos con el amor.

El amor no adquiere en nuestro artista importancia absoluta. Para obra tan extensa el tema amoroso ocupa lugar reducido. Son pocos los poemas en los que abiertamente lo ataca; por lo general, de modo indirecto llega hasta él. Luego hay un velo que cubre con mesura las manifestaciones a la amada:

¿O si te esconderás, amontonada
en la gruta de agua de mis sueños?
Tierna la noche, jadeando arrastra
—apenas— una hora.

La delicadeza para plantear el conflicto sentimental es típico en esta poesía. No se desea mostrar al mundo la intención amatoria. No se quiere proclamar ululantemente el dominio del ser amado; pero, tampoco, enseñar debilidad. No la entrega, sí la declaración. Tal hecho tiene salvedades como en los poemas *Esta necesidad...*, *A solas*, donde la rendición es indiscutible. La pureza acompaña al sometimiento:

¡Loada la virtud, amiga mía,
que enlazó para siempre nuestras manos
para más enlazarlas cada día!

La infancia, el amor filial, el amor paterno, los episodios militares, la amistad, son temas tratados por Reyes. Hay por ahí un soneto donde implora a la Divinidad ("Señor, mi Dios, corona de los mundos —rey de la Biblia, voz de los arcanos") y en cuanto al tema de la muerte se apunta, de soslayo entra en la poesía con excepción de aquellos versos titulados *Visitación*, pero no se nota desgarramiento, aflicción o inquietud. Prevalece la serenidad cuando habla de la muerte:

Más tiene de caricia que de pena.
Eras alivio y te llamé cadena.
Eras la muerte y te llamé la vida.

El aliento cívico no le es extraño aun cuando no de su predilección. *En la tumba de Juárez* enseña cómo no es indiferente a las corrientes civiles. Escrito en hexámetros españoles, sostiene la bizarría necesaria para cantar lo heroico.

Reyes se distingue, entre otras cosas, por el dominio del verso. Sería incomprensible si no hubiese intentado el ejercicio de metros. Imagino que a su expresión atenaceó el poder obje-

tivar las emociones en distintas medidas poéticas. Su cultura clásica lo empuja a recordar los ejemplos que métricamente se consideran definitivos. Sonetos, estrofas con pie quebrado, quintillas, el hexámetro español, sáficos, décimas, romances, sonetos asonantados, versos libres, versos de veinticinco y treinta sílabas, son, entre otros, los vehículos formales de este poeta. Con ellos va levantando su edificio, por ellos enseña su calidad expresiva. Algunos romances son de valoración elevada. Los *Sonetos ofrecidos a André Chénier* pueden aparecer en cualquier antología. El poema *A la memoria de Ricardo Güiraldes* impresiona por esa capacidad absorbente que estriba en dejar ir la idea en largos y constantes dísticos.

Un poema de don Alfonso nos pone alerta sobre el léxico. En su afán de precisión recurre a vocablos que normalmente no encontramos en otros poetas. Es natural que cada escritor acuñe un lenguaje. Las incitaciones del medio ambiente son captadas y devueltas por medio de palabras sui géneris. Más aún, algunos poetas pasan a la posteridad con el uso de un vocablo que sirve para interpretar su punto de vista peculiar, un estado de ánimo o el plano espiritual de donde arrancan a la concepción de su mundo poético. Don Alfonso se ayuda de la erudición para completar los medios expresivos. En ciertos casos la urgencia de no repetir la misma voz oríllalo a buscar otra equivalente; pero, en otros, el fenómeno se debe a la adaptación imprescindible de un concepto que, a su entender, es el adecuado. Baste anotar algunas palabras para comprobar lo dicho. Subrayo el vocablo:

a) este *acallantarme* solo
un instante nada más

b) brinda el trago sin hiel de los *lotófagos*

c) y *aínas* que muero

d) es la *occisión* del amo, que en otro tiempo fue

e) como la miel más delgada
para *triaca* del veneno

f) el aire le *agrumaba* la garganta

g) otro *fastigio* y otra cumbre escalo

h) su turbadora *vaharada* fría

He escogido palabras que van desde los primeros versos hasta los últimos, con el fin de atestiguar el empleo en varios momentos de un léxico desacostumbrado que —es sensación personal— no siempre se empareja a lo poético.

En ocasiones aprovecha el recurso de dividir una palabra a efecto de ajustar el número de sílabas del verso, por una parte, y por otra para lograr la consonancia. Aun cuando técnicamente logra su propósito, para algunos quita al poema la seducción que provoca cuando al leerse no demanda esfuerzo. Claro que tal recurso revela seguridad, interés en no dejar sin aplicar nada que sea posible en el verso:

> grave dominas, y el seño torvo contráes, y ahuyenta
> sorda tu cólera el brío de los guerreros, y grávida
> se hincha la tierra en volcanes a tu mandato y violenta-
> mente su entraña vomita, para servir tus hazañas

También reúne dos voces para dar el número de sílabas necesarias:

> Cada día que amanece
> inventaré otra mentira,
> con la constancia del mar-que
> se muere todos los días

Y el juego de palabras lo tienta:

> quieren esconderla en agua
>
> —Quieren esconder la enagua

No es posible ocultar los hábitos. Todo artista revela en alguna parte de su creación algo de sí mismo. La biografía, así, incrústase en su obra para proporcionar experiencias o sucesos que lo exhiben. Reyes da en *Sátira de la compañía* un trozo de este tipo.

Que el arte es, entre otras cosas, un ejercicio al cual hay que estar apegado, don Alfonso, nos lo dice con frecuencia. Sólo así se logra consistencia y poder. La práctica desarrolla la aptitud necesaria para obtener un rendimiento en la expresión. El poema *Los Paúles* lo demuestra, pues para rendir homenaje a Paul Morand, habla de distintos Pablos —Verlaine, Eluard, Claudel, Valéry, Fargue— lo que le permite exaltar, al mismo tiempo, las cualidades mínimas de cada uno de ellos.

El vencimiento de las dificultades es, a mi entender, acicate para este escritor. No quiere ser derrotado por los impedimentos que el idioma le enfrenta. El trabajo reiterado abre el imperio sobre la forma y no es que para don Alfonso la separación entre forma y fondo —viejo concepto— sea válida, mas sí que el poeta debe disponer de elementos suficientes.

Dos poemas indican este afán: *Aliteración* y *¡La sinalefa!* La aliteración es una figura retórica que se establece por la combinación o sea mezclando palabras análogas por el sonido; es la repetición de una misma letra. Pues bien, oigamos esta gimnasia poética:

etéreas eras are tu mancera
y con aérea pirámide tu pira
entre oros se mire, de manera
que al aura mañanera, si suspira,
arda el pecho de amor, como en la hoguera
Hércules al furor de Deyanira.

La sinalefa, casi por demás repetirlo, es la fusión de dos sílabas final e inicial, para formar una sílaba métrica. Reyes en el poema de igual nombre no da lugar a la formación de ninguna, concluyendo el soneto limpio de esta licencia métrica.

En algunos versos la cita de lo mexicano surge espontánea. No sólo la cita; es empleado el diminutivo y ya sabemos que los mexicanos nos distinguimos no nada más por el uso sino por el abuso de este accidente gramatical: "este ratito que hurto - al tiempo de los demás".

Voy a citar como constancia de lo dicho los versos siguientes:

a) que siempre ha sido la muerte
novia de los mexicanos

b) y las lanzas del cacto mexicano

c) el lazador de América y el fiero mexicano

d) al fin somos mexicanos:
o ruinas o monumentos

e) porque soy de Monterrey
lo más al norte de México

f) Y cómo te han de castigar mis manos,
¿cuando sabes que soy, memoria mía,
el más piadoso de los mexicanos?

Es necesario, además, leer el soneto *Blasón.* Ahí está el escudo patrio —la sierpe, el águila, el clásico nopal— y porque marmóreamente se integra la visión tan conocida por nosotros: "Una serpiente de sedienta boca— padezca bajo el águila un instante".

Reyes nos ha hablado con maestría de los estímulos literarios: "Suele llamarse génesis literaria todo el proceso de creación de la obra, desde el instante en que ocurre la tentación hasta el último rasgo de la ejecución verbal. Los estímulos iniciales son el prólogo de este proceso, la primera palpitación de este movimiento". Y no cabe duda que el estímulo literario empuja la obra alfonsina. No puede negarse en *Ifigenia Cruel.* Eurípides sirve de inspiración al teatro en México a través de la obra de Reyes que, si bien se aparta del trazo griego, conserva los rasgos que la identifican.

Ha señalado, a mayor abundancia, los estímulos de mera excitación o dinámicos remitiéndonos a sus *Romances del Río de Enero* en los que un balanceamiento emocional provoca el ímpetu creador. Su cultura fragua con persistencia el impulso poético. Lo helénico, lo clásico, se injerta en su poder creador con notas que relaciónanse con experiencias actuales. *Homero en Cuernavaca*, por ejemplo, se gesta en un viaje a la población mexicana llevando bajo el brazo los trabajos del poeta griego.

Su permanencia en España, que lo coloca al lado de las figuras más destacadas de la literatura peninsular, déjale otro estímulo.

Desde que hallóse en nuestra literatura el tono velado, el matiz crepuscular, se ha hecho axiomático este concepto y leer poesía de Alfonso Reyes es, en cierta medida, no descubrir plenamente esos requisitos, lo cual no indica desvinculación de lo mexicano, sólo una menor cuantía de esos elementos. Por asociación recuerdo a Salvador Díaz Mirón que tampoco es afectado por esas características. No quiero indicar con esto un españolismo en el regiomontano; sólo, por igual, el uso de formas clásicas españolas. Pero los temas, el tratamiento y hasta ciertos giros demuestran su atamiento con las raíces nacionales:

Pongan a la pasión música
y al gato su cascabel.

Como estudioso ha puesto la vista en figuras como Góngora y Mallarmé. Sesudas investigaciones que —aquí volvemos a los estímulos— con toda seguridad dejan huella no de imitación que sí del espíritu que anima al español y al francés.

Mallarmé dio al mundo el simbolismo. Esta corriente presentóse en una reacción contra el parnasianismo y el naturalismo aunque fuera transitorio su reinado. Su refinamiento, aristocracia, el uso del símbolo, la metáfora evocando lo misterioso y vago, la oscuridad en la expresión, todo ello organiza la tendencia simbolista. Mallarmé llegó a prescindir de la puntuación en el verso y ese hermetismo con el que recubrió su producción hace que su poesía se lea para gozar la composición, las sugestiones de las palabras, más que para entenderla.

El poeta regiomontano en algunos trabajos descubre los contactos con el escritor galo. En *Minuta* hay una ausencia de puntuación y en *El descastado* leemos casi una prosa rimada. *Los pelícanos* puede ser otro ejemplo donde la arquitectura del poema se integra por una sucesión de ideas que se van relacionando unas con otras de tal manera que, momentáneamente, nos sume en sombras.

Desde su volumen *Cuestiones estéticas*, o sea por 1910 ó 1911, dedicó un maduro análisis a la estética de Góngora y ha cultivado una pasión por el autor de *Polifemo*. Tal pasión parece ser otro de los estímulos, sólo que esta simpatía no se realiza en función del oscurantismo, sino a mi parecer, en la voluntad de buscar el vocablo más propicio, la perfección expresiva. Recuerdo, y estoy seguro que es aplicable en este momento las palabras de Pedro Henríquez Ureña: "De un modo diferente, los poemas de Enrique Banchs, de José María Eguren, de Alfonso Reyes llegaron a hacerse esotéricos, no en cada una de sus imágenes, sino en las remotas fuentes y alusiones de sus poemas". Mas no considero que nuestro poeta se haya afiliado a tal o cual tendencia por instinto, lo cual supone una predisposición. Fue el camino corriente que, una inquietud como la suya por todo lo literario, tenía que seguir. Algo así como aquella de "nada me es indiferente". Porque si en algo sobresale y adquiere significado es en la claridad: no hay escrito suyo capaz de no ser comprendido; más aún, su virtud se apoya en volver

diáfano lo que algunos rebuscan. En el balance de su quehacer poético pesa más lo transparente; lo otro queda como medida de sus aptitudes.

Ha dicho refiriéndose a los sonetos publicados en 1905 con base en un grupo escultórico de Gordier, que a los pocos meses ya sentía la influencia parnasiana que "rectificó el romanticismo amorfo de la adolescencia, el cual —impericia aparte— era el pecado de todos mis versos anteriores", para agregar después: "Ella —la influencia parnasiana— trajo su consejo de respeto y amor a la física de la palabra". Este respeto se traduce en el hallazgo de la objetividad, porque, en efecto, el parnasianismo como reacción contra el romanticismo elevó la eficacia impersonal, buscó la realidad objetiva y la perfección métrica.

Por la disposición de don Alfonso a domar el idioma y a conseguir la excelencia, el parnasianismo se aviene a esos ideales. No podemos imaginárnoslo laxo, apático con los problemas de la técnica, relajado delante de las espoleaciones de la retórica o de la investigación. Siempre tenso, su carrera exigía la cristalización de la realidad —en este caso de la realidad poética— y el "respeto y amor a la física de la palabra".

Apunto otro posible ascendiente: el poeta Manuel José Othón, sobre todo en los temas rústicos; y en este supuesto, Reyes tendría un apoyo clásico dado que el potosino, por temperamento y formación, puede considerársele como tal. En el poema *La tumba de Manuel José Othón* hace gala de pureza y clasicismo.

Se ha hablado sobre su interés por lo helénico y esto es principal desfogue para quienes le niegan un arraigo nacional. *Ifigenia Cruel* que es una pieza de valor extranacional por el rebase de nuestras fronteras en un intento de interpretación clásica, está planeada a precisión. Y este delimitar los alcances; y este poner mojoneras y tirar niveles, indica la tendencia por no caer en el error ni en lo vulgar. Los yerros y lo ordinario están fuera del plan de trabajo; mas no se quiera deducir de ello desprendimiento de lo popular, porque hay una mirada vigilante hacia la esencia del pueblo que transforma, por igual, el lenguaje y los sistemas de gobierno.

Los provincialismos felices, la sobriedad verbal, la aridez en las frases, la huida del engaño melodioso, hacen de esta tragedia una contribución al poema clásico. ¿Quién no siente el empuje heroico y el abismo que el Hado traza para Ifigenia?:

Alta señora cruel y pura:
compénsate a ti misma, incomparable;
acaríciate sola, inmaculada;
llora por ti, estéril;
ruborízate y ámate, fructífera;
asústate de ti, músculo y daga;
escoge el nombre que te guste
y llámate a ti misma como quieras:
ya abriste pausa en los destinos, donde
brinca la fuente de tu libertad.

La poesía de Alfonso Reyes tiene un sitio despejado en la lírica nacional. Todo artista que en verdad lo es se distingue al hacer de su expresión algo diferenciado. Reyes, desde los primeros versos, aporta a nuestra literatura un modo individual de objetivación, es decir, su poesía arroja personalidad. No tiene colorido si por ello entendemos recargo de luz, sombras y tintes. La queja no toca el plano de la exasperación que un tono de prudencia recorre toda su obra. Reflexivo sin pretender confundir la poesía con la conturbación filosófica, hace accesibles sus cavilaciones. El uso de un lenguaje coloquial al lado de cierto barroquismo lo sitúan entre las dos corrientes: lo culto y lo popular, sin que esto último signifique caída en lo plebeyo. Su poesía es aseada, pues difícilmente encuéntranse pecados gramaticales. Amante de no quedar en duda, ensaya formas y hace del poema sala de armas o sea lugar de ejercicio: los juegos de *Cortesía* y *Minuta* lo evidencian. Reyes mismo lo explica así: "Desde ahora te digo que quien sólo canta en do de pecho no sabe cantar; que quien sólo trata en versos para las cosas sublimes no vive la verdadera vida de la poesía y las letras, sino que las lleva postizas como adorno para las fiestas". Y en esto del pasatiempo y la diversión, se vincula con lo mejor de la literatura española. Su versatilidad lo mantiene ágil y exacto.

En él sobrepuja el pensamiento. La emoción, los trastornos personales se tamizan. La sensibilidad al tratar de plasmarse poéticamente pasa antes por el cedazo de la inteligencia: ésta toma de la mano a la inspiración. Estos cuatro versos encierran su postura:

Insobornable pensamiento mío,
Atento celador de mi cuidado,
¿cuándo me dejarás algún desvío,
desaprensión, olvido, desenfado?

Pese a los enlaces literarios —otro lo llamaría influencias— su poesía erudita, equilibrada en lo formal, deja títulos antológicos como *En la tumba de Juárez*, *Oda nocturna antigua*, *El descastado*, *Glosa de mi tierra*, *Dos horas para ti*, *Los pelícanos*, *Villa de Unión* —de lo más vigoroso y nacional—, *Tonada del acero de la mañana*, *Sol de Monterrey*, *Salambona*, *Cantata en la tumba de Federico García Lorca*, *Arte*, *Cima*, *Undecimilia*, *Candome porteño*, *El pájaro colorado*, *Sonetos ofrecidos a André Chénier*, a más de poemas de *Minuta*, *Romances del Río de Enero*, *Homero en Cuernavaca* e *Ifigenia Cruel*.

En una página célebre Pedro Henríquez Ureña nos dice que "No está, pues, fuera de las tendencias del espíritu mexicano Juan Ruiz de Alarcón, al revelarse clásico de espíritu, tanto por su disciplina artística (en la que, bien se comprende, es el primero entre todos sus compatriotas), como por sus aficiones a la literatura del Lacio, por su afinidad, tantas veces señaladas, con la musa sobria y pensativa de Terencio. Pero su espontánea disciplina, por lo que tenía de clásica, nunca le impidió apreciar el valor del arte de su tiempo (nunca ha sido del clásico vivir en desacuerdo con su época); no sólo adoptó el sistema de Lope, y puso en él su nueva orientación, sino que estudió con interés toda la literatura de entonces".

Qué bien se acoplan estas palabras a la personalidad de Alfonso Reyes, ávido de recorrer todas las vertientes literarias en un deseo de no ignorarlas, preso en la mexicanidad al resistir la prueba psicológica que lo emparenta a sensibilidades, tonos y preferencias nuestros, apegado al clasicismo al exigirse reflexión y continencia por encima de los gozos experimentales que el ejercicio de su profesión le ha deparado. Así, considero que esta poesía se acerca más al concepto clásico con todo y las experiencias sufridas a través de su desenvolvimiento, que nadie es ajeno a los inoculaciones. No deja de ser mexicana, pero es ecuménica por el espíritu de interpretación a temas y sentimientos, realizando lo que Johannes Pfeiffer apunta: "La verdadera poesía no es veraz en el sentido intelectual, ni es bella en el sentido de la artesanía, sino que por el hecho de "plasmar bellamente" es *también* una manera de apoderarse de la verdad".

LIMITACIONES DE LA POESÍA Y DEFENSA DE LA PROSA

Por *Luis ALBERTO SANCHEZ*

1. *La corrección literaria y la educación de masas*

ESTE es el trasunto de un coloquio entre gentes especializadas en literatura. Ninguna de ellas competidora de nadie. La advertencia no está de más; desde que el "oficio" suele producir utilidades tangibles, hasta la poesía ha dejado de ser Campo de Agramante literario para incurrir en lo crematístico.

Estábamos tratando de establecer cuál era, o cuáles eran, o cuáles son los grandes poetas latinoamericanos surgidos después de la formidable eclosión que representaron Gabriela, Juana, Alfonsina (y Delmira; *cela va sans dire)*, Huidobro, Eguren, Vallejo, Neruda, Carrera, Guillén.

Inmediatamente asomaron dos docenas de nombres, con tanta facilidad que nos quedamos asombrados. No; ninguna literatura puede ofrecer así, como quien saca palomas del talego del prestidigitador, poetas a porrillo, en hilera, sin fórceps. No. La poesía es un *oficio* sagrado, una vocación estupenda, cuyo límite principal se llama "vulgaridad". Y, claro, si los grandes poetas abundan, ello se debería a que la poesía se ha adocenado, antes que a la fecundación artificial, *ad libitum* de las musas.

Discutimos acaloradamente. Uno dijo que carecía de fundamento rechazar la abundancia de buenos poetas en nombre de la poesía. Que si los había grandes en gran cantidad, lo racional sería felicitarse de tal hallazgo y celebrarlo como admirable aventura. Otro objetó en nombre de Emerson. Los poetas, un gran poeta surge cada cien años, y uno en cada tantos millones de habitantes. De otra manera dejaría de existir la gran poesía. Advertimos entonces que la dificultad del debate

residía en el adjetivo anejo a la poesía de que tratábamos: a la "gran" poesía y, por tanto, al "gran" poeta.

Para ser exactos convinimos en mencionar unos cuantos nombres, a modo de discusión preliminar, y borrarlos después de nuestros cálculos para hacer estos objetivos. El resultado no fue ningún acuerdo. Quedó la materia viva, a la espera de nuevas luces. Encallamos en el tema educativo, nos perdimos en consideraciones psicológicas, llovieron puntos de vista económicos, renegamos de la UNESCO, apuntamos a la media ciencia contemporánea, mencionados a Poe y Baudelaire, a Darío y Herrera y Reissig, a Unamuno y a Juan Ramón Jiménez, amén de nuestros amigos poetas de estos días. Con todo y eso, nos alejamos de la posibilidad de un acuerdo.

Traemos, pues, el tema vivo del debate o coloquio privado aquel, a la luz de la consideración pública. Pensamos que su esclarecimiento puede ayudar en algo a la mejor fijación de los linderos entre la pedagogía y la literatura, entre la corrección y la belleza.

2. *La cercanía y la instrucción obligatoria*

¿POR QUÉ se dificulta hoy seleccionar un puñado de grandes poetas nacidos, digamos, después de 1920?

Unos responderán: por la cercanía; así ocurrió siempre.

No es verdad. Así no ocurrió siempre. Recordemos: en 1900, para ser más exactos en 1902, cuando circulaba ya la tercera edición, la de Bouret, de *Prosas profanas*, nadie dudaba de que Rubén Darío, a la sazón de treinta y cinco años, era el más grande poeta del habla. En 1906, al aparecer *Alma América*, Chocano fue saludado como el maestro indiscutido del género descriptivo y semiépico de la poesía americana: estaba en sus treinta y uno. A los treinta, Lugones recibía una consagración definitiva por *Los crepúsculos del jardín* —treinta y un piquillo más. Gabriela cumple los treinta y tres cuando su fama es confirmada por *Desolación*, aunque ya andaba por sus pies desde los veintiséis. No se discute el priorato de Neruda desde por lo menos 1930 (si no 1924), es decir, en sus veintiséis (o en sus veinte).

Estoy lejos de pretender que los mencionados escritores fueran precoces. No se trata de competir en tempranerías; ni se halla en disputa un *record* de amaneceres literarios. Lo

que se analiza es mucho menos apasionante, aunque más constructivo: si la cercanía impidió rendir homenaje a aquellos poetas, sin esperar que el tiempo o el espacio tendieran entre ellos y sus admiradores una densa y gruesa capa de posibilidades indiferenciales, es decir, de lejanía.

¿A cuál poeta de treinta años —la "funesta edad" etcétera de Espronceda— se le reconocen los atributos de unánime veneración que aquellos recogieron al concluir la adolescencia y encararse con la juventud?

No pienso en las excelencias del genio, solamente. Y esa es... pero me adelantaría al asunto central si entrara a discutir este punto. Sigamos proponiendo coincidencias.

Sin embargo de lo apuntado, hay algo que debiéramos anotar de contrapartida. Así como se hace difícil señalar un nombre o unos pocos nombres conductores de menos de treinta años, se hace igualmente pesado indicar muchos nombres de versificadores chirles o incorrectos. No los hay. Ha desaparecido casi la fauna de componedores de renglones cortos, ripiosos, sin inspiración ni gracia. Eso no existe. La mala poesía. anda en derrota. La mala poesía no existe. Pero ¿la óptima?

Aquí empieza a inquietarme el caso.

¿Estará ocurriendo con la poesía lo que con la capacidad de leer: que se vuelve patrimonio de todos, en cuanto a *posibilidad*, sin que se desenvuelva a plenitud en casi nadie? Me explicaré, si puedo:

La educación contemporánea, con su criterio cuantitativo, está llegando a eliminar al analfabeto *literal*, pero no al analfabeto *potencial* y *moral*. Cada día hay menos gente que no está capacitada para leer; pero cada día hay menos gente que sabe leer, y muchísima menos que lea. En este caso el órgano no hace la función, ni la función se expande demasiado a expensas de la actividad del órgano. Porque el órgano de la lectura no es el ojo, sino la inteligencia, la sensibilidad y la curiosidad. Escapa a lo físico para adentrarse en los cotos de lo intelectual, propiamente dicho, y de lo moral, como coronación de lo otro.

Como el objeto perseguido consiste en igualar en aptitud a todos, la educación de masas, constreñida por urgencias presupuestarias, políticas, de local, de maestros, etc., se satisface con un *promedio* que, en realidad, debiera ser llamado mejor un *mínimo*. En otras palabras, con un *mínimo promedial*, lo cual, si elimina la ignorancia absoluta, no estimula tampoco la cul-

tura propiamente dicha ni la superación intensa, la ambición creadora, la originalidad fecunda. El remedio —claro—, no reside en favorecer una educación de "élite", sino en reexaminar las bases mismas del actual ensayo de "educación de masas", y contentarnos entre tanto con un humilde rótulo de "desalfabetización de masas".

Por otro lado, aparte del sentido que este programa contagia a las actividades todas de la inteligencia, surge otra cuestión: la facilidad de comunicaciones, la lectura en diversas lenguas, la frecuencia de las traducciones, el aumento de circulación de los libros. La *ciencia literaria* está al alcance de todos (si puede hablarse de una *ciencia*, como algunos dicen, de lo que disiento a fondo). Los aficionados a las letras disponen de un material de primer agua para utilizarlo en sus creaciones. Se aborda el tema literario con cierta técnica parlamentaria y periodística. De donde resulta que, si bien no advertimos el genio, es indudable que la pulcritud abunda y la corrección hasta sobra. Nos hallamos en un estado de poesía cuasi perfecta —con su drama en el adverbio limitador: el *cuasi*.

3. *Estado poético total*

EXAMINABA, al pensar en esto, algunas antologías recientemente aparecidas: la de Cintio Vitier, sobre cincuenta años de poesía cubana; la de Rodrigo Miró, sobre lo mismo en Panamá; la de Víctor Castro, sobre los poetas contemporáneos de Chile, y recordaba mis conversaciones de hace poco en Santiago con Francisco Bendezú, joven peruano, atareadísimo en confeccionar una "completa" antología peruana. Lo que me sorprendía no eran los malos poetas, sino la cantidad de buenos poetas. Con todo, la ausencia de uno grande.

Pensando en Perú, donde puedo explayarme con mayor conocimiento de causa y efecto, aunque materialmente me encuentre alejado de él desde hace más de seis años, me decía lo siguiente: ¿quién remplaza a Vallejo? ¿quién mantiene un tono tan depurado como Eguren? ¿dónde la torrentosa sustitución de Chocano? Sin encontrar respuesta directa e individualizada, surgía, empero, un número considerable de poetas promedialmente mejor equipados de palabras, tropos, motivos, cultura general, sentido del ritmo interior y exterior que generaciones anteriores. Incluyendo a Martín Adán, que no entra

cronológicamente entre los posteriores al 20, puesto que nació entre el 8 y el 10, existe en Perú un tono general de maestría o dominio, cierta gracia verbal, una como ironía decantada, pero, de ninguna manera, el acierto genial, el hallazgo definitorio, aquello que se impone de un aletazo y se remonta a alturas no solamente locales, sino generales o continentales.

La cosecha que brinda Cintio Vitier, entre los de última data, es excelente. Tan buena o mejor que la recogida por Juan Ramón Jiménez en su volumen sobre la *Poesía cubana en 1936*. Finura y donaire, maestría y propiedad, corrección y elegancia surgen de bracero, formando lindas figuras, ofreciendo un espectáculo visual y auditivo de indudables quilates, pero. . . ¿y el monstruo? ¿ese que de un manotazo deshace las reglas, rehace lo destruido por las generaciones anteriores y deja un estilo dentro del cual suele envolverse y asfixiarse su promotor?

Porque no se trata sólo de romper las reglas, sino de rehacer las quebrantadas. Así, García Lorca. Su maravillosa intuición del verso le condujo a restablecer el romance, devolviéndole una prestancia de que se le desposeía, y a restituir al lenguaje, a la pura palabra, el valor que los modernistas le rescataron y que la generación inmediatamente posterior, decidida a un forzado neorrealismo poético, trataba de condenar como un adorno vergonzante, un ardid innecesario, una excelencia prescindible.

No sólo será genio el que deshace, sino también el que rehace. La poética gongorina redescubre, más bien que descubre. Pero, como nada torna a lo antiguo íntegramente, todo redescubrimiento añade al previo una saludable y a veces maravillosa dosis de personalidad, con lo que amanecen las nuevas escuelas.

Me ocurrió lo mismo en Uruguay. Leí los poemas de Dora Isella Russell, y me sentí trasportado por su perfección marmórea. ¡Qué pasión tan ebúrnea, qué ansiedad tan cristalizada! Había un soplo de perennidad en esa forma decantada y musical. A punto de proclamar sus excelencias, en lo que me hallo comprometido conmigo mismo, leí poemas de otros poetas uruguayos de ahora, hace poco ese estupendo libro *Los delirios* de Clara Silva, y hallé lo mismo: la superación colectiva de viejos cauces, la *depuración en masa* (si así puede hablarse) del concepto poético anterior. El crítico titubea, se siente inhibido, pues tanto fulgor deslumbra y semejante música, de puro

bien acordada, hace desear una desarmonía súbita, un desliz técnico para rimar condición humana con la perfección, a punto de ser inhumana.

En Panamá donde los poetas fueron románticos hasta ayer, a despecho del paso de Rubén, de pronto adquieren los jóvenes el sentido de la mesura formal y el pudor sentimental. Nadie quiere exhibir su corazón en renglones de "sílabas cunctadas". Con elegancia muy británica, fingen indiferencia donde arde la pasión. La regla de la nueva abadía de Theleme no es la de un clérigo ni la de un poeta: es la de un jardinero genial: la de Le-Nôtre. Como en los jardines versallescos, la gracia está en descabezar la arrogancia de los arbustos, en disciplinar el individualismo de las espigas, en fomentar parejamente el brillo y la frescura de las humildes hierbas trocadas, por arte del magnífico director de plantas, en disciplinado y marcial ejército vegetal. Ha renacido Descartes, olvidado de las matemáticas, vertido en la poesía. Al *cogito, ergo sum* lo ha sustituido un forzado "cógito" para ser poeta.

4. *¿Y el gran poeta representativo?*

Desde luego, no es obligatorio ni ritual que cada veinte o treinta años surga un poeta representativo, un poeta reformador, creador de logos o de caos. Tampoco se debe pensar en términos nacionales cuando, al menos literariamente, siempre, o casi siempre, nos hemos juzgado en términos continentales. De todos modos, aun pensando que la solicitud fuese desmesurada y la expectativa sin justificación real, es mejor esperar y clamar por un poeta representativo, que contentarse con su ausencia.

Podría decirse que la inteligencia —y la sensibilidad— americana ha madurado y que, ahora, ajustándose a un concepto de Rilke, el poeta de veras aguarda la madurez para dar su canto definitivo, su mejor armonía. Ojalá, y no me sorprendería que así ocurriese, tal es la velocidad con que ganamos el nivel de adultos. De todos modos, como decía Darío, "he lanzado mi grito, Cisnes, entre vosotros, / que habéis sido los fieles en la desilusión, / mientras siento una fuga de americanos potros / y el estertor postrero de un caduco león".

El coloquio termina así, digo, se suspende... Sin acrimonia; comprobando que el nivel de perfección poética ha lle-

gado a tanto que se dificulta romperla para alcanzar un grado superior. Los versificadores conocen todos los ardides de su tremendo arte, los cumplen y depuran, los afilan y desflecan con sutileza bizantina. Eso es evidente. Quien trate de superarlos deberá hacer cisco tantas excelsitudes para imponer un caos nuevamente fecundo. De Rubén aquí se vino ganando dominio hasta el punto de que, por ejemplo en Neruda, el laberinto aunque finja ignorar el hilo de Ariadna, lo tiene colgado a su puerta. La nueva sacudida ha de ser en nombre de lo irracional que, hasta aquí, se ha racionalizado en demasía.

5. *La prosa y su escollos*

MIENTRAS todo esto ocurre con la poesía en verso, con la prosa no pasa igual.

Sin ánimo de extender más allá de lo usual este espejo de perplejidades, quisiera plantear un pequeño problema: ¿no es verdad que la prosa es cada vez más misteriosa, esquiva, ardua, complicada y llena de posibilidades que el verso? El verso posee sus reglas de juego, incluso para faltar a ellas. La prosa es campo abierto, bien mostrenco, *res nullius*, en donde el instinto y la sabiduría, el oído musical y la reflexión asordinada tienen oportunidad de emplearse y crear su propia envoltura. Las normas de la armonía de la prosa no han encontrado aún fórmulas tan precisas como las del verso. Estamos en los umbrales de una afirmación descomunal: la verdadera poesía se encuentra a menudo más cerca de la prosa que del verso, ¿qué, si no, resulta de una prosa de Proust, de Rilke, de Valéry, de ese desconcertante y ultrapoético Unamuno, de ese racionalista Ortega, de este fino y pulcro Reyes, de ese descriptivo Gallegos? ¡Poesía!

Mas, ¿existe algún derrotero, siquiera aproximado, para imitar, aunque sea lo que Montalvo dijera "imitación de un libro inimitable"? No estoy planteando ninguna conclusión ni afirmando una tesis, me he puesto a pensar a máquina volante. Imaginando múltiples y contradictorias respuestas a mis dudas.

Hubo un tiempo en que la novela era la comedia, porque estaba imbuida de tanto prosaísmo, rondaba tanto las costumbres diarias, que los entendidos le negaban caracteres de novedad, de creación, de poesía. Entonces, lo que hoy llamamos novela se debatía entre las fantásticas lucubraciones de los libros cuasi

mágicos de los caballeros andantes. Más tarde, lo que fuera inverosímil se convirtió en verosímil, y el verso en que se refugiaban las medidas preocupaciones de preceptistas, magistrados, aduladores y hasta poetas, ocupó el puesto que tenía la prosa poética de los libros de caballería.

Tal vez ocurra ahora el movimiento inverso. De donde no sería lo mejor para definir una época literaria —y vital— ocuparse tan sólo de las metáforas, su origen y su ámbito, como indica Bouvier, sino del contenido de prosa y verso, vasos comunicantes, en que, alternativamente, se deposita ora lo pedestre, ora lo divino; lo consuetudinario y lo creador; la *mimesis* y la *poesis*.

Se me hace que a fuerza de haber llegado a dominar las ayer hirsutas crestas del verso, del verso poético o la poesía en verso, se ha llegado a ritualizar lo extraordinario, de suerte que fácilmente nos podemos trasladar a un mundo fantástico (en el verbo) sin perder la realidad (en el hecho). La prosa, entonces, comprendiendo las urgencias de su gemelo, el verso, ha decidido romper su clausura, desligarse de sus votos de racionalismo voluntario, perder el aire científico de sus cláusulas, y lanzarse libremente por el mundo, cargando sobre sus hombros a la fantasía.

Y así podría concluirse la primera sesión del coloquio diciendo que, mientras el verso depura, pule y hace más compacta, lisa y brillante su presencia, la prosa, en el afán de servir a la Creación insatisfecha, se encrespa, se hace barroca, viene y va como lanzadera, se hincha y desinfla, con ritmo de acecido y no como dijera uno de los más ilustres positivistas del Perú en el pasado siglo, con ese hasta ayer justificado ritmo "natural como un movimiento respiratorio".

"La gesta de la forma", de que hablara Rodó, podría limitarse de momento a conversar sobre "la gesta de la prosa". Simplemente. . .

DEL AMOR PLATÓNICO

Por *Fedro GUILLEN*

–Para Alfonso Reyes–

NUESTRO nombre —cuando no les da a los tipógrafos por volverlo "Pedro"— no es ajeno a los Diálogos de Platón. Quienes se han sumergido en la prosa musical del gran filósofo, recordarán que en el Symposio, en que se habló del amor, fue Pedro de Mirrinos el que hizo de algo así como Maestro de Ceremonias.

La mesa estaba puesta, los esclavos alertas a la voz de Agatón, la tocadora de flauta ensayando notas para la fausta francachela, y uno a uno se fueron presentando los invitados. El último en llegar fue Sócrates, que en camino a casa del anfitrión se quedó meditando, lo que no impidió que tuviera la ocurrencia de convidar de paso a Aristodemo (éste podría iniciar la jacarandosa lista histórica de quienes caen de improviso en casa ajena).

Los esclavos hicieron lo suyo: lavado de pies a los invitados y otras cosillas que siglos después eran obra de santos. Comenzaron todos a comer y Sócrates no aparecía. Cuando por fin se le vio entrar, el jefe de casa, Agatón, pidió al retrasado que se sentara a su lado. (¡Retrasado en tiempo, por Zeus!)

"—Ven Sócrates, le dijo permite que esté lo más próximo a ti, para ver si puedo ser partícipe de los magníficos pensamientos que acabas de descubrir; porque tengo una plena certeza de que has descubierto lo que buscabas, pues de otra manera no hubieras dejado el dintel de la puerta".

Cuando Sócrates se sentó, dijo:

"—Ojalá, Agatón, que la sabiduría fuese una cosa que pudiese pasar de un espíritu a otro, cuando dos hombres están en contacto como corre el agua por medio de una mecha de lana, de una copa llena a una copa vacía, etcétera".

(¡Vive Dios que han cambiado las formas del trato huma-

no de los griegos a nosotros! Hoy por hoy quien llega tarde a un banquete, lo hace cargado de disculpas, y por sabio que sea, jamás se le recibe con esa hidalga urbanidad ática).

Bien, todo estaba dispuesto para la francachela en la más noble ciudad que han visto los siglos. Los comensales se declaraban indispuestos como que la noche anterior había corrido vino y otros néctares dionisiacos en honor de Agatón. Treinta mil ciudadanos lo habían aplaudido, y con ese vigor de raza elegida, dichosamente pagana, la fiesta en grande empapó los laureles olímpicos.

(El humano malestar "de día siguiente" aún no lo hemos resuelto dos mil quinientos años más tarde. Pero a nosotros nos aplana, nos oblicua la perspectiva del mundo como al través de un despiadado prisma. Ellos, en cambio, tras el báquico pernoctón, pudieron lanzarse lúcidamente a la labor creadora en frases intemporales).

Fue la voz de Pausanias, al final del banquete, voz de moderación.

"—Pausanias, dijo Aristófanes, me das mucho gusto en querer que se beba con moderación, porque yo fui uno de los que se contuvieron menos la noche última".

(Declaración, que a fe, hoy se hace siempre al revés).

Cuando el común acuerdo decretó la bebida por placer, sin llegar a la embriaguez, Erixímaco propuso que se retirara la tocadora de flauta, y que se entablara una conversación general. Se aprobó. Erixímaco echó mano a un verso de Eurípides: "Este discurso no es mío sino de Fedro". Es decir, que aquel Fedro que no conoció la malicia de los tipógrafos, era autor y promotor de la idea. Y ésta, ¿Cuál era...?

Rendir elogio mancomunado al dios Eros; único de la mitología pagana que ha pasado sobre el tiempo, arco en ristre, causando estragos, dicha por descuido, aun en épocas actuales.

La voz corrió de izquierda a derecha. (En este punto y hora del mundo ello causaría inmortales sospechas.) Improvisaron con sin igual maestría, Fedro, Pausanias, Erixímaco, Aristófanes, Agatón y Sócrates. Cada discurso una obra magistral. Elocuencia helénica que corría por las calles de Atenas como fluido ectoplásmico, en donde discutir alcanzó alturas de arte, juego luminoso de ingenios, sabiduría desparramada a los cuatro vientos.

(A los incautos oradores de hoy, tras enmudecer parte de su vida, apenas si una efemérides cívica los saca a la tribuna pública. De ahí que se produzcan con aliento marchito, cuando no inflamados de innoble facundia).

Para Fedro, Eros es un gran dios, digno de ser honrado por los dioses y por los hombres. Oigámosle... "Hombres unidos de este modo, aunque en corto número, podrían en cierta manera vencer al mundo entero; porque si hay alguno de quien un amante no querría ser visto en el acto de desertar de las filas, o arrojar las armas, es la persona que ama; y preferiría mil veces morir antes que abandonar a la persona amada viéndola en peligro y sin prestarle socorro; porque no hay hombre tan cobarde a quien Eros no inspire el mayor valor y no le haga semejante a un héroe..."

(¿Recogerán los plurales estrategos modernos la sabia advertencia de enhebrar la disciplina castrense con hilos inconsútiles de amor...?).

Pausanias, al hablar, pasa poniendo coordenadas éticas como empecinado agrónomo de la conducta:

"...Toda acción en sí misma no es bella ni fea; lo que hacemos aquí, beber, comer, discurrir, nada de esto es bello en sí, pero puede convertirse en tal, mediante la manera como se hace. Es bello, si se hace conforme a las reglas de la honestidad; y feo si se hace contra estas reglas. Lo mismo sucede con el amor: todo amor, en general, no es bello ni laudable, si no es honesto. El amor de la Afrodita popular es popular también; sólo inspira acciones bajas; es el amor que reina entre el común de las gentes, que aman sin selección, lo mismo las mujeres que los jóvenes dando preferencia al cuerpo sobre el alma..."

Erixímaco toma el turno de Aristófanes mientras a éste pasa un necio ataque de hipo. Buen discípulo de Asclepio, habla como todo un médico. Pero cuando un médico se expresa como Erixímaco es dable olvidar las desolladuras que causa el gremio al mundo:

"...La naturaleza corporal contiene los dos amores; porque las partes del cuerpo que están sanas y las que están enfermas constituyen necesariamente cosas desemejantes, y lo desemejante ama a lo desemejante. El amor, que reside en el cuerpo sano, es distinto del que reside en un cuerpo enfermo, y la máxima que Pausanias acaba de sentar: que es cosa bella conceder sus favores a un amigo virtuoso y cosa fea entregarse

al que está animado de una pasión desordenada, es una máxima aplicable al cuerpo. . ."

Aristófanes, tras un estornudo salvador, ha cortado de tajo la contumacia del hipo. Si discurso honra a los fueros del genio griego:

". . .En otro tiempo la naturaleza humana era muy diferente de lo que es hoy. Primero había tres clases de hombres: los dos sexos que hoy existen y un tercero, compuesto de estos dos, el cual ha desaparecido conservándose sólo el nombre. Este animal formaba una especie particular y se llamaba andrógino, porque reunía el sexo masculino y el sexo femenino; pero ya no existe y su nombre está en descrédito. . ."

". . .Los cuerpos eran robustos y vigorosos y de un corazón animoso, y por esto concibieron la atrevida idea de escalar el cielo, y combatir con los dioses, como dice Homero de Efialtes y de Oto. Zeus examinó con los dioses el partido que debía tomarse. El negocio no carecía de dificultades; los dioses no querían anonadar a los hombres, como en otro tiempo a los gigantes, fulminando contra ellos sus rayos, porque entonces desaparecían el culto y los sacrificios que los hombres les ofrecían; pero, por otra parte, no podían sufrir semejante insolencia. En fin, después de largas reflexiones, Zeus se expresó en estos términos: creo haber encontrado un medio de conservar a los hombres y hacerlos más circunspectos, y consiste en disminuir sus fuerzas. Los separaré en dos; así se harán débiles y tendremos otra ventaja, que será aumentar el número de los que nos sirvan. . ."

". . .Hecha esta división, cada mitad hacía esfuerzos por encontrar la otra mitad de que había sido separada, y cuando se encontraban ambas, se abrazaban y se unían, llevadas del deseo de entrar en su antigua unidad, con un ardor tal que abrazadas perecían de hambre e inacción, no queriendo hacer nada la una sin la otra. . ."

(¿Y a esa furia elemental que atrae entre sí cuerpos y almas, hay todavía quien le llame amor platónico? ¿O la acendrada connotación se refiere únicamente a la teoría socrática. . .?)

De cualquier modo Aristófanes pone en evidencia la ambición "imperialista" (diríamos hoy) de los dioses. Su afán de vasallaje y de debilitar a sus servidores los hizo dividir sin piedad a los pobres hombres (el método subsiste). Como sub-

siste la sublime sed erótica, la esperanza de encuentro con la otra mitad entre rachas de pasión que mueve soles.

Agatón, jefe de casa, poeta olímpico, creador de aquel banquete histórico, tiene la palabra. Habla espléndidamente de la justicia, de la templanza, de la fuerza y de la habilidad del dios Eros. Remata su oración encendido de belleza, inundando de luz sus propias paredes, como quien congratula a visitantes no sólo con licores esenciales, sino con los oros de su elocuencia:

"...Eros es el que da paz a los hombres, calma a los mares, silencio a los vientos, lecho y sueño a la inquietud. Él es el que aproxima a los hombres, y les impide ser extraños los unos a los otros; principio y lazo de toda soledad, de toda reunión amistosa, preside a las fiestas, a los coros y a los sacrificios. Llena de dulzura y aleja a la rudeza; excita la benevolencia e impide el odio. Propicio a los buenos, admirado por los sabios, agradable a los dioses, objeto de emulación para los que no lo conocen aún, tesoro precioso para los que lo poseen, padre del lujo, de las delicias, del placer, de los dulces encantos, de los deseos tiernos, de las pasiones..."

"...En fin, es la gloria de los dioses y de los hombres, el mejor y más precioso maestro, y todo mortal debe seguirle y repetir en su honor los himnos de que él mismo se sirve, para derramar la dulzura entre los dioses y entre los hombres..."

Entusiasta ovación corona las palabras del poeta olímpico.

Le declaran que ha hablado en forma digna del dios y de él. "La elocuencia de Agatón me ha recordado a Gorgias", dice Sócrates.

Y su turno histórico llega...

El más sabio y justo de todos los hombres —como le llama Platón— cierra el homenaje al turbulento dios. Parece que viéramos a Sócrates envuelto en su vieja túnica echar un vistazo a los presentes. No lo adorna la gallardía física, pero los penetra con su bondad, su sabiduría. Lo aureola la modestia y la lleva a flor de labio. Maneja el diálogo aliado de su demonio íntimo, y atrapa entre redes dialécticas al triunfador Agatón. Éste, en breve escaramuza, trata en vano de luchar contra aquella incontenible fuerza lógica. Al final declara paladinamente:

"...Es preciso, Sócrates, conformarse con lo que dices, porque no hay medio de resistirte".

Luego el filósofo entra en materia. Despliega dones que conmovieron a la antigüedad, igual en coloquios a la sombra

de sicomoros centenarios; ante discípulos siguiendo la huella de sus palabras, ante sus jueces, o con aquella majestad no superada para entrar al estuario de la muerte.

Con pretexto de Diotima, de Matinea, va edificando su teoría, hermosa y memorable. Recojamos trozos del dilatado diálogo:

"...—Y bien, sea así extranjera; razonas muy bien, pero Eros, siendo como tú acabas de decir, ¿de qué utilidad es para los hombres?

—Precisamente eso es, Sócrates, lo que ahora quiero enseñarte. Conocemos la naturaleza y el origen de Eros; es como tú dices el amor a lo bello. Pero si alguno nos preguntase: ¿qué es el amor a lo bello, Sócrates y Diotima, o hablando con mayor claridad, el que ama a lo bello a qué aspira?

—A poseerlo.

—¿Y qué resultaría de poseerlo?

—Encuentro ahora más fácil la respuesta. Se hará dichoso.

Porque creyendo las cosas buenas, es como los seres dichoson son dichosos, y no hay necesidad de preguntar por qué el que quiere ser dichoso quiere serlo; tu respuesta me parece satisfacer a todo..."

"...—Se ha dicho, replicó ella, que buscar la mitad de sí mismo es amar. Pero yo sostengo, que amar no es buscar ni la mitad ni el todo de sí mismo, cuando ni este todo ni esta mitad son buenos; y la prueba, amigo mío, es que consentimos en dejarnos cortar el brazo o la pierna, aunque nos pertenecen, si creemos que estos miembros están atacados de un mal incurable. En efecto; no es lo nuestro lo que nosotros amamos, a menos que no miremos como nuestro y perteneciéndonos en sociedad lo que es bueno, y como extraño lo que es malo, porque los hombres sólo aman lo que es bueno. ¿No es esta tu opinión?

—Por Zeus, pienso como tú.

—¿Basta decir que los hombres aman lo bueno?

—Sí.

—¡Pero qué! ¿No es preciso añadir que aspiran también a poseer lo bueno?

—Es preciso.

—Y no sólo a poseerlo, sino también a poseerlo siempre.

—Es cierto también.

—En suma, que el amor consiste en querer siempre lo bueno.

—Nada más exacto, respondí yo. . ."

". . .—Voy a hablar con más claridad. Todos los hombres, Sócrates, son capaces de engendrar mediante el cuerpo y mediante el alma, y cuando han llegado a cierta edad, su naturaleza exige el producir. En la fealdad no puede producir y sí sólo en la belleza; la unión del hombre y la mujer es una producción y es una obra divina, fecundación y generación, a que el ser mortal debe su inmortalidad. Pero estos defectos no pueden realizarse en lo que es discordante. Porque la fealdad no puede concordar con nada de lo que es divino; esto sólo puede hacerlo la belleza. La belleza respecto a la generación es semejante a la Moira[1] y a la Eleitya.[2] Por esta razón cuando el ser fecundante se aproxima a lo bello, lleno de amor y de alegría, se dilata, engendra, produce. Por el contrario, si se aproxima a lo feo, triste y remiso, se estrecha, se tuerce, se contrae y no engendra, sino que comunica con dolor su germen fecundo. De aquí en el ser fecundante y lleno de vigor para producir, esa ardiente prosecución de la belleza que debe libertarlo de los dolores del alumbramiento. Porque la belleza, Sócrates, no es como tú la imaginas, el objeto del amor.

—¿Pero cuál es el objeto del amor?

—Es la generación y producción de la belleza.

—Sea así respondí yo. . ."

". . .Tales fueron, mi querido Fedro, y vosotros que me escucháis, los razonamientos de Diotima. Ellos me han convencido, y a mi vez trato yo de convencer a los demás, de que para conseguir un bien tan grande la naturaleza humana difícilmente encontrará un auxiliar más poderoso que Eros. Y así digo que todo hombre debe honrar a Eros. En cuanto a mí, honro todo lo que a él se refiere, lo hago objeto de un culto muy particular, le recomiendo a los demás y en este mismo momento acabo de celebrar lo mejor que he podido, como constantemente lo estoy haciendo, el poder y la fuerza del amor. Y ahora, Fedro, mira si puede llamarse a este discurso un elogio a Eros; y si no, dale el nombre que te acomode. . ."

(La idea del amor como afán de engendrar belleza, cuya posesión lleva a la dicha, y hace querer lo bueno de este mundo, es una de las columnas de la tesis socrática. Expuesta en el típico sistema de diálogos dinámicos, perturbadores, con que

---

1 El Destino.

2 Diosa del alumbramiento.

solía derrotar sofistas. La ética buscando el bien se mezcla y amalgama con la belleza surgida al conjuro de un soplo creador: el rayo erótico.

La tesis, en total, ya no resiste al análisis moderno. Una ingrata experiencia ha enseñado al hombre que las ráfagas del amor están más allá del bien y del mal, y que dentro de la potestad del iracundo dios está la de no admitir racionalismos.

Sin embargo, la oración de Sócrates resplandece entre todas con fulgores propios, en un diabólico juego de afirmaciones y negaciones que van desnudando parsimoniosamente la verdad, quitándole ropaje con la precisión de un geómetra lanzando líneas hacia el infinito, aprisionado virtualmente entre las agujas del compás y la infabilidad de la escuadra.

El fin de fiesta del Symposio convocado por Agatón terminó entre una embriaguez suprema. Acaso los dioses irritados por aquella cita luminosa en la que Eros anduvo de boca en boca, enviaron a su predilecto Alcibíades para implantar el desconcierto. Junto a una tropa de jóvenes ebrios y de una tocadora de flauta, irrumpió el gallardo soldado coronado de violetas y yedra con numerosas guirnaldas.

Alcibíades cambió sus flores a la cabeza de Agatón, y al descubrir a Sócrates —a quien debía la vida— llevó su efusión por el Maestro a extremos que hoy vedaría la moral más mundana.

Cuando, después, Sócrates se disponía a hacer el elogio de Agatón, un nuevo tropel de jóvenes penetró en la sala, sentándose a la mesa. Entre bullicio y desorden colectivo se entregaron todos a la bebida. Erixímaco y Fedro se retiraron. Al canto de gallo de la aurora unos convidados dormían y otros habían huido del festín. Sócrates fue el último en salir. Yacían caídos sus postreros oyentes, Agatón y Aristófanes, que no resistieron la fortaleza (o templanza) del hombre excepcional.

Se encaminó al Liceo, tomó un baño reparador, y entrada la nohe marchó a su casa a descansar. Una excelsa página del ingenio humano quedó escrita aquel día ático del banquete. En lo alto de la Acrópolis aparece recortado espléndidamente el Partenón y a los pies de la colina corre el rumorante Ilisos.

Tal vez entre las frondas de la orilla vagabundea nocturnamente un joven predestinado a trasmutar la magia de las palabras dichas, en diálogos inmortales: Platón, a quien la posteridad no supo sino llamar divino.

LA LUCHA CON LA PALABRA EN BÉCQUER: DEFINICIÓN E INDEFINICIÓN EN LAS RIMAS

Por *Carlos BLANCO AGUINAGA*

CUANDO leemos en la Rima III que la inspiración es

> ideas sin palabras,
> palabras sin sentido;
> cadencias que no tienen
> ni ritmo ni compás,

no podemos evitar detenernos ante el irracional extremo a que Bécquer lleva nuestro viejo dualismo occidental. Se diría que Bécquer concibe la realidad como una dualidad fondo-forma, contenido-continente, intuición-razón, mundo poético descubierto-palabra que lo exprese, en que la primera de las partes tiene existencia propia, independiente de la otra. Al leer su pregunta

> cuando el amor se olvida,
> ¿sabes tú a dónde va?,

comprendemos que para Bécquer, en efecto, la realidad eidética tiene existencia independiente de cualquiera de sus "accidentes": El amor se olvida, luego existe en sí, objetivamente, aparte de todos los posibles amantes. Así también la poesía: "Podrá no haber poetas; pero siempre habrá poesía". Ciertos conceptos "ideales" parecen tener, para este platónico Bécquer, existencia real objetiva, independiente de sus posibles formas.

Pero Bécquer —poeta, creador de poemas unidad— no puede quedarse aquí; aunque nunca llega al concepto "fondo-forma", aunque siempre creyó en la posibilidad de la existencia

de ideas sin palabras y de cadencias sin compás,[1] siente —aristotélico en cuanto creador— que como la potencia tiende hacia el acto, la materia tiende hacia su forma, la idea hacia la palabra, la cadencia hacia el compás, el amor hacia los amantes, la poesía hacia el poeta, es decir, hacia el poema. En la misma Rima III (tan rígidamente dividida en dos partes que se complementan, la primera correspondiente a "fondo" —inspiración—, correspondientes a "forma" —razón— la segunda, como para insistir sobre su dualismo), a pesar de los versos arriba citados, sentimos que Bécquer no puede dejar a la idea sin palabra, al fondo sin forma, a la poesía sin poeta (su *vaso*, como lo llama en la Rima V). Aunque las dos realidades están ahí rígidamente separadas y la primera *parece* independiente de la segunda, vemos que una de las estrofas en que define la "inspiración" está construida con metáforas que se apoyan en tiempos del verbo que indican movimiento del "fondo" *hacia* "forma". La inspiración es, nos dice

murmullo que en alma
se eleva y va creciendo
como volcán que sordo
anuncia que va a arder.

Y en el penúltimo verso nos habla del "genio creador": Poesía no podrá ser sólo mundo subjetivo de cadencias sin compás; el creador está siempre al acecho en Bécquer para dar forma objetiva a este mundo. Y es que, a pesar de su extremado platonismo, bien sabe Bécquer que el mundo poético intuido en sí —tal como él lo cree posible— o tiende hacia el poema o no es nada. A pesar de lo de "podrá no haber poetas" sabe que las realidades "poéticas" entrevistas ("paisajes que aparecen como a través de un tul") se mueren sin su forma. Bien claro nos lo dice en prosa:

> Por los tenebrosos rincones de mi cerebro, acurrucados y desnudos, duermen los extravagantes hijos de mi fantasía...

---

1 Cf. JORGE GUILLÉN, *La poética de Bécquer,* New York, Hispanic Institute, 1943 y, recientemente, EDMUND L. KING, *Gustavo Adolfo Bécquer, From Painter to Poet,* México, Porrúa, 1953, caps. I y III, en particular pág. 29 (Bécquer buscador de "la luz dentro de la luz") y pág. 59 donde King recoge frases de Bécquer referentes a esto: *deseos sin nombre, fantasmas ligerísimos,* etc...

> aquí dentro, desnudos y deformes, revueltos y barajados en indescriptible confusión, los siento a veces agitarse y vivir con una vida extraña.

Pero:

> Conmigo van, destinados a morir conmigo, sin que de ellos quede otro rastro que el que deja un sueño de la medianoche, que a la mañana no puede recordarse.

Esto a menos que tomen forma, que trabaje sobre ellos la "razón" a la que, en la segunda parte de la misma Rima III, llama "gigante voz que el caos *ordena*", "rienda de oro que poderosa *enfrena*", "hilo que en haces los pensamientos *ata*", "armonioso ritmo que con *cadencia* y *número* las fugitivas notas *encierra* en el compás", etc. Tiene Bécquer clara conciencia de que, planteado el dualismo, su función de "creador" es dar forma a esos vagos interiores que él concibe aún informes. Sabe bien que los "extravagantes" hijos de su fantasía esperan "en silencio que el arte los vista con palabras para poderse presentar decentes a la escena del mundo", porque si no, seguirán viviendo con esa "vida oscura. . . semejante a la de esas miríadas de gérmenes que hierven y se estremecen en una eterna incubación dentro de las entrañas de la tierra [otra vez, movimiento *hacia*], sin encontrar fuerzas bastantes para salir a la superficie y convertirse, al beso del sol, en flores y frutos". El dualismo de Bécquer desemboca así en la conciencia de la necesidad de dar realidad objetiva a la realidad subjetiva, de nombrarla.

El lector de las *Rimas* se encuentra en seguida con este dualismo y con el problema fondo-forma y la lucha con la palabra que ello implica. "Yo sé un himno gigante y extraño", dice el primer verso que leemos al abrir el libro.[2] Y luego: "Yo quisiera escribirlo". Y en la tercera y última estrofa:

> Pero en vano es luchar, que no hay cifra
> capaz de encerrarlo. . .

Por un lado insiste Bécquer en la existencia independiente y objetiva de la realidad poética informe: no hay cifra capaz de encerrarlo pero ahí está ese mundo, completo, es decir, real. Y

---

[2] Hablo de las ediciones más corrientes de las *Rimas;* la verdadera cronología no afecta a lo que aquí decimos.

llevado más lejos aún por su irracionalismo: Yo *conozco* ese mundo, aunque no pueda nombrarlo, encerrarlo en cifra ("ideas sin palabras").

Pero la tradición lógica de nuestro mundo occidental nos dice que saber, conocer, es nombrar; que, en verdad, sólo se conoce aquello que se encierra en logos o en cifra, palabra o fórmula. Y aquí el segundo plano de esta Rima: Bécquer, poeta, creador de realidad con la palabra, rinde su irracionalismo interior a las necesidades de la forma, conocimientos y objetivación de la realidad por la expresión. Aunque, parece insistir en que conoce ese mundo sin necesidad de la palabra, admite que es interior y subjetivo y, por lo tanto, quiere aquí expresarlo, darle total realidad objetiva: "Yo quisiera escribirlo". Bécquer tiene plena conciencia del problema a que, como poeta, no místico contemplador silencioso de las ideas en sí, le lleva su dualismo. "Entre el mundo de la idea y el de la forma existe un abismo que sólo puede salvar la palabra", y Bécquer ("yo quisiera...") salvar el abismo.

Pero la palabra es mezquina y rebelde, poca cosa y de manejo difícil para dar expresión a tanto mundo interior:

> Yo quisiera escribirlo, del hombre
> domando al rebelde, mezquino idioma.

Y como dice en otra parte, la palabra es también "tímida y perezosa". Y surge el desaliento y la queja:

> ...en vano es luchar; que no hay cifra
> capaz de encerrarlo...

Hace cadena Bécquer aquí con tantos poetas que han creído tener una realidad interior que la palabra es incapaz de apresar. "Habla el alma, ay, y ya no es el alma", había dicho Schiller. Y hace unos años Neruda: "¡del corazón a los labios cuánto se va perdiendo!" Y es que contra la tradición del mundo clásico de realidades objetivas, contra la costumbre del mundo limitado para su comprensión, realidad que se encierra toda en el logos ("cifran", dice Bécquer: ¿intención consciente de recuerdo pitagórico?), estamos aquí en la realidad subjetiva idealista y romántica, en la realidad ilimitada hacia dentro cuyo valor estriba, precisamente, en su ilimitación, en el hecho de que no haya logos capaz de encerrarla. Y, sin embargo, Bécquer sabe que

los hijos de su fantasía sólo adquirirán la validez objetiva que él, a pesar de todo, desea, si logra encerrarlos en la palabra. Y aunque diga que "en vano es luchar", lucha y se lanza con gran intensidad a nombrar su mundo interior; a limitarlo por la forma.[3]

VOLVAMOS a la Rima III, acerquémonos a ella siguiendo el proceso inverso del que sigue el lector: antes de entrar en ella verso a verso, contemplémosla desde fuera en su más visible estructura de partes y estrofas. Los primero que notamos es que el poema está dividido en dos partes simétricas de idéntica estructura interna (ocho estrofas de cuatro versos y un último verso suelto en cada una) y una tercera y última parte (una estrofa) independiente. Como en realidad hemos leído antes el poema podemos añadir algo del conocimiento del lector a nuestra observación externa: las tres partes responden a una consciente intención de simetría lógica. La Primera y Segunda presentan el dualismo de Bécquer en su forma de contrarios "inspiración"-"razón". La última estrofa suelta cumple la función didáctico-estructural de recoger, en pretendida síntesis de contrarios, lo escrito en las dos primeras partes. ¡He aquí que nuestro etéreo, fugaz, neblinoso Bécquer ha *compuesto*, con sistemático rigor lógico-geométrico, un poema de estructura totalmente cerrada!

Acerquémonos un poco más al poema. Como las dos partes contrapuestas tienen idéntica estructura, detengámonos en cualquiera de ellas, la primera por ejemplo, y observemos ahí el aspecto central de este mismo rigor lógico que parece dominar buena parte de la poesía de Bécquer. Leamos:

Sacudimiento extraño
que agita las ideas,
como el huracán empuja
las olas en tropel;

---

[3] Sobre esta preocupación de Bécquer por expresar sus visiones interiores cf., especialmente, el trabajo ya citado de Jorge Guillén. El problema de la expresión lo veía Bécquer en todo arte que siempre concebía como "luchando con sus limitados recursos". según dice al comentar a Murillo (cf. KING, *op. cit.*, pág. 28).

murmullo que en el alma
se eleva y va creciendo,
como volcán que sordo
anuncia que va a arder...

La acumulación de frases a lo largo de ocho estrofas nos lleva, inconteniblemente, a la pregunta clásica del juego de "adivina, adivinanza": "¿Qué es?" Llegamos al último verso, ese verso suelto que es como alborozada frase de ergotista satisfecho, y ahí la respuesta: "¡Tal es la inspiración!" Como remozando juego de niños —con su sorpresa al final— nos ha dado Bécquer su versión del viejo juego clásico de la definición. Vemos ahora que a la cerrada estructura externa del poema corresponde una estructura interna aún más limitadora: el poema es una definición. Es como si Bécquer se hubiese planteado a sí mismo la pregunta "¿Qué es la inspiración?", y, estrofa tras estrofa, con todo el rigor lógico interno correspondiente al externo que hemos visto, hubiese ido acumulando características que la definen, que la centran en su unicidad. He aquí que, en su lucha por la expresión, como respondiendo a un desafío, Bécquer pretende someter su mundo interior a la prueba más difícil a que lo puede someter la forma: a la definición. Como si dijéramos ocho atributos tiene la sustancia inspiración y nos lanzáramos a enumerarlos uno tras otro: "sacudimiento extraño", "murmullo", "deformes siluetas", "colores", "ideas sin palabras" (en realidad en esta quinta estrofa nos da Bécquer tres atributos: "ideas sin palabras", "palabras sin sentido", "cadencias"), "memorias y deseos", "actividad nerviosa", "locura". En ocho estrofas Bécquer ha tenido la pretensión de limitar, de definir, de encerrar en logos o en cifra la inspiración acumulando para ello nada menos que once "atributos".

En la segunda parte de la Rima, de igual cerrada estructura, el procedimiento es el mismo. A la supuesta pregunta "¿Qué es la razón?", Bécquer responde definiéndola a lo largo de otras ocho estrofas y con el apoyo de nueve conceptos que encierran, asediándolo por diversos flancos, lo definido.

Así como en el juego de "adivina, adivinanza" imaginamos que lo que nos dice el que plantea el problema es una definición que responde a una pregunta formulada antes en su mente, debemos atrevernos a pensar que la Rima III corresponde a una formulación clara y sistemática que de su tema se había hecho Bécquer de antemano. Así, podríamos darle título a toda la

Rima ("Sobre los dos elementos que entran en la poesía") e imaginar que Bécquer la concibió en dos partes cada una de las cuales, por medio de la definición, respondería a una pregunta. Como en un tratado de escolástica podríamos también dar título a cada una de las dos partes: Primera, "Sobre qué sea la inspiración"; Segunda, "Sobre qué sea la razón". He aquí por donde este poeta de indescriptibles mundos interiores, al sentir la necesidad de la expresión, resulta ser un obsesionado de la estructura cerrada y la definición, de la lógica.

Desde *El sofista* de Platón había quedado la definición entronizada como la máxima forma del conocimiento objetivo, pero no esperaríamos encontrar en el más vagoroso romántico español un hilo de esa tradición por costumbre encastillada en cerrados sistemas filosóficos racionalistas. Y, sin embargo, como en esta Rima III, a definir se lanza Bécquer en algunos de sus mejores y más importantes poemas. Nada menos que once de sus *Rimas* están construidas a base de definiciones, no ya como diálogos platónicos, sino como verdaderas lecciones de escolástica. Y se lanza a definir con este mismo procedimiento de asedio a un concepto por medio de la acumulación sistemática de categorías y atributos.

Así en la Rima II. Aquí la pregunta supuesta es: "¿Qué soy yo?", y la respuesta, la definición, se nos da en cinco estrofas:

> Saeta que voladora
> cruza, arrojada al azar,
> sin adivinar dónde
> temblando se clavará;
> hoja que del árbol seca
> arrebata el vendaval... etc., etc....

Idéntico es el procedimiento de la Rima XV ("Cendal flotante de leve bruma..."), en la XXIV ("Dos rojas lenguas de fuego...") y en la V (a la que volveremos) donde Bécquer se lanza a definir nada menos que la poesía misma. Esencialmente el mismo es el procedimiento en la LXXVIII ("Flores tronchadas, marchitas hojas"); más elemental aún en la Rima XLI ("Tú eres el huracán...") y en la LXXXIII ("Yo soy el rayo, la dulce brisa") en las que Bécquer empieza, no ya con frases,

sino introduciendo el verbo *ser*. La famosa Rima X ("Los invisibles átomos del aire...") es un ejemplo más de idéntico procedimiento: se define ahí al amor y, como para insistir en el parecido que su sistema de poesía por definición tiene con el juego de "adivina, adivinanza", Bécquer hasta formula, en el penúltimo verso, la clásica pregunta del juego infantil: "¿Qué sucede?" Y viene la respuesta, ya bien definido el centro tras las sucesivas embestidas por acumulación: "Es el amor que pasa". En la Rima XI encontramos una variante de esta pasión por definir. Ahí; cada una de las mujeres que se le parecen al poeta pretende encerrarse a sí misma en cifra: "Yo soy ardiente, etc....", la primera; "Mi frente es pálida, etc....", la segunda; "Yo soy un sueño, etc....", la tercera. Y en la famosísima Rima XXI no sólo define Bécquer, sino que ahí su definición va precedida, a la manera clásica lógico-escolástica, de la pregunta. "¿Qué es poesía?", y la respuesta que todos conocemos.

El método de la formulación lógica (planteamiento por pregunta y resolución por definición) parece, pues, obsesionar a Bécquer.

Pero, en verdad, hasta aquí hemos visto las *Rimas* sólo por fuera y las estrofas citadas sólo nos han servido para un análisis de su más aparente y rigurosísima estructura lógica. Vayamos más adentro ya, a las palabras mismas de Bécquer, al contenido de estas definiciones y veamos ahí cómo se derrumba todo este aparato formal en el que Bécquer, obsesionado por el abismo que sentía entre sus mundos interiores y la expresión de ellos, pretendió tantas veces encerrar la poesía; veamos cómo la definición becqueriana se destruye a sí misma. Acerquémonos esta vez a la Rima V, caso extremo de la obsesión lógica de Bécquer ya que en ella pretende nada menos que definir a la poesía misma. Más aún: hace ahí hablar a la poesía la cual se define a sí misma. Las cadencias infinitas interiores buscan cifra que las encierre; la realidad interior, fugaz, se nos escapa, pero, humanos, la queremos presente, clara, finita. Y empieza Bécquer con sus características frases que, lo sabemos ya, responden a una pregunta callada. Habla la poesía; se define a sí misma:

Espíritu sin nombre,
yo vivo con la vida
indefinible esencia,
sin formas de la idea.

Hemos visto la estructura cerrada de algunas *Rimas* y cómo Bécquer pretendía encontrar en la definición los límites para su mundo interior y he aquí que, al fijarnos en el contenido de la definición ésta nos lanza al infinito, a lo ilimitado: el concepto que se pretende aislar se define a sí mismo en términos de lo indefinible: "espíritu sin nombre" y, veremos, sin posible nombre. El ser mismo. Esencia de la existencia, mundo dual de Bécquer, la poesía vive con la vida, pero fugaz siempre, indefinible, "sin formas de la idea". Vuelve la palabra a ser original misterio y quedan las cadencias. La definición becqueriana empieza a abrirnos los caminos del alma. Y es que las reglas de la definición nos dicen que en ella todo debe ser más claro que el término definido y que de ella deben excluirse toda metáfora o lenguaje ambiguo. Imperturbable, sigue la poesía definiéndose a sí misma, libertándose hacia el misterio de lo inefable a través de un lenguaje ya no cifra, sino palabra hecha con invención de suspiros, colores y notas:

Yo nado en el vacío
del sol tiemblo en la hoguera,
palpito entre las sombras
y floto entre las nieblas.

Mundo inapresable por el concepto. Definiendo, parece Bécquer insistir en la imposibilidad de hacerlo. Fijémonos en los verbos; no se trata aquí del verbo ser sino de verbos de movimiento indefinido que rompen con suavidad la definición misma de la que forman parte: *tiemblo*, *palpito, floto.*

Sigue hablando la poesía. Ahora el verbo *ser* entra, desafiante, como a cerrar las posibilidades de esos verbos de lo indefinido:

Yo soy el fleco de oro
de la lejana estrella;
yo soy de la alta luna
la luz tibia y serena.

Definición: límites para encerrar el mundo y poder tocarlo, cogerlo y saber con exactitud su contorno y forma como sé y puedo hablar de este papel, de mi mesa, de una ecuación. Lo limitado se entiende en su relación con otros entes limitados y Bécquer parece, en estos cuatro versos, querer acercar la poesía

a algo, si no tangible, por lo menos limitado ya en nuestras mentes: poesía-estrella; poesía-luna. Pero poesía no es estrella ni luna. Con esa su limpia e insistente inteligencia pone Bécquer la poesía en el *fleco* de oro de la estrella (ya de por sí lejana); y no en la luna (ya de por sí alta, intangible a pesar de su cuerpo), sino en su luz, "tibia y serena" (Cf. el mismo caso en *El rayo de luna*). Se nos vuelve a escapar lo buscado hacia el ámbito indefinible de mundos apenas entrevistos. Y cuando en la estrofa siguiente la poesía se nos define en términos de algo que, tal vez, podríamos capturar, nos lo vuelve a escamotear por el reino de lo intocable:

> Yo soy la ardiente nube
> que en el ocaso ondea.

Nube: como con los verbos de las dos primeras estrofas se nos lanza con esta palabra hacia el reino de lo fugaz. *Nube:* aquello cuyo ser es formarse imperceptiblemente para, imperceptiblemente, irse perdiendo en lo azul. Y para colmo, nube en el *ocaso*, en el imperceptible pasar del día.[4] Y más aún: *ondea*, el segundo verbo destruyendo el efecto lógico del *soy* que le antecede. Una vez más, la definición de Bécquer nos deja en el mundo de lo indefinido. El mundo de las cadencias "que no tienen ni ritmo ni compás" es cada vez más el esclavo indefinido de la palabra de Bécquer. Y al revés. Y nos dejamos llevar ya por el toque de fugacidad, por la leve presencia de todo lo que es y no es al mismo tiempo.

Y durante quince estrofas más sigue la poesía definiéndose a sí misma:

> . . .susurro en la alta hierba
> suspiro en la onda pura
> y lloro en las hojas secas.
> Yo ondulo con los átomos
> del mundo que se eleva. . .

Igual mundo indefinido que, desafiante, forma la definición misma. Parece como si Bécquer quisiera insistir, a través de tanto y tan riguroso ordenamiento externo, a través de tanta

[4] En otro lugar Bécquer ha hablado de "toda la indefinible vaguedad" y "misterio" de "ese último adiós del día" *(Obras completas*, Buenos Aires, Joaquín Gil, 1946, págs. 674-675).

definición acumulativa, en la imposibilidad de definir su mundo. Como cima de ello en esta Rima, para dar más vaguedad a esta realidad ilimitable, nos lleva al mundo del recuerdo entre inventado e intuido:

Yo busco de los siglos
las ya borradas huellas,
y sé de esos imperios
de que ni el nombre queda.

Y como cierre, la poesía hecha realidad absoluta, espíritu; clave a la comprensión del mundo:

Yo soy sobre el abismo
el puente que atraviesa,
yo soy la ignata escala
que el cielo une a la tierra.
Yo soy el invisible
anillo que sujeta
el mundo de la forma
al mundo de la idea.

La poesía es *anillo*, sí, como la definición, logos de la forma y de la idea; pero como la definición becqueriana, escamoteándose a sí mismo, anillo invisible. El anillo de la poesía de Bécquer, como sus definiciones, es límite en cuanto dado en poema; pero ilimitado, abierto hacia mundos indefinidos.

Repasemos el vocabulario de esta Rima: Los verbos, como destruyendo el efecto de *ser: tiemblo*, *palpito*, *floto*, *silbo*, *suspiro*, *lloro, ondulo*. Los sustantivos: *espíritu*, *esencia*, *sombras, nieblas*, *fleco, luz*, *nube*, *estela*, *nota*, *átomos*, *humo*, *perfume*. Los adjetivos: *sin nombre*, *indefinible*, *lejana*, *tibia*, *fugaz*, *ligera*, *invisible*, *desconocida*. Vocabulario insistente en las Rimas de Bécquer, clave de esa fugacidad de que tanto se ha hablado y que él introdujo en la poesía hispánica moderna. Y todo ello en estrofas perfectamente limitadas, de un exterior de forma rigurosa. Y estas leves pinceladas irónicamente, como desafiando a la lógica, presentadas y concebidas en forma de definición.

Ha quedado definida la poesía en diecinueve estrofas y todavía preguntamos, ¿qué es poesía? Podemos pasar a la Rima XXI y contestar, "Poesía eres tú". Pero entonces, con esta tan elemental definición, se nos abren mundos aún más indefinidos;

toda la realidad de ese Bécquer que, adolescente siempre, concebía el amor en su forma eidética anterior a la amada e independiente de ella.

Se podría seguir el mismo procedimiento en el análisis de la definición en las otras Rimas que hemos mencionado. El resultado será siempre el mismo: la obsesión de Bécquer por definir se escamotea siempre a sí misma y nos lanza, sospecho que con intencionada ironía, al mundo de lo indefinido. Así en la Rima III en la que tanta lógica estructural hemos encontrado la inspiración es "murmullo", "paisaje entrevisto a través de un tul," "deformes siluetas"... Metáfora, lenguaje ambiguo, conceptos tan etéreos como lo que se define, música: especial inteligencia de Bécquer para señalar hacia lo intangible ("nube que en el ocaso ondea"): con estos elementos la definición se derrota a sí misma.

El "huésped de las nieblas" es un poeta mucho menos "vagaroso" de lo que quisieran hacernos creer. Su clarísima voluntad de forma, su obsesión por la definición y la manera en que, con sutil inteligencia y voluntad de lenguaje destruye las posibilidades todas de la lógica en la poesía, nos obligan a considerarlo como uno de los poetas de mayor exactitud mental y expresiva de la lírica española.

Tal vez la Rima X nos dé el mejor ejemplo de ello.

Lon invisibles átomos del aire
en derredor palpitan y se inflaman;
el cielo se deshace en rayos de oro;
la tierra se estremece alborozada;
oigo flotando en olas de armonía
rumor de besos y batir de alas;
mis párpados se cierran... ¿Qué sucede?
—¡Es el amor que pasa!

En estos ocho versos se reúnen todos los elementos que hemos venido observando. Aquí el definir, el ir dando su centro a un concepto por acumulación de asedios. Aquí, clarísimo, el elemento lógico del juego infantil: después de la acumulación, la pregunta, "¿qué es?" Y el mismo vocabulario, los mismos sustantivos, los mismos verbos palpitantes, los adjetivos hacia lo inapresable; y la metáfora del tercer verso ("el cielo se deshace en rayos de oro") con la cual parece Bécquer desligarnos de todo mundo nombrable o numerable; y aquí como en ninguna

otra Rima, por su brevedad misma, el elemento de sorpresa y fugacidad[5] que, como leve toque, destruye todas las posibilidades lógicas que quiera encerrar la concepción formal del poema: "¡Es el amor que pasa!" Nada menos lógico que este último verso tan sencillo: lo que Bécquer ha venido "definiendo" puede ser cualquier cosa y en otros casos esto mismo ha sido "poesía" o "inspiración". He ahí la definición indefinida de Bécquer, la poesía que, guiada por clara inteligencia, rompe sutilmente todas las formas de la "cifra" que le obsesionaba.

[5] La famosa fugacidad de Bécquer; con razón se ha destacado siempre este aspecto de su poesía: pocos poetas españoles se han dedicado con mayor insistencia que Bécquer no ya a escribir poesía "fugaz", sino al análisis teórico de lo que sea lo inapresable poético. ¡Con qué sutil inteligencia analítica ("Cuando siento, no escribo") nos describe, lanzándonos una vez más a lo indefinido, la fugacidad de la inspiración!: "fantasmas ligerísimos, fenómenos inexplicables de la inspiración, que al querer materializarse pierden su hermosura, o se escapan como la mariposa que huye dejando entre las manos que la quieren detener el polvo de oro con que sus alas se embellecen" (BÉCQUER, *Op. cit.*, pág. 675-676). Otro poeta, también andaluz y también de sutil inteligencia, ha hablado de "la forma de su huida": mundo fugaz que, sin embargo, por la magia de la forma se encierra indefinido en el poema.

EL ÚNICO LIBRO QUE UNAMUNO DEJÓ INÉDITO[1]

Por *Rubén LANDA*

UNAMUNO es el autor de más personalidad en la literatura contemporánea de España: "el hombre más grande que el espíritu español ha producido en nuestro tiempo", afirma Onís. Esto bastaría para que despertase interés grande la publicación del único libro que al morir dejó inédito.[2]

De su epistolario sí debe haber mucho sin publicar. Sus hijos ya se ocupan de reunirlo para darlo a la prensa. Y de tanto como escribió en los periódicos es probable que aún quede número considerable de artículos que todavía no han sido recogidos en libros.

La edición y el prólogo del *Cancionero* es del profesor Federico de Onís. Edición muy cuidada, hecha con amor, que ha requerido gran esfuerzo y paciencia, porque de numerosas poesías no dejó Unamuno la redacción definitiva. El Sr. Onís termina con estas palabras su prólogo: "Para el que escribe, discípulo de Unamuno desde la infancia, la labor modesta, pero larga y difícil, de editar su último libro significa sencillamente la satisfacción del cumplimiento de un deber filial".

Al leer este *Cancionero* he recordado que al frente de un breve volumen de poesías, D. Miguel escribió lo que podríamos

---

1 MIGUEL DE UNAMUNO, *Cancionero, Diario poético,* edición y prólogo de Federico de Onís. (Publicaciones del "Hispanic Institute in the United States") Buenos Aires, 1953, 486 páginas.

2 De las poesías que lo forman (mil setecientas cincuenta y cinco) catorce fueron publicadas en la revista *Hora de España* (Barcelona, 1938); dos aparecen en la selección hecha por don Juan José Domenchina y publicada en México el año 1945 con el título *Obra escogida;* otra la copió el mismo Unamuno, en carta al profesor José A. Balseiro, carta que éste publicó, con otra, también de Unamuno, en su libro *Cuatro individualistas de España* (The University of North Carolina Press, 1949). Ambas cartas nos dan a conocer el origen del título de este libro de Unamuno, y por qué "me puse a componer (son palabras suyas) un Cancionero espiritual del destierro".

llamar su arte poética. No estoy seguro, pero acaso ese librito es el titulado *Rimas de dentro* (Valladolid, 1923). Es poco conocido, porque lo publicó un amigo, en tirada reducida, destinada no a la venta sino a obsequiar al autor y admiradores suyos. Allí dice Unamuno que su arte es sencillo, espontáneo, como el de pastor que usa tosco caramillo, y no pulido como el de los cultos. Y aquí en este *Diario poético*, escribe (composición 1439):

. . . .
y un cancionero brotó
de entre el oleaje bravío.
Flores salvajes al viento. . .

No me creo llamado a juzgar un libro de versos; pero como anotaciones evocaré algo de la vida del autor. A diferencia, por ejemplo, de Pérez Galdós, la persona de Unamuno está presente en su obra escrita y en ninguna más que en ésta. Es efectivamente un diario: . . ."esta obrilla que de mi pecho ha salido", dice en la poesía 16. Y en la 1466: "He aquí mi confesión, este rimado diario". . . En la 1663: "Aquí quedáis mis momentos". . . "Dios mío, este yo ¡ay de mí! - se me está yendo en cantares". . .

Durante la dictadura del general Primo de Rivera, Unamuno pasó parte de su destierro en París, ciudad que no le gustaba:

Cuando viví en París. . .
Vivía? esperaba el día
de vivir y no vivía. . .
Cuando no vivía. . . *(bis)*
Cuando vivía en París. . . *(bis)*

(Poesía 325).

Y en la 1739, fechada en París, escribe

Cielo gris lloviendo hastío,
ambiente de decadencia; . . .

Al fin se trasladó a Hendaya, pueblo vasco como "su Bilbao", y fronterizo, desde el cual podía contemplar tierras españolas. Allí, el 28 de febrero de 1928, escribió la poesía más anti-

gua del *Cancionero* (es la núm. 5; la primera es de 1-III-1928), y la última en Salamanca, el 28-XII-1936, tres días antes de su muerte repentina.

De diciembre de 1928 a septiembre de 1929 pasé cuatro veces por Hendaya y las cuatro me detuve allí para visitar a don Miguel. Una de ellas paseamos por la carretera que, en dirección opuesta al mar, sube casi paralela a la frontera, y desde donde se ve España. Don Miguel sacó del bolsillo unas octavillas y me leyó, al aire libre, algunas de sus poesías recientes. Asunto de unas era España, de las restantes su esposa. Fuera de tierra española y lejos de su hogar, España y su familia eran entonces una obsesión para Unamuno. Dos de las composiciones que me leyó fueron las que acerca de Ávila, Segovia y El Escorial figuran en este libro (números 451, 452 y 454). Las que le oí dedicadas a su esposa no aparecen en él. En otro paseo, esta vez hacia la playa y viendo la ría, poco ancha, que separa a Hendaya, la francesa, de la española Fuenterrabía, me habló de Azorín. Me dijo que lo que escribe Azorín "no se oye", y que a su estilo le falta fluidez; que ésta es compatible con la densidad, idea que recoge en la "canción" 660:

Denso sí, pero corriente;
el agua del río pesa
más que el hielo, y en rompiente
el agua rompe la presa.

Al llegar una vez a Hendaya y preguntar por Unamuno en su modesto hotel, el hotel Broca, me dijeron que estaba en el café. Allá le encontré jugando a las cartas, cosa que creo que don Miguel no hacía casi nunca. Sus compañeros de juego eran españoles. Cuando terminaron paseamos los dos solos y me dijo que en el juego se conoce bien a las personas. La poesía 98 comienza: "El mus trilingüe de Hendaya"... y después habla de Pascal y de religión. La 175 tiene por título (pocas lo llevan): "Teología del mus"... En otra de mis llegadas al lugar de su destierro don Miguel no estaba bien de salud. Me recibió sentado en la cama. Su aspecto era normal y no parecía preocupado; pero en la "canción" 147 dice:

Tendré en el destierro entierro?
Quién sabe... pudiera ser...

Y en la 149:

El entierro en el destierro
¿quién lo sabe?; . . .

En su soledad de Hendaya, Unamuno fue volcando su interior en los versos de este *Cancionero*, en el cual muchas veces habla sólo consigo mismo, sin cuidarse de que los demás puedan entender sus alusiones. Así en la poesía número 431 evoca a Salamanca sin nombrarla:

Agua del Tormes,
nieve de Gredos,
sal de mi tierra,
sol de mi cielo,
pan de la Armuña, mollar y prieto
leche de cabra del llano escueto,
puestas de soles de rosa eterno,
sombra de encina que espeja el Puerto,
canto de charros,
todo recuerdos;
la carretera de mis paseos
de lazarillo, soñaba el ciego;
balcón de estío ¡ay mis vencejos!,
catedral vieja queda lo eterno;
Santo Domingo, reposo inquieto;
Arco la Lapa, fervor obrero,
bancos del aula de mis ensueños;
noches de casa junto al brasero,
duermen los míos, canta el sereno,
siglos de vida que se me fueron!

Desde Salamanca, a lo lejos, hacia el sur, al otro lado de la llanura del Tormes, se ve la sierra de Gredos, con sus cumbres cubiertas de nieve casi todo el año. Por la tarde Unamuno solía pasear por la carretera de Zamora, muchas veces acompañado de uno de sus mejores amigos, el poeta ciego don Cándido Rodríguez Pinilla. Desde un alto de esta carretera, hacia el norte y noroeste, se domina la abierta comarca de la Armuña, ligeramente ondulada, con pocos árboles y casi toda de campos de trigo.[3] "Santo Domingo, reposo inquieto". Se refiere al

[3] La poesía 1611 dice: "Carretera de Zamora, - cuesta arriba, cuesta abajo; . . . Se acuesta en torno la Armuña". . .

convento de dominicos, llamado también de San Esteban, donde tenía amigos, y por ellos conocía la vida del claustro. Contaba Unamuno que la de éste era una paz atormentada por la duda o por pasiones tremendas, como la envidia. "Arco la Lapa, fervor obrero". Arco la Lapa es el nombre de la calle donde estaba la "Casa del Pueblo", es decir, el local de los sindicatos obreros. Por lo menos un año asistí a la serie de conferencias organizada por los trabajadores y que eran como de "extensión universitaria". Aunque no faltaban en Salamanca intelectuales que tuviesen cosas interesantes que decir, el atractivo principal de aquellas reuniones era que, a petición de los obreros, Unamuno las presidía, y al final siempre hacía un comentario, en tono sencillo y natural, como acostumbraba hacerlo incluso al hablar en público. Algo de lo que más admiro en Unamuno (y que no es muy conocido) es que dedicase a los obreros tiempo no escaso cuando ya era hombre muy ocupado con su cátedra y sus escritos y famoso en España y el extranjero. Y también admiro que entonces fuese concejal y asistiese con regularidad a las sesiones del ayuntamiento. Creo que no pertenecía entonces (ni después) a ningún partido político.[4] Supongo que le pidieron ayuda para sanear la administración de la ciudad y que los obreros le votaron. "Bancos del aula de mis ensueños". De su aula evoca precisamente los bancos, es decir, el lugar de los alumnos. Enseñar y escribir fueron las actividades profesionales de Unamuno, las de toda su vida. Gran sacrificio debió ser para él dejar su cátedra cuando le desterró Primo de Rivera. Debo al hispanista profesor Bataillon el conocimiento de lo siguiente: cuando Unamuno en su destierro llegó a París, algunos estudiantes de la escuela normal superior de la "rue d'Ulm" quisieron que Unamuno fuese a hablarles en una charla privada, no en el salón de conferencias, sino a un auditorio reducido, en una de las habitaciones destinadas en la escuela a que estudien los alumnos en pequeños grupos. Bataillon (antiguo "normalista") fue el encargado de invitarle, y quien le acompañó hasta la "Normal superior". Sin duda algo hizo que Unamuno perdiese en parte el dominio de sí mismo sin el cual nunca le vi, ni nunca he oído que perdiese. Al entrar y verse por primera vez desde que salió de Salamanca ante un auditorio

4 No digo "antes" porque Indalecio Prieto ha escrito: "Unamuno, afiliado a la Agrupación Socialista de Bilbao"... (véase *Palabras al viento,* México, 1942, pág. 122).

de estudiantes y en un recinto que por su tamaño le recordaría su aula (los alumnos que en Salamanca estudiaban griego e historia de la lengua española no eran muchos), debió la impresión ser tan fuerte que el profesor Bataillon, dándose cuenta de ello, procuró que la reunión terminara pronto. "Canta el sereno". Cuando yo residía en Salamanca todavía el sereno (guarda nocturno en España) recorría las calles "cantando la hora" y el tiempo que hacía. Cantaba por ejemplo: "Las once y nublado" o "y lloviendo" o "y sereno". Esto, el cielo de estrellas muy brillantes en el aire seco de Castilla, era lo más frecuente en Salamanca. El silencio de la ciudad dormida se hacía más profundo después de esta interrupción. Pocas veces lo rompían también los estudiantes que pasaban cantando. Por sus buenas voces se advertía cuando eran vascos, paisanos de don Miguel.

"Mi único noviazgo". Unamuno era lo más contrario a un hombre recóndito. De sus cosas más íntimas hablaba a unos y a otros. Charlando con varias personas le oí decir que él sólo había conocido a una mujer, y que empleaba esta expresión en el sentido bíblico. En su novela *Paz en la guerra* ya vemos que el joven Pachico (autorretrato de Unamuno) no se entrega a amores frívolos, como algunos de sus amigos. Moreno Villa ha escrito: "¿Cómo era la mujer de Unamuno? Nadie la conoció en sociedad. Nunca la vi con él. Y cuando visité a don Miguel en su casa de Salamanca, me abrió ella la puerta, pero no me fue presentada por el maestro. Don Miguel habla de ella con cariño, y hasta dice que no conoció otra mujer en su vida".[5]

A don Miguel le vi y le oí sobre todo fuera de su casa. Las veces que antes de su destierro estuve en ella me recibió el sólo en su despacho de muebles sencillos, modestos, cubiertas las cuatro paredes con estantes abarrotados de libros, casi todos sobre religión, según me dijo en mi primera visita. Tenía un balcón que daba a la calle. A él se refiere en la poesía 431, ya citada: "balcón de estío ¡ay mis vencejos!" Después del destierro de Unamuno acudí a su casa, como otros profesores que estábamos indignados contra el atropello del dictador. Entonces me recibían la esposa, la hermana y las tres hijas de don Miguel en una habitación que daba a un patio. "Doña

[5] J. Moreno Villa, *Los autores como actores*, México, 1951, pág. 14.

Concha", la esposa, me daba a leer cartas de don Miguel dirigidas a la familia, pero que eran también para los amigos. En ellas hablaba bastante de política y también de sus libros. En una pedía que le enviasen copia de las obras teatrales que entonces tenía inéditas. Me ofrecí para ayudar en esto, y agradecí que me encargasen de la copia de dos dramas. Mucho me atraía leer obras inéditas de Unamuno en el manuscrito original. Fue obra fácil, porque la letra de Unamuno es muy clara y la redacción estaba terminada hasta el último detalle. (Del *Cancionero* no llegó a escribir el texto definitivo).

Era doña Concepción Lizárraga de Unamuno admirable en no pocos sentidos. La compañera que convenía a don Miguel. Él, combativo en sus escritos, atormentado en sus pensamientos. Ella era paz, serenidad, equilibrio, descanso para el esposo. Gracias sobre todo a ella no puede decirse que la vida de Unamuno fuese atormentada, como su pensar: fue plácida. Al lado de estas diferencias que unen, coincidían en mucho: nunca en los escritos de Unamuno hay afectación; tampoco la hubo en su vida. Así era también su esposa. Nada le hizo salir de su modestia y nunca trató de figurar. En los "ecos de sociedad" de los periódicos de Salamanca no solía aparecer su nombre, y eso que en Salamanca, la única ciudad española que puede llamarse universitaria, el pueblo no reconoce categoría social superior a la del rector y los profesores. Era sencillamente buena, tranquila, animosa. Supo soportar con dignidad el destierro del esposo. Ni quejas, ni lamentaciones. Hizo con firmeza lo que tenía que hacer. Acaso jamás se llegue a saber en qué medida se le debe la obra realizada por Unamuno; mas sin duda ella le allanó el camino librándole de preocupaciones, a veces absorbentes, sobre todo en familia de tantos hijos. Ramón y Cajal, al final de su libro *Mi infancia y juventud*, escribe que no hubiese podido dedicarse a la investigación científica sin el espíritu de sacrificio de su esposa. Algo semejante debió suceder en el hogar de Unamuno.

Este último libro de Unamuno es confirmación de los anteriores; pero contiene algo que antes no había tratado, que yo sepa, escribiendo para el público: lo referente a su matrimonio. Sí en una carta a Maragall publicada hace sólo tres años. De ella es el siguiente pasaje: ..."me restaura la mirada de mi mujer, que me trae brisas de mi infancia. Nos conocimos, de niños casi, en Bilbao; a los doce años volvió ella a su pueblo, Guernica, y allí iba yo siempre que podía, a pasear con ella

a la sombra del viejo roble, del árbol simbólico. Y allí me casé. A mi mujer la alegría del corazón le rebasa por los ojos, y ante ella tengo vergüenza de estar triste. Un día, hace años, cuando me preocupaba lo cardiaco, al verme llorar presa de congoja, lanzó un ¡hijo mío! que aún me repercute".[6]

A partir de su viudez, ya en la ancianidad (y esto le da más valor) va escribiendo en su *Diario poético* una y otra vez sobre la compañera perdida. Ya antes, en la poesía titulada *Guernica* (la 626, fechada el II-I-29) escribe:

En las hondas mocedades
de mi único noviazgo, . . .

y la 1606, del 6-VIII-32 comienza así: "Sólo tú, mi compañera"... En la 1608 (4-IV-32) dice:

Unos ojos dulces - llenos de promesas
de goces caseros - y tranquilas fiestas
—recatado culto— - tras cerrada puerta;
de íntimos abrazos - lejos de contiendas;
unos ojos dulces, - vasos de la esencia
de hondo contento - de pura existencia,
de vida que pasa - con eterna espera.

La poesía 1638 va precedida de esta nota: "Después de la muerte de mi Concha (15-V-34)". En ella habla "de mi otra vida perdida". Es la primera que escribe después de viudo. Está fechada el 30-V-34. De otras composiciones dedicadas a la esposa muerta entresacamos algunos versos:

. . .se hizo madre; una mañana
al nacer el sol tomó
a su hijito; la campana
tañó recuerdos perdidos,
y ella a cantar. . . (1639)

———

Murió y el aniversario
otra vez que llegó a ser
madre. . .

[6] *Epistolario entre Miguel de Unamuno y Juan Maragall*, pág. 56, Barcelona, 1951.

dicen en la poesía 1650, a cuyo pie va esta nota: "Releyendo aquí, en Palencia, mis cantares fronterizos de hace seis años, para ordenarlos hoy, 3-VIII-1934, en que mi hijo mayor, Fernando, hace sus cuarenta y dos años. Ella murió hace dos meses y medio y tres días".

Fue ella? fui yo quien se murió? (1651)

Está aquí;
más dentro de mí que yo mismo;
. . . .
Aquel sosiego henchido de resignación;
sus ojos de silencio; . . .
Ay sus ojos, su lumbre
de recatada estrella
que arraiga en lo infinito del amor, . . .
Está aquí, está aquí, siempre conmigo, . . . (1657)

. . .alma de mi alma,
mi compañera en el terrestre viaje. . .
En tu regazo, virginal sosiego;
en tu regazo
donde se me hizo el fuego. . .
dentro en tus ojos de saber sereno
vi al conocerte que el mundo era bueno. . .

(Génesis, I-10) (1697)

No hizo sombra a nadie; opuso
a todo revés sonrisa. . .
. . .compuso
hogar todo a Dios abierto
en cercado de humildad. . .
Fue una vida sin historia
en lo eterno cimentada; . . . (1719).

Perdí mi ancla, mi costumbre, . . .
Ay aquel adiós postrero
de sus ojos moribundos;
su sonrisa en el lindero
que separa los dos mundos!. . . (1731)

. . .tú que fuiste en carne
la inocencia clara
de sospechas viles,
guardamé. (1732).

De la poesía 1746, titulada *Su anillo, ahora en mi dedo:*

. . .en anillo
de oro donde se anida
recuerdo que es castillo
de sueños; . . .
. . .su mano
de amor que es ahora tierra, . . .

12 de octubre de 1936: Día de la Raza. Celebración solemne en la Universidad de Salamanca. Ya es sabido que, por lo que entonces dijo Unamuno públicamente ante las autoridades fascistas y contra ellas, fue destituido del cargo de rector. En adelante "tuvo su propio hogar por cárcel".[7] Lo confirma la penúltima poesía del *Cancionero,* escrita seis días antes de morir, el 25-XII-36:

Y yo en mi hogar, hoy cárcel desdichosa,
sueño en mis días de la libre Francia,
en la suerte de España desastrosa,
y en la guerra civil que ya en mi infancia
libró a mi seso de la dura losa
del arca santa de la podre rancia.

Lo que se sabe de la muerte repetina de Unamuno confirma la verdad de lo que dijo el año 1928 en la composición 99 del *Cancionero:* "callarme es lo mismo que morir".

---

[7] Véase la obra ya citada de J. A. Balseiro, págs. 113 y 114.

HOMBRE O DEMONIO

Por *Pascual PLA Y BELTRAN*

—Así tenía que suceder y así sucedió; Concha, la hija de Tobías estaba condenada a morir desde un principio: desde el momento mismo que aquel hombre pisó esta casa.

El joven señor, distraídamente, escuchaba a través del anciano como una voz remota, antiquísima, una voz sostenida casi inverosímilmente en el tiempo.

—Me parece que la estoy viendo ahora —prosiguió el anciano— colgada de un nogal que había situado entre esos dos abetos, colgada de una rama del nogal, ahorcada, muerta para siempre. Pero eso sucedió un mes justo después, cuando el hombre venido del mar, el marinero, cogió una mañana la puerta y, sin palabra ni despedida alguna, se volvió al mar. Él lo había prometido así y así lo cumplió. No engañó a nadie. Por eso Tobías no le maldijo, ni le odió siquiera. Se limitó a cortar el árbol y mientras Concha, aquella criatura frutal, era embutida en un ataúd, llevada al cementerio y enterrada, él, Tobías el Viejo, contenida pasión y cólera, encendió una hoguera (encendió una hoguera en pleno mes de agosto) y, astilla a astilla quemó el nogal; quemó el nogal como si al quemarle intentase quemar con él todo vestigio de pecado y muerte.

El joven señor escuchaba la voz del anciano y, a la vez, el trino de un pájaro encimado sobre la copa de uno de los abetos; levantó los ojos hacia donde suponía debía estar el pájaro y el anciano dijo:

—Son verderones. Anidan ahí —y seguidamente volvió a su tema—. Todo empezó en un día de mediados de julio... —Se detuvo, alargó una de sus manos hebrosas, aferró unas hojas de geranio y las aplastó entre sus férreos dedos—. Sí; como le digo, todo empezó en un mediodía de mediados de julio y aconteció entre el apretado espacio de estas dos fechas: 12 de julio-17 de agosto de 1884. Nos habíamos reunido, sentados al calor de la mesa Tobías, sus hijos Lucas, Concha y Pepe, el ama

Agustina, Toni el criado y yo. Íbamos a comer. Creo que el viejo había bendecido ya la comida; o sea que, como de costumbre, había levantado su mano derecha y había hecho la señal de la cruz sobre los platos. Hasta me parece, no estoy seguro, no estoy seguro, que el viejo había empezado ya a masticar. Y en eso llamaron. Y Tobías dejó de masticar, ladeó la cabeza un poco y así, quieto, se quedó escuchando. Después preguntó: "¿Quién será ahora?" Y el ama dijo: "Algún desventurado hijo de Dios". Fíjese que era él, el hombre que venía del mar y que al mar volvería arrastrando tras sí, al mes justo de su llegada, la vida de dos seres: Mercedes al convento y Concha a la tumba. Pero el ama dijo: "Algún desventurado hijo de Dios".

"La llamada volvió a repetirse y el viejo le hizo una seña a Pepe, su hijo menor, para que fuera a abrir. Éste se encaminó a la puerta, y antes de abrirla, preguntó: "¿Quién es?" Y desde fuera contestaron: "¿Vive aquí Tobías el Viejo?" Pepe descorrió entonces la cadena y un hombre, precedido de una mancha de luz solar, atravesó el dintel.

"El hombre era alto y delgado, con un lacio y rubio bigote que le caía sobre ambas comisuras de la boca; vestía camiseta de marinero, americana y pantalón azul; tocaba su cabeza con un jipijapa que se quitó al entrar.

"—El viejo —le dijo Pepe al hombre— es mi padre. ¿Qué desea?

"—¿Podría verle? Vengo de parte de Tobi.

"—Tobi es mi hermano —aclaró el hijo menor de Tobías. Y seguidamente añadió—: Padre, aquí hay un hombre que quiere verte. Lo envía Tobi.

"Pareció que al viejo le faltaba la respiración; sintió la música del hijo, la canción del hijo, la rama misteriosa y sanguínea del hijo desprendida desde hacía años del árbol familiar. Y el corazón se le llenó de miedo y ternura.

"—¿De Tobi? —murmuró una vez que se hubo repuesto—. Dile que pase, que pase... —e intentó levantarse e ir a su encuentro; mas, dominado por la emoción, se volvió a sentar. Entonces el hombre vestido de marinero cogió una silla y se sentó a su lado.

"—¿Ha visto usted a Tobi? —preguntó el viejo con voz anhelante—. ¿Le ha visto?

"El forastero, antes de responder, miró fijamente a Tobías,

consideró su emoción y su profundo amor por el hijo ausente. Dijo:

"—Le vi en Marsella hace poco menos de un mes. Al enterarse de que pensaba desembarcarme en España, me rogó que viniese a verle y le trajera esto —echó mano al bolsillo interior de la americana y sacó un pequeño paquete atado con una cinta roja; lo desató y extrajo de él un estuche y del estuche un reloj con cadena de plata; le dio cuerda y lo depositó en las manos del viejo—. Tome, éste es el regalo de Tobi.

"Creo que Tobías lo sostuvo con ambas manos, se acercó a los labios y lo besó; después, temblando como un niño, se lo llevó al oído y durante unos minutos se quedó escuchando, no como si escuchara el tic tac de un reloj, su latido, sino como si estuviera oyendo en él el palpitar del mundo.

"—Hijo mío —musitó el viejo—. Tobi, hijo... —y su voz se quebró en un sollozo. Y luego que se hubo recobrado—: Tobi siempre ha sido así, ¿sabe usted?, siempre ha tenido un hermoso detalle para su padre. Cuando estuvo en el moro me envió un cinturón; y ahora... ya ve. Uno le cree muerto, teme que no va a saber de él ya nunca más, y, de pronto... Está siempre lejano y siempre presente, como si no hubiera nacido para morir. —Hizo una pausa y cambió de voz—: La verdad. Dígame. ¿Cómo se encuentra Tobi? ¿Es dichoso?

"Y el hombre vestido de marinero, de bigote rubio y cabellos rubios y ensortijados, paseó la mirada por los presentes: una mirada azul y soñadora, pero a la vez fría y cortante como un cuchillo.

"—¿Dichoso dice usted? —preguntó.

"El viejo titubeó ahora.

"—Quiero decir —dijo—. ¿Gana dinero Tobi?

"El forastero sonrió, mostrando sus blancos y duros y bien proporcionados dientes.

"—A veces lo gana —dijo—; a veces no lo gana. Depende. Pero a él no le importa. Vive, eso es todo. Y en cuanto a si es o no dichoso, creo que lo es. Lo es a su manera. Al menos, no creo que sea ni más ni menos desdichado que cualquier otro hombre en el mundo.

"—Según eso —intervino Lucas—, Tobi no es rico.

"A lo que el forastero repuso:

"—No lo es ni le importa. Pobre o rico, sepan que Tobi es un gran hombre.

"El viejo no comprendió bien, pero comprendió algo; comprendió que la réplica del forastero a su segundo hijo había sido justa y que Tobi, tuviera o no dinero, era un muchacho del que debía sentirse orgulloso.

"—Bien —concedió Tobías—. Sería bueno que el muchacho se hubiera hecho con una respetable fortuna; mas si él no es de ese parecer, ¿quiénes somos nosotros para increparle? Dejémosle hacer. Quizás cambie alguna vez de pensar; entonces se hará rico y a cada uno de vosotros le dará lo suyo. Porque Tobi es así, nada tiene propio. Mas aunque nunca llegue a ser rico, ¿qué nos importa? Él puede comprar un cinturón o un reloj como éste, con cadena de plata y todo, y regalárselo a su padre. Decidme, ¿quién de vosotros podría hacer igual? Y Tobi me ha enviado un reloj, que era lo que yo más deseaba tener en el mundo, y gracias a él lo tengo y lo tendré mientras viva —bajó la voz y como en un susurro—: Tobi, hijo mío. Gracias.

"Yo aproveché la oportunidad y me acerqué a él y le pedí que me enseñara su tesoro; y Tobías me lo enseñó, me lo acercó al oído y me permitió que escuchase en él la música del tiempo; pero no me permitió tocarlo. "Eso no, podría romperse". Y en la manera de decirlo mostró su pasión y su orgullo por Tobi.

"Se guardó después el reloj, y, de pronto, se dio cuenta de que le estábamos aguardando. Y dijo: "Hijos, perdonad a este viejo; la comida se enfría y yo estoy aquí parloteando como una urraca. Y encarándose con el hombre: "Ni qué decir tiene que usted comerá con nosotros, ¿verdad?

"El forastero no contestó; cogió la cuchara que le tendía Concha y, sin más ceremonias, se puso a comer.

"Durante la comida nos habló de su vida y del mar: del mar que era su vida. "Amo el mar sobre todas las cosas —dijo—. En el mar siente el hombre su grandeza y su pequeñez, el valor del silencio y de la palabra humana. No hay odio allí, no hay muerte en el mar, porque el mar es lo más grande creado por Dios. Por eso el mar es mi pasión y es también mi orgullo, porque considero que el mar y yo somos hijos de un mismo Padre. Mas a veces, cuando llevo mucho tiempo en el mar, me ocurre algo extraño; siento como si el corazón se me hiciera pequeño, como si se me hiciera dificultoso el respirar, como si me fuera a morir. Y entonces a la pasión del mar sucede la pasión de la tierra, y necesito de la tierra como antes necesité del mar. Entonces me desembarco y me voy tierra adentro. Mas nunca echo raíces".

"Ninguno de nosotros había visto el mar. Tobías había nacido aquí. Sus padres habían nacido aquí. Sus abuelos habían nacido aquí. Y aquí habían nacido y crecido sus hijos. Exceptuando a Tobi, ninguno de nosotros haba visto jamás el mar. Así es que las palabras del marinero nos revelaron otro mundo, un mundo viviente y maravilloso que existía, sin nosotros saberlo, de la otra parte de las montañas.

"Y cada uno de nosotros se formó una idea del mar, una idea falsa del mar. Yo pensé —y Concha debió de pensar conmigo— que si el mar se parecía al marinero, el mar sería hermoso.

"Y Tobías le dijo al hombre: "Ninguno de nosotros conoce el mar. ¿Cómo es?" Y al hombre le pareció la palabra sencilla y profunda, y la consideró detenidamente; mas después de pensar durante un minuto debió comprender que el mar no podía ser encerrado en conceptos y que él, el hombre venido del mar y que al mar volvería, no podía definir ni expresar con palabras cómo era el mar. Dijo:

"—No puedo decir con palabras lo que es el mar. Imagínense lo más grande y lo más hermoso y tendrán una idea aproximada de lo que es. Si Dios existe —añadió—, Dios es el mar, o está en el mar.

"Asustados, nos miramos unos a otros. ¿Qué había querido decir el marinero?

"—Nosotros... —creo que dijo ahora Lucas, el hijo segundo de Tobías— no entendemos. Para nosotros una casa es una casa, un árbol es un árbol, un hombre es un hombre. Eso sí lo entendemos. Pero usted nos dice que el mar es Dios y eso no lo entendemos; porque para nosotros Dios es Dios y nada más que Dios.

"—¿Cómo es el mar? —preguntó de nuevo Tobías.

"El marinero estaba sudando. Pidió permiso y se quitó la americana. Luego manifestó:

"—Ya les digo que no puedo expresarlo. No puedo, aunque quiera. Por mucha imaginación que ustedes tuviesen, no llegarían a comprenderlo nunca. Sólo quien haya visto el mar, lo haya vivido, gozado y sufrido plenamente puede tener una idea aproximada de cómo es el mar.

"Y Tobías dijo: "Soy viejo, mas no pienso morirme sin ver el mar".

"Y entonces dijo el ama: "Así son los hombres. Viven años

y años sin más amor que el de la tierra, de la que se nutren, sin preocuparse de lo que sucede más allá de las montañas que les rodean, hasta que un buen día aparece un forastero y les habla del mar y entonces quieren ver el mar. Así son los hombres. Desde ahora este viejo soñará con el mar y no será feliz".

"Eso dijo el ama, señor. Eso dijo. Pero en sus palabras no había cólera.

"Luego hubo un pequeño diálogo entre Tobías y el marinero. Tobías preguntaba y el marinero contestaba:

"—¿Y está lejos el mar?

"—No demasiado.

"—¿Sobre cuántas leguas?

"—Unas doce... a lo sumo.

"—Bueno. Puedo caminar esas leguas si allá está Tobi.

"—No. Tobi está más lejos, bastante más lejos.

"—Bien. De todas formas creo que caminaré esas leguas y veré el mar.

"Terminó la comida; Concha y el ama levantaron la mesa y sirvieron café; y mientras bebíamos el café, Tobías dijo al hombre:

"—Hijo, ¿a dónde te diriges ahora, a qué lugar de la tierra te encaminas? Ya sé que no me importa; pero te confieso que me gustaría retenerte aquí, que ocupases entre nosotros el lugar que Tobi dejó vacío al marcharse. Creo que viéndote a ti vería a mi Tobi y a la vez sentiría la presencia del mar. Porque Dios no es el mar; pero tú, hijo mío, sí eres el mar para nosotros.

"En las palabras del viejo había una ternura indecible, una tristeza inexpresable, algo maravilloso que debió de conmover al marinero haciéndole pensar, sin querer, en el dolor y la bondad de las cosas humanas. Tal vez pensó en aquel hombre y en la posibilidad o imposibilidad de la dicha en el mundo y dijo:

"—No lo he pensado. Puedo quedarme aquí o en cualquiera otra parte. Donde me den trabajo y me sienta a gusto, allí estaré.

"—¿Trabajo? —preguntó Tobías—. ¿Y qué trabajo?

"Y el forastero contestó: "Puedo hacer lo que haga cualquier otro hombre, no más".

"El viejo se rascó la cabeza.

"—La tierra es dura —dijo luego—, muy pocos la aman; mas trabajándola con amor y paciencia, también es generosa.

Tú lo sabes, hijo, yo sé que tú lo sabes. Si tú amas la tierra, la tierra te recompensará. Hijo, ¿quieres quedarte, quieres ser uno más entre nosotros?

"El marinero reflexionó un instante; al fin dijo: "Me quedaré durante algún tiempo. De todas formas, estoy seguro de que no echaré demasiadas raíces aquí. Cuando me llame el mar, volveré al mar".

"—Sí, hijo, volverás al mar —concedió Tobías. Y dirigiéndose a sus hijos—: Ya habéis oído, el marinero se queda en nuestra casa. Démosle las gracias y que Dios nos bendiga a todos.

"Fíjese, señor; fíjese en lo que dijo: "...y que Dios nos bendiga a todos". ¿Por qué?"

—Sí —dijo el joven señor—, ¿por qué?

Mas el anciano marginó la pregunta, la dejó en suspenso y continuó:

—Fíjese que había sido él, Tobías el Viejo, quien le pidió al marinero que se quedase —al hombre venido del mar, al hombre extraño y exótico que hablaba de Dios y del mar, que los confundía o identificaba como a un mismo Ser—, y tan pronto como éste aceptó, en medio de su alegría fantástica, imploró la bendición de Dios para todos nosotros. ¿Por qué? —Hizo una pausa meditativa y añadió—: ¿Bueno? ¿Malo? ¡Qué importa! Sepa que el marinero era un hombre. Un hombre y el destino, obrando.

—Sí —dijo el joven señor.

—Así, pues, quedó instalado en esta casa el marinero. Nuestro corazón estuvo con él desde un principio. Tan sólo Lucas, el hijo segundo de Tobías, no se dejó impresionar por el misterio de aquel hombre, y si hubo trampa, no se dejó atrapar en ella.

Se detuvo el anciano, sacó su petaca de cuero crudo, y lio un cigarrillo; lio un cigarrillo no como otro hombre cualquiera hubiera podido hacerlo, sino de una forma especial, como solamente él sabía y podía liarlos: las puntas inverosímilmente delgadas y el centro abultado, gordo hasta más allá de la exageración, de manera que más parecía un petardo que algo hecho para el deleite y la intoxicación de los pulmones. Como el joven señor no fumaba, ni siquiera le ofreció su tabaco. Sacó el chisquero y frotó repetidamente la piedra contra el hierro hasta que una chispa prendió en la mecha; entonces, dando largas

chupadas, encendió aquella especie de cigarrillo que había liado y dijo:

—Después... El marinero fue a la bodega y se acostó; se hallaba tan cansado que durante toda una tarde y toda una noche estuvo durmiendo, y aun cuando llegó la mañana del siguiente día siguió durmiendo, de modo que cuando él abrió los ojos yo, como un ser vivo de la tierra, sentado a sus pies aguardaba, y mientras aguardaba pensaba en lo que le iba a decir cuando despertase; mas cuando despertó al fin no supe qué decir, no supe qué decirle. Intenté vanamente encontrar la palabra justa. No la hallé. Dije: "Hola". Y el marinero, desperezándose, contestó: "Hola". Y nos quedamos observándonos mutuamente, detenidamente, como si uno y otro esperásemos que de esta mutua observación surgiese de improviso la maravillosa palabra que nos expresase; pero viendo que la palabra deseada no surgía y que el silencio se hacía infinito, el forastero, a falta de otra cosa mejor que decir, repitió: "Hola, muchacho". Y yo no partí nada con mis dientes, señor; sencillamente me aferré a aquella resquebrajadura del silencio y... "Has dormido mucho, marinero". Y ahora él medio se incorporó en el jergón sobre el que yacía echado, sobre el que había dormido durante toda una tarde y toda una noche, irguió la cabeza y se quedó mirando la débil luz que se filtraba por entre el agrietado portón de la bodega; lo hizo de tal forma que yo creí que el hombre no miraba la luz, sino más allá de la luz, las tierras y los montes, que miraba hacia donde yo suponía debía estar el mar desde donde el forastero había venido. "Y ¿qué?", dijo. "Nada", dije yo. Y luego: "Quería hablarte". Y él: "Bien, muchacho, habla". Y tuve la palabra; no la palabra justa sino la palabra. Y hablé de cosas sencillas, nada importantes. Le dije que Tobías era bueno, y que sus hijos eran también buenos; pero que el viejo era el mejor entre todos por su inagotable caudal humano. Y creo que le dije: "Hay uno en esta casa sin embargo que no quiere a Tobi. Y tú eres amigo de Tobi. Y ese uno será tu enemigo". Y el marinero parpadeó y... sin ira: "¿Por qué?" Y yo le dije: "No le sentó bien aquello *de puedo hacer lo que haga cualquier otro hombre;* se le antojó una fanfarronada". Y él, el hombre nacido y venido del mar se agitó en su jergón de hojas de maíz y, ágil como un mono, se incorporó de un salto y empezó a vestirse. Y mientras se abrochaba los pantalones: "No temas muchacho; soy

libre: puedo marcharme o quedarme o hacer lo que mi libérrimo corazón decida". Y hombre sin rostro le veo ahora dondequiera que esté, si es que realmente existe y vive en alguna parte; hombre o demonio le veo ahora en la penumbra de la bodega aquella mañana, indomable, fiero y adusto, pero sin rostro, como invencible espada plantada en mitad del destino.

"Y no hablamos ya más, sino que fuimos a la cocina, donde Pepe y el viejo aguardaban, y el marinero desayunó. Después llegó Lucas trayendo dos hoces. Y Lucas preguntó: "¿Usted puede hacer lo que haga cualquier otro hombre?" Y él nada dijo. "¿Sabe usted segar?" Y entonces el marinero dio una respuesta ambigua: "Creo que sí..., aunque no sé". Y Lucas dijo: "Me gustaría comprobarlo; si a usted le parece, probaremos". Y él, sin arrogancia alguna pero con orgullo: "Está bien, está bien".

"—Fíjese, señor —continuó el anciano—; fíjese que Lucas era el mejor segador de la comarca. El viejo lo sabía, y sabía que el único deseo de Lucas era humillar al forastero, y como lo sabía quiso evitarle al forastero aquella vergüenza diciendo que no podían segar porque no había nada que segar. Pero Lucas repuso: "Hay un pequeño campo de avena allá en la Solana que se puede segar hoy mismo". "No", negó su padre. Pero el marinero intervino: "Deje. Probaré al menos". Y Tobías pensó que aquel hombre era loco; pero no dijo nada.

"Y salimos; y mientras caminábamos Lucas se mostró reticente con el marinero, el cual, adusto pero afable, le oía y callaba. Y llegamos al maldito campo de avena, y Tobías intentó algo aún, cualquier cosa que evitase el estúpido desafío y la derrota del marinero. Mas inútilmente, porque Lucas, nada más llegar, se metió entre la avena y con una estaca partió el campo en dos. Luego, enfrentándose con el huésped, dijo: "Tome la hoz que quiera y elija su campo". Y el marinero contestó: "Está bien, está bien". Entonces se quitó su camisa rayada y nosotros, callados como muertos, miramos su brillante torso desnudo (delicado pero vigoroso, duro hasta lo increíble) bajo el sol implacable de la mañana. Y cogiendo una hoz la sacó de su funda, y aferrándola bien con su mano derecha añadió: "Ésta es mi hoz y éste es mi campo. Empecemos". Y efectivamente fue así. El marinero se colocó a la derecha y Lucas a la izquierda; Pepe dio la señal y los dos empezaron a segar a la vez.

"Ya le he dicho —prosiguió incansable el anciano— que Lucas era el mejor segador del contorno; comenzó como una

tromba, rabiosamente, como algo loco y desesperadamente furioso, de manera que a los pocos minutos le había sacado una buena ventaja al forastero; entonces volvió la cabeza y durante un segundo miró a su contrincante con un gesto de burla o, si no de burla, sí de conmiseración. Pero el forastero no se inmutó: Siguió segando sereno, pero imperturbable; sin prisa, pero sin reposo. Y Lucas se confió y, cuando menos se quiso dar cuenta, el marinero le pisaba ya los talones. Y entonces Lucas, en un desesperado supremo esfuerzo, intentó volver a su primitivo coraje y a su primitiva furia inicial; mas inútilmente, porque algo que estaba en él o fuera de él o en alguna parte se había quebrado y el marinero, duro e implacable como un dios, seguía avanzando, avanzando... de modo que en menos de nada estuvo a su lado y luego delante, hasta que Lucas no pudo más, tiró su hoz y se dio por vencido. Sí, se dio por vencido él, el mejor segador del contorno. Y no fue sólo eso sino que, desprendido de toda cólera, vergüenza y orgullo, se acercó al marinero y le tendió la mano: "Me ha vencido usted", dijo, y nada más. Y Tobías mudo, frío como una piedra o un árbol, no acababa de salir de su asombro, hasta que al fin dio cauce a su pasión y alegría fantásticas, se quitó el sombrero y lo pateó, lo pateó como hubiera podido hacerlo un niño o un loco. Y cuando regresamos a casa y las mujeres se enteraron de lo que acababa de acontecer, el ama asustada, exclamó: "Es un demonio". Y Concha repuso: "No. Es un hombre. Creo que todo un hombre". Pero no fue solamente eso; hubo más, hubo bastante más.

"Lucas, dos días después (a los cuatro justos de la llegada del forastero), tuvo una idea perra, una idea completamente descabellada; Lucas tuvo la idea de cortarle las orejas a *Tom*. *Tom* era su perro, un podenco de cinco años bueno y paciente como no había otro. Sus orejas no estaban mal, podía oír y vivir con ellas perfectamente. Pero a Lucas se le ocurrió la idea y, sin encomendarse a Dios ni al Diablo, llevó al perro al corral, lo ató a un tronco, cogió el hacha de partir leña y... ¿Usted se lo imagina? Y el perro soltó un aullido, un aullido fiero, seco y cortante, un aullido que nada, o muy poco tenía que ver con el aullido de un perro sino más bien con el lamento de algo que moría o iba a morir. Y Lucas se asustó, se asustó tanto de aquel aullido y de aquella sangre que manaba del perro como del perro mismo. Y retrocedió pálido. Y entonces acudi-

mos nosotros y vimos a *Tom* con su oreja partida y bamboleante, sanguinolento, rabioso en mitad de su gran dolor y su gran vergüenza. Y nadie osaba acercarse a él ni calmar su furia: teníamos miedo. Hasta que de pronto él (el hombre venido del mar) se le acercó tranquilamente y lo amansó".

Hubo una breve pausa. Luego dijo el anciano:

—¿Usted se lo imagina? ¿De verdad se lo imagina?

Mas el joven señor nada dijo.

—Sí —prosiguió el anciano después—, el marinero no solamente hablaba, sino que actuaba. Por la noche, después de la cena, nos hablaba del mar y de los países y ciudades y aventuras que había corrido; mas durante el día no hablaba ni de Dios ni del mar: trabajaba. Lo hacía con un empeño y un coraje indomables. Así es que Tobías se sentía tan orgulloso de él como de Tobi, su hijo ausente; Pepe y Toni le imitaban en todo, o lo procuraban, y el ama y Lucas si no le querían lo disimulaban bastante bien. ¿Qué de extraño tiene pues que Concha, aquella criatura frutal, se enamorase del marinero? —Y como no obtuviera respuesta. . .—: ¿Pecó? ¿Se supo que pecó? ¿Hubo amor y pecado en Concha? ¿Hubo deshonra y deshonor en su muerte? —Y él mismo contestó—: No sé. No sé. No sé.

Otra vez se detuvo el anciano, se levantó y cambió de postura, quedando ahora tan de lado respecto al señor que éste sólo podía ver su acusado e impenetrable perfil de viejo. Y dijo:

—Mas no quiero precipitar los acontecimientos. Sepa que a los pocos días, cuatro o cinco después de lo que acabo de referirle, como acostumbraban a hacer todos los años, llegaron aquí los señores: don Rosendo, doña Dolores y. . . aquella sucia perra lasciva.

—¿Quién? —dijo el joven señor—. ¿Quién?

—Perdón, perdón —se apresuró a decir el anciano. Meditó un momento y—: A uno se le pudre a veces una palabra en la boca porque no encuentra a quién decirla, porque no encuentra en el mundo una persona capaz de comprender dicha palabra. Pero a mí no solamente fue una palabra, señor, fue un acto, algo que vi con estos ojos míos de tierra, algo que me está quemando y pudriendo no desde hace más de cincuenta años sino, me parece, desde los mismos orígenes de la vida y del tiempo.

—Comprendo —dijo el joven señor.

Pausa.

—Pues bien; como le decía, los amos llegaron una tarde. Nos encontrábamos en el valle, segando cebada, cuando vimos aparecer su lujoso coche por la carretera, tomar luego el camino, cruzar el puente y empezar a subir la cuesta despacio. Y Tobías nos dijo: "Ya está bien por hoy. Vayamos y demos la bienvenida a los señores". Y fuimos. Y llegamos sombrero en mano con el tiempo no justo para saludar a los señores sino también para admirar sus hermosos caballos claros. Y don Rosendo nos saludó con aquella cansada y vieja voz suya, que más que una voz parecía una sombra que hubiese dejado de ser una sombra, de ser algo para ser nada; y doña Dolores, blanda y temblequeante como un flan, ni siquiera nos saludó, porque para ella abrir la boca y decir algo a unos campesinos significaba demasiado trabajo; y ella —el anciano fue a pronunciar una palabra pero se contuvo—, la señorita Mercedes, creo que no nos vio o solamente vio a uno entre todos nosotros: al extraño, al marinero, al hombre. Y él, el hombre que había amansado al perro y había vencido a Lucas en lo que Lucas parecía invencible, sonrió ahora con una sonrisa especial, fría pero no desdeñosa, como si nunca hubiera amado, odiado o temido. Y cuando llegamos aquí y el coche se detuvo al pie de esa escalera, Mercedes cogió a Tobías de un brazo, lo llevó aparte y le preguntó: "¿Quién es él?" Y Tobías llamó al marinero y se lo presentó con el mismo amor con que años antes le había presentado a su hijo Tobi. Y el marinero no se arredró, sino que con la misma sonrisa fría pero no desdeñosa, se quitó el sombrero y le tendió la mano, que ella aceptó y estrechó voluntariamente, cosa que jamás había hecho con ninguno de nosotros. Y aquella noche... Aquella noche aconteció algo inverosímil, señor; Mercedes, la señorita (cosa que tampoco había hecho jamás hasta entonces) bajó a pasar con nosotros la velada. Mas ¿por qué lo hizo? —Su pregunta no iba dirigida a nada ni a nadie, era una pregunta sin respuesta; pero el anciano aguardó un momento—. ¿Sabe por qué lo hizo? Lo hizo por él, por estar con el marinero.

El joven señor, con el índice de la mano derecha, trazaba oscuros signos sobre las altas cañas de sus botas de montar, distraído pero no indiferente a la narración del anciano, que, imperturbable, continuó:

—Pero no se conformó con eso sólo sino que, al poco de bajar, como el marinero se mostrase lejano, extraño y ausente,

ella propuso algo que nos desconcertó a todos. "¿Por qué no jugamos una partida de cartas?", dijo.

—¿De cartas?

—Sí, ¡de cartas! Fíjese que fue ella, la joven educada en uno de los mejores colegios de la ciudad, la que lo propuso. Mas él rehusó, por algo que él sabía y que luego tuvo la generosidad de demostrarnos. Y ella tuvo que insistir, tuvo que exigir. "No puede usted negarse. Soy yo, es una señorita quien se lo pide". Y él aceptó, como antes había aceptado el loco desafío de Lucas, se acercó a la mesa —a cuyo alrededor se habían situado ya los demás—, sacó una pequeña bolsa de malla y la vació sobre el tapete. "Está bien —dijo—. Está bien". Y agarró las cartas y empezó a barajarlas despacio, con una fingida exagerada torpeza. Y luego, casi con salvaje ironía: "¿Toma usted la banca o la tomo yo?" Y ella: "Usted la tiene. Pero procure que no le desbanque". Y él: "Inténtelo al menos". Dejó la baraja sobre el tapete, Mercedes cortó y el marinero empezó a dar. Un as y un caballo, ésas fueron las dos primeras cartas que salieron. La señorita jugó un duro al caballo; mas la tercera carta era el as. Las dos siguientes fueron un rey y una sota. La señorita dobló su apuesta al rey, pero ganó la sota. Había perdido otra vez. Y otra vez barajó y sirvió cartas el marinero. Un dos y un cinco. La señorita apostó al dos y salió el cinco. Después apostó al siete y salió la sota. Y ella, obstinada, siguió jugando y doblando y perdiendo. Y él, con una serenidad escalofriante, en medio de una atmósfera enrarecida de anhelo y temor, barajaba y tiraba cartas, cobraba y pagaba. Pagaba no, porque cuando la señorita perdió ocho apuestas seguidas y tuvo que pedirle dinero al viejo para seguir jugando, los otros creyeron que su suerte iba a cambiar y entonces empezaron a jugar todos a una misma carta, que era la elegida por ella. Y así estuvieron jugando, apostando y perdiendo inexplicablemente, contra todo cálculo de posibilidades, hasta que el marinero se cansó al fin, y tirando la baraja sobre la mesa dijo: "¡Basta!" Y en su manera de hablar y obrar había una decisión irrevocable ahora. Y hubo un momento de expectación, señor. El forastero les había ganado el dinero; no podía, no debía de dejar de jugar. "¿Es así como usted se comporta?", preguntó ella. Mas él nada dijo. Mudo, callado como un muerto, miraba (no a nada, no a nadie) y pensaba. Luego fue preguntándole a cada uno lo que había perdido y, por orden riguroso, en medio

de un silencio expectante, fue contando, apilando pequeños montones de moneda. "Tomen su dinero", dijo. Y como nadie lo tomase: "Anden, tomen su dinero; es suyo". Y entonces ella, la señorita, no pudo contener ya sus nervios. "El dinero ganado en el juego —dijo con marcado desdén— es sagrado, ¿no lo sabía? ¡Ninguno de nosotros tomará esas sucias monedas!" Y él se quedó mirando (no a nada; no a nadie) y, "El dinero ganado, sí; pero el robado, no". Y otra vez tomó la baraja, no con la calculada torpeza de antes sino con la más experta agilidad de tahur. "Se lo demostraré". Cortó y puso dos cartas bocarriba: un siete y un caballo. "Mire —dijo—; si usted juega al caballo, tenga la completa seguridad de que saldrá el siete; mas si usted juega al siete, saldrá indefectiblemente el caballo". "No lo creo", replicó ella. Y él: "Se lo demostraré. ¿Por cuál se decide?" "Apuesto al caballo". "Bien. La señorita apuesta al caballo; pero la quinta carta será un siete, el de oros". Y efectivamente fue así, señor; la quinta carta era el siete de oros. Y entonces Tobías soltó una carcajada y recogió su dinero; y los demás, menos la señorita, le imitaron. "¿Por qué lo ha hecho? —preguntó ella—. ¿Por qué me ha humillado?" A lo que él repuso: "No he querido ofenderla; simplemente he querido advertirla de que uno no debe jugar su dinero con quien no conoce". Pero ella no le escuchó, sino que se levantó con los ojos al borde del llanto y, sin dar las buenas noches, se precipitó escaleras arriba. Y Tobías no estaba alegre ni triste ni desconcertado, pero sí orgulloso de la lección que les acababa de dar el marinero. Y en mitad de un silencio fantástico, Concha, aquella muchacha generosa, fuerte, viva y espléndida como la tierra, llena de calor y vigor y deseo, con esa instintiva sabiduría de las mujeres para entender los verdaderos sentimientos de las mujeres, dijo: "Mañana todo se le habrá pasado a la señorita. Desde mañana ella y el marinero serán amigos, porque desde mañana ella le seguirá como una sombra". Y no se habló ya más aquella noche. Después, al acostarnos, el marinero me susurró: "¡No la soporto! ¡Mañana me iré, mañana me iré!"

—Pero no se fue.

—No; no se fue —asintió el anciano. Y añadió—: Dios, o el destino, o la fatalidad; o Dios y el destino y la fatalidad habían señalado ya a la víctima con su dedo. El hombre, pues, no podía marchar. Por eso no se fue.

"Y como había predicho Concha, aquella mañana, apenas hubo amanecido, bajó la señorita vestida con traje de montar y como si nada hubiera sucedido la noche anterior. Habló con Tobías, y le dijo que iba a salir a dar un paseo a caballo y que era su deseo que el marinero la acompañase. El forastero pretextó que jamás había visto un caballo, o, cuando menos, que no lo había montado nunca; mas cuando Juan, el cochero de los señores, se acercó trayendo a los dos overos de la rienda, él se encaramó en su montura de un salto no con la elegancia de un jinete pero sí con la firme rotundidad de un centauro; luego montó la señorita y, con un loco y casi desesperado galope, partieron los dos.

"Y desde ese mismo instante hubo una lucha sorda, feroz, no siempre reprimida, entre las dos mujeres; pues desde ese mismo instante la señorita no dio reposo al marinero, al que, con el menor pretexto retenía a su lado. Y Concha la miraba hacer y callaba, callaba siempre, mientras en su corazón se pudría algo noble e insustituible y en sus ojos fosforecía una ascendencia fiera, algo de lo que ella venía y nosotros venimos y que no es otra cosa que nuestro antepasado animal. Y así llegó el momento en que la hija de Tobías no pudo reprimir su coraje y la llamó sucia y endemoniada perra maldita".

—¿Así la llamó? ¿Eso le dijo?

—Así la llamó. Le dijo que era una sucia y endemoniada perra maldita —se detuvo un momento el anciano, el justo para tomar aliento, y—: El marinero tenía la costumbre de ir a bañarse al Estanque. Nadaba en cueros, desnudo y brillante como un pez. Nadaba como un pez, señor. Dudo que hombre, ser o cosa que exista en el mundo nade como él lo hacía, o que pueda ni siquiera comparársele.

—¡Qué tipo! —dijo el joven señor.

—¡Qué tipo! —repitió el anciano—. Y un mediodía, hallándonos él y yo en el Estanque, aconteció algo insólito. Y fue que escuchamos un grito. Salimos precipitadamente del agua y echamos a correr, medio en cueros, en dirección al bosquecillo de avellanos y allí, agazapada en la maleza... Una rata la había asustado y la hizo gritar. Pero ella no se inmutó, ni dio pretexto alguno, porque no le importaba; ella, presa de una pasión irreprimible, era capaz de todo con tal de conseguir al marinero. Y lo logró. Le juro a usted que lo logró.

Otra vez se detuvo el anciano y el joven, impaciente, con la flexible caña de bambú que le servía de fusta y que ahora sos-

tenía en una de sus manos (la derecha), comenzó a golpearse las botas; después dejó de golpearse las botas y dijo:

—Y bien, ¿a qué se refiere?

El anciano le miró cara a cara.

—Que Dios me confunda —dijo—. Que confunda Dios a mis hijos y a los hijos que han de venir de mis hijos si lo que voy a decir no es cierto. Pero esto pasó después, a los pocos días de lo que acabo de referirle, una tarde en que yo había ido a *Los Álamos*. Era todavía temprano. Había hecho mucho calor aquel día. De pronto el cielo se encapotó y empezó a relampaguear y a tronar. Yo, con un puñado de hoces colgadas del hombro, como le digo, bajaba de *Los Álamos*. Tomé el sendero de la pinada. Me interné en la pinada y entonces... a unos pocos pasos de mí... un objeto ígneo, fosfórico, algo que debía ser un rayo partió en dos un pino. Me asusté. El rayo me había dejado medio ciego. Y empezó a diluviar. Y yo, instintivamente, corrí hacia la cabaña que servía de refugio a los taladores. Y allí... ¡Allí estaba ella! —Pausa—. ¡Pecado, violencia y locura, señor; sólo pecado, violencia y locura! Ella lo había conseguido. Yo oí sus jadeos y sus estertores. Y aquella vergüenza me pudre no desde aquel día, sino desde los mismos orígenes del tiempo.

Dijo el joven señor:

—Una mujer puede ser o no puede ser una ramera, no importa su cuna. Si hay algo superior a nuestro orgullo y a nuestra propia dignidad, eso es el deseo.

—Sí, eso debe ser —prosiguió el anciano—, un loco deseo revolcado suciamente en el lodo... La señorita... Todo había sido ya consumado. Cuando regresaron los dos aquella noche, él pretextó hallarse indispuesto, se encaminó a la bodega y se acostó, y al día siguiente, al levantarnos, el marinero se había ya ido. Jamás se volvió a saber nada de él.

—Ahora comprendo —dijo el joven señor—. El hombre había vencido a Lucas y apaciguado al perro, pero con Mercedes no pudo. Mercedes lo arrastró por el barro, por eso se fue.

—Por eso se fue —repitió ahora el anciano—. Y aquella tarde Concha se colgó del nogal, y Tobías, su padre, arrancó el nogal, encendió una hoguera y... Al poco, Mercedes, entró en un convento.

—¿Así acabó todo?

—Sí. Así acabó todo.

Lejos, en la cuadra, relinchó un caballo.

—*Príncipe* se impacienta. Debo irme.

Levantáronse y empezaron a caminar los dos hacia la casa; de pronto el joven señor pensó algo, se detuvo, se volvió de cara al anciano y:

—Le ruego que no repita esa historia a nadie. Mercedes pertenece a mi sangre y a mi estirpe, y, si pecó, con creces pagó su pecado. No la nombre. Olvídela. O que la tierra les pudra a usted y a los suyos.

El anciano quedó parado, clavados los pies en el polvo, sin saber qué decir ni hacer; luego buscó con la mirada al joven, pero éste se hallaba ya lejos. Durante unos minutos se estuvo allí, sin dar un paso, hasta que oyó a *Príncipe,* su galope, perderse en la paz indestructible de la mañana.

OBRAS DE DOS POETAS ESPAÑOLES EN AMÉRICA

1. La *Antología* de Emilio Prados

La Editorial Losada, de Buenos Aires, ofrece en el tomo número 257 de su Biblioteca Contemporánea una antología de Emilio Prados que contiene una selección de su obra poética, espigada por él mismo.

Publicada en el otoño de 1954, esta *Antología* abarca lo impreso en los treinta años precedentes: tres décadas fecundas en la vida de Emilio Prados; sobre todo, antes de la lucha civil en España que lo obligó a modificar el rumbo de su existencia.

Nacido en Málaga a fines del siglo XIX, en la misma ciudad —donde fue condiscípulo de Vicente Aleixandre— fundó la revista *Litoral,* antes de haber cumplido los veinte años y después de un obligado reposo en Suiza y de sus estudios en Madrid y en la Universidad de Friburgo.

Tras aquella aventura editorial, en la que participó Manolo Altolaguirre, con la imprenta "Sur", y en la cual se inició en la tipografía Emilio Prados —con la composición de libros de versos y de aquella revista que impulsó la renovación poética española—, el escritor se encauzó en la lírica, definitivamente.

Después del tomo inicial, se sucedieron algunos como *Canciones del farero* y *Vuelta,* cuyos títulos olvidó el poeta, al formar esta antología, en la cual los conservados enlazan frecuentemente los años, de dos en dos, a partir de la aparición del libro *Tiempo,* que abarca la cosecha de 1923 a 1925.

En años inmediatos se suceden *El misterio del agua* (1926-1927), *Memoria de poesía* (1926-1927) y *Cuerpo perseguido* (1927-1928).

Después de un lustro de tregua —silencio que prepara la transformación formal, en la evolución del poeta—, da Emilio Prados los libros que preceden a lo inevitable: *La voz cautiva* (1933-1934), *Andando, andando por el mundo* (1934-1935) y *Llanto en la sangre* (1936-1938).

A partir de entonces, el poeta, que ya había estado en México, volvió a este país —acogedor para él y sus compañeros de exilio—, en el que prefirió quedarse. A los años de prueba corresponden los títulos *Penumbras* y *Mínima muerte,* que reúnen sus poesías de 1939 a 1941.

Tras otra pausa, en la que vuelve nostálgico los ojos al pasado —después de haber rastreado sus huellas en *Memoria del olvido,* de la que prescinde, al menos en parte, al volverla subtítulo, en la *Antología*—, viene *Jardín cerrado,* publicado aquí en 1946.

Por último, después de un silencio más largo que los anteriores, aparece *Río natural* (1953), en cuyas páginas el poeta se recobra y parece volver al cauce predilecto, a la forma de expresión habitual en su lírica.

El lector de este libro puede con él recorrer, sin fatiga alguna, el orbe poético de Emilio Prados y apreciar su obra en conjunto, después de seguirle, paso a paso, en su trayectoria desde 1923 hasta el ayer más próximo al presente, en que estará gestándose la obra futura.

Como toda antología de un poeta que, para fortuna nuestra, aún vive y produce, la de Emilio Prados tiene un carácter transitorio, pues se halla sujeta a las modificaciones que él mismo le imprima con sus futuras obras.

Es la antología de esos treinta años de labor que van de la juventud, ya definida en su orientación, a la madurez en la que ahora se encuentra, y a la vez que servirá como antecedente, en relación con la obra por venir, permite observar, dentro de ese período, las etapas sucesivas a través de las cuales se inició, desarrolló y afirmó el poeta.

En el libro que fue punto de partida para el recorrido puede advertirse, al mismo tiempo que la preocupación por las asonancias cruzadas, de la que se desprenderá más tarde, el parentesco de esta poesía —objetiva, a pesar de su lirismo— con la de una etapa similar de Juan Ramón Jiménez.

Ya aparece allí, con la anotación precisa de lugar y fecha, entre paréntesis, a continuación del título de cada poesía, la preferencia por la construcción en presente que actualiza las sensaciones; que las acerca, en lugar de acumularlas en el pasado.

El poeta plástico, cerebral, que no puede prescindir de las acotaciones entre paréntesis y que no ha sido muy amigo de la rima, perfecta o imperfecta, la abandona pronto por el verso blanco, en esta poesía costera en que el mar es la nota dominante, insistente.

En el segundo libro, el verso se liberta, además, de la sujeción rítmica, inalterable en el precedente, sin que por ello deje de pagar tributo, alguna vez, al romance heptasílabo. Aparece otra tónica, entre ánima y paisaje: la luna (¿persistencia romántica?). v alterna con sombras del

mar, en los nocturnos de este libro y del tercero, donde el cuerpo, la persona, se sobrepone al paisaje.

Con el cuerpo, la carne, hace acto de presencia la nota sensual; mas sin complacencias whitmanianas: el poeta se desliza por ella, sin detenerse. Hay apenas una leve delectación morosa, que parte del tacto para difundirse por los demás sentidos, entre los que oído y vista —vista y oído— predominan sobre los restantes: gusto y olfato.

El libro central, *La voz cautiva,* corresponde —ya se dijo— a la etapa de transición, en la cual el poeta desvió el rumbo a la nave y adoptó temporalmente el verso libre, adecuado a esa poesía de tono mayor que es "invocación al fuego", para conservarlo también dentro del libro inmediato.

En este libro —*Andando, andando por el mundo*— no sólo recobra el paso anterior, el ritmo isócrono: somete al molde popular sus octavas rimadas, consonantes. En este punto se sitúa el romance "Vuelta a México", donde la diafanidad del verso descubre la transparencia del ambiente y sugiere la precisión de volúmenes, y la brillantez de la imagen va acorde con la luz de la naturaleza que describe:

¡La noche estaba parada,
como un milagro, encendida!
Y, el pinar, era ya un ascua;
el agua una llama viva,
el maguey, empavonado,
su verde espada lucía,
como amenazando al valle
donde la ciudad tendida
sobre un lago de metal,
frente al ocaso dormía. . .

La nostalgia, que ya se había manifestado —"Cuando era primavera en España. . ."—, no desaparecerá por completo en los últimos libros que suceden a *Penumbras: Mínima muerte, Jardín cerrado* y *Río natural:* el poeta la alimentará, ausente de la patria, con el recuerdo vivo, aunque juegue con la luna, el agua y la rosa. La presencia del pasado se advierte, sobre todo, en el segundo de estos tres títulos, cargado de nostalgias: dentro de él y el inmediato, el poeta vuelve a actualizar las sensaciones. Retornan los paréntesis; reaparecen, tras las asonancias en los versos cortos, los endecasílabos blancos, y vuelto el rostro al mar, como al principio, el poeta se afirma con los mismos recursos que empleó antes, dominados en la madurez por la experiencia que adquirió a lo largo de la ruta.

2. Las *Baladas y canciones del Paraná*, de Rafael Alberti

TAMBIÉN persiste la nostalgia en este libro, el más reciente del poeta que alternativamente ha ido por la lírica y la dramática y que en su voluntario destierro, ahora en la América del Sur, donde ha escrito estas baladas y canciones, recuerda —como a un antecesor ilustre— al poeta Garcilaso.

En el libro que la misma Editorial Losada incluyó, a fines del año próximo pasado, en su colección Poetas de España y América, la nostalgia de Alberti se descubre por la temática y por el tono, más en las canciones que en las baladas.

Solitario ante el río inspirador de odas neoclásicas y de cantos modernos, el poeta medita, recuerda y canta. El tema del río Paraná —presente aún en aquellas poesías en las cuales no se halla mencionado— se entrelaza armoniosamente con otros temas adventicios.

Son, por ejemplo, en la primera mitad del libro, las apariciones y desapariciones de una leyenda local bordada en torno a ese personaje que pasa frecuentemente de la sombra al relieve del símbolo: el mayor loco.

La tierra, el agua, el viento y el fuego —para no faltar ninguno de los elementos primitivos—, en la naturaleza a la vez fija y cambiante; los seres —una que otra figura humana: dos, tres hombres; una mujer: presencia y ausencia—, los animales humildes: aves, ganado, un can mostrenco —Don Amarillo— son los puntos en que se apoya levemente esta poesía.

Mas el eje, como en la obra de todo lírico auténtico, es el poeta a solas consigo y con su memoria. Alberti contrasta a cada instante lo que la realidad le presenta y lo que sus sueños le prestaron, para arrebatárselo después. Así, despojado por ellos, su soledad es mayor, aun en compañía de otros.

Ante el río Paraná, que otros poetas apostrofaron admirativa y enfáticamente, Alberti prefiere hablar con sencillez suma:

Di, río, ¿qué puedo ser
ante ti,
tan inmensamente grande?
Y tú, río,
¿qué puedes ser ante mí?

Para despedirse de él, también sencillamente:

Adiós, río. Nunca digas
que me viste, que te vi.

La familiaridad del tono empleado en esta poesía, la aleja —más que el tiempo— de las exclamaciones y el aparato mitológico entremezclados por los cantores, a la manera de Manuel de Labardén, en el siglo precedente. En tal comparación, la ganancia, sin duda, es para el poeta de ahora.

ALBERTI puebla la soledad del bañado, más que con seres vivientes, con sus propios fantasmas. Invitados por él, sombras líricas y perfiles épicos lo animan. De ese modo, restituido al pasado lo que le pertenece, resulta victorioso al competir con el presente.

Su poesía, hecha intemporal, por hallazgos y reminiscencias, resiste comparaciones y pruebas de contraste. Vocales tónica y átonas, en voces afines se reúnen y parecen sugerir ellas mismas, al rimar entre sí, la imagen y, a veces, el poema.

Así es —sigue siendo— un juego lírico y semántico la poesía de estas baladas y canciones de Alberti.

Francisco MONTERDE.

S U M A R I O

Printed in Mexico